



LA CHICA
DE LOS OJOS
TURQUESA
JONAIRA
CAMPAGNUOLO

Lectulandia

«Antes de vivir esa humillación prefiero la muerte», fue la resolución a la que llegó la hermanita de doce años de Jeremy Collins ante el acoso de sus amigas, que la obligan a perder su virginidad para que sea como ellas. La desesperación de Jeremy por evitar ese hecho y ayudar a su hermana a superar esa pesadilla, lo empuja a buscar ayuda en la única chica pura que conoce, sin imaginar que eso le permitirá conocer más a fondo a su tímida vecina despertando en él un interés incontrolable, que confrontará su propio comportamiento.

¿Cómo superar los complejos y las dudas que le dejó a Katherine el acoso escolar?

¿Cómo ayudar al chico que un día fue su acosador?

¿Cómo olvidar al amor de tu vida?

Una novela tierna, romántica y reflexiva, con un toque de misterio y pasajes apasionados.

Lectulandia

Jonaira Campagnuolo

La chica de los ojos turquesa

ePub r1.0
Titivillus 14.11.15

Título original: *La chica de ojos turquesa*
Jonaira Campagnuolo, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO 1



—¡Oh, vamos, Kate! La tecnología es el mejor soporte para mantener la atención de los niños en clase.

—¿Y crees que todas las escuelas pueden acceder a ella? ¡Si muchas veces no tienen ni pupitres! Aspirar a que dispongan de un televisor o un ordenador sería descabellado —respondió Katherine Gibson a la propuesta de su amiga Maddie London, mientras sacaba la ropa de la secadora—. No digo que tu idea sea mala, al contrario, es excelente, pero preferiría centrarme en un proyecto que pueda servir a todos por igual, incluso a las escuelas con menos recursos.

—Pues a mí me gustaría trabajar en un tema novedoso y utilizar la tecnología más moderna, para hacer una tesis que deje al tribunal calificador con la boca abierta —expresó Maddie, al tiempo que doblaba con movimientos bruscos la ropa desparramada sobre una enorme mesa de hierro que había frente a las lavadoras y secadoras, y que luego guardaba dentro de una cesta de plástico.

—En la humildad está la grandeza —rebatía Kate, ajustándose sus gafas de pasta al puente de la nariz. Llevaba sus rubios cabellos atados en una cola floja a la altura de la nuca.

—¿Quién dijo eso?

—No sé, solo se me ocurrió —aseguró la chica, y alzó los hombros con indiferencia mientras se dirigía con la ropa que había extraído de la secadora hacia la mesa para ordenarla.

—Buscaré en Internet; creo haber escuchado esa frase en otra parte.

Kate suspiró, cansada de oír a su amiga y compañera de cuarto hablar sobre la tesis que pronto deberían iniciar. Era sábado por la noche, y de toda la universidad, ellas parecían ser las únicas que no habían asistido a la fiesta benéfica organizada por los chicos del complejo acuático.

Horas atrás habían regresado del Kingston Hill Academy, la escuela pública

donde, dentro de algunas semanas, iniciarían las prácticas en Educación, uno de los últimos compromisos académicos que debían cumplir, además de la tesis, para obtener su título universitario.

Después de pasar toda la tarde reunidas con los directivos del centro y planificando con las maestras el trabajo que llevarían a cabo, se sentían demasiado agotadas como para asistir a una fiesta en el gimnasio cubierto del campus, donde sabían que la vanidad y el alcohol abundarían más que las colaboraciones solidarias.

Las chicas continuaron en silencio con su tarea en la lavandería de la residencia donde vivían, hasta que Maddie comenzó a tararear una canción irreconocible. Kate levantó la vista para observarla. La joven, con sus cabellos castaños atados en dos trenzas y cara pecosa, tenía toda la pinta de ser una niña traviesa.

Un sonido sordo proveniente del pasillo las sobresaltó. Ambas se giraron de inmediato hacia la puerta con los ojos muy abiertos. En el edificio no había quedado nadie excepto ellas, los demás estudiantes se encontraban en la fiesta.

—¿Qué habrá sido eso? —preguntó Maddie con el ceño fruncido.

—Seguro que es alguien que pensó que la noche no estaría tan fría y olvidó su abrigo —argumentó Kate, tratando de no dar importancia al asunto.

Aunque el invierno terminaba en Kingston, Rhode Island, las noches seguían presentando bajas temperaturas.

—¿Seguro? ¿No será un ladrón, un violador o un terrorista enviado para crear el caos en universidades públicas?

Kate se volvió hacia su amiga y la miró con los ojos entrecerrados.

—Deberías dejar de ver películas de acción por un tiempo.

—¿Estás loca?! La sangre y las balas son lo único que me ayuda a soportar la carga académica —rebató la joven.

Kate puso los ojos en blanco y se ocupó en terminar de guardar su colada dentro de la cesta, pero se detuvo al escuchar otro ruido en el pasillo, más fuerte que el anterior, y seguido por unas pisadas apresuradas.

Ambas se volvieron de nuevo hacia la puerta, que se abrió de golpe dando paso a un hombre desnudo.

—¡Por las barbas de Odín! —balbuceó Maddie, al ver al perfecto espécimen que tenían enfrente.

—Hola, chicas —las saludó Jeremy Collins, uno de los nadadores más laureados, atractivos y populares de la universidad. Temblaba de la cabeza a los pies a causa del frío, pero, aun así, mantenía una sonrisa pícaro dibujada en su rostro varonil y cubría su miembro con una de las manos.

—¿Tienes complejo de polo de hielo o qué? —lo fustigó Maddie. Aunque a ella no le gustaban los hombres, mirar la anatomía definida y sin desperdicio de aquel sujeto resultaba entretenido—. Debemos de estar a siete u ocho grados esta noche, quizás menos.

—¿Crees que no lo sé, pastelito? —respondió él, haciendo uso del apelativo con

el que la novia de la chica la llamaba. Se acercó a Kate, quien todavía seguía petrificada contemplando aquel cuerpo atlético con la boca abierta—. ¿Puedes prestarme algo para vestirme?

Ella arqueó las cejas, pero no contestó.

—Kate, ¿puedes prestarme algo? Estoy muriéndome de frío —le repitió, al ver que esta no salía de su estupor.

Jeremy tenía su fabulosa piel trigueña totalmente de gallina y sus tetillas estaban rígidas; los cabellos negros, del mismo color que sus ojos, los llevaba alborotados, con algunos mechones pegados al cuello y a la frente.

—Eeeeh, solo tengo... —comenzó a decir ella y miró hacia su ropa evaluando qué podría servirle— esto. —Y sacó de la cesta un camisón grueso que le quedaba un par de tallas grande y tenía un dibujo de Hello Kitty en el frente.

Él torció el gesto en una mueca, pero se apresuró a cogerlo.

Para colocárselo, tuvo que revelar su miembro, lugar al que inevitablemente Kate dirigió la mirada, pasmada por lo que veía.

—Te lo devolveré mañana —notificó él, al tiempo que se pasaba el camisón por su cabeza. Se ajustaba a su torso de tal manera que le resaltaba los pectorales y los anchos hombros, producto de la natación. Luego estiró la tela hacia abajo, pero le llegaba más arriba de la ingle. Algo de sus partes íntimas aún estaba a la vista.

—Tengo una falda plisada que te quedaría monísima —aguijoneó Maddie.

Jeremy la fulminó con la mirada.

—Necesito algo más —le rogó a Kate, ignorando el comentario de la otra chica.

Ella suspiró mientras rebuscaba de nuevo en su cesta. Conocía a Jeremy desde el colegio, sus familias vivían a pocas casas de distancia en la ciudad de Providence, y por un juego del destino, ambos habían acabado en la misma universidad estudiando carreras distintas pero afines a la Educación.

La joven sonrió al hallar unos pantalones de chándal azul marino que le quedaban algo anchos.

—Quizás esto te entre —indicó tendiéndole la prenda.

Él luchó para colocársela. Le resultaba tan superajustado a las caderas que ni siquiera le subía hasta la cintura, pero al menos ya no iba desnudo; podía llegar a su coche aparcado frente al edificio de residencias sin congelarse.

—Y algo para los pies —exigió; ella le alcanzó un par de gruesos calcetines de lana que él no dudó en colocarse—. Gracias. Si aparece por aquí la loca de Sofia Reagan, no le digas que me has visto —pidió mientras se colocaba sus partes íntimas para que los estrechos pantalones no las aplastaran. Luego alzó la mirada hacia Kate y, durante unos segundos, se quedó admirando sus ojos color turquesa, siempre precedidos por unas enormes gafas de montura negra. Llevó una de sus manos hacia el rostro de la chica y le pellizcó la barbilla—. Eres un ángel —le dijo, y le dio un beso en la mejilla antes de darse vuelta y marcharse.

Kate se mantuvo inmóvil, deleitándose en el gracioso caminar del chico a causa

de la ropa ajustada, mientras intentaba recobrar la respiración.

—Sus nalgas parecen dos globitos con esos pantalones —expresó Maddie.

—¿Sofia Reagan? ¿Logró escapar de Sofia Reagan? —murmuró Kate con sorpresa y cierta decepción reflejada en la voz, mientras recordaba a la estrambótica mujer que vivía en su misma residencia, estudiaba tercero de Psicología y tenía fama de ser fanática del sexo duro y sdomasquista. Las malas lenguas de la universidad aseguraban que tenía por costumbre atar muy bien a sus amantes para que no huyeran, ya que parecía perder la cabeza cuando se ponía cachonda.

—Quedaron increíbles.

Se giró hacia Maddie al escucharla pronunciar aquellas palabras y la vio manipulando su teléfono móvil.

—¿Qué has hecho?! —preguntó con los ojos abiertos como platos.

—¿Crees que iba a perder la ocasión de tener una foto del *playboy* de Jeremy Collins con ropa de mujer? —confesó con una sonrisa burlona—. Lástima que no tuve tiempo de sacarle una desnudo, pero las que le tomé con tu ropa son absolutamente geniales.

—¡Estás loca! —le reprochó Kate. Sin embargo, incapaz de reprimir su curiosidad, corrió junto a su amiga para observar las fotos—. Pásamelas —demandó con ansiedad, sacando el móvil del bolsillo de su pantalón.

Maddie la observó con desdén.

—Tendrás que pagar por ellas —le advirtió.

—Cóbrame por las fotos y yo te cobraré por mi silencio —amenazó Kate poniéndose muy seria.

Las facciones de Maddie reflejaron espanto. No imaginaba lo sanguinaria que podía volverse la angelical Katherine Gibson por unas fotos de su amor platónico Jeremy Collins. A veces, Kate la ayudaba a que su celosa y absorbente novia no se enterara de las salidas furtivas que ella tenía con otras mujeres. Siempre pensó que su secreto estaba a salvo en manos de aquella chica estudiosa y tímida.

—¿Sabes? Eras una chica maja antes de que Jeremy Collins apareciera desnudo en la lavandería de la residencia —se quejó.

—¿Lo viste? ¡Estaba desnudo! —exclamó Kate sin ocultar su emoción.

—¡Claro que lo vi! —alegó Maddie, imitando con exageración la alegría de su amiga.

Y entre risas, ambas se ocuparon en revisar las fotos y compartirlas, para finalmente recoger las cestas llenas de ropa y encaminarse a su habitación. Aquella anécdota había roto su aburrida rutina.

Al día siguiente, Jeremy se encontraba a salvo en la casa de su padre, ubicada en la ciudad de Providence, al norte de Rhode Island, en Nueva Inglaterra. Había viajado a primera hora del domingo desde Kingston para reunirse con su entrenador personal,

quien lo ayudaría a preparar el tema en el que se basaría su tesis de grado.

Era entrada la noche, afuera nevaba, pero a pesar del cansancio él se hallaba trabajando frente al ordenador.

Cerró los ojos con fuerza y se apretó los párpados con el pulgar y el índice de la mano derecha, para aliviar un poco el agotamiento. Hojeó un grueso libro escrito por Sonstroem, la única fuente impresa que estaba utilizando para escribir un ensayo sobre los efectos psicosociales positivos del ejercicio físico, que debió haber entregado una semana atrás en la universidad.

Ese día, después de una larga reunión con su entrenador, al llegar a casa no pudo rechazar la invitación de Nadir Tanner, su vecina, de visitar su alcoba.

La mujer —una morena alta, de pechos prominentes, cintura de avispa y caderas anchas, y que tenía quince años de edad más que él—, aprovechando que su pareja había salido con unos socios, convenció sin mucho esfuerzo a Jeremy de compartir unas horas de sexo salvaje. Él nunca se negaba al buen placer, a pesar de que se había comprometido a realizar aquel informe.

Leyó con rapidez media hoja del libro hasta localizar una cita que deseaba incluir, luego se reincorporó frente al portátil y comenzó a teclear. Cuando regresó de casa de su vecina, y después de darse una larga ducha y asegurarse de que su hermana de doce años estaba dentro de su habitación preparándose para dormir, se encerró en su cuarto a terminar de leer el material que había reunido.

Debía esforzarse por hacer un trabajo decente que superara las veinte páginas, y luego descansar al menos un par de horas antes de disponerse a regresar a Kingston. Eso lo ayudaría a soportar las tres horas de viaje en coche y llegar a tiempo a clase.

Se hallaba concentrado en la redacción cuando escuchó que la puerta de su habitación se abría con suavidad. Su padre se reunía con unos amigos mientras él cuidaba de su hermanita, y pensó que era él quien entraba para decirle que ya había vuelto, pero frunció el ceño al ver con el rabillo del ojo a una figura pequeña, delgada y grácil que hacía su aparición dentro de su dormitorio.

—¿Qué haces despierta a estas horas? —le recriminó a su hermana.

Claire entró y cerró con delicadeza la puerta. Llevaba puestas unas pantuflas y vestía un pijama de pantalón y jersey de punto. Se dirigió a la cama, tomó una revista de deportes que Jeremy había dejado sobre la mesita de noche y se acostó boca abajo manteniendo los pies en alto.

Él se giró hacia ella con el rostro apretado por la irritación, y la vio hojear la revista, como si algo de lo que allí ponía le interesara.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

Los cabellos lacios y oscuros de la chica le caían a ambos lados de la cara, ocultando parte de sus facciones. Solo podía distinguir sus ojos castaños, que, en ocasiones, Claire alzaba con cierto nerviosismo.

—¿Estás... ocupado? —titubeó la niña fingiendo leer.

Él suspiró con cansancio y se giró de nuevo hacia el ordenador. Por la actitud de

su hermana, sabía que había venido para pedirle algo.

—Sí —respondió con un seco monosílabo, dándole a entender que no tenía tiempo para atenderla.

—¿Puedo preguntarte algo?

—No —respondió, aun sabiendo que su estrategia no surtiría efecto. Claire era muy dulce, pero también insistente; hasta que no obtuviera lo que había ido a buscar, no se iría. Así eran las hermanas menores—. Si papá se entera de que no estás durmiendo en tu cama, se va a enfadar —la aguijoneó ansioso por que lo dejara solo. Necesitaba concentrarse en el trabajo.

—Papá salió porque confiaba en que tú te quedarías aquí cuidándome. ¿Qué diría si se entera de que no cumpliste con tu promesa porque pasaste toda la tarde en casa de nuestra vecina? —lo desafió ella.

Jeremy dejó de teclear y se giró hacia la niña con la mandíbula apretada. No era habitual que lo amenazara. Había escuchado comentarios de su padre de que Claire llevaba meses actuando con cierta rebeldía: contestaba ante las reprimendas, desobedecía, estaba en desacuerdo en todo y con todos y evitaba aceptar consejos haciendo énfasis en los errores de los demás. Se negaba a creer que su tierna hermanita, a la que él cuidaba y protegía con devoción, pudiera estar influida por los comportamientos irreverentes de los jóvenes de su edad.

Aunque pasaba mucho tiempo en la universidad y, cuando estaba en Providence, era poco lo que compartía con su familia porque se iba con amigos, le costaba admitir que se hubiera alejado tanto de su hermana como para ser incapaz de poner freno a esas conductas típicas de los adolescentes.

—¿Qué has dicho?

La niña suspiró antes de responderle.

—Kristy habló conmigo hace unas semanas —comentó de forma repentina, para luego ocultar el rostro avergonzado entre los cabellos.

Jeremy apretó los puños. Kristy Smith había sido su compañera de estudios durante la secundaria y, por caprichos malévolos del destino, se había inscrito en la misma universidad que él, si bien en una carrera diferente. Las veces que se veían, se limitaba a disfrutar de los placeres carnales que ella le ofrecía. La chica era una excelente compañera en la cama, pero su personalidad libertina y alocada no encajaba con el tipo de mujeres que él quería que se acercasen a su hermana.

—¿Qué demonios tiene que hablar Kristy contigo?

—Ella... —expresó Claire entre la cortina de cabellos que le tapaba el rostro— me dijo que tú eras el mejor amante que había tenido.

Las palabras de la niña lo petrificaron en la silla.

—¡¿Qué?!

Claire alzó un poco el rostro para mirarlo a través de las rendijas que se formaban entre los mechones del cabello.

—Dijo que eras insaciable y despiadado en la cama, y que no te detenías hasta

hacerla suplicar —comentó con las manos aferradas a la revista. Esperaba que Jeremy estallara, pero al notar que él se mantenía aún inmóvil, decidió completar su explicación—. Me dijo que eres un maestro en el arte de las caricias y que con tu lengua eres capaz de llegar a...

—¡Ya basta, Claire! —gritó Jeremy enrojecido de furia. La chica cerró la boca—. ¡¿Desde cuándo eres amiga de Kristy?! —preguntó enervado.

—Nunca lo he sido.

—¡Entonces, ¿por qué demonios te contó esas cosas?! —reclamó.

—Ella... —Claire titubeó; la furia de su hermano le había borrado de la mente las mentiras que había ideado para abordar el tema—. En realidad, se lo comentaba a sus amigas Carlota y Sally en la pastelería de Walter. No sabían que yo estaba cerca y podía escucharlas —confesó con timidez.

—Voy a matar a esa estúpida —masculló él girándose hacia el ordenador y mirando con ira y desconcierto la pantalla. Se encontraba tan enfadado que se había olvidado de lo que estaba escribiendo.

Después de unos segundos, la niña decidió acercarse a su hermano e intentar retomar de nuevo el tema. Jeremy era su mejor opción para superar el problema que tenía.

Apoyó la parte baja de la espalda en la mesa donde el joven trabajaba y colocó las manos en el borde.

—Mary dice que tienes muchas amantes y, si la dejaras, ella también lo sería —expresó en voz baja y sin mirarlo a los ojos.

Jeremy volvió a quedar de piedra. Que Kristy hiciera alarde de sus habilidades en la cama ante otras mujeres mientras Claire escuchaba a escondidas era algo que podía manejar; pero que una de las amigas de su hermanita le rebelara a esta los deseos ocultos que tenía con él le hacía sentirse incómodo.

—¿A qué viene todo esto? Mary tiene doce años, igual que tú. Ninguna de las dos tenéis edad para pensar en esas cosas —se quejó.

—Vamos, Jeremy, ya somos mayores —refunfuñó la muchacha; sus palabras arrancaron un bufido en su hermano—. Además, solo quiero que me ayudes.

—¿A qué? —gruñó, ansioso por que su hermana se fuera a dormir. Tomó con ansiedad el libro de Sonstroem para encontrar de nuevo la cita que quería incluir en el ensayo. Perdía el tiempo en aquella conversación.

—A perder la virginidad.

La petición de Claire le detuvo el flujo de sangre en las venas. Directamente. Una sensación helada le atenazó la columna vertebral y lo inmovilizó en la silla.

—Te... te... te... —No podía articular palabras. Frente al mutismo de su hermano, la niña volvió a la cama y se sentó en el borde con exagerado abatimiento.

—¿Sabías que Mary lo ha hecho tres veces? —inquirió Claire, refiriéndose a la vida sexual de su amiga. Jeremy seguía sin reaccionar; la miraba como si ella fuera un ser de otro planeta—. Y Laura ha logrado llegar hasta la mitad con uno de sus

vecinos.

—¿Laura? —preguntó, aunque conocía de sobra a esa niña: era otra de las compañeras de clase de su hermana.

—Sí. Ella me contó que estuvo en la casa de su vecino. Los dos estaban desnudos, él le abrió las piernas y usó...

—¡Claire! —exclamó para interrumpirla antes de que le contara algo que le quitara el sueño por una semana.

—¿Qué? —preguntó la niña con fastidio.

—Tú y tus amigas no podéis hablar de esos temas —le advirtió Jeremy, agitando un dedo hacia ella de forma reprobatoria.

—¿Y de qué vamos a hablar?

—¡No lo sé, maldita sea! De música, de cremas para las manos, o de muñecas...

—No maldigas, Jeremy. A papá no le gusta —le recriminó. Él la observó con asombro.

—¿Y qué crees que va a decir papá si te escucha hablando de sexo?

Ella se mantuvo en silencio, con la mirada en el suelo. Jeremy suspiró y ancló la cabeza entre las manos. Esa conversación le estaba comenzando a agobiar.

—¿Me vas a ayudar? —le rogó. Su hermano se irguió con frustración.

—¿Te has vuelto completamente loca?

—¿Por qué?

—La virginidad no es algo que se entregue así, a la ligera.

—Pero Mary dijo...

—¡Mary está loca y tú vas a dejar de ver a esa niña! —concluyó con severidad.

Claire se enfureció y se levantó de la cama para encarársele con las manos apoyadas en la cintura.

—Mary es mi mejor amiga.

—Pues se acaba de convertir en el enemigo número uno —declaró.

—Ella no es la única de mi clase que lo ha hecho. Todas mis compañeras han llegado, por lo menos, a la mitad.

—¡Eso no tiene mitad! —expuso Jeremy alterado. Claire lo miró confundida.

Él se levantó de la silla y comenzó a caminar de arriba abajo por la habitación con nerviosismo. No podía creer lo que su hermana le estaba contando. No tenía ni idea de cómo manejar aquella situación. Ojalá su padre regresara pronto y asumiera el problema..., aunque, si se enteraba de lo que su hermana quería, en vez de ayudarla, lo que haría sería reprenderla. Su padre trabajaba de sol a sol para mantener la casa, los gastos que originaban su propia enfermedad y los estudios de la niña; no tendría tiempo para atender ese asunto.

Se quedó muy quieto en medio del cuarto. No sabía por qué, pero estaba seguro de que regañar a su hermana no sería la solución.

—Quiero ser como ellas —confesó Claire casi en susurros. Jeremy la miró y arqueó las cejas—. Se burlan de mí porque nunca lo he intentado. Dicen que soy rara,

y no me dejan participar en sus reuniones privadas.

El joven se pasó ambas manos por la cabeza. Se sentía saturado de información.

—Me acusan de ser una niña mimada —continuó Claire—, se ríen de mí. —Las lágrimas comenzaron a desbordar los ojos castaños de la niña, encendiendo más la cólera en su hermano—. No quiero estar sola. ¡No quiero ser diferente!

En medio del llanto, Claire se lanzó boca abajo en la cama para ocultar su rostro. Jeremy se sintió un miserable. No sabía a cuál de sus amigas asesinar primero. Tampoco tenía claro si lo haría después de despellejar a la zorra de Kristy, por ir haciendo comentarios tan comprometidos sobre él en sitios públicos, sin comprobar primero quién podía oírlos.

Se acercó a la cama y se sentó junto a Claire.

—¡Eh, mocosa! —la llamó. Aquel era el apelativo cariñoso que utilizaba con su hermana—. Deja de llorar. —Le acarició la espalda—. Todo saldrá bien.

Ella se sentó y lo observó con renovadas esperanzas.

—¿Me ayudarás?

Jeremy arrugó el ceño.

—Lo que haré será cerrarles la boca a tus amigas para que no te sigan ofendiendo. Claire volvió a llorar desconsolada y se abrazó a una almohada.

—¡Si les dices algo, dirán que soy una chivata y no me volverán a hablar en la vida! —replicó hecha un mar de lágrimas.

—¿Para qué quieres tener amigas como esas?

—¡Pero son mis mejores amigas!

Él comenzó a sentirse ansioso; no sabía cómo parar el llanto de su hermana.

—¿Por qué demonios me lo has contado? —le reprochó; le hubiera gustado seguir ignorando la vida sexual de las niñas que habitualmente visitaban su casa.

—Porque tienes experiencia y eres mi hermano —explicó la niña entre sollozos—. Solo confío en ti y me da vergüenza hablar estas cosas con otras personas.

—Pero estos temas no se tratan con hombres.

—Yo no tengo hermanas, ni mamá —argumentó Claire, hundiendo el rostro en la almohada para seguir llorando.

Jeremy suspiró. Recordar que habían perdido a su madre diez años atrás le arrugó el corazón. En muchas ocasiones él mismo había tenido necesidad de un abrazo o de la comprensión materna, pero sabía que eso ya no sería posible. Entendía muy bien cómo se sentía su hermana.

Siempre se había esforzado por ser un amigo para ella y procurar cubrir un poco esa falta, para que Claire jamás experimentara la soledad. Consciente de que había fallado en su intento, le pasó un brazo por detrás de los hombros para confortarla.

—Buscaremos la manera de que tus amigas no te acosen con ese tema y no te dejen de hablar.

Ella pareció calmarse. Alzó el rostro y se limpió el rastro de lágrimas en sus mejillas con la palma de la mano.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé —expresó.

—No me vas a explicar nada sobre sexo, ¿verdad?

Jeremy cerró los ojos. Se sentía como un anciano de ochenta años, a pesar de que solo tenía veintidós. No soportaba más responsabilidades en su vida, pero le era imposible evitarlas.

—No me corresponde a mí hacerlo.

—¿Por qué?

—¡Diablos, no lo sé, pero sé que es así! —se excusó irritado, para no confesarle que no se sentía capaz de hablar con «la niña pequeña de la casa» sobre algo tan íntimo como una relación sexual.

Ambos se quedaron en silencio un instante, observando con frustración cualquier punto de la habitación.

—En cuatro semanas será la fiesta de cumpleaños de Laura —comentó Claire en voz baja—. Mary me dijo que organizará una ruleta y ahí me enseñarán a ser una mujer de verdad.

Jeremy abrió los ojos y vio a su hermana con espanto.

—¿Una ruleta?

Ella asintió sin mirarlo y él apretó la mandíbula. Aquel era un juego donde un hombre podía elegir a una mujer a través de métodos como el de hacer girar una botella en el suelo hasta que la boquilla de esta se detuviera en la afortunada, o numerar a las chicas y lanzar los dados. Lo que hiciera luego con ella sería establecido por el grupo con anterioridad. Las propuestas podían ir desde un beso en la boca hasta cinco o más minutos encerrados en una habitación, dando rienda suelta a la creatividad.

Conocía muy bien esos juegos y sus límites. Él había participado en más de una ocasión.

—Te prometo que encontraremos una solución antes de esa fiesta —gruñó.

Claire se aferró a su hermano, abrazándolo por la cintura. Si quería que sus compañeras siguieran siendo sus amigas y que no la tildaran de tonta en el colegio, debía participar en aquel juego. Por mucho que la idea le aterrara.

No sabía qué podía esperar del sexo, cómo participar en el acto para que la experiencia fuera inolvidable, ni cómo seguir viviendo después. No tendría la valentía de mirar a los ojos, al día siguiente, al chico con quien compartiera su intimidad. Él se daría cuenta de que ella no era bonita, no tenía cuerpo de mujer, ni mucho menos experiencia; y esa información podría utilizarla en su contra delante de sus compañeros. Prefería morir antes de soportar esa humillación.

CAPÍTULO 2



Jeremy fue uno de los últimos en aparcar su Kia gris en el estacionamiento, situado junto a los edificios de Educación de la Universidad de Rhode Island.

Después de bajar de su coche y activar la alarma, caminó con pausa y rostro ojeroso por los largos senderos empedrados, envuelto en su grueso abrigo, con la mochila colgada de uno de los hombros y sin dejar de mirar el suelo. No había dormido nada la noche anterior; ni siquiera había podido terminar el trabajo. La conversación con Claire lo había dejado trastornado.

—¿Trajiste el ensayo de Psicología del Deporte?

Se sobresaltó al escuchar junto a él la voz de Abel Parker, un chico alto, negro y de cabellos ensortijados.

—Sí, aunque no está completo —expuso Jeremy, al recordar el escueto trabajo que llevaba en su *pendrive*.

—Uf, te la vas a cargar con Don Corleone —comentó con burla su amigo, haciendo referencia a su profesor, de ascendencia italiana, de Psicología del Deporte, cuyo rostro, siempre enfadado y de bigote poblado, les recordaba al despiadado personaje de la película *El Padrino*—. Te dio una semana adicional para mejorarlo, no para que le dieras nuevas excusas.

—Me he esforzado mucho, ¿vale? —mintió, arrepentido de no haber aprovechado la oportunidad que le habían dado.

Formaba parte del equipo de natación de la universidad, el cual se entrenaba duramente para participar en las competiciones nacionales de primavera. La universidad tenía una expectativa muy alta sobre su desempeño en esos juegos, e incluso habían conseguido que los financiaran algunos patrocinadores. Esa era una coartada perfecta para que los profesores le concedieran más tiempo en la entrega de los deberes, pero él casi siempre la desperdiciaba.

—Se te complicarán las cosas, tío. Ahora vas a tener que sorprenderlo gratamente

en el examen de la semana que viene si no quieres meterte en graves problemas con esa asignatura —le vaticinó Abel.

Jeremy contrajo el rostro en una mueca de disgusto. Aquello pondría en peligro su participación en los juegos. No podía tirar por la borda el trabajo de todo el equipo, pero tampoco podía ignorar el problema de su hermana.

Desvió la mirada para serenar las emociones y organizar sus ideas...; todas sus preocupaciones desaparecieron al verla.

—Hablamos más tarde —dijo despidiéndose de Abel y encaminándose hacia la chica.

—¿A dónde vas? ¿No entrarás a clase? —preguntó su amigo contrariado.

—¡Tengo que resolver primero un asunto! —le gritó mientras atravesaba a toda prisa la marea de alumnos que se dirigían a sus respectivas clases para llegar hasta ella. La joven avanzaba en dirección a la biblioteca.

—Muchos países industrializados, incluyendo el nuestro, poseen programas y políticas especiales para la inclusión educativa —expuso Maddie, quien caminaba encogida dentro de su abrigo. Esa mañana había amanecido húmeda y fría.

—Pero sigue existiendo discriminación en las escuelas. Los docentes no cuentan con una formación sólida que los ayude a superar las diferencias entre sus alumnos —debió Freddy Morgan, un joven alto, robusto y de cabellos negros que compartía con ellas algunas materias.

—Creo que el punto débil está en el programa educativo —argumentó Katherine, con rostro pensativo y las manos metidas dentro de los bolsillos de su abrigo—. El programa de educación especial está diseñado según el perfil clínico del niño, es decir, atiende su condición, pero no lo ayuda a integrarse en la sociedad. Y el sistema tradicional no considera los distintos ritmos de aprendizaje, ni siquiera de los alumnos que no poseen una discapacidad. Por eso nunca ha habido un avance de grupo; todo se centra en la competencia, en quién saca mejores notas o hace mejor las cosas.

—Entonces, ¿piensas que lo que debería cambiar es el programa educativo? —inquirió Freddy con el ceño fruncido.

—Pienso que no se consigue nada con diseñar un proyecto que enseñe a los docentes estrategias para manejar diferentes tipos de discapacidad si siguen implantando en su aula el método competitivo —se defendió Kate—. No solo los discapacitados quedarán relegados del grupo; entre el resto de los niños también existen diferencias. La discriminación en el aula es un mal de toda la vida, no de ahora.

—¡Qué exigente te has vuelto! —le recriminó Maddie. Llevaban varios días discutiendo el tema en el que se centraría la tesis que realizaría el trío, pero Kate no se mostraba conforme con ninguna propuesta.

—¡Katherine!

Ella se quedó petrificada al oír la voz de Jeremy a su espalda. Se giró sobre sus talones y lo observó con asombro. Él respiraba con agitación por haber corrido para alcanzarla, y mantenía esa sonrisa chispeante que tanto la había hecho suspirar, aunque, lamentablemente, esa vez estaba vestido.

Tuvo que contenerse para no llevar su mirada a su entepierna.

—¡Vaya, vaya!, ¡pero si es el señor polo de hielo! —se mofó Maddie, que recibió una mirada mortal por parte del susodicho.

—¿Logré cambiar tus preferencias sexuales, querida pastelito? —la fustigó Jeremy, pero la chica lo que hizo fue aumentar la sonrisa.

—¡Qué iluso! Para eso necesitarías tener el cuerpo de Jason Statham, la personalidad arrolladora de Hugh Jackman, la cuenta bancaria de Bill Gates, el carisma de... —Se calló, al pensar mejor lo que decía—. Olvídalo, es demasiado para ti.

Jeremy la ignoró y regresó su atención a Kate.

—Necesito hablar contigo.

—¿Vienes a devolverle la ropa? —lo fastidió Maddie, pero cerró la boca enseguida al recibir una mirada reprobatoria de su amiga.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Freddy lleno de curiosidad. Maddie lo tomó por el brazo y lo animó a que continuaran su camino hacia la biblioteca.

—Acompáñame. Te contaré una historia perturbadora, ocurrida una gélida noche de invierno... —relató la joven con voz teatral mientras ambos avanzaban por el camino empedrado.

—¿Cómo la soportas? —preguntó Jeremy cuando estuvieron solos, y posó una mano en la parte baja de la espalda de Kate para dirigirla al pequeño muro de piedra que separaba el sendero de los jardines, donde podían sentarse a conversar.

El contacto la sobresaltó, pero intentó disimularlo.

—¿Qué sucede?

—Necesito hacerte una pregunta —le dijo clavando la mirada en los ojos azules de la chica, escondidos tras las gafas de pasta. Ese día se había puesto un gorro de lana color mostaza, algo grande para el tamaño de su cabeza, pero que a él le parecía adorable.

—¿Sobre qué?

—Verás, yo no debería preguntarte esto, pero créeme, realmente necesito conocer la respuesta —expresó él con cierta inseguridad. El corazón de Kate comenzó a bombear con fuerza, hechizada por su atractivo masculino—. ¿Tú eres... virgen?

La chica dejó de respirar y arqueó las cejas.

—Lo siento —se disculpó Jeremy con una sonrisa—, te juro que es importante para mí saber si es así.

Kate permaneció inmóvil. Jamás imaginó que el chico por el que suspiraba en secreto fuera a hacerle alguna vez una pregunta como esa.

—¿Lo eres? —exigió él. La chica asintió con timidez, con el rostro sonrojado por la vergüenza—. ¡Perfecto! —exclamó, y se palmeó una rodilla; la sonrisa no le cabía en el rostro.

Kate aún estaba perpleja.

—Necesito tu ayuda —continuó Jeremy, se acercó a ella y le tomó una de las manos sin previo aviso. El contacto le agitó a la mujer un cúmulo de sensaciones en el vientre. Los ojos le chispearon llenos de expectativa—. ¿Recuerdas a mi hermana?

Ella volvió a asentir; no podía hacer nada más. Comprendía perfectamente por qué las mujeres se peleaban las atenciones de ese hombre: el timbre de su voz, su aroma, el brillo de su mirada y la forma de sus labios estaban hechos para seducir.

—Las amigas de Claire la están acosando para que pierda la virginidad —confesó él, que seguía sin notar el aturdimiento de la joven—. Necesito que me ayudes a convencerla de que no lo haga y buscar una manera para que no se burlen de ella.

Los ojos de Kate se ampliaron. Sabía muy bien lo crueles que podían ser las burlas de los chicos en la escuela, porque había sufrido personalmente ese tipo de acosos. Vivió sus peores años en el instituto, donde la tildaron de «rara» y «estúpida» por ser una chica aplicada, tranquila y poco atractiva. Nunca pudo resolver esa situación, todo terminó cuando entró a la universidad.

—Creo que no soy la persona indicada —se excusó. Además, el sexo nunca había sido su especialidad.

—¿Qué dices? ¡Eres perfecta! —gritó él. Las mejillas de la joven se inundaron de rubor—. No habría nadie mejor para ese trabajo.

—Tienes a otras amigas.

—¿Amigas? —Jeremy emitió un bufido—. En realidad, no tengo amigas, solo amigos, y si te refieres a las mujeres que suelen perseguirme, no permitiría que ninguna de ellas se acercara a mi hermanita, y mucho menos para hablarle de sexo.

—Pero yo...

Jeremy no podía permitir que la joven se negara. Claire era muy importante para él, la ayuda de Kate sería significativa.

—Ya te lo dije, eres una mujer perfecta, Katherine. —Ella se estremeció al escuchar su nombre salir de aquellos labios—. Eres el mejor ejemplo para mi hermana.

Millones de mariposas revolotearon en el vientre de Kate y la conmovieron hasta la médula. No podía ignorar una petición de Jeremy Collins.

—Lo... intentaré —dijo al fin sin mucho convencimiento. El joven, invadido por una gran emoción, la estrechó entre sus brazos en un firme abrazo que avivó aún más la llama en ella.

—Gracias. —La tomó por los hombros y la miró a los ojos—. Durante el almuerzo planearemos nuestra estrategia, ¿de acuerdo? —Él se levantó con renovados ánimos, dispuesto a hacer frente al profesor de Psicología del Deporte, tanto por entregar un ensayo incompleto como por presentarse unos minutos tarde a

su clase—. Te estaré eternamente agradecido, de veras. —Y se marchó.

Kate se quedó allí, inmóvil y desconcertada. No podía creer que hubiese recibido un abrazo de Jeremy Collins..., aunque, pensándolo bien, sus muestras de agradecimiento no la ayudarían a resolver el tremendo embrollo en el que se había metido.

La conversación con Jeremy había cambiado por completo su lunes. Le fue imposible mantener la atención en clase en toda la mañana. Se sentía tan ansiosa que, apenas llegó la hora del almuerzo, fue la primera en salir del aula para dirigirse a la cafetería y tratar de aplacar su nerviosismo con una bebida antes de reunirse con el joven.

—El proyecto para incentivar la lectura y la creación literaria con representaciones teatrales me parece genial, porque podemos abarcar distintas áreas: lenguaje, artes, historia, geografía y hasta biología. Pero el ecológico me resulta increíble —declaró Maddie, mientras ambas salían de la cola de la cafetería con sus vasos llenos con un espumoso capuchino—. Imagínate. Lograr un cambio social a través del consumo responsable, que no solo se base en educar sobre la sostenibilidad medioambiental, sino que enseñe a los niños normas de alimentación saludable. Ese sería un cambio importante.

Kate se sentó en una mesa cercana al ventanal y observó con inquietud hacia el exterior.

—El tema que propuso Freddy también es interesante. Ese de la *gymkana* de colores, donde cada color representa una actividad deportiva diferente o un juego recreativo, que motive a los niños a realizar deporte, compartir, trabajar en equipo y relacionarse entre ellos; eso permite que los chicos se integren —continuó fustigando la joven, sin notar que su amiga no le prestaba atención—. Él se ha especializado en el tema de la integración escolar, creo que no tendremos problemas con la teoría si elegimos ese proyecto.

Maddie alzó el rostro hacia Kate y al verla con la mirada perdida en los jardines de la universidad, removiendo su café sin haberle agregado aún el azúcar, puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Si elegimos el proyecto deportivo, podemos pedirle ayuda a Jeremy Collins. —Amplió la sonrisa cuando Kate giró rápidamente el rostro hacia ella. Ahora sí contaba con toda su atención.

—¿Jeremy? —inquirió esta con desconcierto.

—Sí, Jeremy. Estudia Educación Física, es experto en *juegos*... —expuso la chica con tono sarcástico, haciendo referencia al tema sexual y no al educativo. Kate achinó los ojos para traspasarla con una mirada severa.

—El hecho de hacer una tesis entre tres personas nos compromete a realizar un trabajo excepcional; si incluimos a Jeremy, nos exigirán mucho más.

—Yo no digo que lo incluyamos en la tesis, hablo de pedirle asesoramiento —expuso Maddie con una teatral inocencia, al tiempo que abría los sobres de azúcar

para agregarlos a su café—. Podrías pedirle que vaya esta noche a nuestra habitación para explicarle el proyecto —continuó, y dirigió una mirada llena de picardía hacia su amiga—. Hoy me quedaré con mi novia en su departamento, la ayudaré a redactar unas cartas para solicitar un préstamo al banco, aprovecha que estarás sola e invítalo —propuso.

—¿¡Qué!? ¿Qué voy a hacer con Jeremy en mi cuarto?

Maddie arqueó las cejas.

—¿Necesitas ideas? No te preocupes por eso, Jeremy es experto en distracciones.

Kate procuró ocultar su nerviosismo.

—Olvídalo. Eso jamás sucederá —expresó la joven con un deje de decepción en la voz. Sabía que ella no era el tipo de mujer que Jeremy buscaba; nunca lograría que él la mirase con ojos llenos de deseo.

—Idiota. Si no te lanzas a la aventura, jamás sabrás si es divertida o no.

—Ya lo he hecho, y sé que no es divertida.

—No generalices, Katherine. Porque una vez tuviste una decepción, no quiere decir que todas las demás serán igual. Eres demasiado inteligente para creer eso.

La joven suspiró con cansancio y se levantó de la mesa.

—¿A dónde vas? —preguntó Maddie desconcertada.

—A la biblioteca. Tengo que hacer unas fotocopias —mintió mientras tomaba su mochila y el café.

—¿No vamos a almorzar?

—No tengo hambre. Hablamos en clase —informó, y se encaminó hacia la puerta de la cafetería.

—Kate —la llamó Maddie. Ella se giró para observarla con resignación—. Manda a la mierda todo lo que te moleste. La vida es muy corta para desperdiciarla con desilusiones.

La chica bajó la vista mientras asimilaba aquellas palabras, luego se despidió de su amiga con una mano y se giró para marcharse en dirección a la biblioteca. Al llegar, se sentó en un banco de piedra junto a los jardines laterales, donde pudo tomar su café sin dejar de pensar en la sentencia de Maddie.

Minutos después, y al ver que Jeremy no aparecía, comenzó a sentirse una estúpida. ¿Qué demonios hacía? ¿Por qué le daba tanta importancia a un sujeto que durante toda su vida había pasado de ella y solo la veía como la vecina buena?

Era una pérdida de tiempo estar allí; debía ocuparse de sus estudios. Todo iría bien mientras se dedicara a su futuro como maestra. Cada vez que pretendía encauzar su vida hacia áreas más banales, algo salía mal y trastocaba su existencia.

En medio de un suspiro, tomó su mochila y se la colgó al hombro, dispuesta a regresar a los edificios de aulas. Aún le quedaba media hora antes de entrar a la próxima clase, podía leer un poco. La lectura la ayudaría a cultivar el intelecto y controlar las hormonas.

Echó a andar por el sendero empedrado, pero se detuvo al ver a Jeremy correr

hacia ella. Se quedó paralizada, sin saber qué hacer: si se hacía la desentendida o lo recibía con una sonrisa. No quería que él notara su ansiedad.

No obstante, la sonrisa arrebatadora de él le eliminó todo rastro de inteligencia. Se mantuvo como una estatua en el mismo sitio, con el corazón martilleándole en los oídos.

—Sabía que estarías aquí. Discúlpame por llegar tarde —se excusó el joven, al tiempo que intentaba recuperar el resuello.

—No te preocupes, llegaste a tiempo —se esforzó por responder. Desde que tenía cinco años, la presencia de Jeremy Collins la afectaba.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó, y señaló el banco de piedra donde ella lo había esperado. Kate asintió y se sentó en una esquina, abrazando la mochila contra su pecho.

Su ansiedad creció cuando él se sentó muy cerca, con una pierna rozando la de ella. Su calor y su fragancia la abrumaron.

—Verás —comenzó Jeremy—, las amigas de mi hermana dicen haber tenido sexo y la incitan a hacer lo mismo. Claire es una niña, hace poco cumplió los doce años, no debería estar pensando en esas cosas, pero todos los días se burlan de ella en la escuela, y lo peor es que pronto harán una fiesta en la que pretenden obligarla a perder su virginidad.

—¿Y cómo quieres que intervenga?

—Habla con ella. Convéncela de que no lo haga y se aleje de esas niñas —pidió él.

Kate suspiró, sabía por experiencia que eso no sería un trabajo fácil.

—Y en vez de negociar con Claire, ¿no crees que sería mejor hablar con sus amigas?

—Si le dirijo la palabra a esas tontas será para exigirles que se alejen de mi hermana —expresó con dureza—, pero Claire no quiere que lo haga; son las mejores amigas que tiene. —Se quedó pensativo unos segundos—. En realidad, son las únicas que le conozco. No las quiere perder.

—Si todas sus amigas han tenido sexo, será inevitable que ella también lo tenga, ¿no te parece?

—¡Es una niña! —afirmó Jeremy con la mandíbula apretada y el ceño fruncido.

—Pero es un problema del grupo, no solo de Claire.

—No me importa lo que hagan las otras, solo lo que hace mi hermana. —Él se acercó a Kate y la obligó a que alejara una de las manos de la mochila para poder envolverla entre las suyas—. Claire no está preparada para eso, ¿y si queda embarazada? ¿O termina con alguna enfermedad venérea? ¿O con un trauma psicológico? Su vida se destruirá, y la de mi padre..., y la mía.

El corazón de la joven se arrugó al ver el rostro suplicante del joven.

—Ya te he dicho que no soy la indicada para ayudarla. No sé nada de sexo.

—Claro que eres la indicada. ¡Eres virgen! —expresó Jeremy, como si aquello

resolviera el problema. Kate miró hacia los lados con nerviosismo, para asegurarse de que nadie había escuchado sus palabras—. Podrías explicarle cómo has hecho para llegar virgen a los veintiuno.

Ella bajó los hombros en señal de derrota y desvió el rostro para esconder su frustración. Su exitosa proeza la había logrado porque las únicas personas que se le acercaban en la escuela eran niñas tímidas, silenciosas y obsesionadas con los estudios, como ella; las alegres y populares la evitaban como la peste. Tal vez, si hubiera logrado congeniar con ese tipo de chicas, la historia habría sido otra.

—Mi experiencia no le servirá —concluyó.

Jeremy tomó el mentón de Kate con una mano y le levantó la cabeza para poder mirarla a los ojos. Ella, al ver que estaba a escasos centímetros de él, dejó en libertad un torrente de adrenalina que le agitó por completo el organismo.

—Ayúdame, te lo ruego. No sé qué hacer —le suplicó.

Sin embargo, al tenerla tan cerca, él pudo apreciar con mayor detalle el rostro de la chica. La piel que sus dedos tocaban era tan suave como el terciopelo, y los ojos se le estiraban un poco hacia el exterior, concediéndole una forma seductora, similar a una almendra, con los iris tan azules que parecían un mar limpio y profundo, de un turquesa intenso. Cada vez que ella parpadeaba, las pestañas, largas y de color castaño, se abrían y cerraban como las alas de una mariposa; y los labios, aunque no se había puesto ningún tipo de maquillaje, tenían tanto color y brillo que le hacían agua la boca.

Le resultaba imposible dejar de admirarla. El rostro celestial de Katherine Gibson era tan hermoso y perfecto que se sintió perturbado.

Kate se atemorizó al notar que Jeremy observaba enfebrecido sus labios. La sangre se le congeló por los nervios. Jamás había tenido tan cerca a un chico, mucho menos a uno como él, con una mirada tan abrasadora y peligrosa.

Se aclaró la garganta y se incorporó en el banco para evitar su contacto.

—Yo tampoco sé qué hacer —reveló.

Él la observó con desconcierto. Conocía a Kate desde la infancia; vivía a pocas casas de la suya. En varias ocasiones se había sentado a su lado en la escuela para copiarse en un examen, o le había insistido para que trabajaran juntos en alguna tarea, y garantizar así que le aprobaran una materia. Sin embargo, jamás había detallado sus facciones.

Era hermosa, eso siempre lo supo, pero para él su belleza no poseía un atractivo que despertara la virilidad en un hombre; era más bien el tipo de hermosura que cautivaba, digna de admirar, de esas que conmovían y que deseabas proteger. Similar al de una niña. No obstante, ahora se daba cuenta de que Kate hacía tiempo que había dejado atrás la niñez. La realidad le golpeaba la cabeza con la fuerza de un yunque. No entendía cómo no se había percatado de ese pequeño detalle, aunque nunca era tarde para rectificar los errores.

Se relamió los labios sin dejar de evaluarla. Quería quitarle las gafas y

contemplarla durante más tiempo, hasta lograr descubrir en ella algún defecto que la hiciera real. Todo lo que veía era perfección.

—Te necesito —le dijo, sin estar muy seguro de a qué tipo de necesidad se refería, si era para cubrir su apetito carnal o para ayudar a su hermana.

Kate se mordió los labios y lo miró con la cabeza ladeada. Reconoció que era imposible negarle algo a él, sobre todo, cuando la miraba con tanta intensidad.

—Está bien, lo haré —le aseguró, y Jeremy sonrió.

Sí, la necesitaba para ayudar a su hermana, pero también anhelaba con furia probar esos labios. Kate representaba para él un reto, un fruto prohibido y aún oculto que de alguna manera debía tomar.

Hasta ahora, a Jeremy Collins no se le había escapado ninguna mujer, y Katherine Gibson no iba a ser la primera.

CAPÍTULO 3



Los días pasaron como suspiros, y cada vez resultaban más diferentes para Kate. Durante el almuerzo, ya no solo comía acompañada por Maddie y Freddy, sino que en ocasiones, Jeremy la buscaba y se quedaba junto a ella con la excusa de hablar sobre el problema de su hermana..., y todo eso en medio del hostigamiento constante de Maddie, que no paraba de expresar lo extraño que le parecía el comportamiento del chico, y de la presencia de algunos de los compañeros de Jeremy, que no lo dejaban ni a sol ni sombra.

El corazón le palpitaba con energía cuando lo veía. Le encantaba su compañía, su sonrisa torcida y su mirada penetrante. La ropa que le había devuelto ahora la guardaba como una reliquia. No sabía por cuánto tiempo se deleitaría con su presencia, de modo que no se atormentaba con preocupaciones e intentaba disfrutar del momento.

El viernes, después de clase, acordaron viajar a Providence para iniciar el plan que habían trazado. Aunque era habitual que se quedaran los fines de semana en la universidad —Kate ocupándose de sus estudios y Jeremy asistiendo a las prácticas de natación o a las fiestas que organizaban las fraternidades—, el problema de Claire los obligaba a romper la rutina.

—¿Cuándo irás a verme al centro acuático? —preguntó él mientras salían del estacionamiento de la universidad en su Kia.

Ella se sonrojó por aquella extraña petición; no imaginaba que el hecho de haber aceptado ayudarle con su hermana incluiría también formar parte de su vida.

—A esa hora tengo clases.

—Pero no todos los días. Podrías dejar alguna vez de ir a la biblioteca y acompañarme en el complejo.

La chica miró por la ventanilla para ocultar su inquietud. Sin que él se diera cuenta, ella había asistido en ocasiones a las prácticas de natación. Le encantaba verlo

en traje de baño, con la *lycra* marcándole las nalgas redondeadas..., pero era aún mejor admirar sus piernas fibrosas, sus vigorosos brazos y su torso musculoso, de cintura estrecha y hombros anchos. Cuando salía de la piscina, con los cabellos ocultos bajo el gorro y el cuerpo completamente mojado, a ella le estallaban decenas de emociones en el vientre.

—Me gustaría que fueras algún día —continuó Jeremy—. El próximo viernes tendremos una competición amistosa con el equipo de la Universidad de Providence, como práctica para los juegos nacionales. Tu presencia me animaría.

Ella se giró y escrutó con rostro ceñudo el perfil del joven. Era habitual que muchas chicas asistieran al complejo y gritaran con emoción su nombre para alentarlos. ¿Qué diferencia había entre que ella asistiera y no asistiera? Jeremy no la necesitaba para alimentar su ego, sino para resolver el problema de Claire.

—Intentaré ir —concluyó.

Se subió con un dedo las gafas sobre el puente de la nariz y se mantuvo con la mirada fija en la carretera, sin decir nada. Así pasaron varios minutos, mientras Jeremy tomaba la interestatal, hasta que decidió romper el mutismo. No se manejaba bien en los espacios silenciosos, así que encendió la radio del coche y sintonizó una emisora de música alternativa.

—¿Qué tipo de música te gusta? —consultó con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Le encantaba la canción que estaba sonando.

—Esa —respondió ella.

Él la miró con asombro.

—¿Te gusta Lorde?! —exclamó con una expresión indescifrable, entre sorprendida y espantada, mientras escuchaban el tema «Royals» de la cantautora neozelandesa de *pop* electrónico.

—Lo extraño es que a ti te guste —expuso la mujer con una sonrisa irónica. Lorde era una artista innovadora y algo rebelde, y sus canciones encajaban poco con la personalidad vanidosa y conformista que ella le adjudicaba a su amigo.

—¿Por qué no debería gustarme? ¡Tú eres la extraña aquí! La gente como tú no escucha ese tipo de música.

—¿La gente como yo? —inquirió Kate con incredulidad—. Esa canción critica la falsa perfección que persigue nuestra sociedad, y no te he visto en desacuerdo con los comportamientos superficiales de esta generación. Esa música no va contigo —rebatía con seguridad.

Él la observó de reojo, completamente desconcertado.

—¿Contigo sí? —insistió Jeremy.

Si bien él prefería imitar las actitudes típicas de los jóvenes de su edad, para así aportar algo de «normalidad» a su vida sobrecargada de responsabilidades, en ocasiones no compartía sus intereses.

Ella le dirigió una mirada furtiva y bastante desdeñosa.

—No me conoces —fue lo único que pudo añadir.

Odiaba los modos frívolos y egoístas con los que se manejaban muchos de los miembros de su generación. Ella ya contaba con una buena dosis de arrepentimiento por haber intentado en cierta ocasión ser como ellos, pero no consideraba inteligente rebelarse. Hacía su vida a su manera, centrándose en lo que consideraba importante.

—Es cierto, pero tendrás que reconocer que no transmites una imagen de mujer enfadada con el mundo; por eso me extraña que te guste ese tipo de música.

—¿Y qué es lo que transmito, si se puede saber? —preguntó la mujer con cierta irritación.

—Belleza, simpatía, ternura... Pareces amante de la música clásica, como Beethoven.

Kate soltó un bufido y arrugó el ceño.

—Eso es lo que tú crees ver en mí —impugnó ella—. Si fuera guapa, tendría a un montón de chicos yendo detrás de mí; si fuera simpática, tendría decenas de amigos; y si fuera tierna..., me acariciarían las orejas como a los cachorros —explicó para hacerle notar su desagrado, aunque lo que provocó en realidad fueron las sonoras risotadas de Jeremy.

—Eso es lo que pareces, un tierno cachorro —se burló él. Ella puso cara de indignación—. Bueno, para ser sincero, es lo que parecías hasta hace unos días —reveló, y le dedicó una mirada seria y algo ansiosa—. Después te vi mejor y me di cuenta de que habías crecido. Y mucho —enfaticó.

Aquellas palabras confundieron a Kate. ¿A qué se refería Jeremy con eso de que «después te vi mejor»?

—¿Te das cuenta? —expuso ella, dejando de lado sus dudas—. Me observas de lejos y haces una débil apreciación de mí, y luego, cuando te acercas, reconoces que te has equivocado. Si te acercaras un poco más, verías lo que en realidad soy.

Él apretó las manos en el volante. La curiosidad le produjo una perturbación poco habitual en el estómago.

¡Claro que se acercaría más! Ansiaba conocer a esa mujer, comprobar si su cuerpo poseía la hermosura que él le había adjudicado. Quería saber cómo se sentiría entre sus brazos y cómo tendría que tocarla para hacerla estremecer, a qué sabría su piel, qué rostro pondría cuando la hiciera llegar al orgasmo...

Se aclaró la garganta y se obligó a desechar esos pensamientos libidinosos, mientras se acomodaba con disimulo en el asiento para ocultar su erección.

—Puedo estar equivocado en algunas cosas, pero seamos honestos: no tienes pinta de mujer enfadada.

—Y según el criterio de Jeremy Collins, ¿qué *pinta* deberíamos tener los que no estamos de acuerdo con la superficialidad del mundo?

—No sé, quizás... un estilo de vestir más oscuro, con mucho maquillaje, uñas pintadas de negro, *piercings* en la cara y tatuajes en el cuerpo —enumeró solo para fastidiarla, sin apartar su atención de la vía. Sabía que no era necesario lucir esos accesorios para tener una «ideología rebelde», pero estaba convencido de que Kate no

era el tipo de persona disconforme con los valores actuales de la sociedad. Parecía más bien una blanca paloma, con un corazón tan grande como un rascacielos—. Tú tienes un estilo diferente. ¡Eres perfecta! La fiel integrante del coro que dirige tu padre en el rectorado de San Ramón.

Kate puso los ojos en blanco. Su padre era profesor de música en una escuela de secundaria y director del coro parroquial de una iglesia católica. Ella había sido solista durante años en esa agrupación, pero al entrar en la universidad y mudarse a Kingston, no pudo continuar. Sin embargo, colaboraba ocasionalmente en algunos eventos benéficos y misas especiales.

—Deberías pasarte un día por la iglesia y reunirte con los chicos del coro para que veas que no todos son iguales y que ninguno es amante de la música clásica —lo reprendió.

—No creo que me dejen entrar —se mofó él.

—No creo que te *atrevas* a entrar —lo desafió ella.

Sabía que Jeremy era de esas personas que preferían inclinarse por lo conocido, por lo que sus ojos pudieran definir, por reflejar una imagen popular para no ser considerado diferente y así garantizar su pertenencia a un «grupo». No le gustaba experimentar con la soledad, sondear misterios, ahondar en emociones desconocidas; eso lo haría un «extraño» y rompería los estereotipos que él mismo se había autoimpuesto.

Puede que ella no tuviera una apariencia de mujer enfadada, pero, definitivamente, él no tenía ni apariencia ni espíritu rebelde. No se atrevería a mirar más allá de la superficie de las cosas por miedo a lo que pudiera encontrar. Entonces, ¿cómo era posible que compartieran aficiones como la de la música?

—Además —continuó ella, aún enojada por la actitud sarcástica de él. Debía hacerle tragar sus burlas de alguna manera—, ¿qué te hace pensar que no tengo un tatuaje en el cuerpo?

Jeremy se giró hacia ella sorprendido. Las cejas se le elevaron en un arco perfecto.

—¿Tienes uno? —preguntó con incredulidad, volviendo enseguida su atención a la carretera.

—Podría ser —respondió ella alzando los hombros con indiferencia, sin mirarlo a los ojos.

Él la observó de nuevo de pies a cabeza. La sangre comenzó a bullirle en las venas. Katherine Gibson acababa de cometer un serio error: lo había desafiado, y en el terreno que él mejor conocía.

No obstante, junto a la emoción que aquel reto le produjo, un halo de inquietud se agitó en su pecho. ¿Qué clase de mujer llevaba a su casa para que aconsejara a su hermanita? ¿Una rebelde sin causa escondida en el cuerpo de una chica decente y timorata?

Los ojos se le abrieron como un par de huevos fritos y observó de reojo a la chica

que se mantenía relajada a su lado, con la mirada fija en el camino, peinándose con los dedos distraídamente los mechones rubios que le caían sobre el hombro derecho mientras tarareaba el tema «Dark Horse» de Katy Perry que transmitían por la radio, justo en la parte que decía «¿Estás listo para una tormenta perfecta? Porque una vez que seas mío, no habrá vuelta atrás».

Se estremeció.

No. Se negaba a creer que se había equivocado con Kate. Aún seguía siendo virgen, y esa era la experiencia que necesitaba que su hermana conociera.

Lo que ella no sabía era que, algunas veces, él acudía con su padre a la iglesia. Sí que le gustaba ahondar en temas profundos, que se explicaran más por lo que captaran los sentidos que por complejas definiciones. Era curioso por naturaleza, y ella se había transformado en su tema de estudio. No pararía hasta descubrirla y encontrar esos supuestos tatuajes escondidos en su cuerpo.

Durante el resto del viaje evitaron tocar temas que avivaran aún más la curiosidad por el otro. En lugar de eso, conversaron sobre cosas triviales, como los estudios, las próximas competiciones de natación y las últimas anécdotas del campus. Llegaron a la casa de Jeremy cuando el sol se había ocultado y la luna brillaba en el cielo, acompañada por algunas nubes.

Kate observó, algo intimidada, la construcción de dos plantas fabricada en madera blanca y con techo de tejas en la que sus ojos se perdían desde niña. El hogar contaba con una terraza en el primer piso, sobre el porche de la planta baja, donde tantas veces había visto a Jeremy reunirse con sus amigos a hablar de deportes, fiestas o chicas mientras tomaban cerveza.

Salieron del vehículo y se encaminaron a la pequeña reja que daba acceso al jardín. Él la abrió y le dio paso a Kate dedicándole una mirada con un brillo pícaro en los ojos. Ella avanzó hacia el porche, ignorando el efecto que él provocaba en su sistema nervioso.

—Recuerda: no digas ni una sola palabra sobre el problema de Claire delante de mi padre —advirtió Jeremy en susurros cuando subieron las escalinatas de cemento y llegaron a la puerta principal—. Si él se entera, querrá hablar con los padres de las amigas de mi hermana, y eso Claire no me lo perdonará jamás.

Ella asintió. Se sentía como una intrusa, inmiscuyéndose en problemas que no le concernían. La sensación de no ser la indicada para abordar aquella situación no la abandonaba ni un segundo.

Entraron en la casa. La sala ya la conocía; de pequeña, se había reunido allí con Jeremy y otros compañeros a realizar deberes escolares. Era un espacio confortable, con sillones mullidos, un equipo de música moderno y recuerdos de viajes o trofeos de natación de Jeremy adornando las repisas. En la pared que daba a la calle había un inmenso ventanal que iluminaba la estancia, aunque en ese momento las gruesas cortinas estaban echadas.

Pasaron a un área de descanso a la que se accedía atravesando un vano arqueado

cubierto por una cortina de cuentas de colores. El ambiente se dividía en dos habitaciones: una abierta ocupada por un gran sillón negro de cinco plazas, una mecedora de madera y una alfombra de pelo poblada de cojines, que precedían a un gran televisor de setenta y dos pulgadas anclado a la pared, y otra que albergaba la biblioteca, el lugar de trabajo del padre de Jeremy.

Al escuchar cerrarse la puerta principal, Trevor Collins se levantó de la mecedora y se enfundó las pantuflas. Intentaba poner en orden sus cabellos canosos cuando los jóvenes entraron al cuarto de estar.

—¿Jeremy? Pensé que no vendrías a casa este fin de semana —le dijo a su hijo y observó a Kate con sorpresa—. ¡Y vienes acompañado! Debiste avisarme para arreglarme un poco. —Sonrió avergonzado y se estiró la camisa de franela que llevaba para intentar esconder un pantalón corto de pijama con diseño infantil.

Kate se sonrojó y apretó los labios, sin saber si disculparse o salir corriendo.

—Tranquilo, papá. Kate no le dirá a nadie que duermes con un pijama de tractores rojos manejado por un osito —se mofó Jeremy mientras alcanzaba a su padre para saludarlo con un abrazo—. ¿Cómo has pasado la semana?

—Bien —confesó Trevor alzando los hombros para restar importancia al tema—, ha sido una semana tranquila. Pero ¿cómo es que has venido? —preguntó, y lanzó una mirada curiosa hacia Kate.

—Debo presentar un proyecto en unos días y por error dejé los libros aquí —argumentó—. Además, como tengo competiciones el próximo viernes, me paso las tardes en el centro acuático y no he tenido tiempo de investigar. Por eso le pedí una ayuda desesperada a Kate, y ella aceptó —expuso con la mirada fija en la chica y una gran sonrisa en los labios.

—Aaah, bueno —expresó Trevor—. La próxima vez sé más responsable —le recriminó a su hijo—. Que te eche una mano no quiere decir que tenga que dejar de lado su vida para viajar contigo. Quizás ella tenía algo que hacer en la universidad y tuvo que posponerlo por tu culpa.

Ahora era Jeremy el que miraba a su padre con desconcierto; no había caído en esa posibilidad. Kate sintió que era necesario intervenir. Sí que tenía cosas que hacer en la universidad: había quedado con Maddie y Freddy para estudiar para un parcial sobre métodos de enseñanza; sin embargo, podía hacerlo sola, no tenía problemas con el tema, y no quería perder la oportunidad de estar cerca de Jeremy. Esa sería una experiencia que, estaba segura, nunca se repetiría.

—No se preocupe, señor Collins —dijo dirigiéndose a Trevor—, este fin de semana tocaba limpieza general en la residencia donde vivo. En realidad, Jeremy me ha salvado de lavar retretes —justificó con una sonrisa nerviosa e hizo un extraño gesto con la nariz: la movía de un lado a otro, provocando que sus gafas se bajaran, teniendo que devolverlas a su lugar con el dedo. Se le daba fatal mentir, y cuando le correspondía hacerlo, era atormentada por una comezón imaginaria en la nariz, que le recordaba lo tonta que era.

—¿Lo ves? —dijo Jeremy a su padre—. No hice nada malo.

Trevor puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—¿Vais a quedaros a estudiar aquí?

—Un rato. —Jeremy se giró hacia Kate y le guiñó un ojo, lo que despertó el aleteo de cientos de mariposas en el vientre de la chica.

—Prepararé la cena. Kate, ¿vas a acompañarnos? —preguntó mientras caminaba en dirección a la cocina, situada al fondo y separada del resto de la casa por una puerta. Su andar estaba marcado por una leve cojera, fruto de una lesión de cadera que había tenido de joven jugando al rugby y que, con el tiempo, se transformó en artrosis.

—Por supuesto —respondió Jeremy, sin prestar atención a la agitación de la chica, que sacudía la cabeza negando—. ¿Claire está?

—Sí. A esta hora echan una de sus series preferidas. Debe de estar en su cuarto —explicó su padre al tiempo que desaparecía en la cocina.

—Vamos —dijo Jeremy, y tomó a Kate de la mano para conducirla hacia las escaleras que daban al primer piso, situadas en un lateral de la sala.

La mano de la joven parecía arder como brasas. La piel áspera pero de contacto suave del chico la trastornaba. Había pasado muchas noches soñando en su alcoba con el momento en que caminara junto a él tomada de la mano, y ahora que lo hacía, en vez de emoción, lo que sentía era temor. No obstante, aquel miedo se debía sobre todo a la delicada responsabilidad que asumiría: servir de guía a una adolescente no sería un trabajo fácil.

Subieron las escaleras en silencio hasta llegar a un pequeño descansillo. Avanzaron por un pasillo estrecho, que se alargaba hasta el fondo de esa planta, y se detuvieron frente a la última puerta de la derecha.

Al llegar, Jeremy miró fijamente a Kate.

—Te dejaré a solas con ella —le informó con una voz tan baja y sutil que resbaló dentro de los tímpanos de la chica como una caricia. Sin soltar su mano, le levantó la barbilla con un dedo—. Yo estaré en mi habitación; cuando termines, búscame. Es la primera puerta de la izquierda —explicó mientras estudiaba el rostro de la joven, que reflejaba su inquietud.

—Lo haré —confirmó ella. Tenía las mejillas arboladas, aunque no sabía si era por la ansiedad que le producía la inminente conversación con Claire o por la emoción de tener a Jeremy tan cerca.

Era en momentos como esos cuando anhelaba ser otro tipo de mujer. De esas que no cuidaban con celo su comportamiento para no desviarse nunca de sus metas. Ansiaba contar con el valor necesario para reducir el espacio que había entre ellos y tomarlo por la nuca para darle un beso arrebatador que le quitara el aliento y le apagara la conciencia.

Ahogada por la penetrante mirada de Jeremy, pestañeó varias veces para recobrar la cordura e intentó bajar la cabeza, pero él alzó su otra mano, le acarició la mejilla y

dejó que sus dedos se sumergieran entre los cabellos de la chica.

—Siempre estaré agradecido por esta ayuda —le dijo con una voz gruesa y vibrante que la estremeció.

Jeremy paseó sus ojos por cada centímetro de su rostro. La observaba con detalle, deseoso por arrancarle las gafas para que no se interpusieran en su escrutinio, sin percatarse siquiera de que su dedo pulgar parecía haber cobrado vida propia y le acariciaba la mandíbula a la joven.

Ella había quedado como fosilizada en el lugar. No tenía fuerzas ni para respirar. Él se acercaba con seguridad hacia su rostro, en busca de sus labios...

Pero entonces la puerta de la habitación se abrió de golpe, rompiendo el momento íntimo que se había creado entre los dos.

Jeremy retrocedió un paso rápidamente y se giró hacia su hermana algo confuso.

—¡Claire! —la saludó con exagerada alegría y le dio un abrazo un poco brusco. La niña lo miró con extrañeza, sin comprender qué hacía su hermano parado frente a la puerta de su habitación, y menos aún en compañía de una de sus vecinas.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Vine porque... —Él titubeó. Observó a Kate, que seguía petrificada a su lado y con el rostro pálido, y alzó las cejas sin creerse lo que había experimentado hacía apenas unos segundos—. He traído a Kate para que nos ayude con nuestro problema —explicó.

Claire paseó su atención entre ambos, aún sin comprender.

—¿Qué problema?

—El que hablamos antes de irme a la universidad —dijo, y la miró con intención. Los ojos de la niña se abrieron en su máxima expresión. No podía creer que su hermano le hubiera contado a alguien más su situación—. No te preocupes, Kate me juró que guardaría silencio. —Él respiró hondo antes de continuar. La puesta en marcha de «su plan» lo ponía nervioso—. Ella está aquí porque es la más indicada para aconsejarte sobre... eso.

Katherine y Claire se pusieron tensas. Jeremy no podía asegurar cuál de las dos se sentía más avergonzada, pero era necesario que conversaran entre ellas. Tenía todas sus esperanzas puestas en Kate. No quería plantearse ni por un segundo que la joven no hallaría una solución acertada.

—Os dejaré para que habléis a solas. —Inmediatamente recibió las miradas suplicantes de ambas chicas, pero ignoró el ruego silencioso que le hacían y prosiguió —: Yo esperaré en mi habitación —dijo a Claire con rostro severo—. Debes confiar en Kate; si no, tendré que hablar con papá para que tome cartas en el asunto. No pienso dejarte ir a esa fiesta sin haber resuelto este problema, ¿entendido?

El rostro acongojado de la pequeña estuvo a punto de quebrantar su determinación, pero se llenó los pulmones de aire y se irguió para dejar clara su postura. Luego hizo una inclinación de cabeza hacia Kate para infundirle valor, y dándole la espalda, se dirigió hacia su habitación.

Ambas se quedaron allí, pasmadas, observando cómo él desaparecía tras su puerta. Segundos después de quedar solas, Claire reaccionó y la invitó a pasar.

Kate entró a la habitación con paso titubeante y la mente en blanco. No tenía la más mínima idea de qué podía hacer para ayudar a esa niña.

CAPÍTULO 4



—Tienes un dormitorio muy bonito —comentó Kate al entrar en la habitación de Claire, un espacio pequeño, de paredes forradas con un empapelado de un rosa tenue y cubierto por muñecas de trapo de diversos tamaños y modelos.

Había muñecas en cada rincón: sobre las repisas, en la mesa de estudio, encima del armario, sobre el edredón de la cama, en la mesita de noche, e incluso en el suelo, mezcladas con zapatillas de baile, fotografías enmarcadas de diversas exhibiciones de la chica con el *ballet* de Providence, mallas y tules de colores.

—Es muy infantil —se quejó la niña, que se esforzaba por no reflejar su incomodidad. Se sentó con desparpajo en la silla del escritorio y bajó la mirada al borde del jersey verde oliva que utilizaba como pijama. Sus dedos estrujaban la tela, ansiosa por que su inoportuna visitante se marchara.

Kate la observó con frustración. Allí estaba, comprometida con Jeremy para ayudar a su hermana por hacerle caso a sus hormonas, a pesar de que resultaba evidente que la joven no quería su ayuda. Sin embargo, ya no podía dar marcha atrás. Si no actuaba con inteligencia, quedaría como una estúpida. Debía encontrar alguna manera para congeniar con ella.

—Tienes muchas... muñecas —expresó, al tiempo que se paseaba por la habitación evaluando la extensa colección de la niña. Ella solo había tenido una, que terminó deshecha en la lavadora después de años de uso.

—Mi mamá las hacía —respondió Claire con poco ánimo—. Y quiso que las conservara.

—¿No te gustan? —preguntó la joven mientras se sentaba en el borde de la cama, frente a la chica, y se quitaba el abrigo.

—Sí —reconoció Claire, y se encogió de hombros.

Kate repasó con la mirada la habitación. Estaba decorada con motivos demasiado infantiles. La niña crecía, se encontraba en una etapa de su vida en la que los cambios

eran necesarios.

—Tu hermano me ha contado el problema que tienes con tus amigas —comentó Kate para entrar de una vez en el tema. Claire levantó la mirada unos segundos, pero enseguida volvió a esconderla—. Me dijo que muy pronto harán una fiesta donde pretendes... perder la virginidad.

El silencio se instaló entre ellas. Kate no podía apreciar la reacción de la chica porque tenía el rostro bajo.

—Será en tres semanas —reveló la niña casi en susurros.

—Y tú, ¿quieres hacerlo?

—Sí —contestó sin alzar la vista.

—¿Estás segura?

Más silencio. La paciencia de Katherine amenazaba con agotarse, hasta que Claire, en medio de un suspiro, se incorporó en la silla y se puso erguida con los ojos fijos en ella.

—No sé qué hacer. Por eso estoy nerviosa —confesó—. ¿Tú lo has hecho alguna vez?

Kate se sobresaltó ante la repentina pregunta.

—No —respondió casi de inmediato.

—¿No?

—No.

Una amarga sensación invadió a la joven. Se sentía ridícula. ¿Cómo pretendía ayudar a una muchacha de doce años que quería ser mujer? Debería más bien empaparse con su valentía.

—Quiero hacerlo —afirmó Claire.

Kate observó el rostro inexpresivo y la postura rígida de la niña. Quería transmitir seguridad, pero había algo oculto tras esa actitud que revelaba su temor.

—Yo también —murmuró. Las cejas de Claire se arquearon por la incredulidad—. Digo..., quisiera hacerlo... algún día —completó para salvar su torpeza. No debía expresar en voz alta sus pensamientos.

—¿Y por qué nunca lo has hecho?

La joven suspiró.

—No sé. —Por un momento pensó en recurrir a la consabida respuesta: «Porque no he encontrado al indicado», sin embargo, sabía que esa no era la verdadera razón. Si estuviera cara a cara con un chico honesto que la tratara como a una dama, también se negaría—. Creo que... me aterra la idea de hacerlo.

Claire se levantó de la silla y se acercó a ella para sentarse a su lado sobre la colcha, con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en su regazo.

—¿A qué le tienes miedo? ¿Al dolor? ¿A las burlas?

Kate meditó lo que diría a continuación. Se encogió de hombros y se frotó las manos con nerviosismo.

—No estoy segura..., yo tampoco sabría qué hacer. No sé si sería capaz de estar

desnuda frente a un hombre. Me moriría de vergüenza.

Claire se quedó pensativa por unos segundos; luego agregó:

—Pero... ¿lo has intentado alguna vez?

La joven se mordió los labios. No lo había intentado una, sino dos veces, aunque la última la obviaría. La niña no necesitaba conocer todos sus errores, sobre todo, el peor de ellos.

—Sí. Una vez —expresó con la voz apagada.

—¿Y qué pasó? —Los ojos de la chica se abrieron como platos.

Kate dudó. No le gustaba recordar aquella vez, a los quince años, cuando estuvo en la habitación de un chico mientras él la tocaba con ansiedad y le llenaba el cuello de besos húmedos que, en vez de excitarla, le producían repulsión.

—Me dio asco y miedo. No me gustó y... salí corriendo.

Claire la observó con angustia.

—¿Y él qué hizo?

—Dejó de hablarme.

—Pero ¿se lo contó a alguien?

—A algunos de sus amigos.

—¿En la escuela? —inquirió Claire, que recibió como respuesta un movimiento afirmativo de cabeza—. ¿Se burlaron de ti? —insistió. Kate solo pudo alzar los hombros. ¿Qué adolescente no se burlaría al enterarse de una situación como esa?—. ¿Y tú qué hiciste?! —curioseó la niña con los ojos llenos de lágrimas. Ese era el tipo de circunstancia que deseaba evitar.

—Los ignoraba —reveló la joven, con la mirada perdida—. Me especialicé en hacer oídos sordos a sus comentarios e imaginar que se referían a otra persona. Me centré en los estudios y me esforcé por ser la mejor. Era mi forma de plantarles cara y demostrarles que no me afectaban sus burlas.

La niña se frotó con ambas manos el rostro.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Por suerte, solo algunos días —señaló, y recordó que aquello terminó pronto gracias a la oportuna intervención de Jeremy, que se enfrentó a cada uno de los chicos que intentaron humillarla. Sin su apoyo, nunca habría podido superar ese trago amargo—. Aunque en ese momento fue difícil, no me arrepiento de lo que hice. Si le hubiera permitido a ese chico continuar, habría sido peor.

—¿Peor?! —expresó Claire desconcertada.

Kate dirigió su atención a la niña. Su rostro perfilado se notaba pálido y era evidente que estaba a punto de echarse a llorar. Se sintió inquieta. La idea era ayudarla, no horrorizarla, pero era necesario hablarle claro, así que se giró en la cama para quedar frente a la chica.

—¿Crees que ese chico no habría dicho nada después de haber obtenido lo que quería? —Claire parecía petrificada, con los ojos tan grandes y brillantes como una luna llena—. No estábamos enamorados. El acto no surgió por un encuentro casual,

donde ambos compartíamos cariño hasta hacer explotar nuestras hormonas. Fue algo planificado. Él me abordó para que lo ayudara en un trabajo de la escuela; yo acepté porque era uno de los chicos más populares y quería ganarme su atención. Necesitaba un cambio en mi vida, dejar de ser invisible y comenzar a ser aceptada —relató con frialdad—. Yo sabía que mentía, pero, aun así, lo seguí hasta su casa al salir del instituto. Sus padres no estaban. Me llevó a su cuarto y, sin previo aviso, me abrazó por la espalda, me mordisqueó el cuello y comenzó a manosearme.

La niña perdía a cada segundo la coloración de su piel. Se encontraba en estado de *shock*. Katherine sabía que las palabras que estaba utilizando eran muy duras, pero quería ser sincera con ella. Si Claire estaba dispuesta a lanzarse a esa aventura, debía saber a lo que se enfrentaba.

—Cuando entré a la casa de ese chico era consciente de lo que sucedería. Lo quería, no te lo niego, deseaba hacerlo solo para ser igual a los demás. Había pasado toda mi vida preocupada por mis notas y quería ser como las otras chicas, vestirme sexy, maquillarme, ir a fiestas, tener amigas que hablaran de chicos, de cine o de moda, pero cada vez que intentaba relacionarme con ellos, algo me bloqueaba y me hacía sentir incómoda.

Kate se detuvo unos segundos para recuperar el aliento. Claire la observaba fijamente, sin mover un solo músculo del cuerpo.

—Pensé que, de alguna manera, el acto sería romántico, como lo había visto en las películas y leído en libros, pero no fue así. Él solo quería sexo, no podía perder el tiempo, sus padres llegarían pronto y sus amigos lo esperaban afuera, ansiosos por conocer los detalles.

—¿Qué? —balbuceó la niña.

—El miedo me dio fortaleza para huir, pero cuando me vi sola en mi habitación y después de haber estado llorando sin parar durante horas, comprendí que, si le hubiera permitido finalizar, habría perdido mi personalidad. Sabía que por mi cobardía tendría que sufrir algún tiempo la humillación, pero al menos así conservaba mi esencia. Nada malo ocurriría si esperaba.

—¿Nada? —consultó Claire con desconfianza. Ella sabía que había cosas que los chicos de su escuela no pasarían por alto. Si no hacías lo que el grupo proponía, debías aprender a valerte por ti misma, porque seguramente se cobrarían su negativa. Y ella temía a la soledad. No tenía madre que la aconsejara, su padre siempre estaba ocupado con su trabajo y su hermano, con sus estudios. Si perdía a sus amigas, se quedaría sola.

—El sexo es un acto placentero que se disfruta si hay aceptación por ambas partes y si se respetan ciertas reglas —agregó Kate—. Lo único que quería aquel chico era descargar su necesidad en mí. No anhelaba conocer mi cuerpo, ni deleitarse con él; solo quería un polvo rápido para calmar sus hormonas y conseguir algo que le permitiera alardear frente a sus amigos —explicó—. Él no iba a tratarme con delicadeza; no tendría consideración con una inexperta, ni me regalaría una

«inolvidable primera vez». Estaba presionado por sus amigos, necesitaba demostrar su hombría. Cuando culminara conmigo, correría a contarles cómo sucedió y a mí me daría la espalda, porque ya no le serviría para nada. Si aceptaba tener sexo con él, iba a afrontar una humillación de todos modos, solo que, además del respeto de los demás, habría perdido el respeto a mí misma.

Claire estaba paralizada, con el estómago encogido. Aquello parecía no tener solución de ninguna manera.

—Mis amigas lo han hecho varias veces y no han perdido el respeto de nadie; al contrario, eso les ha dado más fama, y mis compañeros las quieren más.

—¿Segura? ¿Las ven como a unas heroínas?

La niña analizó detenidamente la pregunta, con la vista clavada en el suelo. A sus compañeras nadie las humillaba por lo que habían hecho; muchos las veían con admiración e intentaban imitarlas para ganarse su estima.

—Las escuchan y tratan de ser como ellas.

Kate se llenó los pulmones de aire.

—¿Y cómo tratan ellas a los demás? —La niña alzó la vista, pero no respondió—. ¿Les gusta criticar a otros o se meten con alguien? —Claire seguía en silencio; de pronto, se había encerrado en una burbuja de la que parecía no querer salir—. Conozco a muchas personas que se enorgullecen de hacer ciertas cosas, o de poseer objetos inalcanzables, solo para no dejar en evidencia que no están en el mismo nivel que sus compañeros. Incluso prefieren convertirse en verdugos antes de que las humillen; así evitan que las señalen por algún comportamiento impropio.

—¿Qué quieres decir?

—Que tus amigas podrían estar mintiendo, o peor aún, que pueden haber sufrido una mala experiencia, pero evitan las burlas comportándose de forma dura con los demás y empujándolos a vivir una situación similar.

—Ellas nunca me mentirían —expresó Claire con determinación, pero sin borrar la expresión de angustia de su rostro.

Kate tragó en seco. Se estaba metiendo en terreno pantanoso. Claire defendería a esas niñas a muerte; eran sus amigas, las únicas que tenía para paliar la soledad.

—Es una suposición —aclaró para evitar que Claire la mirara con desconfianza—. Solo digo que tú eres quien construye tu destino. Si quieres perder la virginidad en un juego que puede resultar brusco y humillante, en vez de hacerlo con alguien que te ame de verdad y te haga sentir dichosa después del acto, entonces, hazlo. —La chica volvió a quedar de piedra. Kate, esta vez, endureció el rostro—. Yo no me arrepiento de haber esperado. Quizás no fui la más popular del instituto, ni tuve amigas interesantes, pero conservé mi autonomía, mi derecho a elegir, y no hice lo que los otros querían.

Tomó su abrigo y se levantó de la cama. Comenzaba a sentirse incómoda con la conversación, y sabía que su charla no ayudaría a la niña. Las condiciones eran diferentes. Cuando ella estuvo en el instituto, no tenía amigas que defender;

simplemente actuó para sobrevivir en medio de un ambiente hostil. Sin embargo, Claire tenía amigas, y no perdería esa compañía por nada del mundo. La niña no querría tener una juventud como la que había tenido ella.

—Debes ser valiente —la alentó para no dar un cierre dramático. A fin de cuentas, Claire no tenía la culpa de las decisiones que ella había tomado en la vida—. Piensa que, después de que vivas esa experiencia, ya no hay vuelta atrás. Lo que suceda en esa fiesta no solo marcará tu vida, también la de tu familia. Tienes que ser responsable de tus actos —finalizó y, con un suspiro, se dirigió a la puerta; pero antes de abrir, miró por última vez la habitación y se atrevió a darle a la chica una última recomendación—: ¿Sabes? Podrías pedirle a tu padre que te ponga un estante aéreo atornillado a la pared, con puertas de vidrio. Así guardarías todas tus muñecas en él y las mantendrías conservadas, mientras siguen adornando la habitación. Daría la impresión de ser un cuadro colorido —le explicó, con una pequeña sonrisa en los labios—. De esa manera, tendrías el dormitorio más despejado y le podrías dar un aire más... adulto.

Desvió su mirada a la niña y la vio sentada con rigidez en la cama, con los ojos inundados en lágrimas y las manos apretadas entre sus piernas. Una punzada de rabia y decepción se le clavó en el pecho, pero no podía hacer nada más. Ya había cumplido con su parte; ahora, debía dejarla a solas para que asimilara sus consejos.

—Si necesitas hablar de nuevo conmigo, pídele a Jeremy mi número de teléfono —concluyó antes de marcharse.

CAPÍTULO 5



Tocó con suavidad a la puerta y lamentó que se abriera inmediatamente. Necesitaba tiempo para recuperar la paz mental antes de entrar en el santuario privado del chico que más había anhelado en la vida.

—¿Listo? —preguntó Jeremy. En su rostro se podía leer la ansiedad.

—Creo que sí... —respondió Kate, pero antes de que pudiera agregar algo más, él la tomó de la mano y la introdujo en su habitación, cerrando la puerta tras ella.

Quedó paralizada en medio del cuarto. El corazón dejó de funcionarle varios segundos. Por instinto, repasó con la mirada la estancia. Aquel lugar no era ni la sombra de lo que había imaginado.

Pensó que sería un dormitorio desordenado, lleno de ropa sucia, utensilios deportivos, accesorios olvidados por las mujeres que él llevaba a su cama y, quizás, algunos libros; imaginó las paredes cubiertas por pósteres de modelos desnudas inclinadas de manera provocativa sobre coches de carrera. En resumen, la típica habitación de un *playboy* universitario.

En cambio, la alcoba era completamente diferente: ordenada y con dos de las paredes tapizadas con estantes que contenían libros, trofeos, pequeños coches de colección, así como recuerdos de diversos estados del país que tal vez adquirió al viajar con el equipo de natación. En un rincón se encontraba un pedestal que terminaba en una barra horizontal, colmada de medallas, y en la pared, sobre la cama, se hallaban colgados algunos accesorios de pesca.

En el escritorio de estudio podía divisarse el portátil, junto a una amplia colección de cedés. En ese momento sonaba el tema «Mirrors» de Justin Timberlake.

—¿Cómo fue? —La voz de Jeremy repiqueteó muy cerca de su oído, con una suavidad tan marcada que a Kate le erizó cada uno de los vellos de la piel.

—Yo... hice todo lo que pude —respondió con inseguridad.

Respiró hondo, para llenarse los pulmones con el aroma masculino, que allí se

hacía más intenso. Cada cosa olía a él.

Jeremy le quitó de las manos el abrigo y lo lanzó sobre la cama; luego la condujo hacia un sillón caoba de dos plazas que había contra la pared, bajo la ventana. Él se sentó muy cerca de ella y posó una de sus cálidas manos sobre la rodilla de la chica.

—Dime qué te dijo. ¿Qué piensa hacer para evitar que sus amigas la acosen?

Ella se recostó en el respaldo con las manos entrelazadas sobre su vientre. Procuraba olvidarse del contacto que le calcinaba la piel de la rodilla para darle razón sobre el asunto de Claire.

—La dejé evaluando sus posibilidades.

—¿Eso es todo? —consultó él con el ceño fruncido.

—Es una decisión de Claire. Si la obligas a algo, la empujarás a hacer lo contrario —explicó—. Lo mejor es presentarle todos los escenarios posibles, para que ella elija el camino que quiere seguir.

—No es suficiente. Claire es una niña, no sabe lo que es mejor para ella.

—No es un bebé que depende completamente de los demás. Es una muchacha con identidad que pronto será adulta. Si no la enseñas a tomar decisiones ahora, después será imposible.

Jeremy la observó con detenimiento y el rostro endurecido. Kate suspiró con cansancio.

—Tienes que confiar en tu hermana. No podrás vigilar cada paso que dé, y créeme, este no será el único inconveniente que se le presentará en la escuela, ni el peor —declaró ella con seriedad—. Las amigas de tu hermana lo único que quieren es que Claire viva la misma experiencia, aunque no son capaces de medir las consecuencias que eso pueda acarrear. —Jeremy apretó los puños—. Quizás cuando ellas lo intentaron fue lindo y piensan que a tu hermana puede ocurrirle igual. O tal vez vivieron un trauma desalentador y odian a Claire por no experimentar lo mismo.

—Eso suena bastante egoísta. Esas niñas han sido amigas de mi hermana desde siempre —masculló él.

—No puedes descartar ninguna posibilidad —declaró Kate—. No sabemos qué motiva a esas chicas a insistir con el tema; no las podemos juzgar, pero tampoco puedes alejarlas de Claire. Lo mejor es enseñarle a tu hermana a relacionarse con todo tipo de personas, y aprender a tomar de cada una lo mejor.

El joven endureció la mandíbula y se pasó una mano por los cabellos, en un gesto de desesperación.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada. Solo esperar y confiar en ella.

—No me gusta esa idea —expuso con irritación, y se levantó para detenerse en medio de la habitación con las manos apoyadas en las caderas.

Kate se acercó a él, con ganas de abrazarlo y asegurarle que todo iría bien. Su pena la afectaba, pero ni ella misma podía garantizar que aquella situación tuviera un final feliz. Eso dependía de Claire.

—Jeremy, eres su mejor amigo, y debes recordar que los amigos aconsejan sin imponer. Dale su espacio para pensar.

El joven se giró para encararla y dirigirle una mirada profunda, que reflejaba inquietud.

—No quiero que Claire sufra. No estoy dispuesto a sentarme a ver cómo la humillan y la obligan a ir en contra de sus propios principios.

—Recuerda que la idea de guardar silencio sobre el tema fue tuya. En estos casos, lo ideal sería hablar con tu padre para que él se reúna con los padres y maestros de esos niños y, con un asesor cualificado, puedan solventar el conflicto —indicó. Jeremy guardó silencio; aunque le doliera, ella tenía toda la razón—. Confiaste en mí para ayudar a tu hermana; ahora te pido que mantengas esa confianza. La fiesta es dentro de tres semanas, aún queda tiempo.

Ambos se mantuvieron algunos segundos allí, frente a frente, mirándose con intensidad.

—Está bien —aseguró él—. No haré nada, pero no me dejarás solo en esto. ¿De acuerdo? —pidió, y levantó su mano derecha con el dedo meñique en alto.

Ella arqueó las cejas. Aquel era el gesto que había visto hacer al grupo de Jeremy desde el instituto cuando querían cerrar un trato. Pero su cometido ya había terminado, ¿qué más esperaba ese chico de ella?

Aunque decenas de dudas surgieron en su cabeza, no pudo ignorar la súplica silenciosa que veía en aquellos ojos oscuros. Alzó la mano derecha y entrelazó el meñique con el de él.

—De acuerdo —le dijo.

Entonces Jeremy separó los dedos con rapidez y tomó su mano, obligándola a entrelazar todos los dedos. Dio un paso hacia ella y bajó el rostro para aproximarle al de la chica.

La temperatura del ambiente que envolvía a Kate aumentó diez grados de pronto. Lo que ahora percibía en esos ojos negros eran lenguas de fuego que calcinaban todo su valor. Se sentía pequeña frente a él, rodeada por su presencia.

—Cómo quisiera volver atrás en el tiempo y evitar que sufieras aquellos acosos —confesó Jeremy refiriéndose a la época del instituto, cuando ella era solo la chica inteligente que se sentaba junto al escritorio de los maestros y solía ser el blanco de las burlas de la clase.

Kate se conmovió por sus palabras. Sintió el corazón hincharse en su pecho.

—Evitaste algunas de esas situaciones.

—Si hubiera sabido lo mucho que te afectaban, te juro que habría hecho más para impedirlo. Ahora que mi hermana es acosada y sufro con ella, puedo entenderte.

La confesión le robó un suave gemido a la chica.

—Dejemos atrás el pasado —expresó con voz temblorosa—. Ahora lo que importa es Claire.

—Y tú —aclaró él, y se acercó más a los labios de la mujer—. También importas

tú.

Ella cerró los ojos al notar a Jeremy a escasos centímetros de su rostro, pero la voz potente de Trevor Collins la sobresaltó.

—¡La cena está lista! —vociferó el hombre desde las escaleras.

Kate se alejó con nerviosismo, y escuchó a Jeremy mascullar una maldición.

—Lo siento —dijo ella, aunque no sabía por qué debía disculparse. Se apresuró a caminar hacia la cama, tomar su abrigo y dirigirse a la puerta, con intención de abrirla y salir de allí pitando, pero antes de que pudiera poner un pie en el pasillo, Jeremy la detuvo aferrándola por un brazo.

—Espera —le pidió. Kate estuvo a punto de negarse, pero la aparición repentina de Claire le cerró la boca.

—¡Kate, aún estás aquí! —expresó la niña con una tímida sonrisa—. ¿Te quedarás a cenar con nosotros?

Ella comenzó a mover la cabeza de un lado a otro para negarse al ofrecimiento; tenía la vergüenza arremolinada en las mejillas.

—Claro que lo hará —garantizó Jeremy—. Papá ha estado preparando la cena para todos, ¿no pensarás rechazarlo ahora? —la aguijoneó.

Kate se mordió los labios. Sería de mala educación irse y no aceptar la comida que Trevor Collins había cocinado para ella.

—De acuerdo. Me quedaré —claudicó con resignación.

Jeremy y Claire ensancharon la sonrisa. Él apoyó una mano en la parte baja de la espalda de Kate para dirigirla al comedor; aquel contacto le provocó a ella un escalofrío.

Mientras bajaba las escaleras, flanqueada por los hermanos Collins, procuraba sosegar sus emociones. Estar en esa casa, tan cerca de Jeremy, la excitaba más de lo normal y la hacía comportarse de forma extraña. Se sentía diferente y eso la asustaba.

Cruzaron la sala y el cuarto de estar hasta llegar a la cocina. La estancia estaba rodeada de ventanales. A la izquierda se hallaba la cocina en sí, toda fabricada en granito y acero, y a la derecha, el comedor, con una gran mesa rectangular de madera de roble para seis comensales.

—Como no sabía que vendrías, no he podido hacer una cena más elaborada —se excusó Trevor mientras colocaba vasos de cristal en los sitios de los jóvenes.

—Allí tienes un baño, por si quieres lavarte las manos —le dijo Jeremy, señalándole el cuarto junto a la puerta de la cocina.

Ella agradeció de buena gana el gesto. Necesitaba soledad no solo para asearse, sino para calmar a su organismo.

Minutos después, cuando todos estuvieron preparados para la cena, Jeremy la colocó en la silla pegada a la suya. Su padre se sentó en la cabecera y Claire, frente a él. Sobre la mesa había dispuestas varias bandejas ovaladas: la primera, con tiras de pollo asado; otra, con carne y menestra de verduras; en la tercera se divisaba una ensalada de tomates, cebolla y aguacate; y en la última, una ensalada de zanahoria y

col cortadas en tiras y aderezadas con un toque de perejil y mayonesa. También descubrió una fuente repleta con delgadas tortitas de harina y algunos envases pequeños con diferentes salsas para untar.

—Espero que te gusten las cenas sencillas, Kate. Esto es una especie de taco mexicano, pero preparado a mi estilo —formuló Trevor mientras se ocupaba de rellenar su crepe.

—Se ve delicioso, señor Collins.

—¿Señor Collins? —pronunciaron Jeremy y su padre al mismo tiempo, ambos con una sonrisa divertida en los labios.

—Toda una vida conociéndonos, ¿y aún me tratas con tanta formalidad?

—Lo siento, es la... costumbre —justificó.

—Desacostúmbrate —le pidió Jeremy, y colocó sobre su plato una tortita vacía—. Prepárala a tu gusto —le dijo señalándole las diferentes opciones.

Kate los observó con disimulo unos segundos, sintiendo una agradable sensación en el pecho. Le fascinaba la familiaridad con que ellos actuaban: en aquella mesa abundaban las risas y las posturas relajadas. Cada quien comía lo que le apetecía y aderezaba su cena con el tipo de salsa que prefería.

—¿Cómo le ha ido a tu padre con la venta de los instrumentos musicales? —le preguntó Trevor a Kate, dando un mordisco a su burrito rebosante de pollo y ensalada de aguacate.

—Muy bien —confesó ella, al tiempo que untaba *ketchup* en su tortita—. Posiblemente montará una tienda, junto con Aaron Randall.

Trevor enarcó las cejas con sorpresa y asintió con la cabeza.

—Randall tiene buen olfato para los negocios; estoy seguro de que les irá muy bien.

—Él se está volcando mucho en esa asociación —reveló Kate—. ¿Y a usted cómo le va con su blog deportivo? —preguntó, para desviar la conversación de su familia.

—Excelente —expresó con una sonrisa de satisfacción—. Las visitas aumentaron cuando incluí las asesorías gratuitas y la venta de artículos deportivos y manuales.

—Se pasa todo el día frente al ordenador —se quejó Claire, y se llevó a la boca una tira de pollo que cogió con la mano.

—Si respondo con rapidez a los clientes, los mantendré satisfechos, y eso se traduce en dinero —refirió el hombre dando un trago al zumo de fresas que había preparado.

—Pero tienes que marcarte unos horarios. Recuerda que no debes pasar mucho tiempo sentado —le recordó Jeremy.

Trevor torció el gesto en una mueca, fastidiado por la reprimenda. Ella los miró con los ojos muy abiertos; jamás se le ocurriría decirle a su padre lo que tendría que hacer delante de otros. Todavía le costaba incluso decírselo en la intimidad.

—Papá, Kate me dio una idea para decorar mi habitación —expuso Claire de forma repentina. Katherine casi se atraganta con el trozo de tortita que tenía en la

boca. Trevor y su hijo mostraron sorpresa.

—¿Decorar? —preguntó Trevor con incredulidad.

—Sí —confirmó la niña—, para darle un aire más adulto.

Jeremy y su padre dirigieron su atención a Kate, quien no pudo evitar sonrojarse.

—No quise decir que ahora esté mal —aclaró ella—. Es solo... —No supo qué agregar; de pronto se sintió una intrusa, y le entraron unas ganas terribles de salir corriendo de esa casa y ocultarse bajo tierra.

—Es un cuarto para niñas —se quejó la chica.

—¿Y qué eres? —rebató Jeremy.

—Tengo doce años —lo desafió Claire con la mirada fija en su hermano.

—Aaah, entonces deberíamos buscarte un trabajo para que ayudes a pagar las cuentas —la reprendió él, y achinó los ojos al igual que la joven, respondiendo a su desafío.

Kate sintió el corazón palparle en la garganta mientras miraba a uno y a otra, petrificada en su asiento.

—Claire tiene razón —argumentó Trevor con mucha calma—. Es hora de darle un aire diferente a su habitación.

La niña sonrió victoriosa mientras Jeremy la ignoraba dando un gran mordisco a su crepe y negando con la cabeza.

—¿Y en qué habíais pensado exactamente? —preguntó el padre con los ojos clavados en Kate.

Ella casi se encoge en la silla. En ningún momento había dicho que participaría en aquella remodelación.

—Un estante aéreo con puertas de vidrio para guardar mis muñecas, y al mismo tiempo exhibirlas —respondió Claire con seguridad.

—Es una buena idea. Puedo hablar con Philips para que nos haga un diseño —propuso Trevor, refiriéndose a uno de sus vecinos, quien tenía un gran talento para construir muebles de madera.

—¿Puedo también empapelar la habitación? —inquirió Claire.

—Claro —aseguró su padre—. Tendrás que ir un día a elegir el modelo a la tienda de Franny y luego me avisas para comprarlo.

—¿Puedes acompañarme el próximo fin de semana? —Claire se dirigió a Kate.

La joven aún no salía de su sorpresa al verse incluida en la conversación de los Collins.

—No —respondió Jeremy mientras se limpiaba las manos con una servilleta de tela y tragaba el bocado de burrito que tenía en la boca para poder hablar—. El próximo fin de semana tengo una competición amistosa en la universidad y Kate me prometió que me acompañaría.

Ella miró a Jeremy con los ojos como platos. ¿Cuándo le había prometido tal cosa?

—¿Y entre semana? —insistió la niña depositando una mirada ansiosa en Kate.

—Vamos, vamos, dejad de acosarla. Quizás ella tiene otras cosas que hacer —arguyó Trevor, tomando la cuchara para prepararse una segunda tortita.

—Podemos venir el sábado en la tarde —dispuso Jeremy—. El torneo se celebrará el viernes, y la mañana del sábado será solo para la final femenina y la entrega de medallas. Para el mediodía estaremos libres —explicó. Sus profundos ojos oscuros se mantenían fijos en Kate y barrían todas sus inquietudes, derritiéndola por completo.

Ella se mordió los labios y no pudo más que asentir con la cabeza, sin apartar la mirada de él. Una de las comisuras de los labios del joven se alzó en una sonrisa, que estuvo a punto de arrancar un suspiro en ella.

—Pero iremos solo Kate y yo, nadie más —reclamó Claire, dirigiendo a su hermano un dedo acusador. Jeremy perdió la alegría y observó a su hermana con el ceño fruncido.

—No te dejes acaparar por estos dos, Kate —pidió Trevor—. Puedes decir que no con libertad.

—No se preocupe, señor Collins —logró decir ella, pero al ver la mirada de advertencia que le lanzó el hombre, rectificó—: Digo..., Trevor... Si Jeremy me trae en su coche, podré ir con Claire a elegir el empapelado el sábado por la tarde.

—Y regresaremos juntos el domingo a la universidad —completó Jeremy, reflejando una alegre expectativa.

La cena continuó; la conversación se centró en la remodelación de la habitación de Claire y el posible arreglo de otras partes de la casa. La ansiedad que había crecido en Kate al verse involucrada en la vida de esa familia se fue transformando en satisfacción. No solo le encantaba que otros necesitaran de ella y la tomaran en cuenta para hacer cambios importantes en su vida; lo que más la emocionaba era que fuese *esa* familia en concreto quien le ofreciera esa oportunidad.

Al terminar la comida, miró de reojo a Jeremy. Parecía relajado y feliz. Le había entregado con total confianza la guía de su hermana, a pesar de que ella no se considerara digna de ello.

Aquello le hizo perder la sonrisa. Habían pasado muchos años desde la vez en que cometió los errores más tristes de su existencia; los que marcaron su vida adulta. Debía pensar muy bien en el lío en el que se metía antes de poner en peligro a alguien más.

CAPÍTULO 6



Salieron de la casa de Jeremy envueltos en sus abrigos y se dirigieron al Kia para buscar la mochila repleta de libros de Kate.

Caminaron uno junto al otro por una tranquila y húmeda calle del barrio Mount Hope. La noche les traía una brisa fresca.

—Gracias —expresó él con las manos guardadas en los bolsillos de su abrigo.

—¿Por qué?

—Por ayudarme con Claire —confesó, y dio una patada a una piedra que había en la acera—. Cuando me contó su problema, me... asusté —explicó sin mirarla a los ojos.

Ella no pudo evitar reflejar asombro.

—¿Jeremy Collins, medalla de oro en individuales de cincuenta, cien y doscientos metros en los últimos juegos nacionales universitarios, se asustó porque su hermanita le dijo que quería perder la virginidad? —expresó ella con sorna.

Él le golpeó con suavidad el hombro con su codo y la miró con los ojos entrecerrados.

—No te burles.

—Disculpa. Es que me sorprende escuchar eso de ti —reveló ella, abrazándose el cuerpo.

—No es lo mismo que los ojos de cientos de personas estén puestos sobre ti cuando estás de pie sobre una banqueta de salida, representando a toda una universidad, y con tu futuro en juego, a que una de las personas más importantes de tu vida te confiese que está muerta de miedo porque sus mejores amigas la rechazarán si no hace lo que ellas dicen.

Kate observó su perfil con atención y sintió una oleada de admiración en el pecho.

—Si pierdo una competición, dejo de ganar una medalla y mi foto no saldrá en la

primera página del periódico de la universidad; pero si llego a perder a mi hermana...

La voz de Jeremy se ahogó, y un nudo se apretó asimismo en la garganta de Kate. Quería decirle tantas cosas..., aliviarle la pena, asegurarle que todo saldría bien, que juntos hallarían la solución para sacar a Claire de aquel problema. Pero cuando estaban casi frente a su casa, escucharon el claxon de un coche que se acercaba.

—¡Matador! —El grito atronador de un joven retumbó desde el asiento del copiloto de un Chevrolet Optra de color negro que se detuvo frente a ellos—. ¡Te encontramos! —exclamó Abel Parker, el compañero de Jeremy, mientras sacaba medio cuerpo por la ventanilla del vehículo. La pegajosa música de «Moment of Clarity» de Jay-Z dominaba sobre el tono de su voz.

—¡¿Qué hacéis aquí?! —le preguntó Jeremy con una gran sonrisa. En el asiento trasero del auto iban dos chicos sentados, que los saludaron mostrándoles las botellas de la cerveza que consumían.

—¡Nos enteramos de que huiste a Providence y vinimos a buscarte! ¿No pensarás abandonarnos otro fin de semana? —le advirtió Abel con una voz muy alegre. Era evidente que había bebido de más—. ¡Vamos, nos reuniremos en la casa de Igor!

Jeremy dio un paso hacia ellos, pero enseguida se detuvo y se giró hacia Kate, para observarla con expectación.

—¿Vienes?

Ella abrió los ojos en su máxima expresión y echó una ojeada recelosa en dirección a los amigos de Jeremy.

—No —respondió casi de inmediato. Él frunció el ceño—. Ve con ellos..., debe de ser una quedada de chicos.

—Siempre van chicas —expuso Jeremy sin dejar de mirarla. Estaba ansioso por compartir más tiempo con ella.

Kate se mordió los labios antes de hablar. Claro que iban chicas a esos encuentros; mujeres esculturales, desinhibidas y divertidas. Ninguna como ella.

—Aún no he pasado a saludar a mis padres, y me gustaría aprovechar que estoy aquí para estar un rato con ellos —expuso, y movió la nariz de un lado a otro al sentir la comezón que la atormentaba cuando mentía.

Él se la quedó mirando con una expresión seria unos segundos, luego asintió y comenzó a alejarse en dirección al vehículo.

—¿Puedo verte mañana? —preguntó; había cierto rastro de irritación en su voz. Kate asintió.

La puerta trasera se abrió cuando Jeremy se giró hacia el Optra y el cuerpo de Abel se sumergió dentro del auto. Al ocupar su asiento, él volvió el rostro hacia ella.

Kate sintió una punzada de arrepentimiento en el pecho al notar la decepción en los ojos él. Suspiró hondo cuando el coche se alejó, giró en la esquina y la música se difuminó en el ambiente.

Al quedar sola, miró hacia su casa, un hogar de una planta construido en madera oscura y de columnas blancas, precedido por pequeños arbustos de azahar que

decoraban el jardín. En el ventanal de la entrada, la cortina estaba corrida, y una figura masculina de rostro severo dirigía una mirada rígida hacia el exterior.

La cortina se cerró cuando ella fijó la vista en su padre. Kate puso los ojos en blanco y expulsó todo su agotamiento en un bufido antes de encaminarse a su casa. Sabía que el recibimiento no sería nada agradable.

Al cruzar la puerta, el silencio le atenazó los nervios. La sala estaba en penumbra, al igual que el pasillo que cruzaba las habitaciones y llevaba al comedor. Kate sabía que sus padres estarían allí; era la hora de la cena, y para ellos, el momento de la comida era tan sagrado como cualquier rito religioso.

Avanzó por el pasillo, procurando no hacer sonar la goma de sus zapatillas de deporte en el pulido parqué, a su padre le atormentaba aquel ruido. Al pasar por su habitación, la segunda puerta de la derecha, dejó en el suelo la mochila junto a su abrigo. Sabía que luego su madre le montaría una escena por eso, pero era consciente de que eso no sería lo peor a lo que tendría que enfrentarse esa noche.

Al fondo, había una estancia espaciosa, dividida en dos ambientes. Del lado derecho se hallaba una cocina recién remodelada con muebles de madera oscura y encimeras de mármol, y que contaba con refrigerador y horno en acero inoxidable. Del lado izquierdo se ubicaba el comedor, con una mesa para ocho personas, de cristal templado y patas de madera, acompañada por sillas de respaldo y asiento acolchados; sobre ella, descansaba un centro con un elaborado ramo de tulipanes, margaritas y dientes de león, que su madre cultivaba en el jardín trasero.

Sus padres se hallaban sentados a la mesa con una postura rígida. Martin Gibson estaba en la cabecera, con los cabellos rubios peinados con rectitud hacia atrás, y unas grandes gafas de pasta precediendo a unos ojos tan azules como los de Kate. Rose Wilson se encontraba a su derecha, con la espalda recta, los cabellos castaños salpicados de hebras blancas atados en un moño en la nuca, y con el rostro, ajado en la comisura de los labios y alrededor de los ojos, dirigido hacia un plato de verduras al vapor y pescado asado. Ambos comían en silencio, concentrados en sus alimentos, y evidentemente tensos.

Kate suspiró mientras se sentaba frente a su madre. Se ajustó las gafas al puente de la nariz y entrelazó las manos sobre la mesa.

Así pasó casi un minuto, sin que ninguno de los presentes se mirase a los ojos.

—¿Comiste algo? —preguntó Rose sin alzar el rostro, al tiempo que cortaba en trozos una patata.

—Sí —respondió Kate con voz baja.

—Seguro que fue alguna fritura comprada en el camino —masculló Martin, sin apartar su atención de la comida. Kate suspiró.

—Paramos en un restaurante y cenamos una ensalada —mintió, y se rascó la nariz, cada vez más harta de tener que hacerlo para esquivar las reprimendas de sus padres, pero esa vez no le sirvió la táctica.

—¿Paramos? —consultó con incredulidad el hombre lanzando una mirada severa

hacia ella. Kate se mordió los labios maldiciendo en silencio su descuido—. No viajaste con el hijo de Trevor Collins, ¿cierto? —expresó en tono de advertencia.

Después de unos segundos de tenso silencio, Kate se aventuró a responder:

—Él también debía viajar a Providence; me encontró en la parada de bus y se ofreció a traerme.

Martin se llenó los pulmones de aire en una sonora inspiración y se irguió en la silla.

—Te he dicho muchas veces que no me gusta que te relaciones con ese chico.

—Han sido nuestros vecinos toda la vida, papá. No son extraños —rebató ella.

—Porque los conozco de toda la vida sé lo que son. —Kate dirigió una mirada despectiva hacia su padre, pero este la ignoraba y seguía cortando su pescado—. Además, sabes que no me gusta que vengas a casa sin avisar.

—Esta también es mi casa —expresó con fastidio.

—Hay reglas, Katherine. ¿Se te han olvidado? Aquí planificamos las estancias, los recursos son limitados. —Ella endureció el rostro y desvió su atención al gran jarrón de barro que adornaba una esquina de la sala. Martin colocó los cubiertos sobre el plato; su mujer lo observaba en ocasiones, de reojo, sin atreverse a intervenir—. Sarah vendrá el martes y se quedará un tiempo con nosotros. Tu madre comenzará mañana con la limpieza del ático para adaptarlo como habitación; así ella y Raquel estarán más cómodas.

Kate bajó de nuevo la mirada a la mesa mientras una punzada de culpabilidad le traspasaba el pecho. Sarah era su tía, la hermana menor de su padre; una mujer luchadora a quien le había tocado hacer frente a la vida con una hija autista solo con el apoyo de su familia, ya que el padre de Raquel decidió desentenderse de ellas al enterarse de la condición de la chica. Su tía había sorteado infinidad de inconvenientes para cuidar de su pequeña, entre ellos, la mala jugada que Kate había cometido cuando ella y Raquel tenían diecisiete años.

—No sé a qué habrás venido a la casa —continuó Martin—, pero ya que estás aquí, colaborarás con el trabajo —dictaminó, sin importarle si Kate tenía planes o no—. El domingo habrá una actividad de recaudación de fondos en la iglesia. Te anotaré en el grupo de apoyo —decidió, y continuó con la cena.

Ella apretó la mandíbula y le dirigió a su padre una mirada mortífera, pero no dijo nada. Sabía que aquel era el castigo que le imponía por no haber avisado de su viaje a Providence y por su repentina relación con los Collins.

Aunque Martin ayudaba a Trevor en lo que podía, no aprobaba la educación libertina que ese hombre daba a sus hijos. Los juzgaba y vaticinaba el peor futuro para Jeremy y Claire, sin conocerlos en realidad y sin atreverse a relacionarse con ellos.

Kate lanzó una mirada fugaz a su madre, quien comía frente a ella como si estuviera sola en la estancia, cuidando de que sus movimientos fueran fluidos y elegantes.

Algunas veces los odiaba. A su madre, por hacerse siempre la desentendida, y a él, por ser tan asfixiante y severo. Pero más se odiaba a sí misma, por no hallar el valor para plantarles cara. Prefería callar, solo para evitar que volvieran a recordarle antiguos errores.

En medio de un suspiro, se levantó de la mesa.

—Katherine, tu madre y yo no hemos terminado de cenar —la reprendió su padre clavando una mirada inflexible en ella.

—Pero yo no estoy comiendo, papá. Y si quieres que os ayude este fin de semana, tengo algunos asuntos de la universidad que atender —explicó para luego marcharse.

Martin la siguió con la mirada hasta que su hija desapareció por el pasillo. Rose dejó por un momento de comer para observarlos a ambos con sorpresa. Nunca imaginó que la chica se atreviera a desafiar de nuevo a su padre.

Ya en su habitación, Kate se quedó de pie en medio de la estancia y apreció con poco ánimo los alrededores. El cuarto era reducido y estaba pintado completamente de blanco, con solo una pared adornada con diplomas, medallas y reconocimientos estudiantiles; una estrecha cama de marco de hierro ocupaba el centro, junto a un armario de madera clara y una mesa de estudio fabricada en el mismo material, sin ningún tipo de accesorio encima.

No había nada más. No se divisaban muñecas elaboradas por su madre, ni juguetes de colección o *souvenirs* de viajes; ni cedés, ni fotografías de alguna actividad extraescolar, o algún antiguo libro de cuentos. Nada. Era como si su niñez nunca hubiera existido y su presente estuviera vacío.

Su padre cultivaba la filosofía de no almacenar trastos inservibles. El pasado había que superarlo y las cosas materiales debían donarse a otros que las necesitaran. De esa manera había perdido sus juguetes, libros y ropa de la infancia. Solo quedaban viejas fotos que su madre guardaba en la biblioteca, dentro de álbumes que casi nunca sacaban, ocultos en el último cajón del archivo de su padre.

Aquella ausencia de objetos personales le giraba en el estómago como un hoyo negro, que se tragaba con lentitud las memorias de su existencia.

Lo único que no podía desechar eran los malos recuerdos: las burlas, los miedos, o la rabia; mucho menos, las equivocaciones. Eso se mantenía tatuado en su alma, como aquel pequeño grupo de gaviotas que tenía dibujado en la cadera derecha y que se había hecho a los diecisiete años, unos días antes de que cometiera el peor error de su vida. Aquel que le cortara de raíz las alas con las que pensaba volar muy alto.

Dejó caer la mochila y el abrigo en el suelo, a los pies de la cama, y se acarició la zona de la piel donde se hallaba el tatuaje.

Años atrás, el miedo, el arrepentimiento y la soledad la empujaron a desechar sus ideas independientes, pero ahora la historia era diferente.

Sí, había cometido un error, y pagó con cuatro años de cárcel psicológica por ello; era tiempo de redimirse de esa condena. La vida era efímera, y si no quería morir sin haber visto el mundo, debía desplegar las alas y volar. Al menos así, se iría con una

amplia sonrisa en los labios.

Jeremy se dejó caer con cansancio sobre un puf azul, cuidando de no derramar la cerveza. Kristy Smith, una rubia alta con cuerpo en forma de guitarra y grandes senos, se tumbó junto a él, provocando en Jeremy una mueca de disgusto que se esforzó por disimular.

—Pensé que no te vería este fin de semana —ronroneó la chica antes de llenarle el cuello de besos húmedos. Una de sus manos se coló por debajo de la camisa de él, en busca de sus pectorales. Él le dio un trago largo a la cerveza para ahogar la ansiedad que lo mantenía irritado—. Te he echado mucho de menos, ¿sabes?

—¿En serio? —acusó, y la miró con desconfianza. Kristy alzó su rostro embriagado por la bebida y el deseo, y le sonrió como una gata.

—Has estado algo distante estas semanas.

—Me preparo para las competiciones de natación —respondió él con frialdad.

Ella se acercó un poco más, dejando que su cuerpo se recostara prácticamente encima de él. Se hallaban en el salón de la casa de Igor Hans, uno de los compañeros de natación de Jeremy. Kristy llevaba puesta una corta minifalda, que dejaba al descubierto sus largas y estilizadas piernas. Poco le importaba que el resto de sus amigos y amigas que se encontraban allí, charlando, bailando al ritmo del rap de Kanye West o comiéndose a besos, la vieran en esa actitud. Eran habituales aquellas reuniones, donde la cerveza los desinhibía más de lo aconsejable.

—Te extraño, Jeremy, te extraño mucho —gimió la mujer sobre los labios del chico, haciendo que a este se le pusiera la piel de gallina. Era imposible no responder a esas atenciones, dejarse tocar por ella, permitir que succionara su lengua y la acariciara con sus labios, e incluso, acceder a que se aventurara a introducir su mano por debajo de la cinturilla de sus pantalones para jugar con su vello púbico.

No escuchó el jadeo que escapó de su boca, ni supo en qué momento su miembro se tensó; ni siquiera fue consciente cuando su cerebro comenzó a mezclar la voz de Kristy con la suave y aterciopelada voz de Kate...

Por un momento imaginó que la traviesa mano que estaba a punto de alcanzar su miembro en público era la de Katherine Gibson. Abrió los ojos cuando el entendimiento le reveló lo que ocurría, y miró con atención, y cierto espanto, a la mujer que tenía encima de él.

Los ojos oscuros de Kristy, resaltados por excesivas capas de maquillaje, lo observaron con lujuria.

—Déjame darte placer —le pidió, y se incorporó en el asiento para ponerse de pie, tendiéndole la mano para que la siguiera.

Él se dejó llevar, aún confundido por aquel revoltijo de imágenes y sensaciones.

—Igor.

Kristy interrumpió al enorme y robusto rubio amigo de Jeremy, que en ese

momento estaba en medio de la sala bailando con una chica, con la cabeza hundida en su pecho y posando con descaro ambas manos sobre sus nalgas. Kristy le dijo algo al oído, y este la miró con un rostro ebrio y enrojecido.

—No hagáis mucho ruido. Mi madre se tomó algunos ansiolíticos para dormir. Mañana tiene que trabajar —les advirtió.

La chica le dio las gracias con una sonrisa y se dirigió hacia las escaleras con Jeremy remolcado tras ella.

Se besaron y tocaron por el pasillo hasta llegar a la habitación, a donde entraron sin encender la luz. Ella sabía muy bien dónde estaba la cama.

Jeremy cayó de espaldas en el colchón mientras la chica se subía sobre él y hacía lo suyo. Quería sacarse de la mente los ojos celestes de Kate, la suavidad de su piel y su aroma a fruta prohibida..., pero, por encima de todo, quería olvidarse de la mirada de desaprobación que la joven le dedicó cuando vio a sus amigos.

Katherine era una mujer perfecta, inteligente, prudente y con mucho talento. Nunca cometía errores; ni siquiera se acercaba a ellos. Sin embargo, él quería conquistarla. Ansiaba descubrirla y desvelar el misterio que la envolvía, aunque sabía que ella lo juzgaba duramente por su vida libertina.

Pese a que la conocía desde niño, nunca se había percatado de que bajo aquellos mantos de pureza, bondad, nobleza y rectitud podía encontrarse una mujer interesante, una que le robara la tranquilidad, que lo hiciera autocriticarse y se atreviera a aparecer en su cabeza cuando él estaba en la cama con otra.

Aquello jamás le había sucedido; no sabía cómo actuar. Se sentía confuso y perdido. Unas horas de sexo le despejarían la mente y lo ayudarían a pensar con claridad.

No obstante, y para su sorpresa, unos minutos después estaba tumbado boca arriba en la cama, desnudo, con los brazos abiertos y una mujer medio dormida a su lado. El acto había sido tan mecánico que en ningún momento se había sentido realmente a gusto. Logró satisfacer su necesidad y llegó al clímax, cierto, pero fue igual de gratificante que si se hubiera descargado él solo, en privado.

Le faltaba algo.

Faltaba ella.

Se sentó en el borde de la cama y apoyó los codos en los muslos para frotarse el rostro y luego mirar la noche por la ventana. Por primera vez en su vida no sabía qué demonios hacía, ni siquiera qué quería en realidad. Tras él, Kristy se dio la vuelta en el colchón, bajó de la cama y comenzó a buscar su ropa desperdigada por el suelo.

—Le dije a Abel que podíamos ir esta noche al club Hell. Tienen un nuevo *dj*; dicen que es muy bueno —anunció la chica mientras se vestía.

Jeremy suspiró hondo, con la mirada clavada en el trozo de luna que las nubes dejaban a la vista.

—Kristy, ¿puedo hacerte una pregunta personal? —consultó él sin moverse de su sitio.

—Claro. Creo que tenemos suficiente confianza, ¿no? —respondió ella al tiempo que se calzaba sus largas botas de ante.

Jeremy dudó. Conocía a Kristy desde primaria, pero no le tenía nada de confianza.

—¿Qué opinas del sexo?

El silencio fluyó en la habitación un instante; luego, la chica comenzó a caminar lentamente alrededor de la cama, aún buscando sus pertenencias.

—¿Contigo? Es el mejor que he tenido.

—No, en general.

De nuevo el mutismo reinó en el lugar, y durante casi un minuto.

—Es una excelente manera para descargar tensiones y pasar un buen rato.

—Pero ¿no crees que deberíamos reservarlo para momentos más íntimos y compartirlo solo con personas especiales?

Ella se sentó a su lado y le entregó la ropa.

—Nosotros somos especiales —le dijo con una sonrisa torcida—, y nuestros encuentros sexuales son igual de especiales. A ambos nos encantan.

Jeremy la observó con atención, sin encontrar algo que le resultara único o entrañable en aquella chica. No podía negar que le encantaba tener sexo con ella, pero, si no lo tuviera, le daría igual. Nunca la extrañaba, ni la necesitaba.

—Yo no digo que sea placentero, sino... trascendental —intentó explicar, aunque ni él mismo sabía de qué estaba hablando—. ¿No crees que el sexo nos debería marcar de la misma manera en que lo hace una emoción intensa, como la pérdida, el dolor, el miedo o la alegría?

Kristy arrugó el ceño y le tocó la frente para evaluar su temperatura.

—¿Te encuentras bien?

A él le molestó su respuesta. Se levantó de la cama y comenzó a vestirse.

—Sí, lo estoy —masculló con irritación.

La mujer se puso de pie y rio con nerviosismo mientras se dirigía a la ventana.

—Jeremy, el sexo es como el hambre: es una necesidad del cuerpo que debe ser atendida. Eso es todo.

—Pero hay tiempos para el sexo —justificó mientras se subía la cremallera de su pantalón.

—¿Tiempos? ¿A qué te refieres? —rebatía ella, encaminándose hacia la puerta de la habitación. La conversación comenzaba a resultarle incómoda.

—Le decimos a los niños que deben esperar para tener sexo, pero ¿qué es lo que deben esperar? ¿Cómo saber cuándo se debe iniciar la vida sexual? —preguntó, y se colocó la camisa.

Kristy se giró hacia él antes de marcharse. En sus ojos se podía notar una incipiente inquietud, a pesar de la penumbra.

—Uno la inicia cuando se siente preparado para eso; nadie tiene derecho a decidir por los demás —contestó con una voz levemente temblorosa—. Si tienes las ganas y

se te presenta la ocasión, ¿por qué no hacerlo?

Jeremy la observó marcharse con una expresión incrédula en el rostro. Buscaba respuestas que lo ayudaran a comprender aquel acto, que le dieran un sentido y una finalidad.

Si quería ayudar a su hermana, debía contar con las herramientas necesarias. Él practicaba sexo por necesidad o gusto y lo hacía con cualquier mujer, pero no quería que Claire hiciera lo mismo; deseaba que ella viera el acto como algo especial. Sin embargo, no sabía cómo hacérselo entender. Peor aún, a él mismo le resultaba difícil comprenderlo.

Si a la niña alguna vez se le ocurriera preguntarle por qué lo hacía, ¿qué le respondería? ¿Que él era un hombre y ellos no podían controlar sus hormonas como lo hacían las mujeres? Entonces, ¿por qué existían mujeres que parecían tener las hormonas más descontroladas que los propios hombres? Y si ella prefería ser como Kristy y no como Kate, ¿de qué manera podría él evitar que eso sucediera?

Se sentó en la cama para colocarse los calcetines y los zapatos, y pensó en Katherine.

¿Por qué ella nunca había practicado sexo? ¿Qué la había llevado a soportar más de veinte años sin disfrutar de esa experiencia?

Él podría estar un año entero sin acostarse con una mujer si se lo propusiera..., aunque, para ser sincero, tal vez solo lograría aguantar medio... o, quizás, algunos pocos meses. Pero ¡¿veinte años?!

No quería creer que ella se amparase en la antigua justificación de que lo hacía por mantener una posición moral o religiosa. Aquello era una excusa endeble, sobre todo ahora que era mayor de edad, vivía lejos de sus padres y estaba a punto de alcanzar un título universitario que le permitiría ser independiente.

Apoyó los codos en las rodillas y hundió la cabeza entre las manos. Quería entenderla, estaba seguro de que, si lo hacía, podía ayudar a su hermana.

Necesitaba saber por qué esa chica no había permitido que ningún hombre le quitara lentamente la ropa, le cubriera la piel de besos y caricias, la tomara por las caderas y se anclara entre sus piernas hasta hacerla estremecer y gritar de placer.

La imagen le desbordó un torrente de adrenalina en el organismo. La sangre se le calentó y le endureció el miembro que yacía flácido entre sus piernas.

—¡Maldita sea! —se levantó azorado. Acababa de tener sexo desenfrenado con una mujer y ya estaba de nuevo excitado al pensar en otra.

Salió de la habitación con evidente enfado. Katherine Gibson se le estaba metiendo en los huesos, le alteraba cada terminación nerviosa y le invadía los pensamientos. Su recuerdo lo obligaba a actuar, sentir y pensar de forma diferente..., y eso no le gustaba. Ya tenía demasiadas preocupaciones en la vida como para incluir otra más, pero casi podía jurar que de esa no podría escapar.

CAPÍTULO 7



El sábado fue un día largo y extenuante para Kate. Su madre había organizado una jornada completa de limpieza no solo del ático, sino de casi toda la casa, aprovechando que tenía ayuda.

Al culminar el trabajo al final de la tarde, la chica se sentó con abatimiento en el banco que había en el jardín trasero, y en medio de un suspiro, miró al cielo.

Un profundo malestar le atormentaba el pecho por haber tenido que ignorar las constantes llamadas de Jeremy y los mensajes de texto a su móvil. Debió bajar el volumen del aparato y ocultarlo en su habitación para que su padre no advirtiera lo que sucedía. Con su madre no tenía problemas: la mujer era tan distraída que nunca se enteraba de nada o, quizás, lo sabía ignorar muy bien. Pero con su padre era otra historia. Si Martin Gibson se hubiera percatado de las insistentes llamadas, visitaría la casa de los Collins para exigirle a Jeremy que dejara de acosar a su hija.

Se sentía increíblemente mal. Por su salud mental, no debió de haberse comprometido con el joven a nada para evitar así confrontaciones con su padre; pero, por su salud espiritual, no podía aceptar por más tiempo las limitaciones que le imponían, como si ella todavía fuese una niña.

A varias casas de distancia, Jeremy se hallaba sentado en el suelo de su habitación, con la espalda apoyada en su cama y lanzando hacia la pared una pelota de goma, que enseguida volvía a sus manos. El rostro lo mantenía endurecido y el ceño, fruncido.

Apretó los labios al escuchar que alguien golpeaba a su puerta. No estaba de ánimo para visitas.

—Pasa —respondió por inercia. Su familia no tenía culpa de la tormenta de emociones que se había desatado en su pecho.

Su padre entró en silencio y, con paso lento, se aproximó a la cama para sentarse en el borde, cerca de él.

—Cada vez que haces eso es porque algo te molesta —expresó, refiriéndose al juego de Jeremy con la pelota.

El chico suspiró con agotamiento, pero continuó lanzando la bola.

—Todo está bien —masculló para calmar a su padre.

—¿Por eso no quisiste cenar?

—No tengo hambre.

—¿Tú? ¿El hombre con un agujero negro en el estómago? —preguntó con burla, pero a Jeremy no le resultó gracioso y siguió golpeando la pelota contra la pared—. ¿Katherine Gibson tiene algo que ver en ese cambio?

La bola se le escapó de las manos a Jeremy y terminó bajo la cama. Trevor sonrió con poco ánimo, apoyó los antebrazos en los muslos y entrelazó las manos.

Llevaba muchos años trabajando como asesor deportivo del equipo de atletismo en el Classical High School, y con adolescentes en el Centro Comunitario de Providence. Si prestaba atención, era capaz de percibir los motivos que empujaban a los chicos a actuar de cierto modo. No era sencillo, desde luego, pero si se mantenía alerta podía lograrlo, y en esa ocasión, el de su hijo resultaba muy evidente.

—Siempre ha sido una chica inteligente —dijo para sumergirse en el tema.

—Pero extraña.

—Cada ser humano es diferente y pertenecemos a grupos diversos.

—Es una mujer como todas las demás —se quejó Jeremy, y dobló las piernas para apoyar los antebrazos en las rodillas.

—No creo que sea como todas —justificó el hombre, con su atención fija en el trozo de cielo que se apreciaba por la ventana.

Jeremy lanzó una mirada desdeñosa hacia Trevor antes de dirigirla a la pared frente a él.

—Es como su padre. Se cree con el derecho de juzgar a los demás.

—Quizás tengas algo de razón, pero ¿no fue así como vosotros la tratasteis en la escuela y en el instituto? —acusó Trevor—. Recuerdo que la llamabais «cerebrito» porque prefería estudiar a dedicarse a cualquier otra actividad, no la incluía en vuestros juegos y solía ignorarla..., a menos que os fuera mal en una asignatura y necesitarais su ayuda, claro.

Jeremy torció el rostro en una mueca de disgusto.

—Yo jamás la ofendí; al contrario, la defendía.

—La defendías cuando veías que la humillaban, pero cuando tú no estabas presente, los chicos se mofaban de ella. Ha sufrido, Jeremy; eso endurece la personalidad.

—Teníamos doce años, papá; las cosas cambian, la gente cambia —argumentó—. Además, si no la incluíamos en nada era porque ella se mantenía alejada de nosotros; porque, según Martin Gibson, éramos «mala cosecha» —promulgó, al recordar los calificativos que el padre de Kate utilizaba para referirse a él y a sus amigos cuando iban a la escuela.

Trevor volvió a hacer un esfuerzo por sonreír.

—Martin tiene una forma especial de expresar opiniones.

—¿Pero por qué ella tiene que comportarse igual? Debería saber que su padre se equivoca. ¿Por qué no puede ser más accesible?

—¿Te provocaron algún efecto negativo los comentarios despectivos de Martin? —Jeremy emitió un sonoro bufido en respuesta—. Tú eras consciente de que las palabras de ese hombre eran producto de su rígida educación y de su particular visión del mundo porque yo te lo explicaba, pero estoy seguro de que a ella nadie la ayudó a comprender que las burlas de los chicos en la escuela eran producto de la ignorancia y la falta de guía. Martin esquivaba el problema de su hija diciendo que aquello la ayudaría a alejarse de la gente que no le aportaba ningún tipo de beneficio, pero lo que hizo fue marcar la personalidad de Kate. No ha sido sencillo para ella.

Jeremy apretó los puños y la mandíbula, controlando el oleaje de furia que se desataba en su pecho.

—No seas tan duro. Su actitud es lo único que la ha ayudado a sobrevivir. Con ella debes cultivar la paciencia —afirmó Trevor mientras se levantaba con cansancio de la cama y se dirigía a la puerta con pausa, esforzándose por disimular su cojera—. Dale una oportunidad —le pidió saliendo al exterior—. Quizás, aún se sienta muy sola.

Aquellas últimas palabras se clavaron en el corazón de Jeremy y despertaron su sentido de protección.

Diez años atrás, al morir su madre, él había aceptado la enorme responsabilidad que creía corresponderle como protector de su hermana y apoyo de su padre. Su índice académico mejoró, así como su rendimiento en la natación; sentía que debía dar lo mejor de sí para luego ser el que se ocupara de su familia. Su padre había quedado muy afectado por la muerte de su madre y su enfermedad empeoraba día a día. Jeremy era consciente de que, en cualquier momento, Trevor podría faltarles, o tal vez perder por completo la movilidad a causa de su artrosis. Entonces recaería sobre sus hombros el cuidado de su hermana pequeña y el mantenimiento de la casa; tenía que ser un buen chico para garantizar el sostén de su familia.

Las noches de juerga y las mujeres eran lo único que le aportaba normalidad a su vida, pero en ese momento nada podría tranquilizarlo. La ansiedad le corroía la paciencia y lo llenaba de temores. Quería llegar a Kate, descubrir de dónde sacaba la fuerza para seguir adelante, cómo hacía para reflejar en su mirada tanta bondad a pesar de la crueldad que le había tocado vivir. Si hubiera sido él el afectado, se habría aislado del mundo, como lo hizo cuando murió su madre.

Ahora sentía una nueva emoción hacia la chica: admiración, que, mezclada con el deseo y la curiosidad, se transformaba poco a poco en una bomba que podría explotar en cualquier momento.

Sería paciente con ella, podía hacerlo. Era un reto complejo, pero estaba seguro de que sería delicioso. Llegaría a Katherine Gibson y le arrancaría la soledad del

alma. Lo que él no sabía era lo que debía sacrificar en el camino.

Al día siguiente, Kate se encontraba detrás de una enorme mesa. Empaquetaba pasteles de hojaldre rellenos de crema en el salón para eventos del rectorado de San Ramón, la iglesia donde su padre colaboraba.

La tarde era soleada, pero algo ventosa y fría. A su alrededor, pequeños grupos de feligreses se movían de un lado a otro; algunos ayudaban en las labores de la jornada, otros participaban en las actividades.

Venta de dulces, juegos para niños y cantos cristianos animaban el día con la intención de recaudar fondos para un asilo de ancianos que funcionaba en el barrio.

—Al terminar aquí, le prometí a Patrick que limpiaríamos la sacristía —le comunicó Rose a Kate. A su madre le emocionaba que el reverendo de la iglesia le concediera tareas «de importancia».

Katherine asintió. Aunque siempre le había encantado apoyar durante esos eventos, en ese momento quería estar en otro lugar, junto a otra persona. Jeremy no había parado de enviarle mensajes durante la mañana, invitándola a salir, a dar un paseo por algún parque público, o simplemente conversar unos minutos en el porche de su casa; pero ella se había negado a todas las propuestas con una diplomática excusa, mentira que se le clavaba en el pecho como las puntiagudas y diminutas espinas de un cactus que, si bien no causaban un daño severo, podían ser más incómodas y dolorosas que una herida abierta.

—Yo me voy ya mismo a la sacristía a organizar el salón para la limpieza. Tú quédate aquí y pórtate bien, hija mía —ordenó la mujer y, dándole una palmada en el hombro, la dejó sola.

A esa hora la participación ya había remitido bastante, pero no así el corazón solidario de sus padres. Martin Gibson se encontraba a varios metros de Kate, practicando con los niños del coro los cantos que serían entonados en la última misa del día.

Ella siguió empaquetando pasteles en bolsas de plástico transparente que luego ataba con cintas azules. Era un trabajo monótono, pero pronto la carga se le alivió al sentir que alguien se aproximaba.

La piel se le puso de gallina cuando reconoció a la persona que se había ubicado frente a ella, al otro lado de la mesa.

—¿¡Pasteles de crema por un dólar!? —preguntó Jeremy con una voz que denotaba impresión y un toque de burla—. En Seven Stars los ofrecen mejores.

Ella procuró no observarlo maravillada, ni reflejar la felicidad que desbordaba su corazón. Enderezó los hombros y se acomodó las gafas al puente de la nariz antes de responderle:

—Pero no a este precio, y mucho menos serían capaces de donar el total de las ganancias a una obra benéfica.

—Los empleados también comen; digamos que pagarles a ellos sería una obra benéfica —arguyó con una sonrisa pícaro.

—Eso no cuenta —declaró Kate, y volvió a organizar las ya ordenadas filas de pasteles para evitar la hipnótica mirada de aquel joven—. Una obra benéfica consiste en socorrer a alguien en su necesidad sin pedir nada a cambio. Sin embargo, un asalariado realiza una tarea para un jefe y es remunerado por esa labor. Definitivamente, eso no puede considerarse una obra benéfica.

—Tú siempre aportando conclusiones acertadas.

—Todo el mundo sabe...

—¿Por qué no me das una explicación de ese tipo que justifique realmente el no responder a mis llamadas y mensajes? —la interrumpió Jeremy sin dejar de sonreír.

El rostro de Kate palideció, pero su mirada se mantuvo anclada en los pasteles para ocultar su turbación.

—Te la di en uno de los mensajes que te envié —contestó cabizbaja.

—Será en el *único* mensaje que me enviaste, y allí solo me decías que estarías muy ocupada todo el día. Si me hubieras invitado a colaborar en esta actividad, habríamos pasado un buen rato juntos.

Ella suspiró y dirigió su atención hacia Jeremy, pero pronto se arrepintió de haberlo hecho. La profunda mirada de él le agitó un cúmulo de emociones en el pecho.

—Me dijiste que no te gustaba asistir a la iglesia.

—Te dije que no me dejarían entrar a la iglesia.

Kate apretó los labios mientras Jeremy apoyaba las manos en la mesa para inclinarse hacia ella y hablarle cerca del rostro.

—Por ti sería capaz de convencer a toda esta gente de que soy una persona buena, para que me dejen entrar —le aseguró. Katherine se quedó inmóvil; se había olvidado hasta de respirar—. Incluso, si me lo pides, me confesaré con el cura.

Los párpados de la joven se abrieron desmesuradamente, pero el resto de su cuerpo permanecía inerte.

—¡Oh, el chico Collins!, ¡qué sorpresa tenerlo aquí! —vociferó la voz ajada de una de las feligresas de mayor edad, que avanzaba hacia ellos con lentitud y con la ayuda de un bastón, hasta detenerse junto a Jeremy.

Él se giró hacia la señora, dando oportunidad a Kate para reponerse de su ataque despiadado. Mientras la mujer indagaba sobre la salud de Trevor Collins y las notas escolares de Claire, Katherine se acomodó el jersey y el pelo, como si se recobraría de una aparatosa caída.

Por instinto, lanzó una ojeada hacia el lugar donde se hallaba su padre: la mirada severa que este le devolvió espantó sin piedad las miles de mariposas que le revoloteaban en el estómago.

—Kate —la llamó la anciana que conversaba con Jeremy, y quien resultó ser la cocinera de los postres de crema—. ¿Cómo va la venta de pasteles?

—Muy bien, señora Meyer. Solo quedan estas tres docenas que Jeremy se ofreció a comprar —informó con seriedad.

La mujer articuló una perfecta «O» con la boca, como muestra de su agradable sorpresa, mientras que Jeremy solo atinó a arquear las cejas y mirarla con incredulidad.

—¡Maravilloso! A Claire le encantarán —le dijo la buena mujer. Él aún seguía mudo de asombro, pero se obligó a sonreírle—. Yo venía a encargarme de la venta mientras Kate iba a ayudar a su madre con la limpieza de la sacristía, pero ya que tú los has comprado a todos, podré ir a rezar el rosario con el grupo de adoración en la iglesia.

—Vaya sin prisa, señora Meyer —la animó Jeremy, guardándose las manos en los bolsillos—. Kate se encargará de entregarme los pasteles.

La mujer se despidió de él enviándole saludos para su padre, su hermana e incluso para sus amigos y vecinos, le dio un sonoro beso en cada mejilla y lo instó a asistir más a menudo a la iglesia. Al marcharse, Kate ya tenía una bolsa de papel preparada para Jeremy con toda su compra.

—Gracias por colaborar con el asilo de ancianos —enunció tendiéndole el paquete con una gran sonrisa en el rostro.

Él lo tomó sin apartar su atención de ella, fascinado por la belleza que en esos momentos irradiaba la chica, y sacó la cartera del bolsillo trasero de su pantalón para pagarle.

—¿No vas a pedirme que me confiese con el cura? —consultó mientras le entregaba el dinero correspondiente.

—Bueno, ya que estás aquí... —comenzó a decir Kate, pero al ver la expresión aterrada del chico, se detuvo y rio a carcajadas.

—Creo que la que necesita una confesión eres tú —declaró Jeremy, sin poder desviar sus ojos de la joven—. Eres malvada, pero la picardía te ilumina.

Katherine quedó de piedra al darse cuenta de la mirada anhelante que él le dirigía.

—Bueno, ya que he vendido todos los pasteles..., creo que iré a ayudar a mi madre —concluyó con timidez, y se dispuso a marcharse en dirección a la sacristía.

—¡Espera! —la instó Jeremy, que se apresuró a rodear la mesa para ponerse frente a ella e impedir que huyera—. Aún no me has dicho si podemos quedar esta noche para charlar.

—No me lo has propuesto —argumentó la joven, e intentó esquivarlo para continuar su camino, pero él volvió a detenerla.

—Te lo propongo ahora, Katherine. —El tono de su voz sonó algo severo. Estaba dispuesto a darle el tiempo que ella necesitara, pero no a que se burlara de él.

—No puedo —confesó la chica con resignación, sin mirarlo a los ojos.

Él le tomó la barbilla con un dedo y le alzó el rostro para obligarla a encararlo.

—¿Por qué? Y esta vez dime la verdad, no quiero evasivas.

Ella dudó por un momento. ¿Cómo decirle que no podía porque era una cobarde?,

¿porque aún no había reunido el coraje suficiente para enfrentarse a su padre y seguía prefiriendo esconderse en su mundo privado, como lo hacía de niña, antes que encarar cualquier tipo de confrontación?

—Esta noche regreso a la universidad. Papá me llevará.

Él arrugó el ceño confundido.

—Cuando te pedí que vinieras conmigo a Providence, te aseguré que te llevaría de vuelta. ¿No lo recuerdas?

Ella asintió e intentó bajar el rostro, pero él se lo impidió.

—¿Qué demonios sucede, Kate? —preguntó Jeremy, comenzando a perder la paciencia.

—Katherine. —La voz potente de Martin Gibson la sobresaltó y le arrancó del rostro toda la coloración—. Tu madre te espera en la sacristía.

Jeremy miró al hombre, quien parecía reprenderlo con su postura autoritaria, y Kate escapó como un cervatillo hacia el interior de la iglesia. Él la dejó marcharse mientras controlaba el estallido de ira que se producía en su pecho.

—Es bueno verte por aquí, muchacho —expresó Martin, tratando de ubicar a Jeremy con ese calificativo. Para él, el hijo de Trevor Collins seguía siendo un mocoso travieso e irresponsable—. La religión ayuda a forjar el carácter de las personas; deberías pasarte más a menudo.

—Lo he hecho, Martin. —Al tutearlo, Jeremy pretendía colocarse en el mismo escalón que el padre de Kate y que viera que era tan hombre como él—. Deberías mirar de vez en cuando al fondo de la iglesia.

—Atrás solo se sientan los distraídos.

—Y a los que nos gusta tener una visión completa del recinto, para que no solo las palabras del cura nos conmuevan, sino también la música y las caras bondadosas de nuestros prójimos.

Ambos se observaron por unos segundos, en un claro desafío. La mesa donde antes estaban expuestos los pasteles se interponía entre ellos.

Martin decidió ser directo; ese chico tenía que entender que debía alejarse de su hija.

—Katherine es una joven con muchas responsabilidades. Las distracciones pueden desviarla de su meta.

—Para alcanzar una meta, además de disciplina y constancia, se necesita descanso —garantizó Jeremy mientras bordeaba la mesa con intención de marcharse. Pero antes, debía dejarle claro al padre de Kate que no se rendiría con facilidad—. Eso nos ayuda a centrar nuestras ideas y renovar las energías. Y tal vez, Martin —lo retó al estar frente a él—, esa distracción podría transformarse en una futura meta. —Y dicho aquello, se dirigió al estacionamiento.

Martin Gibson lo siguió con una mirada de reproche. No permitiría que ese muchacho destruyera lo que con tanto esfuerzo había logrado en su hija. No sabotearía su mayor empresa. Sin embargo, no podía hacer nada en ese momento.

Tenía a media feligresía a su alrededor, pero ya habría ocasión de castigar aquel acto de rebeldía. Había disuadido decenas de veces los esfuerzos de Katherine por desviarse de su camino, y un niño mimado y descerebrado como Jeremy Collins no torcería la voluntad de su hija.

Katherine se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa. Se frotó el rostro con ambas manos para eliminar el cansancio; luego se irguió en la silla y estiró los brazos para hacer traquetear los huesos de su espalda.

—La historieta no solo nos permite reforzar la lectura, sino que reactiva la imaginación y la capacidad crítica —aseguró Maddie mientras revisaba un grueso libro sobre técnicas para mejorar el lenguaje oral de los niños.

—Si les mostramos los dibujos y cada grupo se encarga de escribir los diálogos, estaríamos aplicando inventiva, vocabulario y relación con sus semejantes; con eso cumpliríamos con todas las condiciones que estableció la profesora. ¿Qué opináis? —preguntó Freddy a las chicas, aunque solo contaba con la atención de una.

Kate parecía distraída. Se había puesto de nuevo las gafas y observaba con melancolía su bolígrafo mientras lo hacía girar sobre la mesa.

—Con este proyecto la *profe* quedará satisfecha; ahora solo nos faltaría convencer a la directora del Kingston Hill Academy de su efectividad, para que nos permita aplicarlo en su escuela —agregó Maddie—. ¿Qué te parece, Kate? —inquirió, pero no recibió respuesta—. ¡Kate!

La aludida se sobresaltó y observó a sus compañeros con desconcierto.

—¡No grites dentro de la biblioteca! —reprendió a su amiga en un susurro.

—¡No viajes en el tiempo cuando estamos reunidos haciendo un trabajo! —se quejó Maddie.

Kate suspiró con agobio y apoyó los codos en el borde de la mesa para entrelazar las manos y descansar la mandíbula sobre ellas.

Habían pasado cuatro días desde su regreso a Kingston, y durante ese tiempo, había ignorado las constantes llamadas y mensajes de Jeremy, que le pedía que se encontraran en el complejo deportivo. La relación con él debía limitarse a su colaboración con el problema de Claire; si se veían mucho, su vida acabaría absorbida por un torbellino, y aún no se sentía preparada para enfrentar tal situación.

—Estoy cansada —se disculpó.

—¿Cansada de ser una tonta? —masculló Maddie con los ojos fijos en el libro.

—¿Tonta, por qué?

—Por no darte un respiro. —Ambas se miraron con irritación, Freddy prefirió mantenerse al margen y hacerse el desentendido con la lectura—. No me gusta Collins, pero tampoco me gusta que seas tan cerrada.

—¿Quién está hablando de Jeremy?

—Yo estoy hablando de Jeremy —la retó su amiga.

A Kate se le atoraron las palabras en la boca.

—Aquí dice que los antiguos egipcios fueron los primeros en utilizar la técnica de la historieta para representar sus mitos en dibujos y jeroglíficos...

—¡Freddy!

El hombre volvió su rostro confuso hacia sus dos compañeras, quienes habían interrumpido al unísono su aportación. Pretendía calmar los ánimos, pero lo único que logró fue exaltarlos más. Echó una ojeada a su alrededor: estaban recibiendo las miradas reprobatorias del resto de los usuarios de la biblioteca.

—¿Por qué no os relajáis un poquito, eh? —les suplicó.

—Lo único que estoy sugiriendo es que te des una oportunidad —argumentó Maddie hacia Kate, ignorando al chico—. Nadie habla de que te cases, o que tengas sexo en la primera cita, como es habitual en Jeremy. Solo te digo que disfrutes. Ve al complejo acuático, charla un poco con él, salid a tomar una copa... y, si ves que no te gusta, lo dejas ahí y listo.

Kate suspiró. Ese era el mayor problema: sí le gustaba. Cualquier tipo de relación que mantuviera con ese chico, fuera cual fuese, no quedaría ahí. Al menos, no en lo que le concernía a ella. Eso se marcaría a fuego en su alma y, sobre todo, en su corazón. Por eso huía.

—Lo pensaré —murmuró, y simuló que se sumergía de nuevo en la lectura para evitar la conversación con su amiga.

Maddie puso los ojos en blanco, pero prefirió mantener la boca cerrada. Convencer a Katherine Gibson de saltarse por un día sus absurdos y severos principios era como esperar que las vacas dieran leche batida.

La calma se mantuvo por unos minutos mientras el trío se ocupaba en su investigación, hasta que el teléfono de Kate comenzó a sonar dentro de su mochila.

—¡Maldita sea! —susurró.

Maddie la observó con las cejas arqueadas.

—¿Se te olvida apagar el móvil al entrar en la biblioteca y maldices? —expuso con rostro contrariado—. El mundo debe de estar por acabarse.

Kate la fulminó con la mirada mientras recogía rápidamente sus pertenencias y se levantaba de la mesa. Decenas de ojos enervados la fustigaron para que silenciara el aparato.

—¿No lo apagas? ¿Vas a responder? —la agujoneó Maddie con una sonrisa.

—¡Cállate! —le ordenó Kate, que salió corriendo hacia las escaleras.

—¿Se va a acostar con Jeremy esta noche? —preguntó Freddy al quedar solo con Maddie.

—Eso júralo. A Collins no se le escapa una; ni siquiera la testaruda de Gibson.

Ambos rieron con complicidad mientras Kate bajaba a toda prisa y llegaba al vestíbulo del edificio de la biblioteca. Sacó con rapidez el teléfono, aunque aún no había decidido si respondería o no. Ansiaba escuchar su voz, estar con él, pero tenía miedo, y no comprendía por qué se sentía tan insegura.

Sin embargo, se extrañó al ver reflejado en la pantalla un número que no conocía.

—¿Quién? —preguntó al descolgar.

—¿Kate? —respondió una voz llorosa e infantil.

—¿Claire? ¿Eres tú?

—Oh, Kate... —gimoteó la niña.

A Katherine se le puso la piel de gallina al escuchar el llanto de la joven. Y temió lo peor.

CAPÍTULO 8



—¿Claire? ¿Qué sucede? ¿Por qué lloras? —preguntó, al tiempo que bajaba a paso apresurado las escaleras para salir de la biblioteca.

Esa tarde llovía, así que decidió buscar refugio en la parada de bus, que en ese momento estaba desierta.

—Kate, no quiero volver al instituto. Nunca —expuso la niña con voz trémula.

—¿Por qué? ¿Qué te han hecho? —No oyó nada al otro lado de la línea, salvo un suave y lastimero llanto—. Confía en mí, te juro que no se lo diré a nadie. ¿Te hicieron daño? ¿Te pegaron?

En realidad, quería preguntarle si algún chico se había propasado con ella; si sus amigas la habían empujado finalmente a tener sexo o algo por el estilo, pero le daba miedo escuchar esas respuestas.

—No..., es que... se burlan de mí, y ya no lo soporto.

—¿Quién se burla de ti? —inquirió Kate con el corazón encogido en el pecho. Todo el miedo, la soledad y la angustia que vivió en la escuela parecían resurgir de las cenizas.

—Mary... y las otras chicas —reveló Claire en medio de su pena—. No me permiten acercarme a ellas, me rechazan; y los demás también. Me siento sola, Kate, muy sola.

La joven, que entre tanto había llegado a la parada de bus, se sentó con cansancio en el banco de hierro y se pasó una mano por su cabeza húmeda para quitarse el gorro. Tenía los ojos rebosantes de lágrimas. Anhelaba cubrir de alguna manera los cientos de kilómetros que la separaban de Providence para llegar a la casa de la niña y darle un abrazo, asegurarle que la comprendía mejor que nadie y prometerle que no la dejaría sola.

—¿Te tratan así por el tema de la virginidad?

—No —gimió Claire—. Le conté a Mary mi idea de remodelar mi cuarto. Quería

que me ayudara; así seríamos amigas de nuevo.

—¿Y qué te contestó? —preguntó Kate cuando solo hubo silencio; hasta el llanto se había detenido.

—Se burló de mí delante de toda la clase. Les dijo que dormía con muñecas y que la había invitado a mi casa porque mi hermano quería acostarse con ella. —Kate apoyó un codo sobre su muslo para sostener su cabeza atormentada—. Está todo el rato hablando de mi padre. Dice que lo vio una vez desnudo y que su pene era pequeño.

Katherine cerró los ojos, furiosa por lo que escuchaba. El llanto de Claire se renovaba.

—Le pegué —confesó la chica de manera repentina. Kate abrió los ojos sorprendida y se quedó inmóvil, expectante, hasta que la joven comenzó a narrar los hechos—. No podía dejar que hablara así de mi padre. Pero ella se enfureció, me gritó y me pidió que no le dirigiera nunca más la palabra. La he perdido, Kate. ¡He perdido a mi mejor amiga!

El llanto desesperado de la pequeña atenazó las fuerzas de Kate. La hizo sentir como si de nuevo tuviera doce años y se encontrara en medio de un salón frío, rodeada de chicos que se burlaban de sus gafas, o de su cara de tonta.

—Claire, es muy cruel lo que Mary hace contigo. Una verdadera amiga no cuenta tus intimidades en público, ni se burla de ti de esa manera.

—Pero fue por mi culpa. No debí decirle nada...

—No digas eso —la interrumpió con enfado—. Fue ella la que rompió los lazos de amistad.

—Ahora voy a estar sola, Kate. Nadie me querrá en su grupo —exclamó la joven con la voz quebrada por el llanto.

—Tranquilízate, Claire. Dime una cosa, ¿Mary se burla de otros niños en la escuela?

—Sí..., pero no es tan dura. Conmigo es muy mala y yo no le he hecho nada. A los demás no los humilla en medio de toda la clase, ni se mete con sus padres. Eso solo lo ha hecho conmigo.

Katherine respiró hondo. El dolor y la rabia le impedían pensar con claridad.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—¿Tu papá está contigo?

—No. Aún no ha llegado del Centro Comunitario.

—De acuerdo. Quiero que hagas esto: date un baño y toma un chocolate caliente. Trata de no pensar en lo sucedido y ponte a ver algo en la tele, o haz los deberes, ¿vale?

—No puedo dejar de pensar en ello, Kate...

—Inténtalo, Claire. Cuando tu padre llegue y te vea llorando, no te dejará en paz hasta que le cuentes lo que te pasa. ¿Quieres eso?

—No —respondió la chica con voz baja.

—Bien. Si sigues llorando, se te hincharán los ojos y él lo notará. Relájate y concéntrate en algo que no tenga nada que ver con lo ocurrido —le explicó. Ella sabía muy bien cómo disimular una pena—. Dame tiempo para que encuentre una solución, pero no puedes dejar de ir a la escuela; si no, tu padre sospechará.

—No quiero tener otro día como este...

—Claire, se repetirá si demuestras debilidad. Ignórala, da a entender que no te importa lo que diga o haga. Cuando ella vea que sus acciones no te afectan, te dejará en paz.

—¡Pero me afectan!, ¡Mary es mi mejor amiga! ¿Crees que algún día me perdonará?

Kate suspiró con agobio. Mary no tenía nada que perdonar a Claire, pero el dolor que sentía la niña era tan grande que no podía comprenderlo.

—Lo hará. Créeme que lo hará —le dijo para tranquilizarla.

Después de una larga despedida, donde se ocupó en dejar a la niña lo más calmada posible, recogió sus cosas y subió en el siguiente autobús para acercarse al complejo deportivo. Había una sola persona en todo Kingston que podía ayudarla, y aquella era la excusa perfecta para desechar sus tontos prejuicios y dar rienda suelta a lo que anhelaba su corazón.

En pocos minutos llegó al complejo. El corto trayecto le sirvió para sosegar las emociones y pensar con claridad. Según le habían contado Jeremy y la propia Claire, Mary y la niña eran amigas desde siempre, entonces, ¿por qué había cambiado su actitud de forma tan repentina?

Una sola respuesta le venía a la mente: envidia. Pero ¿de qué?

Corrió hasta el edificio de ladrillos rojos en cuyo interior se albergaban las piscinas climatizadas donde practicaba el equipo de natación. Era el final de la tarde y la lluvia comenzaba a remitir; quizás el entrenamiento ya había terminado.

Llegó a las gradas y repasó con la mirada las tres piscinas. La del centro era la más profunda y donde se realizaban los saltos de trampolín; la de la derecha era la más grande, una olímpica de cincuenta metros, con ocho calles bien definidas, pero Jeremy tampoco se encontraba allí, sino en los alrededores de la tercera piscina, donde las chicas del equipo femenino realizaban los últimos ejercicios.

El corazón se le encogió al verlo agachado en el borde, conversando con una joven que estaba dentro del agua. Tenía el torso desnudo, al igual que los pies, y llevaba un pantalón deportivo holgado. Sus cabellos aún estaban húmedos y la perenne sonrisa torcida demostraba su calma. Disfrutaba de la charla, al igual que la chica, enfundada en un ajustado bañador y con un gorro elástico cubriéndole el pelo.

Reían mientras hablaban; eso era habitual en él. Era un chico alegre, despreocupado y libre, que vivía con gozo cada segundo de su existencia. Quizás trataba de ligar con la joven, o tal vez esa labor ya estaba hecha y ahora simplemente acordaban alguna salida. Una punzada de pena y decepción se instaló en el pecho de

Kate. Quería ser así, descomplicada y entretenida; deseaba que él disfrutara estando con ella, como lo hacía con todas las mujeres que lo rodeaban. Ansiaba que la encontrara interesante, que la mirara siempre con deseo y le sonriera de la misma manera en que lo hacía con aquella chica.

Se abrazó el cuerpo con los ojos brillantes. Pensó en marcharse, no quería interrumpir la conversación; pero entonces él alzó la mirada y, por algún motivo, la dirigió hacia las gradas. Al verla, se le desvaneció la sonrisa del rostro. Aquel gesto la debilitó.

Kate retrocedió. Jeremy, en cambio, se levantó y se despidió rápidamente de la joven de la piscina para acercarse a ella.

A medida que avanzaba, la traspasaba con una mirada severa que le hacía añicos el alma. Subió de un salto el entarimado donde estaban construidas las gradas y se aproximó hasta quedar frente a la chica.

—Vaya, señorita Gibson, se dignó a dar señales de vida —reclamó con una voz serena, pero con una mirada dura.

Ella volvió a retroceder, con las mejillas encendidas por la vergüenza.

—Hola. Yo... lo siento —fue lo único que pudo responder, y bajó la vista, en un intento de mantener los ojos lejos del torso desnudo del hombre.

—Tranquila, puse en práctica el consejo que me diste una vez: el de ayudar sin imponer. Solo te daba tiempo para pensar.

Kate alzó la mirada. ¿A qué tipo de ayuda se refería Jeremy? Si era ella quien estaba ahí para ayudarlo a él.

—Lamento mi descortesía, pero he tenido exámenes y se acerca la tesis...

—Yo también estoy liado con los estudios —se quejó el joven—. Mañana tengo competiciones, debo inscribir la tesis dentro de unas semanas y ni siquiera he elegido el tema todavía. —La observó fijamente, ansioso por recortar la distancia, tomarla por la nuca y desconectarse del mundo deleitándose con el sabor de su boca. Había pasado todos esos malditos días pensando en ella, en sus ojos azules y profundos, y en la forma de sus labios. Nunca le había ocurrido una cosa igual con otra mujer, y eso lo desquiciaba. Cada vez que el deseo lo atormentaba, con facilidad obtenía lo que quería, pero con Katherine Gibson era diferente—. Lo único que quería era compartir un poco de tiempo contigo.

La chica se estremeció. Ella quería lo mismo, pero no se atrevía a soñarlo siquiera. Respiró hondo y se ajustó las gafas al puente de la nariz.

—Jeremy, disculpa, yo... vine porque acabo de recibir una llamada de Claire —soltó de repente, para desviarse de aquel tema perturbador y recobrar la cordura.

Las facciones del rostro del joven cambiaron; se endurecieron aún más, así como su mirada.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me contó algunas situaciones que ha vivido estos días en la escuela.

—¿Y? —insistió, al ver que ella se callaba.

—Creo que es Mary quien tiene un problema grave.

—¿Mary? No me importa lo que le pase a esa chica; quiero resolver el problema de mi hermana —rugió con enfado.

—Tiene que importarte lo que le suceda a Mary, porque ella y Claire son muy amigas. Lo que le ocurra a esa niña afecta directamente a tu hermana.

Jeremy se cruzó de brazos y desvió su atención a la piscina. Kate miró por unos segundos su rostro ceñudo, sintiéndose culpable por ser la causante de su malestar. Momentos antes estaba muy feliz conversando con otra chica, y desde que la había visto a ella, la alegría se había esfumado.

—Creo que es un asunto de celos —agregó, ignorando sus propios sentimientos.

—¿Celos?, ¿de qué?

—No lo sé. Quizás por los estudios, o por algo que Claire ha conseguido y que Mary ambicionaba. ¿Ellas siguen asistiendo juntas a *ballet*?

—Sí —respondió él con más calma, y volvió su atención a ella—. Pero hace unas semanas Claire me contó que Mary había obtenido el papel protagonista en el baile que realizarán para la primavera, y hasta donde yo sé, las dos son buenas estudiantes. No creo que sean celos lo que motive a esa niña a obligar a mi hermana a perder la virginidad.

—Jeremy, es una posibilidad que no podemos descartar —aseguró ella. Le había prometido a Claire no contarle a nadie lo que le había ocurrido esa semana en la escuela, y donde quedaba demostrado que el problema iba más allá del tema del sexo. En ocasiones, Mary se mostraba abierta con Claire, pero en otras, se volvía agresiva. Eso parecía evidenciar que tenía una fijación con su amiga por otro problema que, era evidente, no sabía canalizar—. Si averiguamos lo que le ocurre y la ayudamos a resolverlo, ella dejará de molestar a Claire.

—Ni lo sueñes. La única forma de resolver el problema de esa niña sería pedirle a mi padre que hable con los padres de ella, y no pienso involucrarlo en este asunto —rebató él con irritación.

Su reacción molestó a Kate. Si él no estaba dispuesto a solucionar aquel conflicto, ella no podía hacer más. Quería ayudar a Claire, pero la actitud de Jeremy le dolía.

—Bien, entonces, dejémoslo así —sentenció, y se dio media vuelta para marcharse, aunque no pudo llegar muy lejos. Jeremy la retuvo por un brazo y la giró hacia él, quedando a irrisorios centímetros de su pecho musculoso y de su rostro relajado y varonil.

—Kate, no te vayas. —La súplica hizo vibrar todo el organismo a la chica—. Perdóname, yo... —Él subió una mano y la posó en la mejilla de la joven. El contacto le agitó las emociones—. Estoy un poco tenso. —La miró con intensidad. Ansiaba romper todas sus barreras y llegar a ella—. Me molesta no saber cómo superar los obstáculos.

Sobre todo, los que esa chica le imponía.

La mano de Jeremy acarició la piel de la joven hasta llegar a la mandíbula. Luego,

con un dedo, repasó todo el labio inferior mientras sus ojos reflejaban la creciente necesidad que lo agobiaba.

—¿Por qué eres tan difícil? —susurró, y acercó el rostro al de ella.

Kate no podía creer lo que escuchaba. El corazón se le aceleró al ver lo dispuesto que él estaba a besarla, pero la potente voz del entrenador del equipo de natación destruyó el romance.

—¡Los quiero en los vestuarios en menos de un minuto! —vociferó el hombre, quien para acentuar su llamada hizo sonar su silbato.

Jeremy apretó la mandíbula al alejarse un paso de ella. El destino se burlaba de él y nuevamente le robaba su oportunidad. Comenzaba a hartarse de esa situación.

—Cena conmigo.

—¿Qué? —preguntó Kate con las piernas y la voz temblorosa.

—Esta noche. Cena conmigo y hablaremos de la estrategia que llevaremos a cabo para resolver el problema de Mary —aseguró. Por estar de nuevo con ella, accedería a lo que fuera.

—Yo... —Kate se mostraba nerviosa.

Al verla negar con la cabeza, Jeremy la interrumpió.

—Por favor, no rechaces mi invitación —le pidió—. Quizás esta sea la última oportunidad que tenemos para evitar que mi hermana cometa un error —dijo para manipularla. Aunque realmente haría cualquier cosa por ayudar a Claire, no podía perder otra ocasión de probar los labios de esa mujer.

—Está bien... —respondió la chica con inseguridad. Los ojos le brillaban como un par de zafiros.

—Pasaré a buscarte por la residencia a las ocho, ¿te parece?

Ella asintió rápidamente.

—¡Collins! —lo llamó el entrenador. Era el único del equipo que faltaba por asistir a la reunión.

—¡Voy! —gritó él, y se inclinó para darle un beso de despedida en la mejilla, muy cerca de la comisura de sus labios. Luego se marchó y la dejó allí, estremecida e impactada.

Al quedar sola, echó una ojeada confusa hacia las piscinas, y vio a la chica que antes conversaba con Jeremy: hablaba de manera confidencial con otras dos dentro del agua, mientras la observaban con cierta incredulidad y algo de desaprobación. Aquello la fastidió. Odiaba esas miradas que parecían juzgarla y burlarse de sus tontas pretensiones.

Retrocedió y se fue de allí con una creciente inquietud agitándose en su pecho. No quería revivir el trato que le habían dado en la escuela, pero no estaba dispuesta a seguir escondiéndose tras sus miedos e inseguridades. Era el momento de tomar el control de su vida.

—¿Vas a misa?

Katherine bajó los hombros en un gesto de derrota al escuchar las palabras de Maddie. Se había pasado horas buscando el atuendo indicado para la cita con Jeremy, pero, por la inquietante pregunta de su amiga, era evidente que había fallado en su elección.

—¿Podrías ser menos inquisitiva y más solidaria? —le preguntó con enfado.

Su amiga soltó una carcajada y se sentó en el borde de la cama para comer el sándwich de atún que se había preparado para cenar.

—¿Y qué quieres proyectar exactamente: candidez, elegancia o sensualidad?

—Quiero no morirme de frío —señaló Kate mirándose con decepción al espejo de cuerpo entero que tenían atornillado a la pared. Aunque había dejado de llover, las temperaturas se mantenían bajas—. Y verme guapa —completó.

—¿Guapa? —la fustigó Maddie levantando una ceja mientras le daba un mordisco a su comida.

—Bueno, quiero...

—¿Que Jeremy quede con la boca abierta cuando te vea?, ¿o que solo dibuje una sonrisa de satisfacción?

—Una sonrisa de satisfacción —respondió la joven con las mejillas sonrojadas. No se creía capaz de despertar el asombro en él.

Maddie negó con la cabeza y apuró el bocado para dejar el sándwich en el plato que había sobre la mesita de noche.

—Tomas malas decisiones, Kate. Es lo primero que debes evitar —aseguró, levantándose de la cama—. Anda, quítate ese disfraz de monja —le ordenó, e ignoró la mirada severa de su amiga para dirigirse al armario.

Con rostro ceñudo, Katherine se quitó el largo y grueso jersey de punto y cuello alto de color blanco, quedándose solo con una sudadera.

—¿Y llevas puesta más ropa? —preguntó Maddie con sorpresa y los ojos abiertos como platos—. Quítate eso también, pero déjate el pantalón. Al menos, acertaste con él.

Kate abrió la boca para negarse, pero su amiga le lanzó una firme advertencia con la mirada. Se sacó la sudadera por la cabeza, quedándose solo con el sujetador y el pantalón negro de corte recto que se había puesto. La chica le entregó una camisa vaquera, cuyas mangas se doblaban hasta quedar por encima de la muñeca, y una chaqueta de punto grueso color hueso, de solapa abierta y sin botones, que haría juego con una bufanda del mismo material, pero en un tono un poco más oscuro.

—Sácate las zapatillas, por favor —le pidió con sequedad antes de extraer del fondo del armario unas botas negras.

—Esta ropa es muy bonita —expresó Kate mientras se vestía.

—¿Bonita? Es chic y bohemia. Nada de bonita.

—La cuidaré.

—Sí, por favor. Quítatela si os vais a la cama, ¿eh?, no quiero que se manche con fluidos.

—¡Maddie! —reclamó la joven con voz inflexible.

—¿Qué? ¿Dónde piensas terminar la cena?, ¿en la biblioteca?

Kate puso los ojos en blanco y se sentó en el colchón para calzarse las botas.

—Solo iremos a cenar, nada más. Lo estoy ayudando con un asunto de su hermana.

—Como tú digas —la calmó Maddie mientras se sentaba en su cama y tomaba de nuevo su sándwich—. Déjate el pelo suelto —dictaminó, al ver que su amiga buscaba sobre la cómoda la goma con la que solía atarse los cabellos en una cola floja, a la altura de la nuca.

Kate bufó y tomó el cepillo para alisarse los mechones rubios.

—Y quítate las gafas.

—De eso nada.

—¿Por qué?

—No voy a ver bien.

—¡Deja de mentir! Son para la lectura, puedes ver bien sin ellas.

Cierto, pero se sentiría insegura. Tenerlas presionando el puente de su nariz le daba la sensación de que todo estaba en su lugar, que las cosas marchaban como debían hacerlo.

Al terminar de peinarse y maquillarse con sobriedad, su teléfono sonó. Jeremy la avisaba de que se encontraba afuera. Un nudo se cerró en la garganta de Kate.

—Llegó tu carruaje, princesa —la animó su amiga.

La chica suspiró y se echó una última ojeada en el espejo.

—Estás fabulosa, Katherine. —La joven se giró hacia Maddie. En sus ojos se reflejaba inseguridad—. La única que no lo nota eres tú. Acéptate para que puedas ser aceptada por otros.

Ella asintió y se esforzó por controlar sus emociones.

—Gracias. Estaré en deuda contigo —afirmó mientras tomaba su bolso apoyado sobre la cómoda.

—Si te vas a la cama con Jeremy, la deuda será eterna.

Kate achinó los ojos hacia su amiga, pero decidió ignorar sus provocaciones y darle un fuerte abrazo antes de marcharse.

—Nos vemos —se despidió al llegar a la puerta.

—Espero que sea mañana —completó Maddie con una sonrisa pícaro.

Al salir al pasillo de la residencia, Kate respiró hondo, apretó las manos en la bandolera de su bolso y bajó al vestíbulo para salir al exterior. Al abrir la puerta, una ráfaga de aire frío le alborotó los cabellos. Descendió con premura las escalinatas para acercarse al estacionamiento, al lugar donde estaba aparcado el Kia de Jeremy.

Lo vio con la espalda apoyada en la puerta del copiloto, las piernas cruzadas en

los tobillos y las manos metidas dentro de los bolsillos de su pantalón gris. Llevaba puesto un abrigo azul oscuro sobre una camisa de lino celeste. Al verla, él le obsequió esa sonrisa torcida que ella tanto anhelaba. Kate sintió que algo le estallaba en el pecho, pero se contuvo como buenamente pudo hasta llegar a su lado.

—Estás preciosa.

Sus palabras le provocaron un escalofrío. Él caminó hacia ella y le tomó la mano con ternura, acariciándole el dorso con su dedo pulgar, pero al ver que se inclinaba hacia su rostro, ella quedó petrificada. ¿La besaría en los labios?

Pero Jeremy se limitó a darle un casto beso en la mejilla. Un oleaje de alivio mezclado con decepción la recorrió. Anhelaba sus besos, aunque no sabía cómo reaccionar ante sus atenciones. Agradecía que le diera un poco más de tiempo.

—¿Vamos? —Ella asintió y enseguida él le abrió la puerta del coche para invitarla a subir.

Con el pecho henchido de satisfacción, Jeremy rodeó el Kia para ocupar su puesto frente al volante. Aquella cena, a pesar de ser un paso minúsculo en comparación con los que él solía dar en las primeras citas con otras chicas, suponía un gran avance tratándose de Katherine Gibson. Una oportunidad que sabría aprovechar.

La llevó al Retail Shopping, ubicado en las afueras del campus, donde se hallaba un local pequeño especializado en comida internacional. Su favorito.

—Estás preciosa —volvió a decir cuando el camarero se marchó con la comanda y los dejó solos en una mesa situada junto al ventanal.

—Ya me lo has dicho.

—¿Y te molesta que lo repita?

Kate no supo qué responder. Nada de lo que él hacía le molestaba, por supuesto, pero su actitud galante la ponía nerviosa.

Había decidido abordar la conversación sobre Claire para entrar lo antes posible en materia y poner en orden sus emociones cuando del baño salieron dos chicas emitiendo risas sonoras que llamaron la atención de ambos.

Kate reconoció a Kristy Smith, una rubia con cuerpo de sirena que había sido compañera de estudios de ambos en el instituto y que solía atormentarla por su personalidad retraída. Ahora Kristy estudiaba Filología en la universidad.

—¿¡Jeremy!?! —exclamó Kristy con sorpresa al encontrar al chico en el restaurante, y se acercó a él con gesto sensual, ignorando a Kate—. ¿Qué haces aquí? —preguntó al tiempo que se inclinaba para darle un beso en los labios.

Él se irguió, evidentemente incómodo. Kate suspiró hondo para sepultar la rabia y la decepción que se le avivaron dentro del pecho.

—He invitado a cenar a Kate —dijo señalando hacia ella. La recién llegada giró un poco la cabeza, para lanzarle una mirada de indiferencia.

—Hola, Kate —saludó moviendo una mano por encima de su hombro, como si le indicara que se marchara, y volvió su atención a Jeremy. Katherine la miró con los ojos muy abiertos, pero se quedó en su sitio; aun así, estaba dispuesta a largarse si

veía que Jeremy aceptaba el juego seductor de Kristy delante de ella—. Nos han reservado el gimnasio para mañana en la noche. Haremos una fiesta genial y recaudaremos fondos para las competiciones de primavera —explicó, al tiempo que dirigía su mano al pecho de él para acariciarlo.

Jeremy la apartó con delicadeza. Poco le faltaba a Kristy para sentarse sobre su regazo.

—Me alegro, pero... ¿podrías dejarnos solos? —pidió con una voz suave, clavando una mirada inflexible en la joven—. Kate y yo necesitamos conversar sobre temas importantes.

Kristy endureció el rostro y miró a Jeremy desconcertada. Katherine se mordió los labios, esperando una reacción furiosa por parte de la rubia por el desplante; sin embargo, lo que hizo fue alzar el mentón y observar al hombre con altanería.

—Claro, mi vida, tengo muchas cosas que organizar para la fiesta. ¿Nos vemos esta noche? —preguntó con tono insinuante.

Kate puso los ojos en blanco y desvió la mirada hacia el ventanal.

—Nos vemos en la fiesta —aclaró él.

La mujer le dedicó una mirada desdeñosa antes de marcharse. Al quedar solos, el silencio fluyó entre ellos durante casi un minuto. Kate se sentía incómoda. Estaba ansiosa por levantarse y regresar a la residencia.

—La próxima vez nos vamos a Newport; allá nadie me conoce —dijo Jeremy con enfado.

—¿La próxima vez? —preguntó ella con ironía, dominada por los celos.

—Sí, la próxima vez. No creas que esta será la última —advirtió él, dedicándole una mirada severa.

Ella pensaba rebatirle, pero la llegada de la comida extinguió su arranque de soberbia.

Sobre la mesa colocaron dos platos que contenían unas crujientes bolas de *falafel*, acompañadas con *hummus* y ensalada de tomate. Jeremy sonrió de oreja a oreja y enseguida atacó a su cena con los cubiertos; era un auténtico fan de la comida árabe.

Kate no pudo más que sonreír al verlo tan animado y olvidar la rabia que la había invadido por la interrupción de Kristy.

—¿Alguna vez te quitas las gafas? —preguntó él después de haber dado cuenta de parte de su cena.

—Sí —respondió ella con poco interés, y se llevó a la boca un trozo de *falafel*, untado con la pasta de garbanzos.

—¿Cuándo?

Kate apuró el bocado antes de responderle:

—Para... bañarme y... dormir.

Él sonrió con picardía.

—Debes verte hermosa en la cama y en la ducha. —Ella se sonrojó—. Quítatelas —le ordenó.

—¿Qué?

—Anda, quítatelas. No puedo verte en la cama o en la ducha... aún —aseguró, y le guiñó un ojo que la dejó más perturbada todavía—, pero, al menos, así podré hacerme una idea.

Kate dudó. Las gafas solo la ayudaban a leer, pero sin ellas se sentía desnuda, y era consciente de que experimentar una emoción como esa delante de Jeremy no era recomendable.

—Mejor no... —comenzó a objetar ella.

Jeremy, en medio de un suspiro, dejó los cubiertos sobre el plato y acercó las manos hacia el rostro de la chica para quitárselas él mismo, sin pedirle siquiera permiso. Fue tan rápido que no le dio tiempo a la joven de reaccionar.

Así pudo apreciar, maravillado, los grandes y claros ojos de ella, abiertos de par en par, sin el obstáculo de aquellos gruesos cristales.

—¡Guau! —exclamó—. Parecen aún más azules sin estas horribles gafas.

Ella contrajo los músculos del rostro mientras un hervidero de emociones se debatía en su interior; entre ellas, vergüenza, por sentirse desnuda frente a él, rabia, por la facilidad con la que él la incordiaba, y alegría, al notar la satisfacción en la cara del chico.

Consideraba sus ojos hermosos, y eso la alentaba.

—Espero que no me pidas ahora que me quite la ropa —escupió ella con amargura. Odiaba perder el control sobre sus emociones frente a él, pero enseguida se dio cuenta de su error al divisar el brillo pícaro en la mirada de Jeremy y su sonrisa traviesa, e intentó explicar su arrebato—. Lo digo por... lo del baño y...

Jeremy estalló en risas.

—No tienes que justificarte siempre —indicó mientras retomaba su cena.

—¡Claro que sí! Es la única manera de que no malinterpretes mis palabras.

—¿Y qué si lo hago? —Ella lo observó fijamente. Le importaba, y mucho—. No puedes andar por el mundo pendiente del qué dirán.

—Debo hacerlo, o alguien podría emitir un juicio erróneo sobre mí.

—¿Y eso te afecta? —Kate se quedó en silencio, concentrada en cortar la última bola de *falafel* que tenía en el plato—. Katherine, si tú no tienes confianza en ti misma, nadie la tendrá, por mucho que trates de cuidar tus acciones y palabras. La gente habla igual, hagas lo que hagas. Es un mal de la humanidad —comentó, y dio un trago a la cerveza que había pedido—. Además, no tienes que preocuparte por mi opinión. Yo nunca pensaría mal de ti.

—No soy una santa —rebató ella, masticando sin ganas un trozo de su croqueta.

—Claro que no eres una santa. Eres un ángel —aseguró Jeremy sin mirarla, ocupado en terminar lo que quedaba en su plato.

Ella lo observó unos segundos, con el corazón hinchado de dicha. Era conmovedor que él la viera de esa manera, que pensara que era una chica buena, sin malicia, aunque su pasado le recordara eternamente que no lo era.

Mientras él se encargaba de dejar vacío su plato, ella se percató de que sus gafas habían quedado sobre la mesa, en un costado. Estiró un brazo para cogerlas, pero él fue más veloz: las agarró y las guardó en el bolsillo de su camisa.

—¿Qué haces? —le preguntó indignada.

—Quiero verte toda la noche sin ellas.

Aquello desató un tumulto de emociones en el vientre de Kate.

—Pero...

—¿Por qué las usas? —la interrumpió.

—Me sirven para leer —respondió la chica con enfado.

—Ahora no estás leyendo.

—Es..., me hacen sentir segura —agregó—; me ayudan a pensar.

—¿O a mantener a raya tus pensamientos y deseos? —inquirió él con una mirada escrutadora.

Ella abrió los ojos, sintiéndose de pronto cohibida.

—No. Con ellas tengo una perspectiva más clara de las cosas.

—Pero limitada. —Finalmente logró que los labios de la chica quedaran sellados—. Tienes que atreverte a ver más allá. A ser ambiciosa, emprendedora.

—El mundo en ocasiones puede ser cruel, Jeremy; es mejor mantener los pies en la tierra.

—Cierto —asintió él—, pero quizás a un paso de distancia pudiera estar el mayor logro de tu vida, y tú no te atreves a darlo.

Kate suspiró, con la mirada fija en los ojos oscuros y profundos del joven. En ese momento, Jeremy se encontraba exactamente a un paso de distancia, aunque una mesa llena de restos de comida se interpusiera entre ellos.

—¿Pedimos un postre? —consultó él, sacándola con brusquedad de sus pensamientos.

—¿Postre?

—Aquí preparan un *baklava* riquísimo —aseguró, y al ver que la chica arqueaba las cejas, continuó—: Es un pastel de hojaldre fino relleno con una pasta de nueces, pistacho y almendras. Te encantará —explicó con una sonrisa amplia.

—No creo poder comer nada más.

—Entonces compartiremos uno —resolvió Jeremy, y se apresuró a llamar al camarero para pedir el pastel.

Ella volvió a suspirar mientras él se encargaba de realizar el pedido y retiraban los platos vacíos de la mesa. Comenzaba a sentirse a gusto en aquella cita. Aunque en ocasiones la atormentaba con sus palabras y gestos, Jeremy la hacía sentirse especial, y eso le gustaba.

—Tengo una idea para que nos informemos sobre la situación de Mary.

Por un momento, Kate se quedó descolocada. Luego, cuando al fin logró recordar quién era Mary y por qué él la nombraba, se sintió avergonzada. Se había olvidado por completo de por qué había salido esa noche con Jeremy. La pobre Claire se

encontraba a cientos de kilómetros de distancia, ahogada en su angustia, esperando una respuesta de su parte, mientras ella se hallaba allí, coqueteando con su hermano y ocupando su tiempo en emociones egoístas.

Se incorporó en la silla, endureciendo las facciones del rostro. Se llevó una mano al puente de la nariz para ajustar sus gafas, pero al notar que no las tenía, el temor se le desató en el pecho.

—He ayudado varias veces a mi padre en el Centro Comunitario de Providence, entrenando a los chicos del equipo de baloncesto —explicó Jeremy sin percatarse del estado de la chica—. Allí asisten varios jóvenes que estudian en el mismo instituto de Claire; incluso la hermana de uno de ellos va con ella al *ballet*. Puedo contactar con ellos y pedirles que me cuenten algo sobre Mary, cómo se comporta, si han notado una actitud extraña últimamente..., cosas así. ¿Qué te parece?

—Es una buena idea —expuso la joven con un nudo fuertemente atado en su garganta.

—¿No soy genial? —inquirió él con una sonrisa radiante dibujada en el rostro. Kate lo observó unos segundos antes de asentir con la cabeza—. ¿Por qué no lo dices?

—No necesitas que alimente tu ego.

—¡Claro que lo necesito! —declaró con seriedad—. Para mí, tu opinión es importante. —Ella arqueó las cejas—. Si la idea hubiera sido obra de Freddy, habrías aplaudido de pie —se quejó con el ceño fruncido.

Kate quedó de piedra. No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Freddy? ¿Hablas de Freddy Morgan?, ¿mi amigo? —consultó para confirmar que se referían a la misma persona. Le resultaba difícil asimilar que Jeremy se sintiera superado por aquel robusto, tímido y poco sociable chico.

—Sí, tu amigo Freddy. ¿Qué debo hacer para que me aceptes en tu vida como lo has hecho con él?

Kate permanecía con la boca abierta, pero ningún tipo de palabra podía salir de ella. Jeremy Collins era un hombre popular, atractivo, divertido y seguro de sí mismo; nunca imaginó que necesitaría de la aprobación de alguien, y mucho menos la de ella. Esa actitud la conmovió aún más. Lo hacía humano, cercano y accesible. Poco a poco dejaba de ser el hombre perfecto e inalcanzable que añoró desde la infancia.

—Siempre has estado dentro de mi vida —enunció. Jeremy no podía apartar su mirada de ella—. Solo que... te has mantenido a una distancia prudencial.

Él alzó las comisuras de los labios, feliz por escuchar esas palabras. Aquello representaba un avance importantísimo, un paso de gigante para alcanzar su meta: traspasar la dura coraza que protegía a esa hermosa mujer.

—Distancia que pronto eliminaré —garantizó, y mantuvo sus ojos de halcón puestos en ella mientras el camarero dejaba sobre la mesa el postre—. ¿Nunca habías probado el *baklava*? —le preguntó tomando la cucharilla para cortar un pequeño trozo de pastel. Se lo llevó a la boca y lo degustó con delicia, ante la mirada

impaciente de ella—. Está increíble —valoró. Tomó otra porción y acercó la cuchara hacia la chica—. Abre la boca.

Kate obedeció, ¿cómo no hacerlo? Lo primero que sintió fue el dulce del almíbar, una mezcla de azúcar, limón y azahar que estalló en su lengua; luego disfrutó de la masa crujiente, aderezada con la pasta mitad dulce, mitad salada de los frutos secos y una pizca de canela. Sin embargo, esa explosión de sabores en su boca no lograba superar al millar de sensaciones que la mirada de ese hombre provocaba en su organismo. Jeremy no la veía: se deleitaba con ella; con cada gesto que su cara hacía al probar el postre.

El momento se volvió tan íntimo que Kate se sintió aliviada y en confianza. Como si en vez de hallarse en un restaurante público donde cualquiera pudiera acercarse e interrumpirles la velada, estuvieran en algún salón privado, compartiendo confidencias.

Después de hacerla probar tres veces el postre, él tomó una porción para llevársela a la boca, pero la chica lo detuvo y, con delicadeza, le quitó la cucharilla de la mano. Ahora era ella quien tenía el control, y eso la hacía sentirse poderosa.

Llevó el trozo de pastel hacia él y le dio de comer sin apartar la mirada de sus ojos negros. La respiración de Jeremy se aceleró y el vello de los brazos se le erizó por la ansiedad. Hubiera preferido que, en vez del cubierto, ella usara sus manos; así podría chupar sus dedos con sensualidad..., pero ya habría oportunidad para eso.

«Poco a poco», se repetía mentalmente. Por primera vez en toda su vida, debía trabajar duro para ganarse la aceptación de una mujer, y aunque aquello lo consumía de desesperación, no podía negarlo, el juego le gustaba. Y mucho.

Sin prisa, compartieron el pastel, entre miradas seductoras y lo que pretendían ser inocentes caricias, que se daban cada vez que alguno exigía el cubierto para dar de comer al otro.

Más rápido de lo que ambos querían, terminaron la cena, y en medio de conversaciones triviales sobre los estudios o las competencias de natación, regresaron a la residencia.

—Gracias por el paseo —expresó Kate mientras Jeremy bajaba del coche y la acompañaba hasta las escalinatas que daban entrada al edificio de piedra gris donde ella vivía.

—Gracias a ti por aceptar. Eres un hueso duro de roer.

Ella se mordió los labios sin saber qué responder a dicha aseveración. Se había comportado como una verdadera idiota ignorando sus llamadas y mensajes durante toda la semana. Por su asfixiante testarudez, había perdido la oportunidad de disfrutar de un momento divertido y excitante junto al único ser en la faz de la tierra capaz de acelerarle el corazón a velocidades vertiginosas. Momento que, estaba segura, jamás se repetiría, al menos, no con el grado de intimidad que habían alcanzado en esa salida.

—¿Me devuelves mis gafas, por favor? —exigió ella.

En medio de un suspiro, Jeremy sacó las gafas del bolsillo de su camisa y se las entregó.

—Cuando salgamos de nuevo, las guardas dentro del bolso. —Ella arqueó las cejas. ¿De verdad se estaba refiriendo a una próxima cita?—. Si no, te las quitaré y me quedaré con ellas una semana entera, como castigo por tu desobediencia.

Kate se detuvo antes de pisar el primer peldaño y lo encaró para rebatir su amenaza, pero la puerta de entrada de la residencia se abrió de forma repentina, y una mujer alta, morena y de cuerpo estilizado salió enfundada en un grueso y largo abrigo de piel sintética de leopardo mientras hablaba por su teléfono móvil.

—¡Te dije que estoy en camino!, ¡en diez minutos llego!

Ambos se giraron hacia la recién llegada que bajaba las escaleras a toda prisa. La chica, al ver a Jeremy, quedó petrificada, tanto como él y Kate habían quedado al reconocerla.

—¡Jeremy, mi amor! ¿Vienes a buscar tu ropa? —consultó con emoción Sofia Reagan, la estudiante de Psicología fanática del sadomasoquismo, y sin previo aviso se abalanzó sobre él, llevándose por delante a Kate, que tuvo que retroceder para no caer al suelo. Sofia le envolvió el cuello en un firme abrazo y buscó ansiosamente su boca, pero él fue más ágil y pudo esquivarla—. Lo de la otra noche fue divino. Deberíamos repetir.

Kate, con la cólera consumiendo cada molécula de su cuerpo, se colocó las gafas de la misma manera en que un superhéroe desechaba su capa, harto de luchar en favor de la justicia.

—Disculpad. Os dejaré solos —se despidió sin poder evitar que su voz reflejara su amargura, y dándose la vuelta, subió a la carrera los escalones.

Escuchó las voces a su espalda: una hilarante y eternamente sensual proveniente de la mujer, y otra más ronca y quizás enfadada que podría ser de Jeremy. Sin embargo, la rabia y la decepción le taponaron los oídos con un pitido sordo que bloqueaba cualquier otro producido en el ambiente.

Abrió la reja y se adentró en el vestíbulo como un toro enfurecido. Antes de poder alcanzar las escaleras que la conducirían a la primera planta, donde estaba su habitación, alguien la agarró con fuerza por un brazo y la hizo girar sobre sus talones.

—No vuelvas a hacerlo —le advirtió Jeremy con irritación, con su rostro a escasos centímetros del de ella.

—¿Qué? ¿Interrumpir tus román...?

Él la calló con un beso. Aquel contacto fue tan repentino y firme que en segundos puso fuera de servicio su inteligencia y toda su rabia.

Se quitó las gafas e intentó alejarse, pero él se apoderó de su nuca y la inmovilizó. Kate se rindió ante la avasallante caricia de sus labios y la ansiosa invasión de su cálida lengua. Nunca había vivido una experiencia como esa; jamás la habían besado con intención de arrancarle el alma del cuerpo.

Con timidez, lo dejó actuar, pero le era imposible mantenerse al margen de la

situación. Ella también quería saborearlo, memorizar el gusto de su boca y la suavidad de la piel de su lengua, así que decidió imitar sus movimientos.

Al percatarse de su rendición, él bajó la intensidad del beso, mas no la profundidad. Con delicadeza la instruía, le enseñaba cómo responder a sus atenciones, para que ella también disfrutara.

La encerró entre sus brazos y la apretó contra su cuerpo sin dejar de besarla, sin concederle una mínima oportunidad de alejarse.

Sin embargo, el oxígeno se les acababa y los gemidos comenzaban a sonar cada vez más fuertes. Con fastidio, él se detuvo, pero dejó su frente apoyada en la de ella mientras recuperaba el ritmo de su respiración y el control sobre su cuerpo.

La colisión de emociones que se había producido en el interior de Kate la dejaron embriagada. Había perdido por completo la noción del tiempo y el espacio.

Jeremy despegó un poco el rostro de ella para mirarla a los ojos. Estaba emocionado por la excitante experiencia, aunque confundido en la misma proporción. Durante toda su vida había besado cientos de bocas, pero nunca antes le había quedado esa asfixiante sensación de ansiedad e incertidumbre anclada en el pecho.

¿Habría ella sentido lo mismo?

—Prométeme que mañana irás a verme al complejo —le pidió. Kate solo pudo asentir con la cabeza; aún se encontraba sin fuerzas—. Dímelo. Necesito oírlo de tus labios. No quiero que vuelvas a ignorarme.

El corazón de la chica estuvo a punto de fragmentarse en cientos de pedazos.

—Lo haré —garantizó, recibiendo otro profundo beso como agradecimiento.

Haciendo un gran esfuerzo, Jeremy se separó, y la dejó allí, pasmada en medio del vestíbulo.

—Te espero mañana —concluyó antes de darse media vuelta y marcharse.

A Kate le costó algunos segundos recuperar la movilidad; la mirada sanguinaria de Sofia Reagan desde la puerta fue una gran motivación.

Se colocó las gafas con manos temblorosas, giró sobre sus talones y corrió a su habitación, con la frente perlada de sudor y un fuego devastador recorriéndole las venas.

Esa noche no lograría dormir ni un instante. El recuerdo de las nuevas emociones que acababa de conocer lo repasaría infinidad de veces en la cama.

CAPÍTULO 9



—¿Eres la novia de Jeremy Collins?! —vociferó Maddie al día siguiente cuando irrumpió en la habitación que compartían.

Cerró de un portazo y se acercó a su amiga furiosa. No aceptaba ser la última en enterarse de aquella noticia.

Kate la observó con espanto. La tarde del viernes comenzaba y ella se preparaba para asistir al complejo deportivo y acompañar a Jeremy durante las competiciones. La mayoría de las clases habían sido suspendidas, en apoyo al equipo de natación.

—¿Sofia Reagan está llorando en el pasillo y diciéndole a todo el mundo que le quitaste a su mejor amante!

—¿Llorando? ¿Amante? ¿Yo? —balbuceó la joven, impactada por lo que escuchaba.

—¿Amaneciste sin neuronas o qué?! ¿Por qué no me lo contaste?! —se quejó—. ¡Te ayudo a quedar como una reina para tu cita y me pagas ocultándome el chisme de la temporada!

—¿Chisme?! —Kate no podía asimilar lo que ocurría. ¿En qué lío se había metido?

Maddie puso los ojos en blanco.

—Katherine Gibson, a esta hora, toda la universidad debe estar comentando sobre el romance del año. ¡Dejarás de ser una mosquita muerta para convertirte en la guinda del pastel!

La sangre se le congeló en las venas a Kate. Se llevó ambas manos a la cabeza con agobio.

—Esto es una locura. ¡Jeremy y yo no somos novios!

Su amiga frunció el ceño.

—Sofia dice que la rechazó para darte un morreo de película antes de marcharse de la residencia. —Katherine se sentó con abatimiento en el borde de su cama. El

terror se apoderó de todo su organismo—. ¿Qué demonios te ocurre? —le preguntó.

—¿Que qué me ocurre?! ¡¿No te das cuenta del lío en el que estoy metida?!

—¿Qué lío? Tu único problema ahora mismo es haber dejado a tu mejor amiga en la ignorancia.

Kate bajó los hombros en señal de derrota.

—Odio ser el centro de atención, que otros hablen de mí, que me juzguen y me señalen. Soporté un auténtico tormento en la escuela durante años y no quería que aquí me sucediera lo mismo. Por eso me esforzaba tanto por pasar desapercibida, pero ahora...

Sus ojos se anegaron en lágrimas, aunque procuró mantenerlas retenidas.

—¿Te hicieron *bullying* en el colegio? —inquirió su amiga con los ojos como platos. Kate no respondió; miraba un punto indefinido del suelo, en silencio. Maddie se acercó a ella y se sentó a su lado en la cama—. ¿Por qué?

—¿Por qué crees tú? —contestó con disgusto—. Nunca he sido una chica popular, mi coeficiente intelectual siempre estuvo por encima del grupo, nadie se sentía bien conmigo y yo no sabía cómo congeniar con otros. Además... —Suspiró con dificultad, para abrirse paso entre el miedo, la ansiedad y los recuerdos asfixiantes que se le agolpaban en el pecho—. Mi padre nunca permitió que yo participara en actividades extraescolares, ni fiestas, ni reuniones, ni aceptaba que llevara amigos a casa, a menos que fuera para estudiar, y él solía supervisar esas visitas. Juzgaba a todos y siempre me advertía que no fuera como ellos, porque sería una perdedora. Yo prefería mantenerme al margen para no molestarlo ni a él ni a mis compañeros, pero mi retraimiento resultaba gracioso para algunos, que no se cansaban de utilizarme como blanco de sus burlas.

El silencio reinó en la habitación después de la descarga emocional de Kate. La joven seguía con la mirada perdida. Maddie se llenó los pulmones de aire antes de atreverse a intervenir.

—La universidad es diferente...

—¿Diferente? —Katherine se giró hacia su amiga para observarla con el ceño fruncido—. ¿Qué crees que sucederá ahora? Jeremy es uno de los chicos más codiciados. Las mujeres que lo abordan son juzgadas por todos los estudiantes, señaladas, criticadas y hasta investigadas para encontrar sus puntos débiles o sus trapos sucios. —El rostro de Kate se llenó de amargura—. Seré el tema de conversación de cada estudiante lo que queda de curso.

—¿Y qué demonios importa eso? —recalcó Maddie con irritación, recibiendo como respuesta una mirada atemorizada—. No seas infantil, Kate. Vale, de acuerdo, hablarán de ti, te envidiarán, y querrán saber hasta la marca de tu ropa interior... Pero eso no debería angustiarte, sino halagarte.

—¿Halagarme? No fueron halagos lo que recibí en la escuela, créeme.

—En la escuela eras una niña solitaria y con un padre idiota. Aquí no. Me tienes a mí, que soy capaz de partirle la mandíbula a quien se atreva a humillarte; a Freddy,

que nos ha acompañado en todo momento, aunque tenga sueño o hambre... Y lo mejor de todo: tu padre no está aquí para imponerte sus normas. Eres libre, y Jeremy Collins también lo es. No infringes ninguna ley.

Kate se quedó por un momento pensativa, analizando aquellas palabras.

—Sé que es difícil tener que enfrentar de nuevo las miradas acusadoras, los murmullos y las opiniones de los demás, pero esa no es razón para que no disfrutes de tu momento.

—¿Sabes lo difícil que es? ¿Acaso tú también...? —preguntó Kate con incredulidad.

—Sí —aseguró Maddie—. Yo también sufrí acosos cuando era una niña. Mis compañeros fueron los primeros en enterarse de mis preferencias sexuales; eran crueles y ofensivos, pero no solo ellos. Había muchos adultos que me tomaban por un fenómeno, me rechazaban y juzgaban. Un vecino intentó violarme varias veces, para curar mi «desviación», decía; nunca pude acusarlo porque nadie creía a una lesbiana, ni siquiera mis padres. Era un bicho raro, y aún lo soy. Pero ¿crees que eso limita mis acciones?

Kate miraba a su amiga con la boca abierta. Desde el día en que supo su condición la respetó sin miramientos. Era una chica buena, aplicada en sus estudios, respetuosa y solidaria; incluso compartía con ella más aficiones que con cualquier otro en la universidad. Su forma de ser divertida, despreocupada y práctica hacía creer que nada la afectaba, porque nadie se atrevería a incordiar a una persona tan segura de sí misma como ella. Jamás pensó que tras esa imagen de mujer fuerte e independiente se ocultaba un pasado tan duro y un presente aún injusto.

—¿Crees que no me había dado cuenta de lo coladita que estás por Collins? —preguntó su amiga, volviendo al tema inicial—. Y a él también se le nota que algo le ocurre contigo. Entonces, ¿por qué te vas a preocupar por el qué dirán, en lugar de pensar en cómo te comerás ese bomboncito?

Kate bajó el rostro para ocultar su vergüenza.

—¿Qué? —la fustigó Maddie, al notar su reacción—. ¿Por qué te avergüenzan mis palabras? Ni que fueras una virgen doncella que... —La chica cerró la boca al ver que las mejillas de su amiga se encendían como las brasas—. ¡Katherine Gibson, ¿eres virgen?! —incredulidad con sorpresa.

Kate quiso silenciarla con la mirada, pero las carcajadas de Maddie alteraron aún más sus nervios.

—¿Y Jeremy lo sabe? —preguntó cuando pudo parar de reír. Kate asintió y bajó de nuevo el rostro—. ¡Qué desgraciado! —exclamó, ganándose un golpe en el hombro—. Ese maldito es un zorro astuto. Por eso anda detrás de ti: ¡eres su próximo trofeo!

—¿Qué dices? Él no...

—¿Cómo que no? Casi cinco años en la universidad y, hasta donde tengo entendido, os conocéis desde que sois unos críos, ¿y es ahora cuando se interesa por

ti?

—Él no está interesado en mí.

—¿Y entonces por qué te persigue, te llama a todas horas y te invita a cenar?

—Porque... lo ayudo con un problema que tiene su hermana.

—¿Su hermana?

Kate se levantó de la cama y se dirigió hacia la ventana para esconder su desconcierto. Era imposible que Jeremy la viera como un trofeo; ella nunca había sido algo valioso para nadie.

—Las amigas de su hermana comienzan a experimentar con el sexo y quieren que la niña sea como ellas. Jeremy desea que la chica no pierda su virginidad; por eso me buscó a mí, para que lo ayude a convencerla.

—Oh, Dios. Y ¿no tiene madre?

—Murió hace diez años.

—Bueno, por un lado lo comprendo. No creo que buscar apoyo en Kristy Smith, en Sofia Reagan, o en cualquier otra de sus amiguitas sea lo más indicado. —Kate cerró por unos segundos los ojos, sintiendo su pecho traspasado por la afilada espada de los celos. Maddie se levantó de la cama y se detuvo a su lado—. Pero está jugando sucio, ¿eres consciente de eso?

—¿Por qué?

—Katherine, eres un pozo transparente, es muy fácil ver en tu interior. —Kate observó a su amiga con espanto—. Si solo está interesado en el problema de su hermana, ¿por qué te invita a salir y te besa de manera apasionada en la puerta de la residencia, delante de gente?

—Ayer nos reunimos para establecer una estrategia. No había un fin oculto y el beso fue...

—¿El beso fue... qué?

Kate se frotó el rostro con ambas manos. Comenzaba a sentirse acorralada.

—No puedo ir al complejo. No podré soportar las miradas y los murmullos de los demás; ni siquiera los de Jeremy.

—¿Te has vuelto loca?!

—No sé por qué él me buscó, ni por qué me besó, solo sé...

—... Que estás coladita por él.

—¡Maddie!

—No expliques más. Salta a la vista. —Kate se giró hacia su amiga y la observó con gesto suplicante—. No debes ocultarte ni de Jeremy, ni de nadie. Tienes que dar la cara y demostrar que lo ocurrido no te afecta.

—Pero...

—No sabes por qué Jeremy te besó, y mientras lo averiguas, tienes que seguir con tu vida, o la situación irá a peor.

—¿A peor?

—¿No lo ves? Les darás a los demás de qué hablar, y si llegan a enterarse de que

eres virgen, te atormentarán hasta el día de tu graduación. Debes mostrarte fría e imperturbable; así le sacarás a Jeremy la verdad y los demás se olvidarán pronto de ti, ya que el chisme dejará de ser interesante.

—¿Qué hago?! —imploró desesperada.

Maddie sonrió con picardía. Le encantaba organizar travesuras, y sabía que esa oportunidad resultaría fenomenal. Jeremy Collins necesitaba que alguien le diera una lección, pero la inocente de su amiga también.

Sacó el móvil del bolsillo del chándal mientras se dirigía al armario.

—Vamos a arreglarnos para asistir al complejo; luego, vendrá la diversión.

Kate se estremeció. La ansiedad por ver a Jeremy la asustaba.

¿Y si en realidad él sí se estaba aprovechando de ella para alcanzar su «nuevo premio»? Estaba harta de ser la tonta de la que todos se burlan y utilizan a su antojo; debía respetarse a sí misma para que los demás la respetaran. De ahí en adelante ya no tendría miedo; no podía seguir limitando su existencia.

Así que se sacudió las inseguridades y se aproximó a su amiga: debía prepararse para la salida.

Llegaron al complejo cuando ya las competiciones habían empezado. Kate esquivó a las decenas de estudiantes que se agolpaban en las gradas y animaban a sus compañeros para subir algunos escalones. En la piscina olímpica, los nadadores de los cien metros estilo libre se encontraban sobre la plataforma de salida, preparándose para el inicio de la carrera.

En la tercera calle se hallaba Jeremy, enfundado en un ajustado traje de baño celeste que dejaba al descubierto su magnífico cuerpo, y con un gorro flexible del mismo color cubriéndole la cabeza. El corazón de Kate saltó de alegría al verlo, pero disimuló lo mejor que pudo su emoción; algunos estudiantes la miraban con interés para luego murmurar entre ellos. Se esforzó por olvidarse de su alrededor y enfocar toda su atención en Jeremy.

Los ojos oscuros del joven estaban fijos en el agua; movía los hombros, el cuello y las piernas para aligerar la tensión, producto del nerviosismo. En esas competiciones demostraría lo mucho que se había entrenado para los juegos nacionales de primavera. La mirada de sus patrocinadores estaba puesta sobre él, así como la del resto del equipo, la de sus entrenadores y la de los estudiantes, que anhelaban una victoria más de su parte. Hasta él mismo esperaba mucho de su trabajo. Era su último año como nadador representando a la universidad, y su futuro profesional estaría marcado por esos logros.

Un vacío se instaló en el estómago de Kate. Ella mejor que nadie conocía la inquietud que Jeremy podía estar experimentando en ese momento. No obstante, relegó todo a un segundo plano al ver que él despegababa los ojos del agua. Estaban a varios metros de distancia y había cientos de personas entre ellos, pero él solo la veía

a ella.

Ambos compartieron un momento íntimo, donde los sonidos e imágenes a su alrededor se apagaron y solo quedaron sus miradas y las palpitaciones de sus corazones.

Jeremy le sonrió y enseguida volvió su atención al agua. Ante el anuncio del árbitro, los nadadores tomaron sus posiciones y se ajustaron las gafas. La ansiedad de Katherine aumentó.

Al sonar el pitido que marcaba el inicio, la chica sintió como si hubiera caído a la piscina con él. La adrenalina le corría briosa por las venas.

Se llevó las manos a la boca para soportar la zozobra mientras él nadaba con energía, dando largas brazadas, derecha, izquierda, hasta terminar la prueba. Jeremy llegó primero, seguido por el clamor de todos los presentes que coreaban su nombre con alegría. Kate aplaudía, luchando por reprimir las lágrimas de emoción en los ojos.

—¿Qué tal?! ¡Ahora Jeremy es el héroe de Kingston! —exclamó Maddie para hacerse oír por encima de los gritos de los estudiantes. Kate se llevó las manos al pecho y suspiró hondo.

—¿Nos podemos ir?! —preguntó Freddy, alterado por el bullicio. Los sonidos muy altos lo ponían nervioso; por eso nunca asistía a juegos deportivos o a fiestas de la universidad.

—¡Aún es muy pronto, ten paciencia! —aclaró Maddie y, con rostro ceñudo, se sacudió la americana que llevaba puesta para quitarse los trozos de *snacks* que algún gracioso había lanzado desde lo alto de las gradas.

Kate no atendía la conversación de sus amigos; mantenía la vista fija en Jeremy, que en esos momentos salía del agua, exhibiendo la perfección de su cuerpo mojado, arrancando ovaciones entre el público femenino presente en el lugar.

De pronto, se sintió insignificante. El complejo estaba invadido por mujeres esculturales, ansiosas por robarle un beso al ganador. Sin embargo, al verlo otear las gradas cuando salió de la piscina y detener la mirada en ella, mientras su provocativa boca dibujaba una magnífica sonrisa, el corazón volvió a latirle con furia. Se atrevió a levantar una mano para saludarlo y él le lanzó un beso en respuesta, antes de dirigirse a los vestuarios.

El gesto la estremeció. Con timidez, observó a su alrededor, notando miradas curiosas, algunas divertidas y otras enfadadas.

—Acabas de ganar decenas de amigos y enemigos a partes iguales —le susurró Maddie al oído.

En medio de un suspiro, ella se sentó en las gradas, decidida a no dejarse agobiar por esa situación. Como decía su amiga, era hora de «mandar a la mierda» a los demás. Aún quedaban pruebas por realizar. La tarde estaría marcada por emociones fuertes.

Horas después, Freddy masticaba con resignación la tercera bolsa de palomitas que había comprado para llevar mejor el trago amargo que sus amigas lo obligaban a pasar. Maddie, móvil en mano, no paraba de enviar mensajes a su novia, que la esperaba en un club de la ciudad, y Kate se estrujaba las manos apoyadas sobre sus muslos, mientras esperaba que el equipo de natación terminara de cambiarse para salir a reunirse con el público.

Muchos de los presentes se habían trasladado al área del gimnasio para participar en la fiesta profunda organizada por la fraternidad de chicas. Eran pocos los que quedaban en las gradas.

—¿Por qué no lo buscas y terminamos con esto? Me quiero ir ya —expuso Freddy.

Kate se mordió los labios. Era injusto lo que le estaba haciendo a sus amigos, obligándolos a soportar la espera mientras ella se debatía internamente sobre si ir o no a encontrarse con Jeremy.

—Lo haré —enunció decidida, levantándose del banco de madera.

Maddie y Freddy emitieron al unísono un clamor de ansiedad. Ella puso los ojos en blanco e ignoró el sarcasmo.

Bajó las gradas y caminó en dirección a los vestuarios. Había pequeños grupos dispersos de estudiantes en el área de las piscinas y en el pasillo que comunicaba a los baños. Allí se detuvo. No se atrevía a entrar en esa área a pesar de que chicos, chicas, profesores y familiares circulaban por allí con total libertad.

—Mejor espero afuera —murmuró para sí misma girando sobre sus talones.

—¡Kate! —Se detuvo en seco al escuchar la voz de Jeremy.

Al volverse con el corazón palpitándole en la garganta, lo vio correr enfundado en unos pantalones deportivos holgados y una camiseta ajustada azul marino.

Él se acercó con una amplia sonrisa dibujada en el rostro, la abrazó por la cintura y la levantó en el aire para girar con ella en brazos.

—¡Gané tres medallas! ¿Me viste?

Ella se sonrojó por aquella espontánea muestra de cariño. Cuando él la dejó de nuevo en el suelo, se ajustó las gafas, que habían estado a punto de caérsele.

—Por supuesto. Estuviste genial.

—Gracias por venir —expresó con una voz de arrullo y le dedicó una mirada que ella no supo definir. En sus ojos se reflejaban tantas emociones y solicitudes que le era difícil descifrarlas todas.

—Gracias por... invitarme.

—Te quedarás a la fiesta, ¿verdad?

Ella abrió mucho los ojos y perdió parte de la coloración del rostro.

—No. —Él arrugó el ceño ante su respuesta—. Ángela, la novia de Maddie, nos ha invitado al Mishnock Barn. Me están esperando en las gradas para irnos.

—Pensé que te quedarías a celebrar la victoria conmigo —expresó con decepción.

—Yo... —ella titubeó. Lo que más anhelaba en la vida era quedarse a su lado. Ya

no le importaba que eso la llevara a soportar las miradas y comentarios de sus compañeros. Pero Maddie le había aconsejado que se hiciera la dura, que no le concediera tanta cancha y que aparentara seguir adelante con su monótona y triste vida, para poder conocer así las verdaderas intenciones de él—. No me pediste que te acompañara a la fiesta, solo que viniera a las competiciones; por eso acepté la invitación de Ángela.

El rostro de Jeremy evidenció enfado mientras asentía con la cabeza y se reprendía internamente por su descuido.

—Pero ¿os vais ya? Al menos concédeme unos minutos —le pidió envolviendo con sutileza una mano de la chica.

El cálido contacto casi le hizo perder la conciencia a Kate. Se llenó los pulmones de aire, esperando que de esa manera le llegara también un poco de valor. Maddie le había advertido lo difícil que sería. Debía ser fuerte si no deseaba seguir siendo el centro de las burlas de los demás.

—Ángela nos espera desde hace horas —mintió, y movió la nariz hacia los lados, invadida por la imaginaria comezón que la obligó a ajustarse las gafas.

Jeremy entrecerró los ojos; comenzaba a reconocer sus gestos.

—¿Os está esperando? —acusó. Ella asintió con nerviosismo, sin pestañear—. Entonces, es mejor que no la hagáis esperar —accedió con resignación—. Si se entera de que la dejasteis colgada por mi culpa, se enfadará conmigo.

—Oh, no te preocupes; ella sabe que iremos después del torneo —aseguró Kate para calmarlo, y se frotó con el dorso de la mano la nariz. Odiaba aquel tormento.

Jeremy le quitó las gafas y observó con anhelo durante unos segundos el rostro sorprendido de la joven. Luego cerró una de las patillas de las gafas e introdujo la otra en el pronunciado escote en V que poseía el ajustado jersey de punto color hueso que llevaba Kate. Ella se estremeció al sentir la fría varilla introducirse entre sus senos. Se alteró como si hubiera sido el dedo de él lo que la invadía. Un suave e involuntario gemido escapó de sus labios, que produjo un brillo ansioso en los ojos masculinos.

—Estás increíble —le dijo Jeremy al llevar su hambrienta mirada hacia el escote.

Definitivamente, ese jersey realzaba los pequeños y delicados senos de la chica, haciéndolos más apetecibles.

—Espero... que disfrutes de la celebración —balbuceó ella con la voz más ronca que de costumbre.

Estuvo a punto de retroceder para marcharse, pero él la tomó por la cintura y la acercó hasta apoyarla en su cuerpo. Se hundió en su boca, reteniéndola por la nuca y saboreando sin prisa cada rincón, disfrutando de su tersura y su calidez.

Cuando estuvo satisfecho despegó los labios, pero mantuvo el rostro muy cerca del de ella, acariciándole la piel con la punta de la nariz.

—Voy a extrañarte —le susurró, y mordisqueó su labio inferior, para luego chuparlo hasta dejarlo levemente hinchado. Quería dejar su marca en ella.

Lo que Jeremy no sabía era que cada uno de sus gestos se grababa a fuego en el alma y en el corazón de la chica, y que le dificultarían aún más la existencia.

—Yo también —gimió Kate, presa de las emociones que se agitaban en su pecho.

Se apartó de él; necesitaba hacerlo. Estaban en medio de un pasillo poblado por estudiantes, miembros del equipo de natación, familiares y hasta profesores. Su rostro ardía por el deseo, sus ojos estaban tan húmedos como sus partes íntimas, y sus manos temblaban por la ansiedad.

Dirigió una mirada enfebrecida hacia él antes de marcharse. Poco le faltó para caer rendida ante las súplicas que desprendían los ojos ahogados en lujuria de Jeremy. Pero haciendo uso de la fortaleza que horas antes le había inculcado su amiga Maddie, giró sobre sus talones y se alejó, mientras una amarga pena la destrozaba por dentro y le restaba el oxígeno de los pulmones.

Con la misma rapidez, se acercó a sus amigos. No necesitó rogarles que se marcharan: Freddy y Maddie se levantaron del banco como si tuvieran resortes en el trasero en cuanto vieron el rostro contrariado y a punto de estallar en llanto de su amiga.

El trío salió del complejo en silencio; sobraban las palabras.

CAPÍTULO 10



El Mishnock Barn era un salón de baile acondicionado dentro de un granero, en el pueblo de West Greenwich, ubicado a pocos minutos de Kingston. Tom, el dueño y futuro socio de la novia de Maddie, ofrecía tres días a la semana clases de baile *country* a los clientes, actividad que había popularizado el lugar y atraía a visitantes, inclusive, de otros estados del país.

Kate y sus amigos se encontraban esa noche en ese establecimiento, disfrutando de las desternillantes ocurrencias de Ángela, la novia de Maddie; una mujer alta, fornida y de gestos varoniles, que poseía una risa tan escandalosa que podía escucharse hasta en el exterior y resultaba contagiosa.

—Estoy agotada —expresó Kate al finalizar la sesión de baile en línea que Maddie la había obligado a seguir. Apoyó los codos sobre la barra para anclar su cabeza entre las manos mientras intentaba recobrar el resuello. El ejercicio y las cervezas la dejaban extenuada.

—¿Nos podemos ir? —inquirió Freddy, sentándose en un taburete y quitándose las botas, sin preocuparse de si alguien en el bar lo miraba. Le dolían los pies una barbaridad.

—¡No seas aguafiestas! —se quejó Maddie, que se acercó a ellos aún bailando. Las energías parecían renovársele cada vez que se movía—. ¿Cuándo fue la última vez que llegaste de madrugada a la universidad?

—Tengo hambre.

—¡Tom, tráele algo de comer a este tío para que se anime! —gritó la chica al dueño, que se encontraba tras la barra ayudando a los empleados a servir la cerveza.

—Creo que hoy he cubierto mi cupo de acompañar a mis amigas por un año. No me pidáis que salga más con vosotras hasta que nos graduemos.

Maddie bufó, pero Kate se incorporó en la silla con rostro conmovido. El alcohol comenzaba a embotarle las neuronas.

—Es cierto, Freddy, hoy te has portado como un verdadero amigo. Agradeceré eternamente lo que has hecho por mí. Sin vosotros yo no hubiese...

—¡Aaaaah, yaaaaa! —la interrumpió Maddie—. Sabemos que estás agradecida, pero no te pongas sentimental. —Kate la observó con un gracioso puchero en los labios. La chica sonrió—. Creo que debemos limitarle la cerveza a Kate si no queremos que su *alter ego* salte al ruedo.

—¿Y cuál es su *alter ego*, pastelito? —preguntó Ángela con su voz gruesa, que regresaba de la pista y se detenía tras su chica para envolverla en un abrazo por la cintura.

—El de Lady Diana: bella, tímida y muy emotiva.

Ángela estalló en una carcajada estrepitosa.

—Soy una chica buena —se quejó Kate.

—Sí, cuando Jeremy Collins no está en la periferia.

—¡Cállate! —le ordenó con el ceño fruncido antes de darle un nuevo trago a su cerveza.

—Desde que lo vio en pelotas, él no se separa de ella ni a sol ni a sombra.

—¡Freddy! —le recriminó Kate a su amigo, con las mejillas ardiéndole por la vergüenza al recordar el portentoso cuerpo de Jeremy cuando entró en la lavandería de la residencia escapando de Sofia Reagan.

—¿Viste desnudo a Jeremy Collins?! —inquirió Ángela riendo a carcajadas.

—Y hasta tiene fotos —la acusó Maddie, logrando que su novia aumentara el volumen de su risa.

—¡Tú las tomaste! —señaló la aludida.

—¡Y tú me amenazaste para que las pasara a tu móvil!

Kate abrió la boca dispuesta a rebatir la réplica de su amiga, pero al ver que todos casi se doblaban en el suelo de la risa, decidió callarse para evitar que siguieran divirtiéndose a costa de ella. Se incorporó en la barra para darles la espalda e ignorarlos. No le gustaba perder el tiempo en discusiones.

—Y hablando del rey de Roma...

El comentario de Maddie le detuvo el flujo de la sangre. Por instinto, se giró hacia la puerta, topándose con unos ojos oscuros que eran capaces de sumergirse en las profundidades de su alma.

Él ya la había divisado y se acercaba sin apartar de ella su mirada depredadora, seguido por dos de sus amigos.

Kate no podía dejar de observarlo, ni hacerse la desentendida para disimular la emoción que sentía. Jeremy se detuvo a escasos centímetros; en su rostro se reflejaba algo que nunca había estado allí: una mezcla de rabia y determinación que la hizo estremecer.

—Jeremy..., ¿qué haces aquí?

—¿Te molesta que haya venido?

—¡No! —contestó Kate casi enseguida—. Es que... pensé que estarías en la fiesta

de la universidad.

—Estuve allí un rato, pero decidí salir a dar una vuelta con mis amigos —explicó él con cierto tono de irritación. Estaba furioso por el nuevo rechazo que había recibido de ella. Esa mujer parecía jugar con él a su antojo, y no estaba dispuesto a que aquello fuera más lejos.

Los jóvenes que lo acompañaban se colocaron junto a ellos, tomaron posiciones en la barra y pidieron cerveza, al tiempo que oteaban los alrededores en busca de ligues para esa noche.

—¿Lo has pasado bien? —indagó Jeremy.

—Sí..., yo... —Kate se giró con nerviosismo hacia sus amigos, en busca de apoyo. Anhelaba tanto haber estado esa noche con él que ahora que lo tenía frente a ella se sentía desconcertada.

Sin embargo, Maddie y Ángela se hacían las distraídas bailando y acariciándose entre ellas, y Freddy estaba demasiado ocupado atacando la bandeja de sándwiches de pollo y vegetales que habían colocado sobre el mostrador como para atender su llamada de auxilio.

Jeremy no pudo evitar admirar el cuerpo curvilíneo e inexplorado de la chica. Aunque afuera nevaba, dentro, el local tenía la calefacción alta, por lo que ella solo llevaba puesto el jersey de generoso escote que le había visto en los vestuarios y unos pantalones de mezclilla que se amoldaban a sus largas y estilizadas piernas. El grueso abrigo y las bufandas habían desaparecido.

—¿Puedo quedarme contigo? —preguntó él.

—¡Claro! ¡Me encantaría! —respondió la chica, esforzándose por mantener bajo control tanto las emociones como las hormonas.

Jeremy se quitó el abrigo y pidió una cerveza.

—¿Terminó la fiesta en la universidad? —preguntó Kate, radiografiando la anatomía definida de él, que se adivinaba a través de su camisa color salmón con mangas hasta los codos y el pantalón negro.

—No, pero ya no era divertida —señaló.

No le diría que su falta de interés se debía a que ella no estaba a su lado. Aquello no se lo confesaría a nadie; ni siquiera él aceptaba ese motivo por completo. Le adjudicaba su indiferencia a la bebida, que parecía comenzar a afectarle el cerebro, al frío, a las mujeres que lo rodeaban y a las que estaba harto de tocar, a la música alta, e incluso a sus amigos; pero nunca nunca a la mirada dulce y escurridiza de Katherine Gibson.

Al ver que él recibía su bebida, ella tomó la suya y la levantó con intención de hacer un brindis.

—Por tu triunfo —enunció con una sonrisa.

Las facciones endurecidas del rostro de Jeremy se relajaron. La belleza y transparencia de esa mujer eran capaces de transformar en un segundo su estado de ánimo.

—Por nosotros —formuló, e hizo tintinear las botellas con un suave golpe antes de dar un sorbo a su cerveza.

—Me ha sorprendido que vinieras —expresó ella.

—Siempre es bueno cambiar de ambiente —formuló el joven, al tiempo que dejaba la botella sobre la barra y se acercaba más a la chica—. Además, te fuiste muy rápido y sin darme oportunidad a nada.

La cercanía de Jeremy alteró los nervios de Kate. Su aroma la rodeaba, así como su calor.

—Y... ¿qué necesitabas de mí? —preguntó con inquietud.

—Mucho, Katherine —confesó él con la mirada fija en ella—. De ti necesito más de lo que puedo asimilar.

Ella tragó saliva. No sabía si era la cerveza, el cansancio o la ansiedad lo que la hacían escuchar palabras de anhelo de su boca.

¿Jeremy realmente quería algo íntimo con ella? ¿La deseaba, o era la percepción distorsionada de su cerebro lo que la llevaba a creer eso?

Él, al ver el mutismo de la chica, decidió actuar. Esa vez no dejaría que le arrebataran la oportunidad, ni por ella ni por nadie. Alzó las manos para quitarle las gafas y se las guardó en un bolsillo de su pantalón. Luego se acercó aún más a la joven y le acarició los labios con sutileza.

—¿Me has echado de menos? Porque yo te extrañé muchísimo. —Kate solo pudo asentir—. No sé cómo lo haces, pero te estás metiendo con fuerza en mi cabeza.

Aunque su intención de fondo era conmovérla, aquello lo dijo con sinceridad. Ella estaba ocupando más espacio en su mente del que solía dedicarle a cualquier otra mujer, y eso lo incordiaba. No quería más compromisos en su vida, solo buscaba pasarlo bien, divertirse, para que su vida alegre lo ayudara a soportar la gran responsabilidad que tenía con su familia y consigo mismo.

La chica arqueó las cejas, pero no pudo emitir ningún sonido. Los acelerados latidos de su corazón y el oleaje de emociones que le barrían el pecho la habían dejado muda.

—¿Bailas conmigo?

Ella aceptó. El agotamiento que minutos antes sentía se esfumó de golpe. Jeremy la tomó de la mano para levantarla del taburete y caminar con ella hasta la pista de baile. Lo que Kate no había notado, por estar sumergida en la profunda mirada del joven, era que la música había cambiado. Ya no sonaban ritmos bailables, sino los suaves acordes del tema «Invisible», de Taylor Swift.

Se ubicaron entre el grupo de parejas. Él la tomó por la cintura y la acercó a su cuerpo, ella entrelazó las manos en su nuca, con los dedos hundidos en sus cabellos.

Jeremy dejó descansar su frente en la de la chica y cerró los ojos mientras aspiraba su aroma. Comenzaron a moverse con suavidad, al ritmo de la música. Estar allí, tan juntos, a ambos les encantaba.

Los brazos de Jeremy se aferraron a la cintura de ella, y los de Kate al cuello de

él. Pronto no quedó un solo milímetro de separación entre ellos, se hallaban unidos como en un mismo cuerpo, ocupando un mismo espacio y respirando el mismo aire.

Al llegar el clímax de la canción los labios se fundieron, en besos suaves, como tiernas caricias. Las manos de Jeremy comenzaron a moverse por la espalda de la chica, apretándola más a él, sintiéndola. No quería que ella se apartara nunca. La anhelaba con una fuerza arrolladora. Con tanta intensidad que estaba seguro de que en cualquier momento lo haría enloquecer.

La bruma de sensaciones que invadían a Kate la hacían sentirse en las nubes. Toda su vida había ansiado la atención de ese chico; siempre deseó ser objeto, aunque solo fuera por algunos minutos, de sus caricias y sus besos. Le parecía increíble que su sueño se hubiera hecho realidad. Trataba de disfrutarlo al máximo, de memorizar su sabor, su olor y su tacto, tatuándose esas sensaciones en la memoria para no olvidarlas nunca y que la acompañaran hasta el día de su muerte.

Lo amaba. Siempre lo amó. Pero lo que ahora sentía era mucho más intenso. Ya no quería a un sueño, a una imagen que su mente limitada había creado; ahora había besos, caricias y sentimientos que a cada instante se hacían más reales. Había un hombre, uno que parecía tener cierto interés en ella, y eso no podría borrarlo de su cabeza de ninguna manera.

El resto de la noche se deslizó sin contratiempos, entre conversaciones diversas, besos, caricias y miradas cálidas. El mundo parecía haberse transformado solo para ellos, sin restricciones, responsabilidades o preocupaciones de ningún tipo. A Jeremy le era imposible apartar las manos del cuerpo de la joven, ni los labios de su boca, algo que a Kate en ningún momento le incomodó. Cada vez que él debía alejarse de ella, ya fuese para buscar bebidas, algo de comida, o para ir al baño, no podía evitar sentirse desamparada.

Pero los amigos de él comenzaban a pasarse de tragos, Freddy estaba quedándose dormido sobre la barra y Maddie, a punto de perder la cordura en la pista de baile. Era hora de regresar a la universidad.

Salieron al aparcamiento, donde se hallaban el coche de Ángela y el Kia de Jeremy. Antes de llegar a los vehículos, él la tomó de la mano y la giró para que lo mirase a los ojos.

—Kate, vente conmigo —le pidió con ansiedad.

—¿A dónde?

—A cualquier sitio. Quiero estar un poco más contigo, solos tú y yo.

Ella dudó. Sabía muy bien cuáles eran los deseos de él..., ¿estaba preparada para eso?

—No sé, Jeremy..., es muy tarde, y mañana debes ir al complejo...

—Mañana solo será la entrega de medallas. Podemos ir juntos.

Los ojos masculinos reflejaban un creciente anhelo. Kate no necesitaba ser una mujer experimentada para reconocer esas señales. El problema era que ella no deseaba ser una simple distracción para él. Quería mucho más, pero sabía que ese

sueño nunca lo obtendría.

—No me parece prudente. Yo...

—¿Qué? —inquirió él con enfado—. Hemos pasado una noche increíble, nos comprendemos, compartimos intereses, ¿es imprudente entregarnos un poco más?

—Jeremy...

—¿Qué pasa, Kate? ¿Qué esperas de mí?

Al alzar la voz, el hombre llamó la atención de Maddie y Ángela, las únicas que aún mantenían sus mentes activas a pesar del cansancio y el alcohol que habían consumido. A Kate no le gustaba que hubiera testigos en sus discusiones, así que lo tomó por la mano y se apartó con él para conversar en privado.

—Jeremy, discúlpame si te confundo, pero no fui yo la que te buscó. Tú llegaste a mí, primero por el tema de tu hermana, y ahora...

Él retrocedió con el rostro torcido en una mueca de disgusto.

—Lo entiendo.

—Jeremy...

—¿Crees que estoy aquí solo para acostarme contigo? —Ella se mordió los labios sin saber qué responder—. Somos adultos, Katherine. Es cierto, te deseo, pero no voy a aprovecharme de ti.

—Esa no es la cuestión.

—¡Entonces, ¿cuál es?! —enunció él con la mandíbula tensa.

Kate respiró hondo y enderezó los hombros.

—Queremos cosas diferentes. —Jeremy bufó y le dio la espalda, pero la chica se apresuró a encararlo de nuevo. Necesitaba dejarle las cosas claras para evitar conflictos. Él solo quería una noche de placer; ella, en cambio, deseaba algo más de tiempo—. Jeremy, estás acostumbrado a ir por el mundo y simplemente vivir el momento. Lo que te gusta lo tomas y, si algo te inquieta, lo dejas y ya.

—¿Y no se trata de eso la vida? Somos efímeros, Kate, hoy estamos, pero mañana podemos desaparecer. ¿Para qué voy a vivir con limitaciones?

—Soy consciente de que somos mortales, pero también somos personas emotivas que necesitamos estar atados a algo para sentirnos seguros; al menos, yo lo necesito. Así, el día en que muera, lo haré con una sonrisa de satisfacción.

La mirada de Jeremy se ensombreció.

—Lo siento. No puedo darte más de lo que te ofrezco —concluyó, y se dirigió a su coche, dejándola allí, debatiéndose entre la ira y la decepción.

Él había visto a la muerte de cerca. Lo hizo con su madre, a quien la vida se le escurrió con rapidez, sin dejarle tiempo para disfrutar por lo que tanto había luchado: su matrimonio y sus hijos. No creía en la estabilidad, de modo que no podía ofrecérsela a nadie, porque no sabía cuándo le tocaría el turno. Además, el compromiso que había adquirido con su padre y su hermana lo absorbía, temía fallar si ocupaba su mente en otras cosas.

Ella alzó el rostro al cielo, la brisa gélida se lo acarició. Se aferró a su abrigo y

camino en silencio hacia el vehículo de Ángela, odiándose a sí misma por su falta de valor, por no saber cómo dejar de lado sus principios para, simplemente, vivir el momento. Como lo hacían Jeremy y el resto de sus compañeros.

Entró en la parte trasera del coche de Ángela con las lágrimas empañándole la visión. Ser una chica buena ya no le deparaba beneficios, solo desengaños.

—¿Qué te sucede? ¿Pasaste mala noche? —le preguntó Abel a Jeremy al día siguiente, mientras ambos esperaban sentados en las sillas dispuestas para los del equipo de natación, situadas delante de las piscinas, a que culminara el evento de entrega de medallas y reconocimientos por la competición amistosa de natación.

—Nada, es solo... que el acto se ha alargado un poco —respondió el interpelado, y frotó sus manos con nerviosismo sobre su regazo.

Ocasionalmente lanzaba miradas hacia las gradas, dándose cuenta una vez más de que ella no había asistido. Seguro que estaba enfadada. Había sido un idiota al tratarla de aquella manera después de haber pasado una velada estupenda. Todo por culpa de la bebida y el deseo mal controlado. Necesitaba verla y disculparse; más aún, anhelaba probar de nuevo sus labios.

Esa boca suave y sonrosada empezaba a convertirse en una deliciosa adicción. Pero si quería volver a saborearla, debía ceder. Kate era diferente a las otras chicas. Ella no le daría una oportunidad sin obtener nada a cambio, y esa realidad lo ponía muy nervioso.

Lo que Jeremy no sabía era que Kate sí se encontraba en el complejo, en un extremo de las gradas, semioculta entre los presentes y con la tristeza tallada en el rostro.

Presenció en silencio el momento en que él fue llamado al podio para recibir sus medallas; lo aplaudió orgullosa, con una sonrisa que se esforzaba por reflejar alegría.

—No sabía que tenías espíritu deportivo —escuchó una voz femenina que le hablaba a su lado.

Al girarse, se topó con Kristy Smith. La chica mantenía la mirada fija en Jeremy, aplaudía y sonreía de una forma extraña, con más rencor que emoción.

—¿Disculpa?

Kristy volvió la cabeza hacia ella y la observó con seriedad.

—¿Qué buscas? —Kate solo pudo arquear las cejas con incredulidad—. Nunca antes habías venido al complejo para verlo competir.

—Siempre he venido, pero antes no me dejaba ver.

—¿Y por qué no te quedas ahí, en las sombras? Te gusta pasar desapercibida, ¿cierto? —inquirió la rubia con evidente enfado, reacción que molestó a Kate.

—Es bueno probar cosas nuevas de vez en cuando.

—¿Y tus gafas? Deberías usarlas siempre; así no pierdes el camino —la fustigó.

Kate respiró hondo para no perder la paciencia. Sus gafas estaban en manos de

Jeremy desde la noche anterior. Debería notificárselo a Kristy para restregárselo en las narices, pero no se creía tan atrevida como para jugar con ella en ese terreno. En vez de eso, le respondió:

—¿Sabes qué? No tengo por qué darte razones de mi vida.

Kristy apretó la mandíbula y se irguió.

—No eres la primera con quien lo comparto, ¿sabes?, así que no pienses que te dejaré la vía libre —le advirtió—. Cada vez que pongas tus manos sobre él, recuerda que ese mismo cuerpo lo he tocado yo y lo he besado infinidad de veces, y nunca dejaré de hacerlo.

Después de aquel arrebato, la mujer dio media vuelta y se marchó. Kate sintió que el estómago se le revolvía. Las palabras de Kristy habían sido tan asquerosas y llenas de ira que le parecieron repulsivas.

Ella siempre la atormentó en la secundaria. Fue una de sus principales acosadoras: disfrutaba humillándola o avergonzándola delante de sus amigos solo para reafirmar su reinado. En la universidad, sin embargo, no había tenido inconveniente con ella; daba la impresión de que ambas habían madurado y que cada cual se encargaba de sus asuntos. Hasta que Kate se atrevió a cruzarse en el camino de la chica y esta elevó, de nuevo, sus defensas.

Se mordió los labios para soportar la rabia y dirigió su atención hacia Jeremy. Él mantenía la vista sobre el director del departamento del campus recreativo, quien cerraba la actividad con un emotivo discurso.

Se sintió perdida. ¿Qué esperaba dándole alas a esa relación?

La noche anterior él le había dejado claro que solo quería diversión sin compromisos, y ahora Kristy le otorgaba una visión de lo que le esperaba si decidía convertirse en su amante. No tendría exclusividad, no sería especial, solo una más, que disfrutaría de Jeremy sin pedir nada a cambio y dispuesta a compartir el premio sin poner objeciones.

Se llenó los pulmones de aire mientras los aplausos por el final del acto se hacían escuchar con estruendo, la banda de la universidad comenzaba a entonar sus pegajosos ritmos y los asistentes se movilizaban hacia el exterior del complejo, donde habían organizado diversas actividades recreativas y culturales.

Kate esperó a que el área se despejara un poco antes de acercarse a Jeremy. Lo encontró junto a varios de sus compañeros de equipo, haciendo alarde de sus medallas, pero con rostro serio. La satisfacción no se le reflejaba en la mirada.

—Hola —lo saludó cuando estuvo tras él.

Jeremy se giró enseguida y la observó con sorpresa.

—Pensé que no habías venido.

—Llegué tarde —mintió.

Él asintió y relajó la postura. Llevaba puesto el uniforme deportivo de la universidad, una chaqueta ancha de tela sintética e impermeable y unos pantalones holgados del mismo material, en colores azul, celeste y blanco, y con sus tres grandes

medallas colgándole del cuello.

—¿Vienes a por tus gafas? —inquirió él con desilusión.

—Vengo a disculparme. —Él clavó su mirada en ella—. Lamento haberte dicho cosas tan duras anoche. Espero no haber dañado nuestra... amistad.

Jeremy se irguió y oteó los alrededores para dominar el ramalazo de decepción que le azotó el pecho.

—Claro que no. No gasto el tiempo en rencores.

Ella sintió que el corazón se le estrujaba en el pecho. Ansiaba besarlo y abrazarlo para sentirse segura.

—Felicidades...

Jeremy la interrumpió para tomarla por la solapa del abrigo y acercarla a él. Necesitaba darle un profundo beso. Si hubiese esperado más para probar esa boca, habría muerto de inanición.

—Iremos a Providence, ¿verdad? —le preguntó al lograr detenerse, aún a irrisorios centímetros de sus labios. Todo el enfado que había acumulado durante la noche se le extinguió al mirar sus ojos turquesa. Kate lo afectaba más de lo que él podía permitirle, pero le era imposible evitarlo.

—Sí —gimió la chica, sumergida en un vaporoso frenesí.

—Ven conmigo —le pidió, y la tomó de la mano para atravesar juntos el complejo hasta llegar al área de las oficinas.

Frente al despacho de su entrenador había algunos hombres vestidos de manera elegante, con traje y corbata, que conversaban entre ellos con interés.

—Señor Sullivan —saludó Jeremy al detenerse junto a un hombre alto, trigueño, de cuerpo atlético y cabellos muy cortos.

—Collins. —El sujeto se giró enseguida y estrechó con firmeza su mano, dibujando una gran sonrisa en su rostro.

—Le presento a mi futura novia —expresó con orgullo, y aproximó a Kate para que le saludara. Ella estaba a punto de entrar en pánico.

—Muy buena elección, Collins —lo felicitó Sullivan mientras estrechaba la mano de la contrariada mujer.

—En unos minutos debo irme a Providence por un asunto familiar de importancia, ¿es posible que realicemos la reunión durante la semana?

—Desde luego. Me quedaré algunos días en Kingston y luego me marcharé a Boston. Llámame en cuanto regreses —solicitó el hombre, y sacó una tarjeta personal de la solapa interior de su chaqueta para extenderla a Jeremy.

—Gracias por su comprensión. El lunes a primera hora me comunico con usted.

—Estamos muy interesados en que participes en el proyecto. No dejes de llamarme, y nuevamente felicidades por los triunfos obtenidos... y por la hermosa futura novia que tienes —alabó Sullivan, y lanzó una mirada hacia Kate, quien sonrió con las mejillas ardiéndole por la vergüenza.

Después de unas afectuosas despedidas, Jeremy se aferró aún más a la mano de la

chica y salieron con rapidez del complejo. Acordaron encontrarse en pocos minutos frente a las escalinatas de la residencia donde ella vivía para emprender el viaje a Providence. Él tenía que cambiarse de ropa, y coger su coche y sus pertenencias.

Ya de camino, el sol comenzaba a asomarse con timidez entre las nubes. Las calles estaban cubiertas por rastros de nieve, que poco a poco se derretían, y la brisa soplaba gélida. Sin embargo, dentro del vehículo ellos se encontraban inmersos en un agradable calor que no era solo producido por la calefacción.

—¿Qué te sucede? —preguntó él mientras tomaba la ruta hacia la interestatal. Kate mantenía la mirada en la carretera, con aire melancólico.

—¿Quién es Sullivan?

—El director de una fundación que promueve proyectos para ayudar a niños con discapacidad. Quiere crear en Kingston un centro acuático que atienda a chicos con dificultades motoras y trastornos neurológicos —explicó—. Desean que participe como entrenador, pero para eso tendría que especializarme en el área de Fisioterapia.

—¿Y no quieres hacerlo?

—Es interesante, y quizás podría servirme como tema para la tesis, aunque ya había diseñado un par de proyectos —argumentó—. Pero quiero regresar a Providence cuando termine la carrera, para estar más cerca de mi padre y mi hermana. Por eso debo pensar muy bien esa propuesta.

Ella desvió de nuevo la mirada hacia el frente. Siempre pensó que Jeremy era una de esas personas a las que no le importaba pensar en su futuro, sino que se limitaban a vivir el presente, disfrutando con intensidad cada segundo, y a quien únicamente le preocupaba obtener lo mejor para ellos mismos.

No era la primera vez que se percataba del error que había cometido al juzgarlo, basándose solo en la imagen de chico alegre e independiente que proyectaba. Bajo esa capa de indiferencia con la vida parecía esconderse un hombre prudente, que sabía lo que quería.

—¿Es Sullivan el que te tiene así? —indagó él, aludiendo a su mutismo. Por unos segundos, ambos compartieron una intensa mirada, pero Jeremy necesitaba mantener su atención en la vía.

—Me presentaste como tu «futura novia».

Él se enderezó en el asiento y respiró hondo antes de responderle. Su cabeza se ahogaba en la confusión. Quería a esa chica, pero sabía que para tenerla debía darle algo a cambio, aunque le temiera al compromiso. Además, la joven tenía sus propios prejuicios y fantasmas que superar. Si le decía de plano que era «su novia», podría asustarla, ya que se estaría imponiendo sobre sus decisiones, y eso no era lo que buscaba. Deseaba que la misma Kate se atreviera a dar el paso, se liberara de sus miedos y saliera por voluntad propia del cascarón en el que se había metido. No podía obligarla, solo lanzarle la propuesta.

—Compartimos más que una simple amistad, y no creo que te guste el calificativo de «amigos con derecho a roce». Por eso pensé que esa era la mejor

manera de describir lo que hay entre nosotros: una posibilidad.

—No soy una mojigata, Jeremy.

—Nunca he creído eso.

—Pero el noviazgo implica un compromiso, y creo que tú no estás preparado para asumirlo.

Él contrajo el rostro en una mueca de disgusto.

—Que no me gusten los compromisos no quiere decir que no esté listo para enfrentarlos. Puedo con eso y más.

—Yo no quiero obligarte a asumir algo que no deseas.

—Nadie me obliga, Kate. Si lo hago es porque quiero.

Ella observó su perfil. Parecía tenso e incómodo, y no deseaba ponerle en esa situación.

—¿Por qué?

Jeremy giró el rostro por un instante hacia ella.

—Ya te lo dije: porque quiero.

—No tienes que hacer esto por mí, y no lo necesitas para que ayude a tu hermana, lo haré igualmente. Estamos bien así, como simples amigos —expresó ella con cierto rastro de pesar en la voz.

—No lo hago por mi hermana, lo hago por mí. Porque me gustas. Porque deseo acercarme a ti, conocerte, conquistarte, tener más de ti. Y si para eso debo comportarme como un chico bueno, lo haré —señaló él con seguridad.

A Kate el pecho se le hinchó por la alegría, pero se obligó a no ilusionarse mucho con aquella idea. Él solo necesitaba algo puntual de ella, mientras que ella necesitaba todo de él.

—¿Y después? —preguntó con timidez.

—¿Después de qué?

—De que ayude a Claire y nosotros logremos...

—¡Maldita sea, Kate! No busco aprovecharme de ti mientras resolvemos la situación de mi hermana —indicó con enfado.

—Solo trato de entenderlo, Jeremy. No te molestes conmigo por sentirme confundida —rebatió ella con las palabras impregnadas de pena—. Nunca antes te habías acercado a mí, y ahora, de repente...

—Es cierto —la interrumpió con rostro irritado—, nunca me detuve en mi carrera por la vida para mirar hacia los lados. Necesité que mi hermana me golpeará con fuerza en la cabeza y me lanzara al suelo para hacerme reaccionar. Fue así como te vi, y desde el primer instante me hiciste sentir como si hubiera estado perdiendo todo mi tiempo en trivialidades.

Ambos se quedaron en silencio, con las miradas fijas en la carretera.

—Estoy confundido, Kate. Solo... dame una oportunidad.

Ella suspiró. Tenía un ramillete de emociones estallando en su pecho. Alegría, temor, inseguridades..., todas ellas giraban como un torbellino en su interior y le

producían vértigo.

—No quiero que esto termine mal, Jeremy. Te... te aprecio —le dijo, aunque en realidad deseaba confesarle que lo amaba.

—Yo también —correspondió él, consciente de que lo que sentía por ella era más que una simple estima.

Soltó por unos segundos la palanca de cambios para tomar la mano de la chica y apretarla con firmeza. Su gesto tierno calmó las ansiedades de Kate y la llenó de esperanzas. Quería intentarlo. Sabía que perdería mucho si no salía bien, pero si no se arriesgaba, podía perder mucho más.

Aun así, había sombras que empañaban su felicidad. En casa no la esperarían con una sonrisa. El día que su padre se enterara de aquel romance, pondría más que un grito en el cielo; además, cuando decidiera regresar a la universidad, no la recibirían viejas amigas para darle una palmada en el hombro por su nueva relación sentimental; al contrario, ya pesaba sobre sus hombros una amenaza. Kristy se lo había advertido en el complejo acuático: ella no estaba dispuesta a dejar a Jeremy por nadie.

Kate comprendía que, al aceptar aquella propuesta, no solo debía luchar en contra de sus prejuicios y de los temores de él, sino, además, contra infinidad de obstáculos externos. Aquel podría ser el paso más difícil que tendría que dar en la vida.

CAPÍTULO 11



Cuando faltaba poco menos de la mitad del camino, Jeremy decidió parar en un establecimiento de comida rápida, al margen de la vía. Después de haber pedido un par de sándwiches y refrescos, se sentaron a comer, uno junto al otro, en una de las mesas de formica del lugar.

—Ayer hablé por teléfono con uno de los chicos que participa en el equipo de baloncesto del centro comunitario de Providence —informó Jeremy mientras aderezaba su sándwich con mostaza.

—¿Sobre el tema de Mary? —consultó Kate antes de darle un sorbo a su bebida.

—Sí —aseguró el joven, mordiendo con gusto su comida.

—¿Por qué no me lo dijiste anoche en el club?

—No era el momento —alegó, y apuró el bocado. En su mente despertaron los recuerdos de los apasionados besos y las caricias que se había prodigado con la chica la noche anterior. Nunca se le hubiera ocurrido detener aquel placer para conversar sobre algún otro asunto—. El chico me contó que Mary lleva semanas actuando de forma extraña, con cierta violencia y rencor, pero antes de eso estuvo una temporada retraída, casi melancólica. El segundo cambio se produjo al recibir el puesto protagonista en la obra del *ballet*.

—Eso no es nada raro. Cuando a alguien le otorgan una posición preferencial en un grupo, siente la necesidad de comportarse como líder, aunque en muchas ocasiones confunde el concepto —explicó Kate—. Deberíamos averiguar cuál fue la razón del retraimiento inicial.

—¿A dónde nos llevará eso?

—Bueno, nos podría ayudar a comprender por qué insiste en que Claire pierda la virginidad. Ese retraimiento pudo haber sido originado por una mala experiencia sexual, o por algún rechazo posterior, y cuando la nombraron protagonista en la obra, se sintió con fuerzas para reaccionar diferente y no mostrarse afectada. Ahí debe de

estar la clave, lo que nos permitirá evitar que siga atormentando a tu hermana —sentenció, y le dio un mordisco a su emparedado.

Él la observó con detenimiento, admirado por su inteligencia. Llevó una de sus manos hacia el rostro de ella y le acarició la mejilla.

Sorprendida, Kate alzó la mirada hacia él, conmovida por sus atenciones.

—Eres increíble —la halagó Jeremy.

—No digas tonterías —expresó ella, intentando no dar importancia a sus palabras y continuar con su comida. Lo que no podía ignorar, sin embargo, eran las intensas emociones que se producían en su estómago.

—Lo eres, y eso me encanta.

Kate se sonrojó y mantuvo la mirada baja, concentrada en su plato.

—Entonces, ¿crees que esa chica pudo haber iniciado hace poco su actividad sexual? —inquirió él segundos después, mientras se metía el último trozo en la boca y se sacudía las migas de las manos.

—Puede ser. No lo sabremos con certeza hasta informarnos bien —garantizó ella, al tiempo que envolvía los restos de su bocadillo.

—El sexo no siempre resulta malo —argumentó, notando que la chica se tensaba ante sus palabras—. ¿Por qué nunca lo has hecho?

—Yo... no he hallado al hombre ideal —indicó Kate, y se llevó una mano a la nariz para calmar la imaginaria comezón. Jeremy no pudo evitar sonreír.

—¿Te mantienes pura para el matrimonio? Eso es admirable.

—Nunca he pensado en el matrimonio —reveló. Al decir aquello, Kate se percató de repente de que jamás se había imaginado formando un hogar. Su horizonte estaba puesto en su carrera profesional, no en su vida personal.

—¿No quieres casarte?

—No es mi prioridad.

—Eso significa que nunca tendrás sexo —señaló Jeremy con cierta decepción.

—Haces conclusiones apresuradas —respondió Kate con nerviosismo.

—Entonces, sí piensas tener sexo —concluyó él con una gran sonrisa.

—¡Jeremy! —lo reprendió la mujer entre dientes, oteando los alrededores para asegurarse de que nadie lo había escuchado. El chico ensanchó aún más la sonrisa.

—¿Por qué te asusta el sexo?

—No me asusta. Me... incomoda hablar de eso —arguyó ella sin mirarlo a los ojos.

—El deseo carnal es una necesidad fisiológica, muy habitual en el cuerpo humano. ¿Nunca la has sentido? —La mujer se inquietó, y procuró mantener su atención en el grupo de personas que salían del establecimiento para ignorar la conversación. Jeremy la tomó por la barbilla y le giró el rostro hacia él—. Ese tema no debe perturbarte. Para que pierdas el miedo, lo mejor es hablarlo con alguien.

—No tengo miedo, es que... no soy una experta —expuso, con intención de pedirle que continuaran su camino, pero él se acercó a su rostro y la besó con

suavidad, sin prisa, dejando jugar a su lengua insaciable dentro de la boca de la chica.

El organismo de Kate perdió su autonomía. No solo estaba complacida con las atenciones que recibía, sino que se había olvidado por completo de la humanidad que la rodeaba. Junto a Jeremy, actuaba como una mujer distinta, sin complejos ni limitaciones. Y eso, en ocasiones, la asustaba.

—¿Qué esperas de un hombre? —exigió él al detenerse y aún con el rostro a pocos centímetros del de ella, mientras se esforzaba por recuperar la cadencia de su respiración.

—Nada —sentenció Kate con voz débil y rostro enfebrecido.

—¿Nada? ¿Ni siquiera un nivel intelectual alto?, ¿un comportamiento decente?, ¿que tenga éxito?...

—No pienso en casarme aún, Jeremy —rebatía ella—, así que no tengo por qué buscar esas características en un hombre.

«No piensa en casarse aún, pero sí algún día», caviló él. Si para ella esas características no era necesario buscarlas *ahora*, quería decir que, dentro de algunos años, tal vez sí. Aquella idea se le clavó en el pecho, y la furia que le produjo lo confundió más aún. Si él tampoco pensaba en el matrimonio, ya que huía de los compromisos, ¿por qué demonios le importaba lo que ella quisiera?

Lo cierto era que anhelaba conocerla. Quería llegar a ese lugar oculto y apartado que se reflejaba en su mirada turquesa y que tanta curiosidad le producía. Procuró recordar algún detalle de su pasado que le concediera la oportunidad de insistir en el tema y escarbar en sus secretos. Enseguida rememoró un hecho que le abrió el entendimiento, una ocasión en el instituto, cuando tuvo que salir en defensa de la chica antes de que otros la humillaran.

—Lo intentaste —afirmó achinando los ojos, logrando que el rostro de Kate perdiera su coloración—. Fue en la fiesta de graduación, lo recuerdo. Tuve que partirlas la cara a Michael Truman y a otros idiotas porque se burlaron de ti cuando saliste corriendo de la parte trasera de las gradas del gimnasio.

Ella se inquietó y comenzó a recoger sus pertenencias de la mesa para regresar al coche y huir de él, pero Jeremy se lo impidió tomándola por las muñecas.

—Kate, ¿qué ocurrió ese día?

—¡Suéltame! —exigió ella con la vergüenza arremolinada en el rostro.

—Eso sucedió hace mucho, no te pongas así. Confía en mí —le rogó, y con un dedo le alzó la barbilla para que lo mirara a los ojos—. ¿Te hicieron daño?

Ella negó rápidamente con la cabeza y esquivó su mano para bajar la vista.

La furia comenzaba a hervirle en las venas a Jeremy. Había oído rumores de que ese día ella había tenido un encuentro fallido con uno de sus compañeros: Michael Truman; sin embargo, la aparición repentina de Martin Gibson impidió que algo sucediera. El hecho estuvo a punto de convertirse en la comidilla de la fiesta, pero él supo detener los comentarios a tiempo. Luego, otros sucesos más bochornosos

hicieron que los alumnos testigos olvidaran lo ocurrido o que, al menos, no le concedieran tanta importancia. A pesar de ello, desde ese día Katherine se volvió mucho más retraída y lejana que de costumbre.

Remover el pasado siempre resultaba doloroso, y a esas alturas de su vida, sería innecesario. De lo que debía asegurarse Jeremy era de que aquello no afectara su presente..., ni su futuro.

—Kate, yo no soy como él. —La pena contrajo el rostro de la muchacha, aunque se esforzó por relajar las facciones—. Primero me lastimaría a mí mismo antes que hacerte algo a ti.

Él le acunó el rostro en una de sus manos y le acarició la sien con el pulgar. El resto de sus dedos se enredaron en los mechones rubios de la joven, produciéndole a ella una sensación doblemente reconfortante.

—Te ayudaré a olvidarlo.

Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas, conmovidos no solo por las palabras dulces de él, sino por el despiadado ataque de asfixiantes recuerdos.

Lo sucedido aquel día, tras las gradas del gimnasio del instituto, ya lo había superado. Lo que aún permanecía lacerando su alma y la hundía en la culpa fue lo que ocurrió minutos después, en el exterior del complejo, y entre las paredes de su habitación.

—¿Te gusta Foo Fighters? —preguntó él de forma repentina, desconcertándola.

—¿Qué?

—Foo Fighters, la banda de *rock*. Tengo una colección de sus mejores temas. ¿Te gustaría que nos acompañaran hasta Providence?

Ella sonrió con esfuerzo.

—Sí, he escuchado algunas de sus canciones.

—Ven. Durante el viaje nos recargaremos de energías —le prometió, y la tomó de la mano para salir del establecimiento y reanudar el viaje.

Aunque llevaba la pena tallada en el corazón, el entusiasmo de Jeremy la animaba. ¿Para qué pensar en el pasado si el presente se le llenaba de esplendor? ¿O mejor aún, de la sonrisa pícara y resplandeciente del hombre que le aceleraba las palpitaciones?

Tomaron nuevamente la interestatal mientras la enérgica «Best of You» de Foo Fighters sonaba en el estéreo.

Al llegar al barrio Mount Hope de Providence, aparcaron frente a la casa de Jeremy.

—¿Seguro que no quieres ir primero a tu casa? —inquirió él a la vez que apagaba el motor del vehículo.

—No te preocupes, pasaré luego —garantizó ella sin mirarlo a los ojos.

—Él no sabe que ibas a venir a Providence, ¿verdad? —señaló Jeremy, haciendo referencia al padre de la chica.

—Eh..., sí, pero no le dije a qué hora llegaría —mintió, y frotó su nariz con

irritación—. ¿Puedes devolverme las gafas, por favor? Necesito concentrarme.

Con un suspiro, él se las devolvió, y ambos bajaron del coche encaminándose hacia el porche.

—Cuando terminemos con el asunto de Claire, te acompañaré a tu casa —expuso mientras abría la puerta de la entrada.

Los ojos de Kate se dilataron por el espanto al escuchar aquella decisión. Por nada del mundo debía permitir que Jeremy fuera con ella a su casa; eso complicaría los problemas con su padre. Pero antes de que pudiera objetar nada, la puerta se abrió y apareció la figura de Trevor Collins, que se acercaba a ellos con su eterno caminar pausado, seguido de Phillips Robertson, el vecino con grandes dotes para la fabricación de muebles de madera, a quien Trevor había encargado el estante aéreo para la habitación de su hija.

Los hombres los recibieron con pequeñas sonrisas. En sus rostros se podía apreciar que estaban algo tensos.

—Hijo.

—Hola, papá —expresó Jeremy, que le dio un efusivo abrazo—. ¿Cómo estás, Phillips? —saludó al sujeto de piel negra, alto y robusto, que se encontraba junto a su padre, estrechando su mano.

Trevor se aproximó a Kate para recibirla con un beso en la mejilla.

—Phillips, ¿te acuerdas de Katherine Gibson?

—Claro, la hija de Martin —respondió el hombre, y estrechó con fuerza la mano de la joven.

—Fue ella quien tuvo la idea del estante aéreo, y ayudará a Claire con la remodelación —informó Trevor.

—Espero que le des el visto bueno al trabajo que hice —añadió Phillips.

Kate se ruborizó. No pensaba que, además de colaborar en la idea, le concedieran el derecho a opinar.

—¿Ya está listo el estante? —consultó Jeremy.

—Tenía un modelo terminado en casa; solo tuve que hacerle unos pequeños arreglos para que se adaptara a lo que Trevor me había solicitado. Hoy vine a traerlo.

—Lo instalaremos después de cambiar el empapelado a la habitación —explicó Trevor.

Jeremy asintió.

—¿Claire está?

—Sí, en su cuarto —notificó su padre con cierto rastro de preocupación en la voz. El rostro de Phillips se volvió sombrío. Jeremy estudió a ambos hombres mientras tomaba la mano de Kate.

—Subiremos a conversar con ella. Luego bajo —le informó a su padre, y se despidió de Phillips con una palmada en el hombro.

Al llegar a la primera planta y dirigirse al pasillo de las habitaciones, Kate llamó la atención de Jeremy apretando su mano.

—¿Crees que Claire le contó algo a tu padre? —inquirió. Ella también había notado el cambio de Trevor cuando le preguntaron por su hija.

—No sé. Hablaré con papá mientras tú estás con Claire —dispuso. Al llegar frente a la puerta del dormitorio de su hermana se giró hacia la chica, quedando a poca distancia de ella—. Avísame cuando os vayáis a elegir el empapelado.

—Lo haré.

Él la tomó por la barbilla y se aproximó a su boca para besarla, con suavidad y profundidad, desatando una tormenta de emociones en el pecho de la joven. Cuando se detuvo, la abrazó, envolviéndola entre sus brazos con firmeza y hundiendo el rostro entre sus cabellos. Así permanecieron por un instante, sintiendo que aquella unión potenciaba la determinación en ambos.

—Gracias —le susurró, y la besó con ternura en la cabeza antes de dirigirse a las escaleras sin volver la mirada atrás.

Ella se mantuvo inmóvil en ese lugar hasta que recuperó la coordinación. Jeremy poseía una increíble facilidad para aturdira. Finalmente, se acomodó el abrigo, se ajustó las gafas al puente de la nariz y respiró hondo. Dio un paso hacia la lámina de madera y tocó con suavidad. Claire le abrió casi enseguida. Al verla, su rostro melancólico reflejó alivio.

—¡Kate! —expresó con emoción, y se abrazó a la cintura de la joven.

—¿Todo bien? —preguntó ella al recobrase de la sorpresa. El emotivo recibimiento que le dedicó la niña la conmovió.

Claire se apartó un paso de ella para mirarla a los ojos. Sus pupilas castañas estaban ahogadas en lágrimas.

—No puedo continuar. Es muy humillante —reveló con la voz quebrada.

El corazón de Kate casi se parte en mil pedazos, pero se esforzó por mantener la serenidad y la invitó a entrar en el cuarto para conversar.

Claire aceptó en silencio y pasó delante de ella, con la cabeza gacha y una lágrima deslizándose por su mejilla.

Trevor Collins alzó la vista de los documentos que revisaba en su despacho al escuchar que tocaban a la puerta.

—Adelante.

Jeremy entró con el ceño fruncido, se acercó hasta el escritorio y apoyó las manos en la madera para inclinarse un poco hacia su padre.

—¿Qué ocurre? —escudriñó sin preámbulos. Ambos se conocían demasiado bien como para saber que algo fuera de lo normal había ocurrido.

Trevor bajó la tapa del portátil y lanzó con desgana los documentos que leía sobre el escritorio. Se incorporó en la butaca en medio de un suspiro para iniciar la conversación con su hijo.

—Kate está aquí por Claire, ¿no es así? —preguntó con seriedad.

Jeremy relajó las facciones y tomó asiento frente a su padre.

—¿Claire te dijo algo?

—No necesito que mi hija hable conmigo para saber que algo va mal. ¿Qué sucede?

Jeremy no quería romper la promesa que le había hecho a su hermana de guardar silencio, pero tampoco quería mentirle a su padre. Se frotó las manos en los muslos con inquietud.

—Tiene problemas con sus amigas. Por eso he traído a Kate.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Son cosas de mujeres, papá. Claire está creciendo y necesita una opinión femenina.

Trevor bajó la mirada denotando preocupación. Entrelazó las manos sobre su regazo y se mantuvo pensativo unos instantes antes de responder:

—Hace unos días hablé con Irina —confesó el hombre, haciendo referencia a su hermana pequeña, que vivía con su esposo y su hijo de seis años en Connecticut— sobre Claire y su futuro.

—¿Su futuro? —agregó Jeremy confundido.

—Claire se está haciendo una mujer. Vivir con dos hombres que casi no la acompañan durante el día no es lo mejor para ella. —El rostro de Jeremy se endureció—. Ella necesita compañía, una guía femenina; ya comienzan a presentarse inconvenientes que nosotros no le podremos resolver. Es una adolescente, no debemos dejarla tanto tiempo sola.

—¿Qué tratas de decir? —quiso saber Jeremy con enfado.

—Lo mejor es que Claire viva con Irina unos años. Su tía podría...

—¡No! —negó Jeremy, levantándose de la silla—. ¿Vas a deshacerte de ella?

—¡Claro que no! Es mi hija, jamás perderemos el contacto.

—¡Pero esta es su casa!

—¡Y lo será siempre, no estoy echándola de mi lado! —Trevor se puso de pie también, pero con mucha calma. Jeremy lo observaba con los puños cerrados—. Hijo, Claire necesita una guía; no podemos hacer que Kate venga hasta aquí cada vez que ella lo necesite.

—Sí que podemos.

—Kate tiene su vida...

—A Kate no le molesta ayudar a Claire las veces que haga falta —declaró con la mandíbula tensa. Su padre relajó las facciones para calmar la irritación de su hijo. Por ese camino no lograrían llegar a ningún acuerdo—. ¿Le has preguntado a ella si quiere mudarse a otra ciudad? —le consultó, intentando serenarse él también.

—No.

—¿Y te parece que lo querría? —aguijoneó Jeremy con enfado.

—Solo quiero lo mejor para mi hija —expresó Trevor con cierto tono de derrota en la voz.

—Lo mejor para Claire no es alejarse de su padre ni de su vida. Aquí está todo lo que ella conoce y ama. Perdió a mamá antes de poder disfrutarla. No hagas que pierda también a su padre cuando más lo necesita.

Trevor se sentó abatido en la butaca y apoyó los codos en el escritorio para encajar su cabeza entre las manos.

—Me preocupa su estabilidad —confesó con pena.

Jeremy se acercó de nuevo al escritorio y apoyó las manos sobre la madera.

—No la envíes a Connecticut, papá. Dame tiempo para ayudarla a resolver el problema que tiene con sus amigas.

Trevor alzó la cabeza.

—Sabes lo que ocurre, ¿verdad? —Jeremy desvió la mirada—. ¿Tiene que ver con el problema del hijo de Phillips?

—¿El hijo de Phillips? —inquirió el joven, centrando su atención en su padre.

El rostro de Trevor se inundó de preocupación.

—Siéntate, hijo. Esta conversación será un poco larga.

Jeremy obedeció y tomó asiento en la silla. No le había gustado nada lo que había visto en la cara de su padre y en la de su vecino al llegar a casa. Sabía que algo serio venía en camino.

Kate y Claire salieron de la casa envueltas en gruesos abrigos, con bufandas, guantes y gorros de lana en la cabeza. A medida que la tarde se extinguía, lo hacía también la temperatura. La noche parecía presagiar una nevada.

A través de un mensaje de texto al móvil, Kate avisó a Jeremy de que se marchaban. Él aún se hallaba en el despacho con su padre, y Claire le había confesado que cuando ellos se encerraban en esa habitación era porque discutían sobre alguna situación delicada. Se imaginó que estarían hablando sobre el problema de la niña, así que decidió irse con la pequeña sin molestarlos.

Las dos caminaron en dirección a la calle Hope, y luego anduvieron por el parque Lippitt Memorial, hasta llegar al local de menaje del hogar de Franny Vargas, el establecimiento donde elegirían el nuevo empapelado para su habitación. Después de seleccionar el que más le gustó a Claire y dejarlo encargado para que el señor Collins luego lo comprara, pasaron por la tienda de víveres y adquirieron algunas golosinas que podían disfrutar en el camino de regreso.

—¿Por qué no le has contado a tu padre lo que en verdad sientes sobre el *ballet*? —le preguntó Kate mientras abría una barra de granola que tanto le gustaba.

—No quiero defraudarlo —respondió la chica con la cabeza gacha, al tiempo de que masticaba un Snickers.

Claire le había confesado, entre otras cosas, que ella no era muy amante del *ballet*. Le gustaba el baile, pero formar parte del *ballet* juvenil de Providence resultaba una presión enorme.

—Lo haces ocultándole tus sentimientos.

—Él quiere que sea una gran bailarina, como lo fue mamá, y tan exitosa como lo es Jeremy en el deporte.

—Él quiere lo mejor para ti. Que tengas grandes logros que te llenen la vida de hermosos recuerdos. Cuando eras una niña pequeña, él tomaba las decisiones por ti, pero ya estás en edad de decirle qué es lo que te gusta. Si no lo haces, en vez de bellos recuerdos tendrás amargas experiencias que, a la larga, podrían alejarte de tu padre —reveló la joven con seguridad. Ella mejor que nadie sabía cuánto podía afectar el hecho de no expresar los sentimientos.

—Quiero que se sienta orgulloso de mí, como lo hace con mi hermano.

—Puedes hacerlo con algo que verdaderamente te guste; así la felicidad sería doble.

Claire se mantuvo en silencio durante un rato, tiempo que le permitió a Kate recordar lo duro que había sido para ella esa transición. Su padre siempre anheló que fuera una gran música, o al menos, que se dedicara a la música. Pasó toda su infancia participando en coros y asistiendo a clases de piano y canto con resignación, hasta que tuvo la valentía de confesar que iba a hacer la carrera de Educación Secundaria en la universidad. La discusión con su padre fue desgarradora. Para él, los maestros no ganaban suficiente dinero que les asegurara un futuro provechoso. Él era uno de ellos; por eso quería algo más para su hija. Se opuso a que se matriculara en esa carrera, y cuando ella lo hizo, él intentó revocar su decisión, pero la universidad no lo permitió sin el consentimiento del estudiante.

Aunque ella logró lo que realmente quería, su padre se lo tomó como un gesto de rebeldía.

—¿Y dices que Mary utiliza ese secreto para molestarte? —prosiguió la conversación dejando de lado sus inquietudes.

—Sí, me ha atormentado toda la semana. Les ha dicho a mis compañeros que mi padre me obliga a bailar, y eso no es cierto, me gusta, solo que los escenarios me ponen nerviosa.

—¿Y el comentario ha llegado a oídos de tus profesores de *ballet*?

—Sí. Mary se lo contó para convencerlos de mi falta de destreza. Ella critica mis pasos, dice que mis nervios dañarán la obra el día de la presentación. Quiere que me pasen al grupo secundario, que solo aparece unos minutos, pero si no estoy entre las principales, mi padre se decepcionará. He tenido que rogarle a la profesora que me deje bailar, prometiéndole que practicaré el doble —explicó la chica con la pena anclada en el rostro.

—Claire, tu padre te quiere y celebra tus triunfos. No importa que solo salgas unos segundos sobre el escenario; para él, tú eres la mejor bailarina —garantizó Kate, tratando de aplacar la angustia de la niña.

Recordaba la manera tan distendida y cariñosa en que la familia se había tratado el día en que cenó con ellos en casa de los Collins. Pondría su mano en el fuego por

Trevor. Estaba segura de que, a pesar de aspirar a lo mejor para Jeremy y para Claire, aquel hombre no era de los padres que obligaban a sus hijos a tomar algún camino. Él proponía y los invitaba a probar varias experiencias, para que ellos pudieran decidir qué era lo que más les gustaba.

—No quiero decepcionarlo, Kate, y eso Mary lo sabe. Quiero aparecer entre los bailarines principales de la obra. Estoy luchando hasta con mis propios miedos para darle esa alegría a mi padre y ella se está encargando de destruirlo todo. ¿Por qué lo hace?! —inquirió la chica casi al borde de las lágrimas. Lanzó a una papelera el resto de la barra de chocolate que no se había comido, y continuó andando con la cabeza gacha y los brazos cruzados en su pecho.

Kate se llenó los pulmones de aire gélido y guardó en el bolsillo de su abrigo el dulce que comía. Comenzaba a darse cuenta de que la fijación de Mary era con Trevor Collins, no con su amiga. La niña se esforzaba por avergonzar a Claire en público, demostrando que su padre era déspota y poca cosa, y pretendía que la chica le fallara delante de todos por alguna razón.

—¿Sabes si Mary ha tenido problemas personales últimamente? —preguntó. Claire la miró con extrañeza—. Me refiero a conflictos con sus padres, o con otros chicos.

La niña negó con la cabeza, sin decir una sola palabra.

—¿Alguna vez la has notado retraída? —insistió Kate. Debía hallar el eslabón que iniciaba aquella cadena de inconvenientes.

—Bueno... Cuando su padre se mudó a Boston, ella estuvo triste.

—¿A Boston? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Katherine recordó a Darryl Sanders, el padre de Mary: un corredor de seguros que en ocasiones solía colaborar con la iglesia a la que pertenecían sus padres. Nunca supo que el hombre hubiese abandonado Providence.

—Hace unas semanas le ofrecieron un trabajo mejor allí y tuvo que irse —expuso la niña sin mirarla a los ojos.

—¿Y dejó a Deborah y a Mary solas aquí? —consultó, refiriéndose a la madre de la niña.

—Viene los fines de semana. Ellas no han podido mudarse por el trabajo de su madre y su participación en el *ballet* —respondió Claire mientras seguía andando cabizbaja.

—¿Mary sigue confesándote intimidades? —inquirió Kate con el ceño fruncido. Comenzaba a perderse en aquel conflicto. No comprendía la actitud de Mary, pero tampoco las formas en que Claire se agazapaba en su pena y no le permitía ayudarla. Podía intuir que la niña sabía algo más y que, por alguna razón, se lo callaba.

—Mary se pasa el día en el instituto fastidiándome, pero algunas veces, cuando salimos de clase o cuando estoy sola en los camerinos del *ballet*, se me acerca. En esas ocasiones es la misma de siempre.

Kate, desconcertada, buscó la mirada de la niña.

—¿Te trata como si nada? ¿Sin ofenderte?

—Sí. Ayer en clase tuvimos una discusión por un insulto que dijo de mi padre, pero luego, por la tarde, me llamó por teléfono y me insistió en que fuéramos juntas a comprar el regalo de cumpleaños para Laura. Le dije que no compraría nada, ya que no iría a la fiesta, pero ella casi se me pone a llorar, rogándome que no dejara de asistir.

Katherine guardó las manos en los bolsillos de su abrigo, con las neuronas trabajándole a mil por hora para enlazar los hechos y dar con el motivo para cada acción. La bipolaridad de Mary era desconcertante.

—¿Y piensas ir a la fiesta?

Claire suspiró con pesar.

—Quiero recuperar a mi amiga. No sé qué le ocurre ahora a Mary, pero estoy segura de que en algún momento cambiará y volverá a ser como antes.

Se hallaban a poca distancia de la casa de los Collins. Kate abrió la boca para agregar algo más antes de llegar, pero al dirigir la mirada hacia el porche, lo que vio le congeló la sangre.

—Oh, no, esa mujer otra vez —masculló con rabia Claire.

El corazón de Kate dejó de funcionar por unos segundos. ¿Era habitual aquella situación?

Jeremy se encontraba recostado en la pared mientras Nadir Tanner, la morena exuberante que vivía junto a los Collins y estaba casada con un antiguo boxeador aficionado, introducía sus estilizadas manos dentro del abrigo de él, buscando con ansiedad su piel. Los gruesos y sensuales labios de la mujer susurraban palabras a escasos milímetros de la boca del joven, la cual se veía que ya estaba marcada de carmín.

Aunque parecía tenso y pretendía alejarla empujándola por los hombros, si ella había logrado arrinconarlo allí era porque él, de una forma u otra, se lo había permitido. La furia recorrió en segundos las venas a Kate. Se sintió tan decepcionada que le era imposible respirar.

—Claire, mejor me voy a mi casa —informó a la niña, y retrocedió un paso para no acercarse más.

—No te vayas, quédate un rato —le pidió la chica, pero ella ya había dado media vuelta—. ¿¿Vendrás mañana a ayudarme a desocupar mi cuarto para la remodelación?!

Ante el grito de su hermana, Jeremy apartó a Nadir y lanzó una mirada desesperada hacia la calle. Al ver a Kate huyendo casi a la carrera hacia su casa, se apresuró a alcanzarla.

—¡Jeremy! —Claire intentó llamar la atención de su hermano al verlo salir a toda prisa. Estaba furiosa con él. Por su culpa, Katherine se había marchado. Al no ser atendida, entró en la casa como un toro embravecido, tropezando con Nadir.

—¡Niña! —la reprendió la mujer.

Claire se giró hacia ella con los ojos a punto de estallarle por la pena, y levantó una mano con solo el dedo corazón alzado.

—Grosera —se quejó Nadir.

—Zorra —murmuró la chica, que se dirigió rápidamente a su cuarto.

CAPÍTULO 12



—¡Kate! ¡Kate! ¡Por favor, espera! —Jeremy corrió hacia ella, la tomó por los hombros y la giró para obligarla a encararlo—. Kate, escúchame —le exigió, pero la joven desviaba el rostro hacia cualquier otro punto. Él tuvo que cogerle la barbilla para que lo mirara a los ojos—. Kate, mírame.

Ella lo hizo, y al verle los labios manchados de pintalabios carmesí, se liberó de su agarre.

—Límpiate la cara al menos —reclamó.

Con irritación, él se quitó el pintalabios con el dorso de la mano, interponiéndose de nuevo en el camino de la chica.

—Vamos a mi casa y hablemos.

—Es tarde. Tengo cosas que hacer.

—Kate, tu mochila está adentro. Si llegas sin nada a tu casa, Martin te hará la vida imposible.

La joven se mordió los labios. Él tenía razón.

—De acuerdo. Recojo la mochila y me voy —dijo, y se encaminó hacia el hogar de los Collins.

Jeremy la siguió. Cuando la tuviera adentro, hallaría la manera de retenerla. Vio a Nadir entrar en su propio hogar con altanería; comenzaba a odiar aquella situación.

Cuando pasaron a la sala, se toparon con Trevor, que estaba a punto de subir las escaleras.

—¿Todo bien, chicos? —preguntó al ver el rostro enfurecido de Kate, quien se dirigió con rapidez hacia el sillón donde había dejado sus pertenencias.

Jeremy le hizo señas a su padre para que siguiera su camino y los dejara solos. El hombre no necesitaba de más indicaciones para saber que no era buen momento para intervenir.

—Kate, espera.

Al quedar solos, él se detuvo tras ella, muy cerca, y apoyó las manos sobre sus hombros. Kate suspiró, sintiendo un dolor punzante en el pecho.

—Tengo que irme.

Jeremy la giró y le alzó el rostro. Le quitó las gafas para que ella pudiera apreciar su mirada suplicante.

—No quiero que te vayas —le susurró.

—No pensabas en eso hace un rato.

—Te juro que sí lo hacía. Pienso en ti más de lo que imaginas.

Ella dudó. La cercanía del joven, su cálido aliento y su olor varonil le restaban fortaleza.

—Esto no va a ningún lado, Jeremy.

—Sí va —garantizó él. Con una mano le cubrió la mejilla, acariciando con suavidad la piel—. La rechacé, Kate. No quiero estar con nadie más, solo contigo.

Los ojos de la chica se cubrieron de lágrimas. El corazón le martilleaba con fuerza en el pecho. Jeremy bajó el rostro y se apoderó de sus labios. La besó con frenesí, hambriento por su boca, bebiendo todos los suspiros que la chica emitía.

—Tus labios son los únicos que quiero sentir sobre mí —gimió mientras depositaba pequeños besos por todo su rostro.

Aunque la escena le fascinaba, ella se esforzó por detenerlo y separarse un paso de él. Se moriría de la vergüenza si Claire o Trevor bajaban, y peor aún, se sentía demasiado confundida y enfadada. Debía asentar sus emociones, o terminaría actuando movida por sus hormonas.

—Necesito pensar.

—Kate...

—Dame tiempo.

Él apretó la mandíbula, pero se irguió para mantener la calma y no estallar. Se lo había prometido a sí mismo: la conquistaría; con paciencia y determinación. Sin embargo, comprendía que en esa ocasión había cometido un error al dejarse abordar de esa manera por Nadir Tanner. Esa era una estúpida falta que podía echar por tierra todos los avances que había hecho hasta ahora.

—Te acompañaré a tu casa.

—No.

El rostro del chico se endureció. Estaba harto de recibir rechazos de ella.

—Necesito tiempo y espacio, Jeremy. Si no me puedes conceder eso, entonces, tendremos que establecer límites a esta relación —expuso Kate con seguridad.

Se giró para tomar su mochila del sillón y se dispuso a salir de la casa, pero Jeremy la detuvo antes de que pudiera llegar a la puerta y volvió a besarla con ansiedad, invadiendo la cavidad de su boca con su lengua y acariciando cada rincón con posesión.

No se detuvo hasta asegurarse de que ella quedaba trastornada por aquel beso, sin aire, sin coordinación, y sin posibilidad de razonamiento.

Le daría lo que le pedía, pero se aseguraría de dejar plasmados, en su memoria y en su piel, sus besos y caricias, garantizando que esa noche ella dormiría con su recuerdo anclado en la cabeza y con su sabor impreso en los labios.

—Mañana nos reuniremos para conversar —resolvió con la respiración agitada.

Kate asintió con el rostro embriagado. Su cuerpo ardía de pies a cabeza y su corazón palpitaba tan apresuradamente que en cualquier momento podía escapársele del pecho.

Salió a toda prisa de la casa. Le urgía alejarse de él para recobrar la cordura.

Jeremy la siguió con la mirada mientras ella corría por la calle hasta entrar en el porche de su casa. Tenía las manos cerradas en puños, pero al sentir que una le dolía, se relajó. Al observarla, se percató de que sujetaba aún las gafas de la chica. Una sonrisa traviesa se dibujó en su rostro: el destino se empeñaba en unirlo a Katherine Gibson, y él estaba dispuesto a dejarse guiar sin oponer resistencia.

Al entrar de nuevo, su padre bajaba las escaleras.

—Claire se ha encerrado en su habitación. Está enfadada contigo por haber hecho que Kate se marchara.

Jeremy suspiró con agobio.

—Subiré a hablar con ella.

—De alguna manera tendré que agradecerle a Kate la ayuda que le está prestando a mi hija —comunicó Trevor mientras veía a su hijo subir las escaleras, con la mirada puesta en las gruesas gafas que pertenecían a la joven.

—No te preocupes por eso. De Kate me encargo yo.

—¿Te encargas tú? —se mofó el hombre, y le dio la espalda para dirigirse a la cocina—. ¿O es ella la que se está encargando de ti?

Jeremy se detuvo y se giró con el rostro indignado hacia su padre, pero este ya había desaparecido de la vista. Por un instante se quedó allí, observando las gafas que reposaban en su mano.

No le gustaba perder el control de ninguna relación. Él era quien siempre indicaba qué se hacía y hasta dónde se podía llegar. Nadie lo había dominado nunca, aunque debía reconocer que la idea de dejarle el mando a Kate resultaba placentera.

Si tan solo ella se atreviera...

Apretó las gafas y subió decidido a la primera planta. Lo haría. Lograría que ella se aventurara a dejar de lado sus complejos y principios y se entregara a él, en cuerpo y alma. Nunca había perdido una competición, y esa, desde luego, no sería la primera.

Kate llegó a su casa con el ánimo por los suelos, cansada, frustrada y enfadada consigo misma. El deseo que se producía en su vientre por Jeremy era tan fuerte que absorbía por completo sus funciones mentales y no le permitía pensar o evaluar cualquier otra opción.

Como una autómatas, se encaminó a la cocina para saludar a sus padres antes de

encerrarse en su habitación, aún con la mochila en la mano, casi arrastrándola por el brillante parqué.

Al llegar a la estancia no solo encontró a su padre sentado a la mesa con la atención puesta en un manojito de documentos, y a su madre en la cocina preparando la cena, sino también a su tía Sarah y a su prima Raquel.

—¡Katherine! —la saludó Sarah, que enseguida se apartó de la mesa donde cortaba las verduras para darle un abrazo a su sobrina.

Kate se obligó a mostrar alegría. No se acordaba de que su tía y su prima habían llegado durante la semana a Providence para pasar una temporada en casa.

—¡Kate, has venido! —expresó con emoción Raquel, y la estrechó en un abrazo algo tímido pero firme cuando Sarah se apartó.

—¡Qué alegría veros de nuevo! —alabó la joven con lágrimas en los ojos. Las emociones estaban a punto de superarla.

—En cuatro años te has puesto más guapa y atractiva —señaló su tía, refiriéndose al tiempo que llevaban sin verse.

Sarah era una mujer tan alta como su hermano Martin, rubia y de porte elegante, con el pelo cortado a la altura del mentón y los ojos celestes. Raquel, sin embargo, era morena, de cabellos castaños, como sus grandes y escurridizos ojos, y de contextura algo robusta. «Se parece a su padre», aseguraba su madre, aunque nadie en la familia le había conocido, ni siquiera la propia chica.

—¿Qué haces aquí?

La voz severa y autoritaria de Martin acalló los saludos de las mujeres. Kate perdió de forma automática la sonrisa y se giró hacia su padre con la cabeza alta.

—Vine a saludar a mi tía y a Raquel —expuso con la misma seriedad con la que el hombre evaluaba cada uno de sus gestos y movimientos.

—Mañana tendrás que regresar en autobús a la universidad. Esta vez no podré llevarte a Kingston; tengo cosas que hacer.

—No te preocupes, papá; Jeremy me llevará —lo retó. En su organismo se debatían todas sus emociones y la hacían inestable.

—¿Jeremy? ¿Hablas de Jeremy Collins? —preguntó Sarah. Kate se giró hacia ella y asintió—. Ese chico siempre fue un joven simpático y atractivo. ¿Cómo están los Collins?

—Igual: irresponsables, libertinos y faltos de carácter —sentenció Martin.

—Están muy bien, tía —rebatía Kate. Su paciencia estaba llegando al límite—. Jeremy ganó tres medallas de oro en las últimas competiciones de natación de la universidad; a Claire la eligieron como una de las bailarinas principales en la obra que el *ballet* de Providence presentará en primavera, y a Trevor le va excelente con la página web donde ofrece asesorías, venta de manuales y artículos deportivos.

La tensión aumentó en la habitación; solo el ruido de la comida friéndose en la sartén invadía el ambiente. Kate no necesitaba girarse hacia su padre para ver su rostro cincelado por la furia; percibía perfectamente el calor que emanaba su ira. Ella

no solo había contradicho sus palabras, sino que lo había desobedecido al relacionarse con el tipo de personas que él no aprobaba y demostraba el grado de intimidad que había alcanzado con ellos al detallar sus vidas.

—¿Y... tus gafas? ¿Ahora usas lentillas? —agregó Sarah para aligerar la tensión, pero lo que logró fue que su sobrina perdiera su determinación para mostrar inquietud.

—No, las... uso solo para leer —argumentó, y se llevó una mano hacia la nariz para frotarla con el dorso y calmar la comezón.

—Bien —asintió Sarah, evidentemente incómoda, al igual que el resto de los presentes—. ¡Traje algunos regalos para ti! —vociferó al hallar la excusa perfecta para evadir la situación—. Me he especializado en la elaboración de cremas y jabones artesanales. —Tomó a Kate del brazo para alejarla de la cocina en dirección al ático, donde estaba su habitación—. He traído varios para ti. Son especiales para el cuidado de la piel, y tienen diversos aromas y formas... —fue explicando mientras se perdía por el pasillo de las habitaciones con su sobrina, dejando atrás al irritado de su hermano.

Al desaparecer las mujeres, Rose enseguida se giró hacia las sartenes para continuar en silencio con la cena, evitando a su marido, y Raquel, que se encontraba casi agazapada junto a una encimera, simulando revisar su álbum de cromos, lanzó una mirada fugaz hacia su tío y luego corrió para seguir a su madre, con el libro apretado contra el pecho.

A Martin no le quedó otra opción que tragarse su rabia. No era la primera vez que su hija lo retaba. En ocasiones anteriores, con sabiduría y paciencia, había sabido apaciguar cualquier rebeldía y amedrentar a la chica. Y ahora no sería diferente.

La cena logró sobrellevarse gracias a la conversación constante de Sarah sobre su nuevo emprendimiento, su vida en Illinois y los avances de Raquel en las diversas terapias que seguía para controlar su carácter e insertarse en la sociedad. Además, con el apoyo de otros padres, realizaba talleres para la elaboración de jabones artesanales dirigido a jóvenes autistas, que les permitieran relajar su ocasional agresividad y evitar su retraimiento, fomentando su creatividad y motivándolos a compartir con otros. A las clases no solo asistían chicos con condiciones especiales, sino también muchos vecinos, e hijos de amigos, fascinados con la experiencia. Esos talleres resultaban positivos para Raquel y para la propia Sarah, que con esa labor había descubierto su talento para la enseñanza.

Al finalizar la comida y ordenar la cocina, Kate se encerró en su habitación para revisar sus apuntes. Martin entró en el cuarto sin anunciarse y, sin cerrar la puerta, se plantó frente a la cama con los brazos en jarras y el rostro ceñudo.

—¿Estudias? —le preguntó a su hija, como si eso no fuese común en ella.

Kate suspiró. Esperaba esa charla, por lo que ni siquiera gastó tiempo en enfadarse por la invasión repentina de su padre en su habitación.

—Sí, tengo un parcial el martes.

—Si tenías responsabilidades que asumir en la universidad, ¿por qué has venido?

—Ya te lo dije: para saludar a mi tía y a Raquel. Hacía cuatro años que no las veía.

—Ellas van a estar aquí dos meses. Podías haber esperado al próximo fin de semana y avisar de tu visita.

—Esta es mi casa, papá —se quejó la joven con el rostro endurecido—. No tengo por qué avisar cada vez que quiera venir.

—¡Hay reglas, Katherine! ¿Debo recordártelas? —La chica desvió la mirada a sus cuadernos. Odiaba que su padre la tratara como a una persona inconsciente que requería ser tratada con severidad para que no perdiera el rumbo—. ¿Qué te traes con los Collins? —La pregunta la sobresaltó—. Te relacionas un par de semanas con ellos y de pronto te vuelves grosera e irrespetuosa; hasta te atreves a tutear a Trevor, como si él fuera tu amigo.

—Lo es, papá. Lo conozco desde que tengo uso de razón, y él mismo me ha pedido que lo tutee.

—¿Y qué autoridad tiene ese hombre sobre ti?! —Kate se quedó de piedra ante el arrebato de furia de su padre—. Trevor Collins no va a tirar por la borda todo lo que te he enseñado durante años.

—Él no pretende tirar nada; solo quiere que lo trate con confianza, como debería ser habitual entre vecinos.

Martin bufó ofendido.

—Me contradices, me retas y desobedeces. ¿Qué vendrá después? ¿Dejarás la universidad por culpa de los Collins?

—¡Claro que no, papá! —aseguró ella con irritación—. Compartir con otros no me hace una persona mala.

—Esa gente posee una ideología diferente a la tuya. No conocen los límites, ni las normas.

—Solo poseen un estilo de vida diferente.

—Y errado.

—Quizás el errado eres tú.

Kate enseguida se arrepintió de haber dicho aquellas palabras. Martin observó a su hija con el cuerpo rígido y los puños cerrados; hacía un gran esfuerzo por controlar su ira.

—Papá, no dejaré los estudios ni descuidaré mis metas por el simple hecho de hacer amistades con otros. Tienes que confiar en mí.

—¿Confiar en ti? —expresó el hombre con cierto rastro de ironía en la voz—. ¿Como lo hice cuando casi nos destruyes la vida, haciéndole aquella mala jugada a tu prima Raquel? —Kate quedó petrificada ante la acusación—. No, Katherine, no confiaré en ti nunca más. Eres como tu tía: propensa a dejarse llevar por las hormonas y a cometer faltas sin evaluar las consecuencias. ¿Acaso quieres terminar como Sarah? ¿Llevando siempre a cuestas y en soledad el estigma por los errores

cometidos? —inquirió con desazón—. Ya me lo hiciste una vez por culpa de un chico; no te permitiré que lo hagas de nuevo por culpa de Jeremy Collins —sentenció; luego dio media vuelta para marcharse de la habitación, cerrando de un portazo.

La culpa le dificultaba a Kate hasta respirar. Las lágrimas enseguida le empañaron la visión, y el arrepentimiento le invadió el pecho, fragmentándole aún más el corazón.

Su padre había sabido cuál era la herramienta justa que debía utilizar para bajarle de golpe la soberbia y volver a ponerla en su sitio. Todo rastro de independencia se le esfumó mientras los amargos recuerdos se hacían cada vez más claros en su mente.

Aquello sucedió la noche de su fiesta de graduación. Ese día pretendía marcar el fin de una etapa difícil y dura, y el inicio de lo que ella consideraba una nueva vida. Había pasado un mes entero enfrentándose a su padre, al elegir una universidad diferente a la que él había planificado, al inscribirse en un carrera diferente a la que él le había señalado, y al mezclarse con un grupo de gente que él odiaba. Michael Truman y su familia nunca fueron de su agrado, ni del de ella, pero ese chico había sido el único que se atrevió a invitarla al baile de graduación, a pesar de que sus propósitos eran bastante egoístas.

Ella lo aceptó con la sola intención de seguir contrariando a su padre. Jamás se había sentido tan dueña de sus acciones. Los días previos al baile, Martin decidió no discutir más con ella; asumió en silencio sus resoluciones, algo que la tenía danzando en una nube de alegría. Era como si de la noche a la mañana la liberaran después de un encierro eterno. Quería comerse el mundo, sin desperdiciar ni una sola migaja, y vivir lo que nunca había vivido.

Se compró un vestido atrevido, ceñido al cuerpo y con un escote generoso. Se tatuó un grupo de gaviotas en pleno vuelo en la cadera derecha, como símbolo de su reciente libertad, y aceptó la invitación de Michael Truman, aun sabiendo que lo que pretendía era acostarse con ella a la primera oportunidad. Varios chicos del equipo de fútbol del instituto habían apostado una gran suma para ver quién le robaba la virginidad a la chica más estudiosa de la escuela. Kate conocía esa apuesta, pero las emociones independentistas que en ese momento la invadían le impidieron analizar con frialdad la situación y tomar sus precauciones.

Asistió al baile con ilusión, acompañada por su prima Raquel, que también se graduaba. Aquella fue la condición que tuvo que aceptar para que su padre la dejara salir de casa con medio cuerpo al descubierto, a pesar de que su prima no deseaba ir.

Kate se había pasado todo el colegio y el instituto defendiendo a Raquel de los constantes insultos y rechazos de los que era víctima por su condición autista. Se apartó de sus compañeros para cuidar de su prima, y nunca se arrepintió de ello; ese día, sin embargo, quería algo de libertad. Anhelaba sentirse aceptada e integrada en algún grupo. Solo quería ser una chica normal. Era lo más justo, después de tantos años esforzándose por ser la mejor de la clase.

A pesar de que había logrado llamar la atención por su nueva imagen, nadie se le aproximaba por estar cerca de la extraña de su prima: una chica que parecía vivir en su propio mundo, ajena a lo que ocurría a su alrededor, y que a veces hablaba sola o movía las manos sobre su cabeza como si danzara con el viento. Muchos de sus compañeros le tenían algo de temor, ya que solía estallar en llanto sin ninguna razón aparente, e incluso se ponía furiosa con la misma facilidad. Kate sabía dominarla sin inconvenientes mientras los ataques no fueran violentos, cosa que solo sucedía si Raquel era presa del miedo o la angustia.

Pero ese día en la fiesta, lo que reflejaba la chica era fastidio. No le gustaban las reuniones muy concurridas, y mucho menos los sonidos estridentes. Kate no sabía qué hacer con ella. Raquel no quería estar dentro del gimnasio, prefería quedarse en los jardines jugando con las flores silvestres que crecían a los lados de los senderos. Al notar que su sueño de disfrutar de una noche «normal» y ser aceptada se le escabullía como arena entre los dedos, tomó la peor decisión de su vida.

Con la ayuda de Michael, llevó a Raquel hacia el interior del instituto, donde la soledad y las penumbras eran lo único que se divisaba. Llegaron a la biblioteca, y forzaron la cerradura para entrar en el recinto. Encendieron las luces y sacaron un montón de libros de cuentos con imágenes que tanto le gustaban a Raquel, y la dejaron allí, encerrada, para que se entretuviera leyendo un par de horas mientras ellos podían estar en la fiesta y disfrutar con libertad.

Kate creyó que aquello no ocasionaría ningún problema. Era su noche. Tenía derecho a divertirse después de haber pasado años lejos del mundo haciendo lo que su padre le imponía y siendo una buena chica. Raquel era una joven tranquila, la lectura era su mayor afición y la biblioteca, su lugar preferido.

No obstante, la ansiedad no permitió que Katherine disfrutara. Sus compañeros no la recibieron como ella había imaginado. No hubo familiaridad, ni conversaciones distendidas, ni mucho menos, risas. Todos la observaban con extrañeza y era poco lo que compartían con ella. Michael tampoco la ayudó a integrarse. Él le insistía a cada instante en que se alejaran a algún lugar privado. Pretendía ganar la apuesta antes de que la fiesta terminara, para luego alejarse de ella y celebrar su graduación con sus amigos. Así que poco pudo hacer ella para retrasar el momento. Con triquiñuelas, el muchacho logró convencerla para que se ocultaran bajo las gradas y así pudiera tocarla y besarla con libertad.

Las lágrimas, el temor y la culpa estuvieron a punto de dominar a Kate cuando Michael la tendió sobre una mesa destartada y sucia, con el vestido arremolinado en torno a las caderas y sin ropa interior.

Sin ninguna delicadeza, él hurgaba en su intimidad, produciéndole dolor en vez de placer, mientras la preparaba para el momento que, según él, sería sublime.

La aparición apresurada de uno de los amigos de Michael impidió que el chico continuara con su empeño. Kate se incorporó rápidamente, a punto de caer desmayada por la vergüenza, pero todo empeoró al escuchar lo que el joven había ido

a avisarle.

—La loca de tu prima ha saltado por la ventana de la biblioteca, y ahora corre por la calle con los brazos llenos de sangre.

Kate sintió que el alma se le escapaba del cuerpo. Enseguida corrió al exterior con el corazón palpitándole en la garganta. Ni siquiera tuvo tiempo de enfadarse por las risas estruendosas que los chicos emitieron cuando ella salió disparada del gimnasio.

Halló a Raquel a varias manzanas de distancia del instituto, en medio de un serio ataque de pánico, gritando y golpeando a todo el que se le acercaba. En los brazos tenía varios cortes, producidos por haber roto el cristal de una de las ventanas para escapar de la biblioteca. La sangre no solo le había manchado los brazos, sino también el vestido y hasta la cara. Su apariencia era aterradora, casi tanto como su comportamiento.

Algunas personas que pasaban por allí se acercaron para ayudar a calmarla, pero lo único que lograban era que la chica se pusiera peor. Kate se apresuró a intervenir, recibiendo un golpe en la cara de su prima, que la lanzó al suelo de culo, cayendo sobre un charco de agua estancada.

Con lágrimas en los ojos, ella volvió a levantarse, sin lograr un cambio positivo en la situación.

Minutos después, Martin Gibson y su hermana Sarah llegaron al lugar al ser avisados por uno de los profesores presentes en la fiesta. El resto de los estudiantes no se había enterado de lo sucedido porque todo ocurrió a cierta distancia del instituto. Encontraron a Raquel hecha un ovillo junto a la entrada de una casa del vecindario, llorando y temblando de miedo. Solo la intervención de su madre fue capaz de tranquilizarla lo suficiente para que aceptara subir en el auto de su tío y la llevaran a urgencias.

Esa noche, Martin no le dirigió la palabra a su hija. La dejó en casa, con el vestido manchado de barro, los cabellos despeinados y el maquillaje corrido por el llanto, mientras que él se marchaba con Sarah para atender las heridas de su sobrina.

Allí murieron las pretensiones independentistas de Kate. No fue necesario el severo discurso que su padre le dio al día siguiente ni las nuevas imposiciones para comprender lo que había hecho mal. Todo cayó por su propio peso.

A pesar de todo, debía admitir que en aquella ocasión era muy joven e insegura para reconocer dónde estuvo su error. Ahora era diferente. Martin Gibson no podía valerse siempre de aquel desgraciado incidente para manipularla. Era cierto que había sido una inconsciente, y pagó con cuatro años de culpa y pena por ello, pero ni su tía ni siquiera la propia Raquel le guardaban rencor. Ellas lograron superar aquel trauma. Entonces, ¿por qué ella no?

Detuvo el llanto y se secó las lágrimas marcadas en el rostro. No actuaría de nuevo como una chiquilla inconsciente, pero tampoco seguiría siendo una joven temerosa. Era hora de comenzar a tomar buenas decisiones.

CAPÍTULO 13



En la mañana del día siguiente, Jeremy decidió salir a correr al parque Lippitt Memorial, ubicado a pocas cuadras de su casa. Iba por la segunda vuelta cuando divisó a un trío de chicos jugando al baloncesto en una de las canchas públicas. Entre ellos, se encontraba Kellan Robertson, el hijo menor de Phillips, el vecino que había construido el estante aéreo para la habitación de Claire.

Los niños formaban parte del equipo de baloncesto del Centro Comunitario de Providence, donde su padre y él colaboraban. Recordó lo que Trevor le había comentado sobre el problema del hijo mayor de Phillips, Keny, y aunque no tenía ya tiempo ni ánimo para inmiscuirse en otro problema, no perdía nada conversando un poco con los chicos.

Trevor se había mostrado preocupado por la situación; esos jóvenes eran sus alumnos y él les tenía gran estima. No le agradaba que su padre se angustiara por ningún tema; tal vez, si le conseguía un poco de información adicional, lograría que los ánimos de su padre se calmasen.

—¡Eh! ¿Qué les parece algo de competición? —les dijo con una sonrisa y enseguida se inmiscuyó en el juego para quitarle la pelota a Ronny, un niño bajito y pecoso.

Lo esquivó con facilidad y corrió hacia el aro donde Edward, un chico alto y robusto, pretendía bloquearle el paso. Kellan, un jovencito delgado y de piel negra, corrió a su lado y trató de quitarle el balón, pero Jeremy pudo mantener el control hasta llegar a la canasta y anotarse un tanto.

Los niños se quejaban y se culpaban entre ellos por no haber podido quitarle la pelota, mientras que Jeremy lo celebraba con las manos en alto para fastidiar a los chavales.

Ronny se acercó a él riendo a carcajadas.

—¿Es cierto que ganaste tres medallas de oro en las últimas competiciones de la

universidad? —le preguntó cuando pudo dejar de reír.

—Qué rápido corren las noticias en este barrio —expresó Jeremy mientras miraba a Edward correr para buscar el balón, que había quedado a varios metros de distancia.

—Mi papá dice que irás a las Olimpiadas —enunció Kellan colocándose junto a él. Jeremy sonrió.

—Las Olimpiadas no son mi prioridad. Para participar en ellas hay que trabajar duro y dedicarse exclusivamente a eso, y yo en este momento tengo otros objetivos en mente. Me falta poco para graduarme en la universidad.

—El equipo de fútbol del Classical High School se clasificó para los interescolares —comentó Ronny, haciendo referencia al equipo de rugby del instituto donde ellos estudiaban, así como Claire, y donde su padre trabajaba como asesor deportivo—. A Eric Graham lo entrevistaron para el periódico local y dijo que se prepararía para jugar profesionalmente —relató. El tal Eric era el *quarterback* principal.

—Eso está bien —aseguró Jeremy, y tomó el balón que Edward le había lanzado desde la distancia—. Ese equipo cuenta con excelentes jugadores, entre ellos Keny —comentó en dirección a Kellan—. Él tiene un buen desempeño en el campo como defensa.

—Keny dejará el fútbol —dijo Kellan, quien, con la cabeza gacha y las manos apoyadas en la cintura, simulaba patear con un pie el césped.

Eso era lo que Jeremy buscaba: una excusa para iniciar la conversación sobre aquel problema. Su padre ya le había comentado la intención de Keny Robertson de dejar el equipo del instituto, a pesar de que poseía un gran nivel deportivo como defensa que le auguraba un excelente futuro. Según lo que Phillips le había confesado a Trevor, la decisión se debía a los constantes problemas que su hijo tenía con el resto de sus compañeros, especialmente con Eric, el *quarterback*.

—¿Por qué? Si se desempeña bien en los interescolares, puede aspirar a una beca universitaria. Algunos entrenadores universitarios siguen de cerca sus avances, no debería dejarlo —señaló, notando el semblante apesadumbrado del niño.

—Tiene problemas con Eric —reveló el chico sin mirarlo a los ojos. Jeremy le pasó el balón de nuevo a Edward y se acercó a él.

—¿Problemas personales, o una rivalidad de ego? Mi papá me dijo una vez que el entrenador pensaba que el trabajo de Keny era mejor que el de Eric —aguijoneó para hurgar más en el tema.

—No es por nada de eso. Eric es un idiota —se quejó Kellan, y le quitó de mala gana a Edward el dominio de la pelota, alejándose del grupo.

—Es por una novia —confesó Ronny con una sonrisa traviesa.

Jeremy bufó. Esa información no la sabía.

—¿Va a dejar el equipo por una chica?

—¡No es por eso! —rebató Kellan con irritación, y lanzó una mirada severa hacia su amigo.

—¡Claro que es por eso! —lo incordió Edward, cuya molestia se debía a la rudeza con que su amigo le había quitado el balón.

—¡Esa niña no es novia de Eric! —discutió Kellan.

—¡Sí lo es!, ¡los he visto besándose en la boca escondidos en el aparcamiento! —vociferó Ronny, que echó a correr hacia Kellan para quitarle la pelota y continuar con el juego.

De pronto, se inició una pelea entre los chicos. Jeremy no podía permitir que aquello terminara de esa manera, así que se metió dentro de la contienda, pero interponiéndose en el camino de Kellan, para detenerlo e indagar más.

—¿Por qué hablan de una chica? —le preguntó, sujetándole por los hombros. Aunque el niño tenía una postura rígida y las facciones del rostro endurecidas, en sus ojos se podía percibir la decepción y la pena.

Para Kellan, su hermano era como su héroe. Quería ser como él cuando fuera mayor: un gran deportista. La decisión de abandonar el equipo le afectaba mucho.

—Porque el problema es por una chica de mi clase —confesó el chico antes de zafarse del agarre de Jeremy para correr hacia sus amigos.

Él se quedó de piedra por unos segundos. Esos niños estudiaban primer año, al igual que Claire. Todas sus alarmas se activaron.

Se giró y se acercó para quitarles de nuevo la pelota y evitar que forcejearan entre ellos.

—¿Eric es novio de una niña de primer año y Keny se la quiere quitar? ¿No es muy pequeña para ellos? —preguntó mientras escapaba con el balón y el trío lo perseguía para quitárselo.

Kellan gruñó furioso, y apresuró el paso hasta alcanzar a Jeremy y robarle el control de la esférica.

—¡Mi hermano no quiere nada con esa tonta! —gritó, y aceleró la huida.

Jeremy se detuvo y observó al chico con extrañeza, que corría seguido muy de cerca por Edward.

Ronny se paró a su lado jadeando.

—Entonces, ¿cuál es la causa de la pelea? —le preguntó lleno de curiosidad.

—Keny le ha dicho a Eric que esa chica es muy niña para él; por eso discuten siempre.

—¿Y de quién estamos hablando? —indagó con la mirada fija en el chaval.

—De Mary Sanders —reveló Ronny. Jeremy no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Mary Sanders es novia de Eric Graham? —preguntó con sorpresa.

Ronny abrió la boca para responderle, pero quien le aclaró la situación fue Kellan, que había aparecido a su lado como de la nada.

—No son novios, esa tonta está dejando que Eric se aproveche de ella. Keny la defendió, pero lo que consiguió fue que ella lo insultara y lo sacaran del equipo —expresó con rencor. Después se marchó en dirección a su casa.

Jeremy había hurgado demasiado en esa herida y al final lo había molestado. Enseguida Edward pasó junto a ellos con la pelota bajo el brazo y el rostro irritado.

—Creo que se terminó el juego —dijo Ronny, y siguió a sus amigos cabizbajo.

Jeremy no tuvo tiempo de sentirse culpable por haber interrumpido la diversión de los jóvenes. Tenía muchos cabos que atar en su cabeza. Indirectamente, aquello podía ser la causa que empujaba a Mary Sanders a obligar a su hermana a perder la virginidad. Si lograba unir todos los eslabones, quizás pudiera dar con la fuente del problema.

De pronto, se sintió saturado de información. Necesitaba a alguien que lo ayudara a analizar toda esa situación.

Necesitaba a Kate.

Raquel abrió la puerta de la casa y entró caminando aprisa hacia el desván. Llevaba puesto en la cabeza un casco para montar en bicicleta, que se ponía incluso cuando viajaba en coche, y en la mano, un manojo de cromos coleccionables.

Al salir de la iglesia, su madre le había comprado algunos para su álbum, y ella estaba ansiosa por ordenarlos.

Rose entró después de ella y fue directa a la cocina mientras se quitaba el abrigo. Cada vez que volvía de misa, acostumbraba a tomar un té antes de comenzar a preparar el almuerzo, y ese día había llegado con muchas ganas de probar una infusión caliente con algo de miel.

—La gente en este barrio no cambia —comentó Sarah al entrar a la casa, acompañada por Kate—. Cuatro años sin visitar Providence y hoy he visto las mismas caras y las mismas mañas en los vecinos —expresó con una sonrisa mientras se quitaba el abrigo y los guantes para dirigirse también a la cocina.

—La gente prefiere vivir en un mundo conocido, tía. Lo desconocido asusta.

—A mí me daría más miedo vivir durante tanto tiempo con el infiel de John Donovan, o con la gritona de Sonia Grey..., aunque entraría en pánico si tuviera que vivir tan solo una semana con la egoísta y egocéntrica de Karen Murger. Esa mujer es insoportable —enumeró, dando un repaso a sus vecinos—. Me sorprende encontrar aún a personas que prefieren vivir en medio de los conflictos y las limitaciones solo por evitar el qué dirán.

Kate se quitó los guantes y el gorro de lana, los dejó sobre una mesa auxiliar cerca de la puerta y colgó el abrigo en el perchero, evitando sentirse identificada con las acusaciones que hacía su tía.

—Hoy solo viste chismes viejos; aún no te has enterado de los nuevos —comentó Rose cuando las dos entraron en la cocina y se sentaron frente a la pequeña mesa que había en el centro, donde la madre de Kate preparaba la comida.

Rose, con su audiencia dispuesta y mientras calentaba el agua para el té, comenzó a narrar algunas anécdotas escandalosas de sus vecinos y otros feligreses que asistían

a la iglesia.

Kate la escuchaba en silencio, sin prestarle mucha atención. No le interesaba la vida privada de esa gente. Sin embargo, recordó la conversación que había tenido con Claire el día anterior sobre la situación de los padres de su amiga Mary.

Los Sanders asistían también a esa iglesia, y en ocasiones colaboraban con las actividades que allí se realizaban. Quizás su madre pudiera darle más información sobre la situación de la familia.

—Mamá, ¿sabes por qué Darryl Sanders se mudó a Boston? —preguntó cuando la mujer terminó de relatar el último cotilleo de la semana.

—Para asumir su nueva paternidad, por supuesto —reveló con una sonrisa. Aquel era un chisme algo viejo, pero muy bueno, y a ella le encantaba dar noticias interesantes.

A Kate casi se le salen los ojos de las órbitas al escuchar esas palabras. Eso no fue lo que Claire le había explicado.

—Engañó a Deborah con su secretaria y la dejó embarazada —continuó Rose—. Deborah se enfureció al enterarse y les hizo la vida imposible a ambos como venganza. Darryl tuvo que dejar su trabajo y mudarse de ciudad, ya que el padre de la secretaria es un juez importante en Boston, y le exigió que se encargara de la mujer y de su hijo.

—¿Por eso se marchó? ¿Y qué pasa con Mary? Ella también es su hija.

Rose alzó los hombros con indiferencia mientras colocaba dentro del agua caliente las bolsitas de té.

—Creo que se esfuerza por comunicarse con ella. No estoy segura; eso fue lo que le dijeron al reverendo Patrick cuando preguntó por ese tema. Deborah decidió cortar todo tipo de relación cuando él las abandonó para ocuparse de su nueva familia. Ha iniciado los trámites del divorcio y juró que se quedaría con todo, hasta con las monedas que pudiera tener en los bolsillos —informó con una sonrisa pícaro.

—Qué injusticia —se quejó Kate—. La niña tiene derecho a estar en contacto con su padre.

—Lo tendrá, pero nadie vela por él —expuso Sarah al tiempo que sacaba de la alacena el juego de tacitas de porcelana de su cuñada—. La madre está enfadada y el padre, metido en problemas hasta el cuello. Seguramente ninguno de los dos está pendiente de la criatura.

—Sigue siendo injusto —agregó Kate—. Es normal que, en los casos de divorcio, los más afectados sean los niños. Los padres se preocupan por vengarse o superar su dolor y angustia, pero ninguno mira por los hijos. Mary pudiera estar pasando por una grave situación a causa del desamparo de sus padres y del hogar fragmentado. Y lo peor es que nadie se dará cuenta de eso hasta que suceda una tragedia.

—¿Una tragedia, Katherine? Déjate de fatalismos —replicó con irritación Rose, y se santiguó, pretendiendo alejar con ese gesto los malos augurios.

—Ella tiene mucha razón, Rose —intervino Sarah—. Deberían existir más leyes y

organismos que amparasen a los niños de padres divorciados. Aunque muchos de ellos se muestran imperturbables, la separación les afecta de una u otra manera. Hay casos en que los chicos se vuelven tan rebeldes o incontrolables que pueden llegar a convertirse en un verdadero peligro.

A Rose no pareció importarle el asunto, ya que continuó con la preparación del té como si nada sucediera; pero a Katherine sí le angustió la situación. Esa podría ser la causa de la repentina actitud violenta de Mary y su fijación por afectar a Claire.

Puede que esa carencia de la figura paterna fuera lo que la estaba llevando a molestar a su amiga. Si ella ya no tenía un padre que la cuidara y la acompañara, entonces, su mejor amiga tampoco debería tenerlo. Para Mary, lo mejor era que Claire se decepcionara de su padre, y este de ella; así los tendría separados, igual que ella lo estaba del suyo.

Se pasó ambas manos por el rostro, tratando de asimilar la información.

Necesitaba a alguien que la ayudara a digerir todo ese conflicto.

Necesitaba a Jeremy.

—Rose, iré con Aaron a visitar al abogado —notificó Martin Gibson al aparecer en la cocina con su andar elegante.

Al regresar de la iglesia, su padre había pasado directamente a su despacho con su socio Aaron Randall, el hombre con quien instalaría la tienda para la venta de artículos musicales.

—¿No vais a comer aquí? —indagó su esposa.

—Tranquila, llegaremos para el almuerzo. Solo queremos discutir con el abogado algunas cláusulas que aún no comprendemos de los contratos de alquiler que estamos evaluando. Mañana tendremos que decidir en qué local colocaremos la tienda.

—Bien, tendré la comida preparada para cuando volváis —aseguró Rose, que salió junto a su marido para despedirse del socio. Sarah y Kate los acompañaron para no ser descorteses, pero cuando el grupo se reunió con Randall en la sala, escucharon que alguien llamaba a la puerta.

Martin fue a abrir, por encontrarse más cerca de la entrada, pero al ver al visitante que estaba parado frente a él, con una enorme sonrisa en los labios y un ramo de lirios azules en la mano, se quedó petrificado, y su ceño se apretó con severidad.

—¡Martin! —lo saludó Jeremy con tal confianza que logró aumentar la incomodidad del hombre.

—¡Jeremy Collins! —respondió con regocijo Aaron Randall, pasando junto a su socio para estrechar con firmeza la mano del chico—. Me dijeron que ganaste tres competiciones de natación en la universidad. Enhorabuena.

—Gracias, Aaron. ¿Y tú cómo vas? ¿Qué tal lleva el embarazo Denisse? —preguntó refiriéndose a la esposa del hombre. Randall se mostró halagado, pero Martin estaba a punto de romper su mandíbula por lo tensa que la tenía.

—Muy bien. En menos de un mes dará a luz. ¿Sabías que serán mellizos? —informó con una sonrisa de satisfacción.

—¿En serio? ¡Felicidades! —exclamó con sinceridad Jeremy dándole una palmada en el hombro. Su padre le contó en cierta ocasión que Aaron Randall y su esposa se habían sometido a innumerables tratamientos para la fertilidad. Llevaban años buscando un hijo, y ahora tendrían dos.

Kate había quedado de piedra tras su madre y su tía, con la emoción y el terror debatiéndose en su interior, así que decidió quedarse al margen mientras controlaba sus nervios.

—¿Estás aquí en plan romántico? —preguntó Randall a Jeremy echándole una mirada furtiva a las flores. No podía imaginar que su socio estaba a punto de estallar por la furia, y que tanto la madre como la tía de Kate se mantenían en una tensa expectativa, porque sabían que aquella situación enfurecía a Martin.

—He venido a traerle estas flores a Rose —indicó Jeremy mirando a la mujer. Esta ahogó un grito de emoción tapándose la boca con ambas manos. Hacía años que nadie le regalaba flores, y el gesto del chico la pilló desprevenida.

Kate se sintió decepcionada en un primer momento, pero rápidamente el alivio se apoderó de sus emociones. Sin embargo, al mirar hacia su padre y ver su postura rígida, se sintió inquieta. Esperaba que Martin no le hiciera un desplante a Jeremy delante de su tía y de Aaron Randall.

—Me las cortaron con algo de raíz, para que pudieran ser fáciles de trasplantar —le notificó a Rose mientras le hacía entrega del ramo—. Sé que eres experta en jardinería y pensé que te gustaría tener lirios en el jardín.

—¡Me encantan! —expresó la mujer, y pasó junto a su marido para tomar las flores, sin notar la mirada severa que este le dirigía—. Será todo un reto sacarlos adelante, pero lo intentaré. Gracias por el detalle —agradeció con una amplia sonrisa y los ojos húmedos por la emoción.

—Dicen que las flores azules representan la esperanza en los amores tiernos e imposibles —recalcó Aaron metiéndose las manos en los bolsillos.

Martin achinó la mirada, esta vez a su socio, y se cruzó de brazos.

—No sé qué significan. Yo elegí ese tono porque me recordó al color de los ojos de Katherine —fustigó el chico, aumentando la tensión en el ambiente.

—Mi sobrina tiene unos ojos muy hermosos. De un turquesa intenso —alabó Sarah.

—Los heredó de su padre —aseguró Rose con orgullo—. Cuando Martin se enfurece, se vuelven más oscuros —expresó sin mirar a su marido. No quería divisar el brillo casi mortal que, estaba segura, invadía los ojos del hombre.

—Lo mismo le ocurre a Kate —agregó Jeremy provocando emociones diversas en los presentes: una gran impresión en Rose, diversión en Sarah y Aaron, un peligroso aumento en la furia de Martin, y una colisión de sentimientos en Kate, que lo observaba con los ojos muy abiertos.

—¿Solo viniste a entregar las flores, Collins? —habló por fin Martin, evidenciando su irritación.

—No. También a devolverle las gafas a Kate —indicó Jeremy, y sacó del bolsillo del pantalón las gafas de la chica—. Ayer se las quité y se me olvidó devolvérselas.

Martin dirigió una mirada inflexible hacia su hija, quien tuvo que tragar saliva ante el atrevimiento del joven. Se acercó a él lo más erguida que pudo, sin demostrar su inquietud, para recibir sus gafas.

—¿Vendrás a casa? Le prometiste a Claire que la ayudarías a desalojar su habitación para iniciar la remodelación —le dijo, con su atención puesta en ella.

El corazón de Kate se desbocó. Jeremy estaba propiciando un enfrentamiento abierto con su padre. Si continuaba por ese camino, ella no podría evitar que la confrontación ocurriera frente a terceros.

—Iré a poner las flores en agua —señaló Rose para cortar el momento. Sabía mejor que nadie que su esposo estaba a punto de perder el control.

—Te acompaño. Ahora sí que necesito un té —confesó con cierto tono de mofa Sarah, y se apresuró a seguir a su cuñada hacia el interior de la casa.

—Nosotros también deberíamos irnos ya, Martin, si queremos estar de vuelta para la hora del almuerzo —agregó Aaron.

—Cierto. Espérame en el coche. En un minuto te alcanzo —ordenó el aludido a su socio, haciendo uso de la ración de paciencia extra que guardaba para casos de emergencia, y esperó a que este se alejara—. Katherine, ve a despedirte de tu madre y busca tu abrigo para que acompañes a Collins a su casa —le indicó a su hija con una frialdad que estremecía.

Kate lanzó una mirada temerosa hacia Jeremy antes de entrar en la casa. La seguridad que él le transmitió a través de sus ojos negros la serenó. Era consciente de lo que sucedería si provocaba a Martin de esa manera, y aun así, se le veía calmado y seguro de sí mismo. Podía manejar sin problemas la situación.

Ella se colocó las gafas con tranquilidad y se giró sobre sus talones para entrar a la casa. Al quedar solos, Martin se encaró con Jeremy.

—Espero que estés seguro de lo que estás haciendo, muchacho. Todo acto acarrea consecuencias.

—Acepto las consecuencias, Martin. Estoy dispuesto a enfrentar lo que sea —aseguró Jeremy con seriedad, sosteniéndole la mirada.

El padre de Kate se esforzó por no reflejar su desaprobación. No le gustaba perder el control delante de otros, y mucho menos delante de su socio, que lo observaba con interés desde el asiento del copiloto del coche, aparcado frente a la vivienda.

Con rigidez, le hizo un gesto al joven para que entrara a la casa. Luego salió, cerró la puerta detrás de él y se dirigió al vehículo. Se subió a él con el cuerpo aún en tensión.

—Tu hija ha ganado la lotería con ese chico —comentó Aaron mientras Martin encendía el motor e intentaba controlar su furia—. Jeremy se ha transformado en una leyenda del deporte en el barrio y en la universidad.

—Creo que será él quien se gane la lotería. Mi hija es mucho más valiosa.

Aaron sonrió y se incorporó en el asiento.

—Vamos, hombre, no te enfades. Claro que tu hija es un buen partido. Es una gran chica tenaz e inteligente, y él, una estrella del deporte con un futuro prometedor. Hacen una excelente pareja.

Martin puso en marcha el vehículo con las manos aferradas al volante. La rabia le corría por las venas. No, no lo iba a permitir. Su hija no se uniría con un chico libertino y descerebrado que lo único que sabía hacer bien era nadar. Cuando la juventud lo abandonara, o quedara malherido por una de sus muchas inconsciencias, como le sucedió a su padre, Katherine se vería forzada a mantenerlo de por vida. Su hija merecía más que eso, su existencia no tenía por qué estar marcada por la obligación y el estigma, como le había sucedido a su hermana Sarah. Había trabajado muy duro para moldear la personalidad de Katherine como para perderla por un idiota altanero. De alguna manera le bajaría los ánimos a Collins y encauzaría de nuevo el carácter de su hija, como siempre hacía.

—¿Te has vuelto completamente loco? —le preguntó Kate a Jeremy cuando salían de su casa en dirección a la de los Collins.

—¿Loco? ¿Por venir a visitarte y regalarle unas flores a tu madre?

—Podrías haber esperado a que fuera a tu casa.

—Necesitaba verte antes. Además, ¿está prohibido visitarte o qué? —indagó mientras accedían al porche de la casa de él. Kate puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos—. Martin tendrá que acostumbrarse a mi presencia —declaró con firmeza.

Ella lo observó con desconcierto, pero no pudo continuar la conversación porque Jeremy enseguida abrió la puerta de la vivienda y la hizo pasar a la sala, donde pudo notar el profundo silencio en el que estaba sumergido el hogar.

—¿Y tu padre?

—Fue con Claire a comprar comida. Regresan en un rato —respondió con total naturalidad, y la tomó de la mano para dirigirla a las escaleras.

—¿A dónde vamos? —inquirió, a punto de entrar en pánico.

—A mi habitación. Tengo algo muy importante que contarte.

Kate lo siguió en silencio, con la sangre congelada en las venas. Los nervios interferían en el funcionamiento normal de su organismo.

Al llegar al dormitorio, él abrió la puerta y la introdujo en el interior. Ella quedó petrificada en el centro de la estancia mientras Jeremy echaba el cerrojo.

—Quítate el abrigo —ordenó él tras su espalda. Su aliento cálido le bañó los cabellos, rozándole la piel de la nuca y haciéndola estremecer.

Jeremy, al ver que ella no se movía, la rodeó desde atrás con los brazos hasta alcanzar las solapas de la prenda y luego se la quitó con suavidad. La fricción de la tela sobre el cuerpo de la chica lo llenó de ansiedad.

Al retirarlo por completo, lo lanzó a la cama. Se quitó el suyo, que fue a parar al

mismo sitio, y caminó para colocarse frente a ella, a pocos centímetros de distancia.

La respiración de Kate se acentuó y los ojos se le humedecieron por el cúmulo de emociones que le estallaban en el pecho. Jeremy le quitó con suavidad las gafas, sin apartar ni un segundo los ojos de ella, y las tiró sobre los abrigos.

—Cada vez me pareces más hermosa —le confesó, acelerando los latidos del corazón de la chica—. ¿Puedo besarte? —consultó mientras acariciaba con el dorso de la mano la mejilla de la joven.

Kate arqueó las cejas, pero no pudo pronunciar ninguna frase, solo logró emitir un gemido. Jeremy dibujó una sonrisa torcida en sus labios y le cogió la barbilla para levantarle el rostro.

—Te lo pregunto porque te noto nerviosa —le susurró, hasta erizarle el vello de todo el cuerpo.

—Disculpa, yo... —expresó ella apenada. Se sentía furiosa consigo misma por ser tan tonta.

—No me expliques nada, eres muy transparente, puedo notar las emociones que se reflejan en tu mirada. Sé que estás nerviosa.

Kate frunció el ceño y recordó lo que le había dicho su amiga Maddie. Era muy fácil para todos percibir sus emociones, y eso le molestaba. No podía ser tan previsible. Se comportaba como una doncella virginal de siglos pasados, que se estremecía como un papel y se sonrojaba cada vez que el hombre de sus sueños se le acercaba o la miraba con intensidad.

Si quería tomar las riendas de su vida, si quería sorprender a Jeremy, debía comenzar por controlar sus emociones.

Respiró hondo para llenarse de valentía y alejar los temores y complejos. Recortó la distancia que los separaba y lo tomó por el cuello de la camisa para acercarlo hasta apoderarse de su boca con inseguridad.

Acariciaba los suaves labios del chico con pequeños besos, los tomaba uno a uno, para chuparlos y saborearlos con la punta de su lengua, como él una vez hizo con los suyos. Le fascinaba su sabor y su textura, la calidez de su pesado aliento que le caía sobre el rostro.

Poco a poco se atrevió a más. Profundizó el beso, e introdujo la lengua en su boca, como él mismo le había enseñado. Con una mano le apresó la nuca y lo obligó a inclinarse más hacia ella para facilitarle la labor de explorarlo a gusto.

A medida que la intensidad del beso se incrementaba, también lo hacían las sensaciones que se producían en su vientre. La piel le ardía, exigiendo el contacto de él, así como sus partes íntimas. Pero al notar que el chico se mantenía inmóvil, sin atreverse a tocarla, tuvo que detenerse y mirarlo a los ojos, angustiada por un posible rechazo.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso te molesta que yo...?

—Sssh... —la calló él, y puso un dedo sobre sus hinchados y húmedos labios—. Quiero darte la oportunidad de que disfrutes. Si llego a mover un solo dedo, voy a

enloquecer, y tomaré más de lo que me permites.

—Te lo permito todo —le aseguró ella, haciendo que el cuerpo de Jeremy temblara por la expectativa.

—Mejor vayamos despacio. Ambos lo necesitamos —susurró él sobre los labios de la chica, ansioso por devorarlos.

La deseaba con una fuerza descomunal, pero no quería asustarla. Katherine ya había tenido demasiados sustos en su vida. Esos sobresaltos habían marcado su alma y limitado su personalidad. Él no quería levantar aún más las barreras que ella tenía a su alrededor; anhelaba derrumbarlas, aunque eso no lo conseguiría en un solo encuentro, lo sabía a la perfección. Solo esperaba tener la fortaleza necesaria para mantener el control sobre la situación y que las cosas no se le fueran de las manos.

Esta vez, fue él quien la besó. Sus brazos se cerraron alrededor de la estrecha cintura de la joven y la aferraron a su cuerpo, mientras su boca se sumergía con ansiedad dentro de la de ella, la acariciaba y agasajaba hasta dejarla satisfecha.

Con las manos temblándole casi de manera imperceptible, él las introdujo bajo el jersey de la chica. Gimió al sentir la tersa piel de su espalda, que ardía tanto como la suya.

—Kate, me enloqueces —gimoteó sobre sus labios y frotó su nariz con la de ella, aspirando su aroma, buscando grabarlo en su memoria. Una de sus manos se atrevió a rodar por las costillas de la chica hasta alcanzar el seno y acunarlo con ternura en su palma—. Eres perfecta. Te deseo —murmuró, y se ocultó en el cuello femenino para besarlo y sellarlo con tenues mordiscos.

Por un momento ella se sintió desorientada. Estaba tan sumergida en el placer, que no sabía si aún mantenía los pies en el suelo o Jeremy la había alzado en el aire. Le oía hablar como si él estuviese en la distancia, porque lo único que su cerebro captaba a la perfección era el sentido del tacto. Las manos y la boca del hombre le bloquearon el entendimiento. Sentir por completo sobre su piel el cuerpo duro y cálido de Jeremy la tenía al borde de la locura.

Quería más, necesitaba sentirlo más a fondo. Deseaba que cada rincón de su ser se pusiera en contacto con él. Así que reunió los últimos gramos de fuerza que le quedaban y, poco a poco, lo fue empujando en dirección al sofá. Lo sentó en el sillón y observó con orgullo el rostro enfebrecido del hombre.

No podía creer que ella hubiese sido capaz de ponerlo de esa manera.

Se sentó a horcajadas sobre él y volvió a tomar con desenfado su boca. Jeremy jadeó y se aferró a las nalgas de la chica para apretarla contra sí. Se frotaron con ansiedad, gimiendo y besándose. Kate se sentía completamente húmeda y, al mismo tiempo, encendida en llamas. Por primera vez en su vida sintió una implosión de emociones desconcertantes en su interior que, en lugar de temor, lo que le producían era más ansiedad. No quería que aquello terminara nunca.

No obstante, cuando algo en su vientre se contrajo y originó que su cuerpo se tensara por completo y su corazón latiera desenfrenado, sintió temor. Le fue

imposible controlar aquella sensación. Algo en su interior reventó y se extendió por su organismo como si fuera un líquido derramado, que la hizo desfallecer.

Por un momento creyó que moriría en los brazos de Jeremy. Se abrazó con fuerza a su cabeza y ahogó un grito de placer junto a su oreja mientras los espasmos se le pasaban.

Cuando todo culminó, se esforzó por recobrar el aire perdido. El cuerpo le palpitaba entero. Lo sentía tan liviano y diferente que le resultaba ajeno. Solo podía captar el ardor que aún invadía su piel; un calor profuso que la hacía sudar más de la cuenta. Se notaba tan húmeda que pronto comenzó a sentirse inquieta, sobre todo, en sus partes íntimas.

—¿Estás bien? —murmuró Jeremy junto a su oreja logrando que ella se estremeciera de pies a cabeza. Él la arropó con sus brazos y le acarició con tanta suavidad los cabellos y la espalda que casi la hizo llorar. La emotividad le comenzó a fluir por los poros.

Con el cuerpo aún estremecido, ella se incorporó para mirarlo a los ojos.

—¿Qué he hecho? —sollozó mientras se esforzaba por reprimir las lágrimas.

Él sonrió satisfecho y le acarició el rostro.

—Solo seguiste lo que te dictó el corazón —le aseguró, y la besó con ternura en los labios.

Ella se estremeció. No podía moverse. Aún sentía su cabeza navegando sobre una nube de deseo y placer, y le costaba poner sus sentidos en orden.

Sin embargo, al oír unos pasos firmes en el exterior y la voz gruesa de Trevor Collins, su mundo casi se desmoronó. La vergüenza enseguida se apoderó de su mente y toda la pasión que aún albergaba se esfumó para ser sustituida por el terror.

CAPÍTULO 14



La coordinación le volvió a la mente casi al mismo tiempo que el pudor. Se levantó inmediatamente y comenzó a acomodarse la ropa. Miró a su alrededor como si buscara algo con ansiedad, aunque no estaba segura de qué era, si se trataba de sus gafas o de un hoyo profundo donde pudiera ocultarse.

Jeremy la sostuvo con firmeza de los hombros para serenarla.

—Kate, cálmate —le ordenó.

Ella lo observó con los ojos inundados de terror.

—¡Qué vergüenza, Jeremy! Si tu padre se entera... —susurró con inquietud.

—Katherine, somos adultos, no hemos hecho nada malo —aseguró él con seriedad.

—Lo defraudaré... —indicó con la voz apagada.

Él le cogió la cara entre las manos y le habló con tranquilidad.

—Mi padre sabe que tú eres la mujer más buena del mundo. Si llega a enterarse de lo que aquí ha ocurrido, no va a enfadarse, al contrario, se alegrará. —Kate lo observó confundida—. Además, el amor no es ningún delito.

«¿El amor?», pensó ella, aún más contrariada. Acabada de experimentar la sensación más placentera de toda su existencia. Por primera vez su corazón y su cuerpo habían actuado de forma armoniosa, produciéndole intensas emociones. Para ella había sido sublime e incomparable, a pesar de haberle dejado en el pecho una sensación profunda de vacío que no comprendía. Una parte importante de su ser la perdió en ese acto y los sentimientos que sentía por él aumentaron de forma significativa. Ahora lo anhelaba más y sabía que lo extrañaría más. Sin embargo..., ¿él sentía lo mismo? ¿Por qué definía el hecho con esa palabra: «amor»?

—Quiero que te quedes aquí, muy quieta. Voy a salir un momento.

—¡No! —pidió ella con inquietud, y se aferró a los brazos de él para no dejarlo ir.

—Katherine, cálmate, no pasa nada. Iré a avisarlos de que estás en casa —le dijo,

pero ella seguía mirándolo con ansiedad—. Papá y Claire esperaban que vinieras para ayudar con la limpieza de la habitación, ¿recuerdas? Mi hermana se alegrará al saber que no te olvidaste de la promesa que le hiciste.

—Pero...

—Kate —pronunció su nombre con firmeza—, no se te ocurra arrepentirte de lo que acaba de suceder. Para mí ha sido muy especial, y espero que también lo haya sido para ti.

La chica se quedó inmóvil, con la mirada fija en los ojos oscuros de Jeremy. Por supuesto que no se arrepentía de lo que acababa de suceder en esa habitación, pero tenía miedo de que Trevor se sintiera decepcionado al saber que ella había profanado su hogar con su comportamiento indecente.

—Convéncete de que no hemos hecho nada malo, ¿de acuerdo? —continuó Jeremy, con una calma absoluta—. No hemos traicionado a nadie.

—Esta es la casa de tu padre —intentó justificarse.

—Y es la mía también. Soy un hombre libre y tú, una mujer libre. Y ambos somos adultos y responsables de nuestros actos. No hemos lastimado a nadie con ellos, ni mucho menos hemos lanzado nuestro futuro por la borda como un par de inconscientes —enumeró él con cierto tono de irritación en su voz—. Además, solo fueron unos besos y unas caricias.

¿Solo unos besos y unas caricias? Para Kate había sido mucho más que eso. Ella había volcado su alma, su corazón y su espíritu en ese acto.

—Voy a salir un momento. No se te ocurra moverte de aquí. ¿Entendido?

Ella asintió en silencio, mostrándose más sosegada.

Lo vio sacarse la camisa de la cinturilla del pantalón, para cubrir la mancha húmeda que tenía en la parte frontal de la prenda. Abrió los ojos con sorpresa. No pensó que él también hubiese llegado al clímax como le había sucedido a ella. Aquella había sido su primera vez, era normal que su organismo se hubiese descontrolado con unas caricias tan íntimas; pero para Jeremy no era así. Él solía acostarse con mujeres experimentadas que seguramente necesitarían de más tiempo y mejores atenciones para hacerlo estallar.

Recordar aquello le produjo un dolor desgarrador en el vientre que la obligó a retroceder un paso y abrazarse a su cuerpo.

—No tardaré nada, te lo prometo —le garantizó, pero al ver su mirada turquesa inundada de lágrimas, sintió que algo en su interior se fragmentaba.

Recortó la distancia que había entre ellos y la abrazó con fuerza. Se aferró a la nuca de la chica y le dio un beso profundo, posesivo, que estuvo a punto de hacerles perder la razón a ambos.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Kate. Recuérdalo siempre —le susurró, haciéndola estremecer.

Luego se marchó y la dejó allí, parada en medio de la habitación, con un millón de emociones agitándose en su pecho y una gran confusión en su cabeza.

«No hemos hecho nada malo... Para mí ha sido muy especial... Eres lo mejor que me ha pasado en la vida...».

Kate no podía creerse que esas frases hubieran salido de la boca de Jeremy para referirse a ella. Se sentía como la protagonista de un hermoso sueño, le era difícil creer que aquello hubiese sucedido en realidad.

Se sentó abatida en el sillón y volvió a abrazarse a su cintura. Cerró los ojos y se centró en las sensaciones que le recorrían la piel, como si las manos de Jeremy aún estuvieran sobre ella. Sonrió como una tonta mientras disfrutaba de las emociones. Por primera vez se sentía una mujer, dueña de un cuerpo cubierto de terminaciones nerviosas, capaz de captar hasta la más suave brisa. Un cuerpo que debía ser respetado, pero que también necesitaba ser amado y agasajado.

«El amor no es un delito...». Claro que no lo era. Era un sentimiento que le abría los ojos y la empujaba a conocerse a sí misma, a evaluar sus posibilidades. Rompía sus paradigmas y le concedía el poder necesario para llegar más allá. Porque si no hubiese sido por el amor que ella sentía por Jeremy, jamás le habría permitido a nadie que la tocara de esa manera. Su cuerpo no funcionaba independiente de su corazón; para sentir una emoción plena, ella debía tenerlos a ambos viajando con el mismo rumbo.

Por eso no se había animado nunca a tener relaciones sexuales, porque el resto de los hombres le eran indiferentes. Ella no necesitaba un contrato matrimonial para entregarse a la pasión carnal; lo que necesitaba era el sentimiento. Gracias a ello había podido obtener mucho más que placer, y eso que no había logrado consumir por completo el acto.

Si con solo caricias y besos creía tocar el cielo, ¿cómo sería si llegara a entregarse a Jeremy en cuerpo y alma?

Cuando el joven regresó a la habitación, ella se sobresaltó y se levantó enseguida del sillón.

—Claire se ha alegrado mucho al decirle que estabas aquí —informó él con una sonrisa—. Está en su habitación cambiándose de ropa para comenzar la limpieza. Ve con ella si quieres; yo iré en unos minutos —le notificó mientras se acercaba y tomaba el rostro de la chica entre sus manos—. Yo también debo cambiarme —explicó, y le guiñó un ojo.

Kate lo observó con ensoñación. Aún no podía asimilar la grata experiencia que había tenido junto a él.

—Gracias —susurró.

—Soy yo quien debe darte las gracias. Ha sido algo novedoso e increíble.

—¿Novedoso? —le preguntó ella sin creerse esas palabras.

—Nunca había acabado en mis pantalones —confesó él con una sonrisa pícaro. Ella se sonrojó—. Anda, ve con Claire. En unos minutos me reúno con vosotras —le repitió, y acarició con sus pulgares las mejillas de la joven, mirándola con devoción. Luego se acercó a su boca y la besó con ternura y anhelo por última vez.

Kate no podía ni imaginar la enorme hazaña que había conseguido. Jeremy jamás necesitó dar tantas vueltas para tener a una mujer. En sus veintidós años, nunca había perdido el control de esa manera. Ella lo había llevado al límite, embargándolo de emociones cientos de veces más intensas que las que había vivido hasta ese momento. Le sería imposible recobrar una rutina. Ahora que sabía que existía «algo más», no dejaría de buscar ese añadido por nada del mundo. Un «algo» que solo ella tenía, y que encontraba en su inocencia y ternura.

Se obligó a poner fin al beso y la instó a que se reuniera con su hermana. Al quedar solo, se mantuvo por un instante de pie en el centro de la habitación, con la mirada clavada en la puerta por la que ella había salido.

Kate había cambiado algo dentro de él; podía sentirlo, mas no explicarlo. De todas formas, estaba seguro de que ese cambio estaba allí, palpitando, creciendo poco a poco y fortaleciéndose.

De alguna manera, lo entendería. Sabía que ella lo ayudaría a comprenderlo.

Mientras, en la habitación de Claire, Kate ayudaba a la niña a guardar las muñecas y sus pertenencias en cajas para despejar el espacio. Trevor había contratado a unos jóvenes para la instalación del nuevo empapelado, trabajo que realizarían durante la semana.

—Estoy ansiosa por ver cómo quedará la habitación —confesó la niña con un brillo renovado en la mirada. A Kate le encantaba verla así, animada e ilusionada, y no cabizbaja y melancólica.

—El diseño que elegiste, además de bonito, es elegante —comentó, al recordar el empapelado marfil decorado con pequeñas campánulas de color lila, agrupadas en ramilletes.

—¿Tú crees?

—Claro. Tu habitación quedará muy bien —le aseguró, sintiéndose dichosa al ver que la niña sonreía aún más.

Mientras continuaban con la organización, Kate recordó la conversación que había tenido con su madre y su tía sobre los padres de Mary. Aprovechó que aún estaban solas para hablar sobre el asunto, y así podía determinar si la niña le había ocultado información o si, por el contrario, ella no conocía la verdadera situación de su amiga.

—¿Sabías que los padres de Mary asisten a la iglesia donde colaboran mis padres?

Claire no la miró. Continuó de espaldas recogiendo las muñecas que estaban en el suelo y poniéndolas sobre la cama. Aunque no podía verle el rostro y evaluar sus facciones, Kate notó que los hombros de la niña se ponían rígidos.

—Mi madre me dijo que los Sanders están divorciándose —continuó—, y que Darryl se mudó a Boston con su nueva familia. ¿Lo sabías?

La chica detuvo su labor y se giró con lentitud. En sus ojos se reflejaba la culpa.

—Mary me hizo jurarle por la memoria de mi madre que no le diría a nadie la

verdad.

Kate suspiró con agobio y se sentó en el borde de la cama.

—¿Sabes si Darryl ha logrado comunicarse con ella?

—No. Ni siquiera se despidió cuando se fue.

—Mi madre me ha dicho que él intenta hablar con Mary, pero que Deborah no le deja.

Claire se encogió de hombros y endureció las facciones del rostro.

—Hace mucho tiempo que él la ha dejado de lado. Mary lo veía poco, casi ni asistía a las representaciones del *ballet*, y cuando lo hacía, iba con esa mujer, la secretaria. Al terminar, ni siquiera la esperaba para felicitarla. Se marchaba enseguida, antes de que Deborah le montara un escándalo.

Kate no pudo evitar sentir pena por la chica. Mary se encontraba en una etapa muy delicada de su vida, donde los cambios no solo se producían a nivel físico, sino también psicológico. Lo que viera a su alrededor se convertía en su referencia para forjar su personalidad. Si eso incluía a una madre neurótica y deprimida por un fracaso matrimonial y a un padre indiferente, que no tenía reparos en pasearse con su nuevo amor frente a su hija, sin poner a la niña al tanto de lo que sucedía y siendo capaz hasta de abandonarla, los cimientos sobre los que la joven construiría su existencia serían tan débiles e inestables que podría derrumbarse en cualquier momento.

—¿Tú la acompañabas al terminar las funciones?

—Sí. A veces se venía conmigo a casa, porque hasta su madre la dejaba sola para perseguir a Darryl y reclamarle. Mi padre solía llevarnos a comer *pizza* o helados, para animarla. —Claire se acercó a Kate y se sentó junto a ella en la cama, cabizbaja, y con una de las muñecas en la mano—. En esos días se ponía muy triste. Lloraba mucho.

Kate dejó que la mirada se le perdiera por la habitación mientras analizaba toda aquella información. Ambas se mantuvieron más de un minuto sumergidas en un pesado silencio, hasta que Claire no soportó la intriga.

—¿En qué piensas?

—Me parece que sé por qué Mary te atormenta con tu padre.

La niña la observó con mayor interés.

—¿De verdad?

—Puede que sea por envidia, que anhele tener un padre cariñoso y atento como el tuyo que la acompañe y le diga que la ama. —Kate giró el rostro hacia la chica, notando que su mirada se entristecía—. Debe sentirse muy sola, no sabe cómo reaccionar. Ahora se cree importante por el puesto que le han dado en el *ballet*, y piensa que tiene el derecho de dominar la vida de sus amigas.

—¿Humillándome?

—De alguna manera tiene que ocultar sus debilidades y mostrarse fuerte. Está confundida. Para ella, su situación es muy injusta, y al ver que tú tienes lo que tanto

desea, prefiere que lo pierdas para que las dos estéis en la misma condición.

Claire frunció el ceño y miró hacia el infinito con preocupación.

—Además de ti, ¿hay alguna otra niña que sea muy amiga de Mary?

—Laura —respondió la chica con voz queda—. Las tres hemos sido muy amigas desde que íbamos juntas al jardín de infancia.

—¿Con Laura también es agresiva?

—No tanto. Al menos, no la humilla como a mí, pero sí le da órdenes como si fuera su madre.

—¿Y cómo son los padres de Laura?

Claire volvió a alzar los hombros con indiferencia.

—Los he visto pocas veces, en algunos cumpleaños de Laura. Están divorciados y viven en ciudades diferentes. Mi amiga vive con su abuela.

Kate asintió y miró con detenimiento la muñeca que Claire sostenía entre sus manos. Comenzaba a comprender la situación. Mary se sentía ahora más identificada con Laura, y por eso atacaba a Claire. Debía odiar que, de las tres, ella sí tuviera un padre que la protegiera y velara por ella. Por eso quizás la obligaba a perder la virginidad, para que Trevor se decepcionara y se avergonzara de su hija hasta el punto de querer abandonarla.

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas al escuchar que abrían la puerta. Al girarse, las emociones se le fueron a la cabeza al notar que Jeremy entraba en la habitación, con su andar seguro y su porte seductor.

Todas las ideas y los pensamientos se le esfumaron de la mente.

—¡Eh!, ¿qué hacéis tan perezosas? Si acabáis de empezar.

Kate se levantó de la cama, obligando a su cuerpo a mantenerse quieto. Estaba ansiosa por correr a sus brazos y devorar a besos esa sonrisa pícara que tanto la estremecía.

—Tonto —se quejó Claire, que se levantó para lanzar la muñeca que tenía en la mano dentro de la caja e ir luego en busca de otra—. Ya casi hemos terminado. Tú eres el perezoso, que no has venido a ayudar —se quejó de espaldas a ellos, para esconder a Jeremy su rostro aún atribulado, pues lo que había conversado con Kate minutos antes la había dejado muy confundida.

Por esa razón, la niña no pudo ser testigo de las miradas anhelantes que se dedicaban Jeremy y Kate, mientras él caminaba hacia la joven.

—¿Qué hago? —le preguntó, al quedar frente a ella.

«Besarme», quiso decir Kate; ansiaba que él consumiera su boca hasta dejarla sin aliento.

Para salir de su idilio, se irguió y se aclaró la garganta, se llevó una mano al puente de la nariz, con intención de ajustarse las gafas, pero al notar que no las tenía se sintió frustrada. Jeremy sonrió como un niño travieso, cosa que logró enfadarla.

—Desarma la cama y lleva las piezas al ático —le ordenó como venganza—, luego ven por el armario que ya está vacío, y la mesa del escritorio. Puedo ayudarte

llevando la silla.

—Qué considerada eres —dijo Jeremy con un tono irónico, y se cruzó de brazos—. Pero el armario es muy grande para subirlo por las escaleras, tendrán que ayudarme.

—Eso ni lo sueñes, baboso —rebató Claire—. Si eres tan bueno saltando los cercados de los vecinos, también puedes serlo subiendo un armario por unas escaleras.

Jeremy y Kate quedaron pasmados ante las palabras de la niña. Ambos sabían que Claire se refería a lo ocurrido con Nadir Tanner. Para romper el momento de tensión, Jeremy se acercó a su hermana con los ojos achinados.

—¿Piensas explotarme, dictadora? Eso ni lo pienses —la amenazó, y se lanzó sobre ella para atacarla con cosquillas en la barriga, logrando que la niña se olvidara de sus problemas y se revoliera contra su hermano en medio de risas.

Kate sonrió al verlos tan felices. Le encantaba el trato distendido y sincero que se tenían los hermanos. Sin embargo, la intervención de Claire le recordó la escena de besos apasionados de Jeremy con la vecina, un hecho que le puso de nuevo los pies en la tierra.

Él era un hombre liberal que no le debía nada a nadie, adoraba a las mujeres y ellas lo amaban a él. ¿Quién no lo haría?

Ahora ella podía comprender qué era lo que tenía ese hombre que hacía enloquecer a todas. Además de ser atractivo, cariñoso, leal, preocupado e inteligente, era apasionado, besaba hasta lograr borrarle de la mente cualquier recuerdo, tenía un sabor indescriptible que le creaba adicción, y sus caricias eran expertas, sabía dónde se hallaba cada punto sensible en el cuerpo de una mujer.

Era un hombre hecho para el placer en todos los sentidos, y él disfrutaba de esa condición.

Se mordió los labios para controlar los azotes de rabia y frustración que le invadieron el estómago. No estaba dispuesta a dejarse dominar por la depresión o los celos; quería disfrutar de ese momento junto a Jeremy, compartir con él un poco de su vida, de su cotidianidad y de su intimidad. Si la relación entre ellos no pasaba a mayores, al menos, le quedaría esa grata experiencia.

Al llegar el mediodía y culminar con la limpieza, Kate rechazó con amabilidad la invitación de Trevor Collins para comer con ellos. Les había prometido a su tía y a su prima compartir el almuerzo con ellas en casa, así que era hora de marcharse.

Se despidió de los Collins y bajó las escaleras en dirección a la puerta principal acompañada por Jeremy, pero antes de llegar a la entrada, él la tomó por la cintura y la giró para darle un profundo beso.

En cuanto se recuperó de la sorpresa, Kate lo detuvo y se alejó un poco de él. Jeremy aún mantenía su cintura apresada con las manos, y le dedicó una mirada confusa.

—¿Qué sucede?

—Tu hermana o tu padre pueden bajar en cualquier momento.

—Dejamos a Claire barriendo la habitación y mi padre está cambiándose de ropa para almorzar.

Kate se llenó los pulmones de aire.

—De todas formas, debemos tener cuidado.

—¿Cuidado de qué? —preguntó Jeremy ofendido.

—De darle un mal ejemplo a tu hermana —argumentó la chica. Él continuaba observándola con el ceño fruncido, sin apartar las manos de su cintura—. No haces nada con pedirle que cuide de su virginidad si te muestras libertino frente a ella.

—¿Libertino? ¿Despedirme de ti con un beso es libertinaje? —inquirió él con evidente enfado—. Me gustas, Kate, y no tengo ningún problema en que todos a mi alrededor se den cuenta de eso.

Ella se apartó un poco más, para evitar su contacto, y tragó saliva antes de seguir. Aunque era cierto que estaba celosa, hacía un gran esfuerzo por controlar sus emociones.

—No lo digo solo por nosotros, sino por lo que ocurrió ayer con tu vecina —aprovechó para reclamarle.

Jeremy cerró los ojos con agotamiento.

—Yo no busqué a esa mujer, ella me abordó. Todo el barrio sabe que su marido la engaña con otras y ella busca con ansiedad a alguien para vengarse de él.

—No necesitas darme explicaciones —agregó enseguida Kate dando media vuelta para marcharse. Ella quiso tocar el tema, pero al escuchar las palabras del joven se arrepintió. Le dolía demasiado.

Jeremy la retuvo por ambos brazos y la obligó a mirarle.

—No te voy a negar que antes estaba complacido con ser el elegido. Es una mujer hermosa y siempre me ha fascinado, desde que era niño.

Los celos estuvieron a punto de enloquecer a Kate. Se esforzó por librarse de él y largarse antes de que continuara expresando su cariño por aquella mujer. Pero Jeremy no estaba dispuesto a dejarla ir. No suavizó la fuerza de su agarre, necesitaba dejarle en claro las cosas a la chica.

—Kate, lo que pude sentir por esa mujer fue simplemente una atracción infantil. Ahora no quiero nada con ella, ni siquiera sexo. Ya no me gusta, eres tú a quien deseo. —Ella se quedó de piedra ante su confesión, y lo miraba con los ojos resplandecientes por la emoción—. Has despertado algo muy intenso dentro de mí, y no me detendré hasta saber de qué se trata.

—Jeremy...

—Me portaré como un chico bueno —le aseguró, y se acercó más a su rostro—. Haré hasta lo imposible por ser un ejemplo para mi hermana, pero también por estar a tu altura.

—Yo no...

Él la calló colocando un dedo sobre sus labios.

—Dame una oportunidad. Solo te pido eso.

Kate volvió a tragar, en un intento por aflojar el nudo que se había formado en su garganta. Las palabras de él la conmovían, pero, al mismo tiempo, la confundían. Era imposible que Jeremy quisiera tanto de ella. No comprendía cómo había sido posible que aquello sucediera.

—Ve a tu casa. A las tres iré a buscarte para regresar a Kingston.

La chica solo pudo asentir. La petición de Jeremy le había bloqueado por completo la inteligencia.

Él le acarició con devoción el rostro antes de soltarla. Se moría de ganas de besarla hasta dejarla sin aliento, pero ya le había hecho una promesa, y aunque hirviera por dentro de deseo, la cumpliría. Le demostraría de lo que era capaz.

Horas después, Kate se hallaba en su habitación terminando de guardar en su mochila las pertenencias que llevaría a la universidad. En pocos minutos, Jeremy pasaría a recogerla por su casa.

Se encontraba sentada en el borde de la cama evaluando los alrededores, para asegurarse de no olvidar nada, cuando la puerta de su dormitorio se abrió dando paso a su padre, que entraba nuevamente sin anunciarse.

—¿Collins volvió a quedarse con tus gafas? —le preguntó con evidente irritación.

Desde que volviera de la casa de Jeremy, Martin no había hecho ningún comentario sobre la situación, aunque tampoco hacía falta: se encargaba de hacer evidente su incomodidad. Kate sabía que de un momento a otro la abordaría para exigirle alguna explicación o exponer sus advertencias.

—Papá, tengo veintiún años. Deberías respetar mi intimidad y tocar antes de entrar a mi habitación.

Martin se cruzó de brazos y entrecerró los ojos.

—Nunca te había desagradado que viniera a visitarte.

—No me desagrada, solo te exijo que respetes mi intimidad. Podía haber estado cambiándome de ropa.

—Soy tu padre.

—Y yo, una mujer adulta —expresó ella con firmeza.

El hombre soltó un bufido de indignación y se irguió, endureciendo aún más las facciones del rostro.

—Te has vuelto muy altanera desde que comenzaste a relacionarte con ellos.

Katherine suspiró con agobio y se levantó de la cama con la mochila entre las manos.

—Creo que ya hemos tenido esta conversación —le respondió a su padre.

—Pero no te veo evaluando la situación.

—No hay nada que evaluar. Los Collins son nuestros vecinos, gente buena que vive a su manera. No soy quién para juzgarlos.

—Son personas que poseen una ideología diferente a la nuestra. No quiero que afecten tu educación.

—¡Papá, eso es absurdo! —rebatió ella, harta de tocar ese tema—. Yo tengo mi personalidad bien formada, nada va a cambiarme de la noche a la mañana. Estoy cansada de que desconfíes tanto de mí. Sé que he cometido errores, pero he pagado por ellos y me he esforzado por mejorar.

—Pues no lo parece, Katherine, porque sigues cayendo en el mismo error —acusó Martin señalándola con un dedo admonitorio.

—¿Cuál error? ¿Relacionarme con los demás?

—Relacionarte con gente egoísta.

—¡Los Collins no son egoístas! —agregó alzando la voz. Nunca se había atrevido a contrariar tanto a su padre, siempre había preferido quedarse callada para evitar discusiones sin sentido, pero Martin se estaba pasando de la raya. Su tozudez se volvía insoportable.

—¡Si no fueran egoístas, no estarían en la situación en que están! —sentenció furioso por la impertinencia de su hija. No podía permitir que Katherine volviera a retarlo.

—¿De qué estás hablando?

—Ese hogar está deshecho. —Ella resopló, alterando aún más a su padre—. La esposa de Trevor murió en un accidente de coche por su empeño de estar siempre fuera de casa, en vez de cuidando de sus hijos. —Kate lanzó la mochila en la cama y se cruzó de brazos; su postura reflejaba claramente su enfado. La madre de Jeremy había sido una famosa bailarina y nunca abandonó el *ballet*, ni siquiera cuando sus hijos eran aún muy pequeños. El hecho de que fuera una mujer que luchaba por sus sueños no la hacía una persona egoísta. Ella jamás abandonó a sus hijos, siempre los incluyó en sus proyectos—. Y Trevor está enfermo por su terquedad de hacer tonterías en vez de velar por su familia.

—¡Hacer deportes no es una tontería! —lo interrumpió ella con fastidio.

—¡Pero míralo en la situación en la que está! Le es imposible asumir sus responsabilidades por su enfermedad.

—Él sigue manteniendo su casa y a sus hijos. No los abandona.

Martin cerró los puños con rabia. Debía hallar algún medio para bajarle los humos a su hija.

—¿No los abandona? Entonces, ¿por qué Jeremy no tiene reparos en mezclarse con personas de dudosa reputación y se siente con el derecho de romper hogares? —expuso con la mirada clavada en ella.

Kate tuvo que morderse los labios. Sabía que su padre hablaba de la situación de Jeremy con Nadir Tanner y de su relación con chicos que solían dedicar su vida solo a las fiestas, al alcohol y hasta las drogas. No tenía argumentos para defenderlo, a pesar de que ella sabía que él no era como esas personas. Había cometido errores, quizás más de los que había podido cometer ella, pero no era una persona mala.

—¿Y qué me dices de Claire? —prosiguió su padre. Kate lo observó con el ceño fruncido—. Esa niña se encuentra en una etapa delicada de su vida, necesita una guía, y su padre la deja sola.

—Él no hace eso.

—¿Ah, no? Si no lo hace, ¿cómo explicas la permanente actitud sufrida de la niña en el instituto?

—¿De qué estás hablando? —preguntó con interés. Martin trabajaba como profesor de música en el colegio al que asistía la chica, pero atendía a los cursos superiores.

—Esa niña se pasa el día llorando, es fácil verlo en su mirada. Se ha vuelto introvertida y asustadiza. Si yo, que no soy su maestro, puedo notarlo, ¿cómo es posible que él como padre no lo vea y no haga nada por solucionarlo?

—Eso tú no lo sabes —aseguró ella con un nudo en la garganta—. A mí me sucedía lo mismo, pero esa era tu particular manera de afrontar los problemas. No sabes si él aplica la misma técnica.

Las palabras agrias de Kate le cerraron la boca a Martin. A ella en la escuela sus compañeros la atacaban por su personalidad vulnerable, por su amor incondicional hacia los estudios y por el hecho de estar siempre acompañada de su prima, una chica autista que solía comportarse de forma extraña. Él siempre supo de esa situación, pero hizo la vista gorda. Decía que soportar aquello la haría más fuerte y la ayudaría a no relacionarse con gente que no le convenía.

—Quizás Trevor es igual a ti, y esa es su manera de afrontar un problema.

Martin no pudo rebatir aquellas palabras. Su hija lo había acorralado y lo obligaba a juzgar sus propias acciones.

No pudieron continuar la conversación porque alguien tocó con timidez a la puerta de la habitación. Kate tomó enseguida su mochila y pasó junto a su padre para atender la llamada. Al abrir, encontró a su madre, que la observaba con sorpresa y algo de preocupación.

—Jeremy Collins te espera —informó con una voz suave y algo temerosa, y lanzó una mirada interrogante a su esposo.

—Nos veremos la próxima semana, mamá —le dijo, y se inclinó hacia la impactada mujer para darle un beso en la mejilla.

Al salir a la sala, halló a su tía Sarah y a Raquel, que la esperaban para despedirse. Después de besos, abrazos y promesas de que se mantendrían en contacto durante la semana, Kate se dirigió al porche, donde Jeremy la esperaba con una amplia sonrisa.

—Katherine. —Ella se giró hacia su padre. Aunque le había ganado la batalla hacía unos minutos, no podía ocultar que estaba aterrada. Temía que le hiciera algún desplante frente a Jeremy, o peor aún, que este se lo hiciera a él delante de su tía y su madre—. A las siete telefonaré a la residencia para saber si habéis llegado bien.

Ella asintió, y se giró sobre sus talones con la sangre congelada por los nervios.

Jeremy notó su estado, pero no hizo ningún comentario mientras se despedía de la familia de la chica y ambos entraban en el coche.

—¿Te llamará al teléfono de la residencia? —preguntó desconcertado ya dentro del vehículo, al tiempo que encendía el motor y la calefacción. La tarde estaba despejada pero fría, y con seguridad la temperatura bajaría a medida que fueran pasando las horas.

—Para asegurarse de que llegamos bien —agregó Kate apenada al ver que Jeremy se había percatado de las obsesivas costumbres controladoras de su padre.

—¿Y por qué no te llama a tu móvil? —inquirió, poniendo en marcha el vehículo y alejándose de la estricta vigilancia que Martin hacía desde el porche de la casa, para poner rumbo hacia la interestatal.

Ella apretó la mandíbula con desazón.

—Puedo contestar el móvil en cualquier lugar, pero para atender el teléfono fijo debo encontrarme en la residencia —reveló avergonzada sin mirarlo a los ojos, y sabiendo que él no necesitaba de más explicaciones.

—¿Eso quiere decir que solo tenemos una hora de margen para resolver los contratiempos que nos retrasen el viaje? —consultó él con una sonrisa. Kate alzó los hombros sin apartar el rostro de la ventanilla, para que él no notara su pena—. Creo que Martin necesita que le den una lección —indicó a continuación, haciendo estremecer a Kate, que se giró hacia Jeremy y lo observó con los ojos muy abiertos.

—¿De qué hablas?

La mirada del joven brilló con picardía.

—Es solo un decir —agregó para tranquilizarla. Aunque estaba ansioso por enseñarle unas cuantas cosas a Martin Gibson, no podía empujar a Kate a hacer nada. Ella respetaba a su padre y la idea no era ponerla en su contra, sino demostrarle al hombre que aquella actitud no era buena para su hija.

Sin embargo, tenía que ser paciente y evaluar bien la situación. No podía dar un paso en falso. Martin poseía una gran influencia sobre Kate, y solo estaba esperando a que cometiera el más mínimo error para alejarla de su lado.

CAPÍTULO 15



A la altura de North Kingston, hicieron una parada en un establecimiento de comida rápida en el Kingston Plaza. Compartieron una *pizza* grande de doble queso y *pepperoni*, y un par de Coca-Colas, mientras terminaban de ponerse al día con las averiguaciones que cada uno había logrado por su cuenta.

—Siempre supe que había algo entre Darryl y su secretaria, pero nunca imaginé que el asunto llegara tan lejos —comentó Jeremy, dando luego un mordisco a un trozo de *pizza*.

—El hecho de que vaya a tener otro hijo no es el problema. Actualmente existen muchos matrimonios separados que poseen dos o hasta más familias adicionales. El conflicto se presenta cuando ignoran a uno de los hijos por atender a otro —explicó Kate—. Mary es una chica que está iniciando su adolescencia. Ahora más que nunca necesita del apoyo y el cariño de sus padres.

—¿Y dices que por eso ella siente envidia de Claire? —inquirió Jeremy mientras apuraba el bocado que tenía en la boca.

—A diferencia de lo que ocurre con Mary, Trevor nunca ha abandonado a Claire. La acompaña a todas las presentaciones del *ballet* y, en la escuela, la felicita por sus logros, la ayuda y anima. Eso es lo que Mary necesita, pero, como no lo obtiene ni de su madre ni de su padre, reacciona de esa manera.

—Es bastante egoísta, ¿no crees?

—Es una niña que no ha forjado todavía su personalidad, no tiene quien la guíe.

—Pero yo he conocido a otras personas que han vivido situaciones similares y hasta peores, y no los veo reaccionando en contra de sus mejores amigos —expuso Jeremy mientras se ocupaba en terminar el último trozo de *pizza* que quedaba en el plato.

Kate suspiró y dejó vagar la mirada por el interior del recinto.

—No todos reaccionan de la misma manera. Cada uno tiene su modo de afrontar

los problemas.

Jeremy observó con atención el perfil de la joven. Se notaba melancólica, y en su mirada se podía percibir la tristeza. Su adolescencia también estuvo marcada por la poca atención de los padres, pero, en su caso, su reacción fue cerrarse a la sociedad, al contrario que la amiga de su hermana.

—¿Crees que la disputa entre Keny Robertson y Eric Graham tiene algo que ver con el asunto de Mary? —expuso para sacar a Kate de su mutismo.

Ella suspiró antes de responderle.

—Podría tener relación con ese empeño de Mary en lograr que Claire pierda su virginidad.

Jeremy se quedó por un instante en silencio, con el ceño fruncido, mientras evaluaba esa posibilidad.

Kate lo observó con anhelo. En ese viaje, a diferencia de los anteriores, él no la había tocado ni besado. Añoraba sus caricias, sobre todo, después de la increíble experiencia vivida entre sus brazos cuando estaban en su habitación. Su necesidad por Jeremy iba en aumento a cada segundo; en cambio, a él parecía que le sucedía todo lo contrario, y eso le dolía.

Lo que ella no sabía era el esfuerzo sobrehumano que Jeremy estaba realizando para no devorársela a besos allí mismo, pero le había prometido ser un chico bueno, para demostrarle que su trastornada cabeza no solo pensaba en sexo, sino que era capaz de asumir responsabilidades con seriedad y compromiso.

Jeremy regresó su atención hacia Kate y trabó su mirada con la de ella. Aquellos ojos turquesa eran tan cálidos y transparentes que le producían un sinfín de emociones en el pecho. Tenía tantas ganas de estrecharla en un firme abrazo y hundirse en su boca que temía perder el control en cualquier momento.

Para evitar cometer un error que echara por tierra todo lo que había hecho hasta ahora, se aclaró la garganta y se incorporó en la silla.

—¿Quieres algo más? —le preguntó. Ella negó con la cabeza—. Bien, creo que es hora de continuar el viaje. Falta poco para llegar a la universidad. —Se levantó de la mesa, seguido por ella.

Salieron en silencio del establecimiento y caminaron hasta el coche, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Tres días después, Katherine ocupaba una de las mesas en la cafetería de la universidad. Ese día había amanecido frío pero despejado, y ella estaba afanada en su ordenador portátil, terminando de escribir un ensayo sobre la aplicación del enfoque cognitivo en la gestión de la clase.

—¿La enseñanza por medio de la resolución de problemas? Veo que te ha interesado mucho ese tema —indicó Maddie mientras vertía el sobre de azúcar en su capuchino, después de que su amiga le dijera de qué trataba su investigación.

—Trabajaremos con adolescentes. Es idealista esperar que durante las clases no se presentará ningún inconveniente —garantizó Kate sin apartar la vista de la pantalla—. La planificación del profesor no debe basarse solo en el contenido académico; tiene que prepararse para solucionar cualquier conflicto.

Después de revolver su café, Maddie tomó la copia del artículo que su amiga había consultado como referencia bibliográfica.

—¿Inclusión curricular? —preguntó desconcertada.

Kate alzó la mirada hacia la chica y se ajustó las gafas al puente de la nariz.

—Hay que aprovechar las oportunidades que cada materia ofrece para incluir contenidos actitudinales. De esa manera podemos ir construyendo una personalidad social y reforzaremos el desarrollo emocional del alumno.

—¡Guau! —alabó Maddie dejando las hojas sobre la mesa de nuevo para ocuparse de su bebida—. Ese es un buen tema para la tesis, ¿no crees? —agregó sin darle mucha importancia.

Kate, sin embargo, se quedó pensativa, rumiando aquella posibilidad.

Freddy llegó a la mesa acelerado y se sentó en la única silla vacía que quedaba, como si acabara de terminar la maratón de Boston.

—Eres tan vago que una caminata a la cafetería te cansa como si hubieras andado cientos de kilómetros —se burló Maddie.

—Antes solíamos reunirnos en la biblioteca, a pocos metros del edificio de aulas —se quejó él, intentando recobrar el aliento—, pero ahora os empeñáis en venir hasta aquí. —Echó una mirada despectiva a la abarrotada y bulliciosa cafetería—. La presión académica os anula la perspectiva.

Maddie sonrió con picardía.

—Vamos, hombre, es más probable que Kate se encuentre «accidentalmente» con el amor de su vida aquí que en las salas de lectura.

—No estamos aquí por Jeremy —rebató la aludida con el ceño fruncido.

—¿Y quién está hablando de Jeremy? —la fastidió Maddie, fingiendo sentirse ofendida.

Kate se mordió los labios para soportar la risa burlona de su amiga.

—Podemos darle a Collins una lista de los lugares donde habitualmente estudiamos —expresó Freddy con irritación—. Así no se pierde en esta vasta selva de hormigón mientras ubica a su doncella, y nosotros no cambiamos nuestras costumbres.

—Sois insoportables —los reprendió Kate cruzándose de brazos—. No estamos aquí para encontrarme «accidentalmente» con Jeremy, sino porque...

Ella señaló con una mano al local, buscando un argumento en su cabeza que explicara el hecho de preferir estudiar allí en vez de en la biblioteca. Maddie no podía parar de reír, mientras que Freddy esperaba su respuesta con las cejas arqueadas.

—... Sino porque es hora de que nos relacionemos con el mundo que nos rodea —sentenció, y los observó con los ojos muy abiertos, como si hubiera hallado la

solución a una problemática delicada.

Maddie se esforzó por abandonar su diversión y miró a su amiga con compasión.

—Katherine Gibson, ¿cuándo vas a reconocer públicamente que Jeremy Collins es el hombre de tu vida y que haces cualquier cosa por estar cerca de él?

—¿Es el hombre de tu vida? —intervino de forma sorpresiva una voz femenina—. Qué patética eres. Veo que no pierdes tus costumbres —se burló Kristy Smith, que se detuvo junto a Kate.

Ella dirigió su atención hacia la joven y la miró con el rostro endurecido.

—Te has vuelto una novedad en la universidad —expresó Kristy con sorna—. El sábado organizaremos una fiesta por el fin del invierno. Espero que nos deleites con tu presencia.

Kate respiró hondo, sin apartar la mirada de ella, que parecía colérica.

—Ya cumplí con mi parte. Te toca a ti —finalizó la rubia, y salió de la cafetería acompañada por dos de sus amigas, contoneando las caderas como si caminara sobre una pasarela en París.

El trío guardó silencio hasta que las tres desaparecieron.

—¿Y a esta qué mosca le ha picado? —inquirió Freddy antes de acomodarse en su silla para subir la mochila sobre la mesa y comenzar a sacar sus cuadernos de apuntes.

—¿Eres una novedad? ¿Ya cumplí con mi parte? —preguntó Maddie con desconcierto—. ¿Seguimos en la universidad o de pronto hemos caído en una máquina del tiempo que nos ha trasladado de vuelta a la secundaria?

Kate se quitó las gafas y se masajeó el puente de la nariz con cansancio. Aquellos tres días habían sido demasiado tranquilos. Debido a las obligaciones académicas, ella había tenido que enfrascarse en sus estudios, mientras Jeremy se ocupaba de los suyos y cumplía con las prácticas de natación; aun así, se mantenían en constante comunicación a través de mensajes por el móvil o llamadas telefónicas.

Las veces que Kate se había tropezado en los pasillos con algunos de los amigos y compañeros de estudios de él, todos la habían saludado como si ella fuera una de las chicas más populares del recinto. Tenía la seguridad de que estaban al tanto de la relación que mantenía con Jeremy; por eso se había convertido de pronto en una «novedad».

Ahora era la «nueva novia» del nadador más exitoso y atractivo de la universidad, un personaje que no podía faltar en las fiestas y eventos. Kristy Smith llevaba años trabajando como organizadora de las actividades que se realizaban en el campus. Alguien había debido obligarla a incluirla en la próxima fiesta. Lo que Kate tenía muy claro era que aquello no le saldría gratis: Kristy cumplía con su labor, pero no encajaría sin más esa humillación.

—¿Por qué no dejamos las trivialidades para otro momento y nos ocupamos de lo verdaderamente importante? —dijo Freddy abriendo su libreta de apuntes; a fin de cuentas, habían acordado reunirse allí para estudiar—. Antes de que comencemos, te

aviso de que hablé con la profesora Adams y te concerté una cita con ella para el domingo a las diez de la mañana —informó en dirección a Kate, sin mirarla a los ojos—. En la semana no puede porque está llena de compromisos académicos y familiares.

Kate se mostró interesada en la información. Enseguida se olvidó de Kristy y se colocó de nuevo las gafas.

—Esa es una buena noticia. Gracias por el favor.

—No fue ningún problema. Tenía que reunirme igualmente con ella para que me revisara un ensayo en el que estoy trabajando. Lo que no comprendo es para qué necesitas entrevistarte con una docente que tiene un máster en Orientación Educativa. ¿También piensas especializarte en esa área? —consultó su amigo mientras buscaba algo en su cuaderno.

—Considera la posibilidad de que nuestra tesis se enfoque en ese tema —respondió Maddie antes de dar un trago a su bebida.

Freddy abandonó su búsqueda para observarla a los ojos.

—A mí me serviría de mucho —agregó, ya que pretendía especializarse en esa materia después de obtener su título universitario.

Kate suspiró.

—No se trata de la tesis, es un... asunto personal.

Freddy y Maddie compartieron una mirada, y dijeron al unísono:

—Jeremy Collins.

Kate puso los ojos en blanco y se centró nuevamente en el ensayo que revisaba en su portátil.

—Sois insoportables —masculló, arrancando risas en sus compañeros.

La mañana del jueves, Jeremy salió de su clase de Educación Física Adaptada y se encaminó al complejo acuático. Ese día tendría una reunión con el equipo de natación para establecer el nuevo calendario de prácticas que debían seguir en las próximas semanas de cara a las competencias de primavera.

Mientras recorría los amplios pasillos del edificio de aulas, sacó su móvil del bolsillo del pantalón y llamó a Kate.

—¿Qué hace la chica más hermosa de todo Kingston? —le preguntó cuando ella descolgó el teléfono.

Katherine estaba en clase y había salido rápidamente al pasillo al notar que su teléfono vibraba y que en la pantalla aparecía el número de Jeremy. Anhelaba escuchar su voz. No pudo evitar sonreír avergonzada por su romántico saludo.

—Aún estoy en clase, ¿y tú?

—De camino al complejo. Quiero verte hoy —anunció sin preámbulos.

—¿No tienes prácticas?

—Nos han dado unos días de descanso. Los chicos de segundo año tendrán varios

parciales la próxima semana y los de último año debemos concretar el tema de la tesis.

—Entonces sí estás ocupado. Tienes que trabajar en el tema de tu tesis —expuso la chica con intención de molestarlo.

—Mi compromiso ahora eres tú. Llevo días sin verte, te necesito.

Kate cerró los ojos al sentir un oleaje de emociones desatarse en su interior. Ella también lo necesitaba: no pasaba un segundo de su vida sin pensar en él, sin añorarlo.

—Yo también quiero verte.

—Pasaré por la residencia a las siete, te llevaré a cenar y luego te comeré a besos. Serás mi postre.

La promesa de Jeremy le recorrió la piel como si fuera una caricia, erizándole el vello del cuerpo. No pudo evitar recordar el momento en la habitación de él, disfrutando en intimidad del delicioso contacto de sus manos.

—Estaré lista.

Se despidieron de manera cariñosa, razón por la cual Kate tuvo que permanecer algunos minutos en el pasillo para recuperar la cordura. Con solo sus palabras, Jeremy era capaz de acelerarle el ritmo del corazón y excitarla por completo hasta volverla inestable.

Él, por su parte, no podía borrarse la sonrisa del rostro mientras salía del edificio de aulas. Imaginar que en pocas horas tendría de nuevo a Kate entre sus brazos lo hacía añorarla con más fuerza. Guardó el móvil en el bolsillo y bajó a paso apresurado las escalinatas que daban al estacionamiento, donde estaba aparcado su Kia.

—Pensé que no saldrías nunca —lo reprendió su amigo Abel Parker con una sonrisa. Lo esperaba sentado en el borde de la acera.

—La evaluación nos llevó más tiempo del que pensaba.

—¿Y cómo te fue?

—Creo que muy bien. Ya veremos si logro convencer a la profesora con mis ideas.

—No esperaba que nos pusiera esa prueba sorpresa —confesó Abel al tiempo que se levantaba del suelo para acercarse al vehículo de su amigo y dirigirse con él al complejo acuático.

—Es la única manera que tienen de evaluar si, en realidad, estamos aprendiendo lo que nos enseñan —justificó mientras desactivaba la alarma del Kia y abría las puertas para que ambos entraran.

—¿Cuál fue tu propuesta de trabajo?

—Diseñé una jornada de juegos de campo para jóvenes con problemas de motricidad —señaló Jeremy encendiendo el motor—. ¿Y tú?

—Un campeonato de baloncesto con chicos sordomudos.

—Interesante.

—Es difícil trabajar con ellos en deportes tan activos. Deben enfocar su atención

en el balón, en sus compañeros y en el entrenador al mismo tiempo, para poder atender indicaciones —explicó Abel con la vista puesta en la calzada mientras su amigo salía del estacionamiento—. Por cierto, me dijeron que en unas semanas vendrán miembros de una fundación que apoya a chicos sordomudos para ofrecer talleres de lenguaje de signos. ¿Vas a apuntarte?

—Claro. En el Centro Comunitario mi padre trabaja con un grupo de niños con esa condición. He aprendido algo con ellos, pero me gustaría especializarme para seguir ayudándolos —reveló, al tiempo que tomaba la vía hacia el complejo.

—Últimamente pasas mucho tiempo en Providence —lo aguijoneó su amigo con una sonrisa pícaro—. ¿«Cerebritito» tiene algo que ver en eso?

Jeremy fulminó a su amigo con una mirada letal. Odiaba que se refirieran a Kate usando ese apelativo ofensivo con que la habían etiquetado durante la secundaria.

—No la llares así.

—Vale, perdona —se disculpó Abel, alzando las manos en señal de rendición—. ¿Le relación con Katherine Gibson va en serio?

—Eso es asunto mío —declaró el joven con el rostro endurecido dirigido hacia la carretera.

—Tranquilo, amigo. No pretendía burlarme de ella. Ya no estamos en el instituto.

Jeremy apretó la mandíbula al recordar la época escolar, cuando Kate era víctima de infinidad de acosos por parte de sus compañeros, y él se comportaba como un simple espectador que nunca se atrevió a hacer algo efectivo para evitarlo.

Se arrepentía mil veces de haber sido tan pusilánime en aquel entonces, pero se había prometido a sí mismo que aquello no se repetiría. Nadie ofendería ni a Kate ni a ninguna otra persona delante de él; ahora sabía por experiencia propia la angustia que se sentía al ser víctima de acoso. Aunque no se lo hicieran directamente a él, sino a su hermana, la situación le afectaba. Claire era una de las personas más importantes de su vida.

—Es una buena chica; algo extraña, pero muy inteligente —indicó Abel—. Y debo reconocer que tiene un cuerpazo que provoca... —El hombre cerró la boca al ver la nueva mirada mortal que le dedicó su amigo—. Eh, eh, tranquilo, que no voy a quitártela —dijo alzando de nuevo las manos—. Te has vuelto muy posesivo con esa chica.

Jeremy bufó y se centró en la conducción.

—Has cambiado mucho desde que estás con Kate. Vas a levantar una polvareda entre tus fans.

—¿De qué hablas? —se quejó Jeremy mientras entraba en el aparcamiento del complejo acuático.

—¿No te das cuenta? Tus seguidoras comienzan a ponerse en alerta por tu repentina relación con esa chica.

Jeremy llegó al sitio donde iba a aparcar y apagó el motor.

—¿Ponerse en alerta? Es mi vida, Abel, nadie tiene por qué meterse en ella.

—Eso no es lo que piensan tus admiradoras; sobre todo, Kristy —notificó el moreno apeándose del vehículo.

Jeremy se ocupó de asegurar las puertas y activar la alarma antes de encaminarse hacia la entrada de las instalaciones.

—Kristy no tiene ningún derecho a opinar sobre mi vida.

—¿Recuerdas lo que le sucedió a Igor cuando comenzó a salir con April Donovan?

Jeremy se esforzó por recordar a la joven de tercer año de Educación Inicial que estuvo saliendo algunos meses con uno de sus amigos. Nunca se interesaba mucho por los problemas de los demás —él tenía tantos que no se sentía con ánimos de averiguar cómo lo llevaban los otros—, pero recordaba la actitud entristecida de su compañero al terminar la relación con la chica por culpa de la influencia de otras mujeres: tuvo infinidad de inconvenientes, que lo alejaron, incluso, del equipo de natación.

—Si lo pasó tan mal fue porque permitió que otras personas se inmiscuyeran en el noviazgo que mantenía con aquella chica.

—Y porque sus chicas se creían dueñas de él —completó Abel—. Lo mismo puede ocurrirte a ti. Para Kristy, tú eres su hombre.

Cruzaron las puertas acristaladas del edificio y se dirigieron al área de las piscinas en silencio. Jeremy mantenía el rostro adusto. No comprendía por qué Igor consintió que otros intervinieran en sus decisiones, pero él nunca le había permitido a nadie que se metiera en su vida, y mucho menos dejaría ahora que alguien estropeará su relación con Kate.

—Gracias por la advertencia. Te aseguro que eso no sucederá —garantizó.

Abel sonrió con aires de suficiencia, pero no pudo rebatirle porque se acercaban ya a la zona de las gradas, donde había varios de los miembros del equipo.

Después de los respectivos saludos, Jeremy se dispuso a ir a las oficinas para notificarle al entrenador de su llegada, pero uno de sus compañeros lo detuvo.

—Collins, anoche hablé por teléfono con mi hermano Ronny. Me dijo que estuviste preguntando sobre el problema que hay con los miembros del equipo de fútbol en la Classical High School.

—Sí. Mi hermana ha tenido algunos problemas en el instituto, y creo que están relacionados con ese asunto —justificó algo incómodo.

Ronny era el niño pecoso con el que había conversado en el parque Lippitt Memorial, mientras jugaba al baloncesto con sus amigos Edward y Kellan Robertson. Le molestaba que sus indagaciones comenzaran a trascender; no quería empeorar las cosas levantando una oleada de rumores.

Abel se acercó a ellos con intención de acompañar a Jeremy hacia las oficinas, y no pudo evitar escuchar la conversación.

—¿Claire está mezclada en el lío que está armando Eric Graham? —preguntó con curiosidad el chico que lo había detenido.

—¿Qué lío? —quiso saber Jeremy.

El joven alzó los hombros con indiferencia.

—Mi hermano me ha dicho que Eric se ha propuesto conquistar a las chicas de primero; ya lo ha hecho con varias y quiere seguir con las demás. Por eso ha discutido con Keny Robertson y otros miembros del equipo.

Jeremy frunció el ceño. Algo de eso le había comentado el niño, pero creía que el asunto era solo con Mary Sanders, no con todas las niñas de ese curso.

—¿Estás seguro de eso? —indagó Jeremy con más interés.

—Es lo que se rumorea. Ya sabes, son cosas de adolescentes. En el instituto hacemos demasiadas estupideces —aseguró el chico, que se alejó en dirección a sus compañeros.

—¿De verdad Claire está metida en ese asunto? —consultó Abel con desconcierto y algo de preocupación.

—Todavía no sé de qué asunto se trata —se quejó Jeremy. Comenzaba a enfadarse.

—No tengo muy clara la situación, pero algo he oído. Algunos dicen que es una apuesta entre varios chicos del último año del instituto, como si quisieran hacer una última travesura antes de graduarse; pero otros aseguran que el problema es mayor.

—Necesito que me cuentes todo lo que sabes —exigió con mucha seriedad.

—Claro. Avisemos de nuestra llegada y luego nos sentamos a hablar —propuso Abel poniendo rumbo a las oficinas del complejo.

Horas después, Jeremy llevaba a Kate hacia el norte de Kingston, a un restaurante americano especializado en vinos. Cenaron medallones de ternera con salsa de setas, acompañado con patatas al horno, ensalada verde y un exquisito Merlot. Finalizaron compartiendo un *brownie* relleno de dulce de leche, de la misma manera en que habían compartido días atrás el *baklava*, cada uno dando de comer al otro.

—No puedo creer lo que me cuentas de esos chicos —expresó Kate cuando terminaban el postre.

Durante la cena, Jeremy le había narrado lo que su amigo Abel le confesó sobre los miembros del equipo de fútbol del instituto.

Como apuesta por el fin de curso, habían acordado conquistar, al menos, a tres chicas nuevas antes de graduarse, pero como ya se habían encargado de todas las jóvenes disponibles de su edad, se esforzaban por ligarse o bien a las más difíciles, las que nunca les habían seguido el juego durante toda la época escolar, o bien a las niñas de primer año, que entraban al instituto ansiosas por destacar desde el primer momento para asegurarse la aceptación y la popularidad.

—El problema realmente no es solo entre Keny Robertson y Eric Graham, sino de varios más, pero ha sido la discusión entre ellos dos la que ha trascendido hasta tal punto que Keny ha decidido echar por tierra su futuro y abandonar el equipo antes de

que las cosas empeoraran.

—¿Y piensan permitirlo?

—Mi padre está haciendo lo imposible por reconciliarlos, pero él no está al tanto de todo esto. Lo malo es que, si hablo con él, acabaría revelándole indirectamente el secreto de Claire.

—Quizás es hora de que permitamos que eso suceda —propuso ella. Tomó una de las manos que Jeremy tenía apoyada sobre la mesa para acariciarla. Sabía lo difícil que le iba a resultar tomar esa decisión: era un hombre leal y no quería fallarle a su hermana.

Él respiró hondo y apretó la mano de la chica, antes de recostar la espalda contra la silla.

—Abel me ayudará a averiguar algo más sobre esa situación. Su primo estudia con Keny y Eric. Primero me informaré bien antes de llamar a mi padre. Hay rumores de que la disputa entre ellos puede tener una causa más grave de fondo.

Con su otra mano, Kate cubrió la de él y la frotó con ternura, con intención de mostrarle lo mucho que lo apoyaba; sin embargo, aquello provocó otro tipo de emociones en él.

Desde que la había visto salir de la residencia, enfundada en unos ajustados vaqueros que le realzaban aún más sus estilizadas piernas, con unas botas de tacón alto que la hacían caminar de manera elegante y una chaqueta de cuero negro que se ceñía a su estrecha cintura gracias a un grueso cinturón, creyó enloquecer. Y eso estuvo a punto de suceder cuando, al llegar al restaurante, ella se quitó la chaqueta y la bufanda negra, dejando al descubierto una blusa semitransparente oscura, que dejaba adivinar la forma de su sujetador de encaje, prenda que estaba ansioso por quitarle.

—¿Esta noche te quedarás conmigo?

Kate abrió mucho los ojos y sintió cómo su corazón comenzaba a bombear con intensidad. Jeremy se inclinó sobre la mesa para acercarse más a ella.

—Me tienes loco desde el día en que estuvimos en mi habitación. —Las mejillas de la chica se encendieron. Ahora fue ella la que intentó retroceder y apoyarse en el respaldo de la silla, pero él no se lo permitió; la sostuvo con firmeza, para obligarla a prestarle toda su atención—. Te deseo, Kate, y no para saciarme de ti un solo día, sino para conocerte y explorarte entera por mucho mucho tiempo.

Aquellas palabras despertaron un cúmulo de sensaciones en el vientre de la joven que se le anudaron en la garganta, porque no le era posible hablar. Sentía la alegría, la expectativa y la ansiedad a punto de estallarle en su interior. Por instinto se llevó una mano al puente de la nariz para ajustar las gafas, como hacía cada vez que estaba nerviosa y necesitaba asentar las ideas; por desgracia, esa noche había decidido dejarlas guardadas dentro de su bolso para que Jeremy no tuviera que quitárselas. Al notar su falta, se sintió indecisa.

—Te prometo ir despacio y, si te sientes abrumada, te juro que me detendré —le

aseguró al notar su inquietud.

Ella lo deseaba tanto... Quería estar con él, pero ¿se atrevería? ¿Lograría llegar al final?, ¿o saldría corriendo espantada como le había sucedido las veces anteriores?

—¿Tendrás paciencia conmigo? —le preguntó, anhelando que él no se negara.

—Toda la que me pidas.

—Y si no puedo hacerlo, ¿te enfadarás?

—Nunca, te lo prometo.

Los ojos de Jeremy se veían más oscuros y brillantes que de costumbre, tan ansiosos como ella sabía que se mostraban los suyos. Quería intentarlo; estaba segura de que con él sí podría hacerlo. Su anhelo no era producto de la simple curiosidad, o de la desesperación de sentirse aceptada. Lo amaba. Ella también quería conocerlo, tocar y sentir su cuerpo, y dejar que él se deleitara con el suyo. Los unían emociones mucho más fuertes que las físicas: existía una amistad, un compromiso, un cariño genuino, sentimientos que harían que esa primera vez fuera inolvidable.

Con una tímida sonrisa, le confirmó que estaba de acuerdo con la propuesta. El rostro del joven se iluminó, y la firmeza con que sus manos aferraban las suyas aumentó.

En medio de un silencio expectante, en el que solo las caricias y los besos expresaban lo ansiosos que ambos estaban, pagaron la cena y llegaron a un hotel situado a pocos minutos del restaurante. Jeremy no quiso escatimar en gastos y llevó a su chica a un lugar elegante y privado, donde ella pudiera sentirse a gusto y relajada. Sabía muy bien lo que estaba en juego.

El suelo de la habitación estaba completamente tapizado por una alfombra de diseño geométrico en colores oscuros, e iluminada solo por un par de apliques ubicados a ambos lados de la cama. La penumbra creaba un ambiente acogedor. Sin embargo, a Kate los nervios la dominaban, así que entró con paso inseguro hacia la amplia cama de cabecero acolchado, cubierta por finos edredones blancos y poblada por varios almohadones y cojines de un color azul verdoso, al igual que los zócalos superiores de las paredes.

Con las manos apretadas en las asas de su bolso, se detuvo dándole la espalda a Jeremy. No se creía capaz de mirarlo a los ojos.

Él se colocó tras ella y, con delicadeza, cogió su bolso y lo lanzó sobre el sillón que había junto a la cama. Luego pasó los brazos alrededor de la chica para alcanzar el cinturón de su chaqueta y comenzar a desatarlo.

Kate cerró los ojos, sintiendo el cuerpo cálido y duro de Jeremy en su espalda. Tras quitarle la chaqueta, él se alejó unos centímetros mientras se deshacía de su abrigo, y luego la envolvió en un firme abrazo.

—Te quiero —le confesó al oído, y le chupó el lóbulo de la oreja, logrando que cada centímetro de la piel de la chica se estremeciera—. Nunca lo olvides.

Ella le acarició los brazos mientras se deleitaba con los suaves besos que le prodigaba.

—Yo también te quiero —susurró, haciendo que Jeremy apretara el abrazo, con el rostro hundido en su cuello.

La giró y le levantó el rostro para entrelazar las miradas.

—Cuando quieras que me detenga, dímelo, ¿de acuerdo? —le pidió, conmovido por la dulzura que sus ojos turquesa transmitían. Ella asintió, segura de que aquello no ocurriría, pues estaba ansiosa porque comenzara. El deseo se había acumulado en su organismo y necesitaba con urgencia que lo liberaran.

Él le tomó el rostro con ambas manos y la besó con profundidad. Sumergió su lengua en la cavidad húmeda de su boca, hasta robar los suspiros y gemidos que ella intentaba emitir. Poco a poco, fue desprendiendo cada prenda de su ropa, deteniéndose en cada una de ellas para halagar con besos y caricias la piel que descubría. Quería que la chica disfrutara al máximo de aquella experiencia, que el placer fuera tan intenso que no le diera oportunidad al miedo de ganarle la batalla.

Sonreía complacido al verla enfebrecida de deseo por sus atenciones, pero también se ponía cada vez más ansioso. Anhelaba con fuerza poseerla, marcarla como suya, probar hasta saciarse ese cuerpo maravilloso que se iba mostrando a él y que reaccionaba con tanta intensidad a su contacto.

—¿Qué es esto? —preguntó de pronto con sorpresa.

Kate abrió los ojos de golpe y sintió la vergüenza arremolinándose en sus mejillas.

—Es... —Las explicaciones se le atoraron en la garganta. Estuvo a punto de tomar su ropa y escapar corriendo de allí, pero cuando Jeremy alzó el rostro y pudo ver en él alegría en vez de espanto, se calmó.

—¡Era cierto! —exclamó sin poder salir de su asombro—. ¡Tienes un tatuaje!

A Jeremy la sonrisa no le cabía en el rostro: le maravilló encontrar un pequeño grupo de gaviotas en pleno vuelo en la cadera derecha de la chica. Ella fue lentamente recobrando el color de la piel.

—Me lo hice antes de graduarnos en el instituto.

—¿De verdad?

—Sí. Fue para... para molestar a mi padre —confesó. La sonrisa de Jeremy se amplió aún más.

—Eres una cajita de sorpresas —dijo mirándola con renovada lujuria—. Me encantas, Kate. Nunca dejarás de sorprenderme —alegó, y la besó con arrebató, queriendo tomar de ella todo lo que pudiera—. Contigo todo es novedoso y eso me fascina —reveló sobre sus labios.

Los miedos se esfumaron de la mente de Kate, siendo suplantados por un deseo desbordado. Los complejos y las inseguridades quedaron relegados al olvido, lo que le permitió disfrutar de aquel momento sin que nada la afectara.

Al quedar ambos desnudos, Jeremy la acostó con delicadeza en la cama y se tumbó a su lado. La besó con frenesí mientras sus manos inquietas bajaban por su vientre hasta alcanzar su sexo. Con delicadeza y pericia la agasajó, penetrándola con

suavidad para concederle la experiencia más increíble de su existencia.

Kate jamás imaginó que aquello fuera tan delicioso. Las lágrimas de emoción le corrían por las mejillas; pero en vez de sentirse satisfecha por cada orgasmo que él le obsequiaba, lo que conseguía era aumentarle más y más la ansiedad. Lo quería a él, por completo, sobre su cuerpo, apoderándose de su vida.

Cuando ya no podía controlar más su necesidad, Jeremy tuvo que dejar de brindarle placer para buscar el suyo propio. Estaba a punto de estallar por el deseo, así que, tras alejarse un poco para ponerse un preservativo, se colocó encima de ella, le abrió las piernas y comenzó a penetrarla con lentitud.

Los ojos de Kate estaban abiertos al máximo, clavados en los oscuros de él, que en ningún momento se apartaron de ella hasta que logró poseerla por completo. La respiración se le aceleró a Kate al sentirse completamente llena, invadida no solo por su cuerpo, sino también por su ardiente mirada y por su ternura.

Jeremy alzó una mano para acariciarle la mejilla. Estar dentro de ella era más placentero de lo que hubiera imaginado. No solo le producía emociones físicas, sino muchas otras que no podía reconocer, que le hinchaban el pecho y aumentaban su hambre por esa mujer.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —le recordó, al tiempo que comenzaba a penetrarla con acometidas suaves pero profundas.

Kate cerró los ojos, superada por todas las sensaciones que experimentaba. Creía que de un momento a otro estallaría en cientos de pedazos y moriría entre aquellos cálidos brazos.

En medio de un beso urgente, las embestidas aumentaron de ritmo, llevándola aún más hacia un mundo desconocido, donde la gravedad no parecía existir, así como el resto de la humanidad. Ambos lloraron y gimieron en esa entrega, hasta descargar por completo todas las ansiedades, los miedos y las emociones que tenían acumuladas en el pecho.

La noche fue más larga de lo esperado, y le concedió a ambos la oportunidad de conocer al ser amado, de saborearlo, disfrutarlo y complacerlo a partes iguales.

Kate despertó al escuchar un débil y familiar sonido. Se trataba de la alarma de su reloj de pulsera, que anunciaba la hora en que debía salir de la cama. Ese viernes tenía clase y un trabajo que entregar.

Al abrir los ojos, se desconcertó al ver la habitación en la que estaba. Por un momento se sintió desubicada, hasta que el dolor de su cuerpo la ayudó a recordar lo ocurrido la noche anterior.

Una sonrisa satisfecha se dibujó en su rostro y se abrazó a su cuerpo mientras rememoraba todos los besos y las caricias con que la había obsequiado.

Giró la cabeza para mirar al hombre desnudo que dormía a pierna suelta a su lado. Jeremy parecía un niño pequeño, descansaba con tal placidez que despertaba ternura.

Estaba acostado boca abajo, abrazado a la almohada y con la cara hacia ella. Sintió deseos de besar de nuevo cada rincón de su cuerpo. Sus ojos se humedecieron al reconocer la intensa emoción que se agitaba en su pecho.

Lo amaba, con más fuerza que antes, consciente de que quien dormía a su lado era un hombre de los pies a la cabeza: atractivo, divertido, leal, responsable, cariñoso y complaciente. Aunque debía reconocer que no eran suficientes los calificativos que conocía para definirlo.

Le acarició la mejilla con delicadeza y comenzó a llamarlo para despertarlo.

—Jeremy, ¡Jeremy! —Él alzó las cejas, pero no abrió los ojos—. Jeremy, es hora de volver a la universidad.

El hombre suspiró y emitió un débil gemido, pero ni siquiera se movió. Ella sonrió enternecida, y decidió levantarse y vestirse para buscar alguna forma de regresar por su cuenta. Él parecía no tener fuerzas para reaccionar.

—¿A dónde vas? —oyó decir a Jeremy con la voz rasposa y casi ahogada por la almohada.

—Al baño, para asearme. Regresaré en autobús a la universidad. Tú sigue durmiendo —le ordenó, y se puso de pie.

—Katherine Gibson, tú no vas a ningún lado sin mí —rebatió, sentándose con brusquedad. Kate se dio cuenta de que él se tambaleaba y se agarraba la cabeza; parecía mareado. Enseguida se subió a la cama y le cogió la barbilla para mirarle la cara.

—¿Te sientes bien? —inquirió con preocupación.

Jeremy alzó un dedo, como si quisiera exponer algo, pero las palabras no le salían de la boca. Ni siquiera era capaz de abrir los ojos. Kate le acarició los cabellos preocupada, pensando en qué hacer para socorrerlo en caso de que las fuerzas le fallaran.

—Solo... necesito... —se esforzó por responder. Ella estaba a punto de entrar en pánico, pero, de pronto, él la tomó con un brazo por la cintura y, con agilidad, la tumbó de espaldas en la cama. Rápidamente se puso sobre ella y se hundió en su cuello para llenarle la piel con besos—. Te necesito a ti.

Kate rio por las travesuras de aquel chico incorregible que la llenaba de alegrías. Lo abrazó con fuerza y cerró los ojos sintiéndose complacida por sus atenciones.

—Jeremy, tenemos que ir a clase.

—Ajá —masculló, concentrado en el cuerpo de la joven.

—Se nos hará muy tarde, y debo entregar un trabajo a primera hora.

—Ajá —repitió, mientras se arrebujaba en su cuello para quedarse dormido sobre ella. Kate sonrió y le besó la cabeza.

—Te amo —le susurró.

Él enseguida alzó el rostro. El sueño se le había esfumado de golpe, ahora se mostraba muy despierto.

—Y yo a ti —le confesó, y comenzó a acariciar con ambas manos el cabello de

ella—. Te amo.

Kate sonrió, intentando controlar las lágrimas. Las emociones le hacían estragos en el corazón. Se dieron un largo y profundo beso, para luego levantarse de la cama y vestirse para ir a la universidad.

Al llegar al edificio de residencias, él se detuvo frente a la puerta principal y se despidió de ella con un beso tan intenso que casi le hizo perder a Kate la cordura.

—Quiero verte esta noche —sentenció cuando logró separarse de la chica.

—Y yo a ti.

—A las siete estaré aquí.

Ella sonrió y le dio un último beso como afirmación, para, finalmente, bajar del coche.

—Aquí estaré —garantizó mientras se alejaba con una inmensa sonrisa en el rostro.

Jeremy no la perdió de vista hasta que entró en el edificio. Estaba saturado de emociones. Amaba con locura a esa chica y la deseaba más de lo que alguna vez deseó a ninguna otra mujer. Era tan distinta y especial que en ocasiones se sentía inseguro. Quería ser bueno para ella, estar a su altura, para no perderla nunca.

Cuando Kate estuvo a resguardo dentro de la residencia, Jeremy pisó el acelerador y se dirigió a la suya, con el fin de prepararse para un duro día de clases. No había dormido casi nada, estaba completamente agotado, y ese día le tocaba entrenamiento deportivo en el complejo. Tendría que recobrar fuerzas de alguna manera para pasar otra noche con Kate; con la primera no había quedado satisfecho, aunque dudaba que algún día se extinguiera el deseo que sentía por ella.

Kate entró apresurada en su habitación y encontró a Maddie cerrando su mochila sobre su cama, dispuesta a salir hacia los edificios de aulas.

—¿Qué horas son estas de llegar a casa, Katherine Gibson?! —le reclamó la mujer con el ceño fruncido y con las manos apoyadas en su cintura.

Kate se paralizó en medio de la estancia, con los ojos tan abiertos como platos y el corazón palpitándole con fuerza.

Maddie no pudo mantener por más tiempo su pose iracunda —el rostro aterrado de su amiga echó por tierra su travesura—, y estalló en risas.

—Eres la mujer más graciosa del mundo —masculló la chica en medio de su diversión.

—¿Y tú la más tonta! —se quejó Kate sin poder evitar sonreír también.

Se olvidó al instante de su desquiciante compañera y lanzó el bolso sobre la cama para comenzar a quitarse la chaqueta.

—Me voy. Te guardaré un asiento en clase —informó Maddie, y se dirigió hacia la puerta, pero se volvió una última vez para añadir—: ¿Sabes qué?

—¿Qué? —preguntó Kate girándose hacia ella.

—Te queda bien.

—¿El qué?

—El amor —respondió mientras abría la puerta—. Te ilumina la mirada y hace que tus mejillas se vean sonrosadas —confesó con una sonrisa pícaro para luego marcharse.

Kate se quedó por unos minutos pensativa, con la felicidad tallada en el rostro. Se sentía increíblemente bien, a pesar de estar agotada y dolorida. El corazón le latía con fuerza y una sensación de bienestar le embargaba el cuerpo.

Ya no necesitaba ajustarse las gafas al puente de su nariz: le bastaba con indagar en su corazón para confirmar que cada cosa se hallaba en el lugar que le correspondía.

Pero a pesar de su actitud optimista, ese día le resultó bastante agotador. Kate tuvo que enfrentarse a evaluaciones, confrontaciones y debates en clase. Al llegar la noche, escapó con Jeremy al mismo hotel que había sido su refugio el día anterior. Entre su penumbra y sus sábanas de seda se amaron hasta saciarse, para luego caer sumidos en un sueño profundo y reparador.

La mañana del sábado, ya de vuelta en la universidad, ambos se despidieron para encarar un nuevo día. Jeremy debía reunirse con los chicos del equipo de natación, y ella había quedado en encontrarse con Maddie y Freddy en la biblioteca para preparar los informes con los que presentarían al comité evaluador los posibles temas para la tesis.

—Esta noche habrá una fiesta profundas en el complejo deportivo —le informó Jeremy al aparcar frente al edificio de residencias.

Kate suspiró con agobio.

—Lo sé, ya me invitaron.

—¿Te invitaron? ¿Quién? —preguntó él con el ceño fruncido.

—En los pasillos de la universidad invitan a cualquiera —expuso ella sin mirarlo a los ojos. No quería gastar tiempo en hablarle de Kristy Smith y sus diplomáticas amenazas. Lo estaba pasando muy bien a su lado.

—Tú no eres cualquiera, así que imaginemos que nadie te ha invitado aún. Yo seré el primero y el único —agregó esto último mientras clavaba en la joven una mirada llena de anhelo.

Kate amplió la sonrisa.

—Hecho —contestó, y alzó el dedo meñique. Jeremy enseguida levantó el suyo y lo entrelazó con el de la mujer—. Eres el primero y serás el único —aseguró ella de forma sugestiva, produciendo una gran satisfacción en el hombre.

Jeremy la tomó por la nuca y le dio un ardiente beso.

—Irás a la fiesta conmigo, ¿verdad? —susurró junto a sus labios. Kate no podía negarse a una petición planteada de esa manera.

—Claro que iré —respondió, y recibió otro beso intenso como recompensa.

—Pasaré a recogerte a las nueve.

Ella asintió y bajó del coche envuelta en un aura de felicidad. Dispuesta a que nada le empañara la alegría. Ni siquiera los celos que le producían las antiguas

amantes de Jeremy, a las que, estaba segura, vería en aquel evento.

CAPÍTULO 16



Al terminar una dura jornada de estudios, Maddie, Freddy y Kate salieron de la biblioteca con los músculos del cuello agarrotados y los ojos cansados de tanta lectura. Aunque habían preparado dos propuestas para la tesis, ninguno se sentía del todo satisfecho con lo logrado, a pesar de haber pasado la mañana y parte de la tarde del sábado trabajando sin parar.

—No puedo creer que sea tan difícil elegir un tema para una tesis de grado —se quejó Freddy.

—Las dos propuestas que hemos redactado son buenas —aseguró Kate, poco convencida de sus propias palabras.

—Pero no cubren todas nuestras expectativas —masculló Maddie, apretujándose su abrigo—. Nos hemos esforzado mucho para terminar la carrera con las mejores notas; es justo que le demos fin con un trabajo digno y controvertido.

—¿Controvertido? —inquirió Kate.

—Claro. Algo que sea realmente considerado por los docentes, que dé que hablar y sirva para la formación de los jóvenes. Si no, ¿para qué nos preparamos con tanto ahínco? La idea es marcar una diferencia en la enseñanza.

El trío se mantuvo en silencio mientras salía de los jardines aledaños a la biblioteca en dirección a los edificios de residencia.

—Esta noche releeré las propuestas y veré si puedo agregarles algo más sólido —completó Freddy—. El lunes, cuando las presentemos, nosotros somos los primeros que debemos estar convencidos de la eficacia de esos proyectos, o los profesores ni siquiera nos prestarán atención.

—Yo llevaré mi copia e intentaré hacer lo mismo —intervino Maddie—. Ángela quiere llevarme de excursión a West Greenwich, para que la ayude a elegir el sitio donde instalará el restaurante de comida *tex-mex* en sociedad con Tom, el dueño de Mishnock Barn. ¿Lo recordáis? El club donde nos enseñaron el baile en línea.

—¿Cómo olvidarlo? —expuso Freddy con ironía en medio de un profundo suspiro.

Kate sonrió. No recordaba mucho del baile en línea, pero sí de los besos y los abrazos que compartió con Jeremy esa noche, cuando bailaron juntos por primera vez. Se preguntaba si en la fiesta a la que asistirían de la universidad esa noche lograrían el mismo grado de intimidad.

Salió de sus cavilaciones al escuchar que su móvil sonaba dentro de su mochila. Freddy y Maddie siguieron su camino, conversando sobre la tesis, mientras que ella se quedaba un poco retrasada para responder la llamada. En la pantalla aparecía el número de la casa de Jeremy en Providence.

—¿Claire? —preguntó preocupada al descolgar.

—Hola, Kate, ¿cómo estás?

Al escuchar el tono calmado de la niña, Kate volvió a respirar. Temía que se hubiera presentado de nuevo un inconveniente.

—Muy bien, salgo ahora de la biblioteca.

—¿Has visto a mi hermano?

—Lo veré esta noche —aseguró—. ¿Por qué? ¿Quieres que le diga algo de tu parte?

—No, no, solo quería saber..., me gusta que os veáis a menudo.

El rubor invadió las mejillas de Kate. Adoraba que la chica se alegrara por la relación que ella mantenía con Jeremy.

—Te llamaba para darte las gracias.

—¿Darme las gracias?

—Por haberme ayudado a entender a Mary.

Kate recordó la última conversación que había tenido con la niña en su casa, cuando le confesó sus sospechas sobre la envidia que sentía Mary hacia ella por el trato que su padre Trevor le prodigaba.

—¿Hablaste con Mary?

—Al principio de la semana me acerqué a ella, le pregunté por su padre y le di algunas ideas para comunicarnos con él.

—¿Qué ideas?

—Su madre no quiere que ellos se hablen hasta que no esté arreglado el divorcio, pero llamamos a una de sus tías en Newport y a través de ella lo estamos contactando. Mary quiere preguntarle muchas cosas.

—Eso es fantástico —comentó Kate con sinceridad. Era palpable el cariño que Claire sentía por su amiga; a ella le hubiera gustado haber contado con una amistad así en el instituto. Se hubiera ahorrado muchas tristezas y soledades.

—Mañana iremos al centro comercial para comprar el regalo de Laura, y desde allí llamaremos a su tía, para ver si ha podido contactar al señor Darryl. Mary está muy emocionada, y ahora me trata igual que antes —comentó la chica con evidente alegría. A Kate se le humedecieron los ojos. No obstante, al recordar la fiesta de

Laura, sintió cierta inquietud.

—¿Le has comentado algo de esto a tu padre?

—Nooo. Nada. Mary podría enfadarse de nuevo conmigo.

—No puedes ocultarle siempre las cosas, Claire.

—No, Kate. No le digas nada —expresó la niña con irritación.

—No se lo diré, solo... te aconsejaba que confiaras en él —dijo con inseguridad.

Había conseguido una gran intimidad con la niña y no quería perderla, pero debía procurar que Claire comenzara a abrirse a su padre. Trevor estaba más cerca de ella, y ante cualquier emergencia, él era quien debía actuar.

—Me ha costado mucho recobrar la confianza de mi amiga —concluyó Claire con voz trémula—. No quiero perderla de nuevo.

—Eso no sucederá, Claire. Yo podría ayudaros si fuera necesario.

—¿De verdad?

—Claro. Cuenta conmigo para lo que sea.

Por un instante hubo silencio. Kate pensó que la chica se había molestado y pensaba cortar la llamada. Si perdía su confianza, sería más difícil echarle una mano.

—Queremos viajar a Boston —declaró la niña.

—¿Qué?!

—Hemos averiguado el precio de los billetes, y pensamos faltar a clase el jueves para ir a ver al señor Sanders. ¿Podrías acompañarnos? —inquirió con voz suplicante. Era evidente que haría lo que fuera por su amiga, pero tenía miedo de hacer cierto tipo de cosas.

Kate sostuvo su cabeza con una mano. Comenzaba a sentirse agobiada.

—¿Faltar a clase? ¿No crees que tu padre se va a dar cuenta? Trabaja en el mismo instituto.

—El jueves realizarán un evento deportivo y él es uno de los organizadores; estará concentrado en eso. No notará mi ausencia.

—Claire, puede ser peligroso...

—Kate, tenemos todo organizado, no pasará nada. Iremos Laura, Mary y yo —anunció la niña. Para ella, aquella salida sería significativa. Con esa muestra de apoyo aseguraría para siempre la unión de su grupo de amigas.

—Está bien. Os acompañaré —agregó de manera impulsiva. No podía permitir que las niñas hicieran solas semejante viaje. Era una locura.

—¡Sabía que podía contar contigo! Eres la mejor amiga del mundo —exclamó Claire con alegría, aunque aquello solo empeoró el estado de Kate. Se sentó con abatimiento en un muro bajo de cemento que bordeaba los jardines de uno de los edificios de aulas.

—Yo... tengo que resolver algunas cosas de la universidad para viajar el miércoles a Providence. Por favor, Claire, no hagáis nada hasta que yo llegue —le rogó.

—Te lo prometo, Kate. Te esperaremos —prometió la niña con voz esperanzada.

Claire no era una chica que actuaba siguiendo sus impulsos, en absoluto; era muy inteligente y precavida. En cuanto se vio en la encrucijada a la que la había empujado Mary con respecto al sexo, no dudó en solicitarle ayuda a su hermano. Y ahora que su gran amiga la arrastraba a hacer un viaje solas a través de varios estados del país, había pensado enseguida en llamar a Kate para solicitarle su apoyo.

Eso le daba confianza a Katherine. Sabía que la niña no haría ninguna tontería hasta que ella llegara a Providence.

Después de unas rápidas despedidas, la joven se levantó del banco y corrió para alcanzar a sus amigos, quienes estaban tan inmersos en su conversación que no habían notado su turbación.

Esa noche, Kate pasó horas frente al espejo mientras se arreglaba para la fiesta de la universidad. Maddie no estaba para echarle una mano, pero su amiga le había dado un montón de indicaciones y la había ayudado a elegir un vestido con el que no se moriría de frío, pero tampoco pasaría desapercibida.

Se trataba de un conjunto color ciruela de falda plisada que le llegaba más arriba de la rodilla y blusa de manga tres cuartos con escote en V, adornado con un cinturón grueso de piedras brillantes que le resaltaba la cintura. El conjunto culminaba con unas botas de gamuza negra que le llegaban a la mitad de la pantorrilla.

Ella misma se realizó un maquillaje sobrio resaltando sus ojos, y se dejó el cabello suelto, con solo una pinza de brillantes como adorno en un lateral. Los mechones de cabello dorado le caían sobre los hombros y la espalda, formando suaves bucles que le daban un aire elegante y llamativo.

La fiesta que habían organizado sería semiformal: pretendía captar patrocinadores que financiaran a los deportistas que participarían en los próximos juegos de primavera, en Indiana, por lo que estaban invitadas diversas fundaciones, empresarios y personalidades de la región. La universidad se esforzaba por mostrar una imagen impecable en esos eventos para atraer, además, la atención de los medios de comunicación.

Kate estaba nerviosa. No solía asistir a ese tipo de festejos, pero en esa ocasión era diferente. Quería acompañar a Jeremy y disfrutar a su lado el mayor tiempo posible.

Cuando llegó a su móvil el mensaje de este diciéndole que ya la esperaba en la puerta de la residencia, respiró hondo y se colocó un grueso abrigo color *beige* que su amiga le había prestado, de solapa cruzada, botones gruesos y cinturón.

Salió a la fría noche con el corazón palpitándole con fuerza en el pecho.

Él, como todo un caballero, la esperaba fuera del coche. Vestía unos pantalones de sastre azul ceniza, una camisa negra cubierta por una cazadora de cuero, y con el cuello resguardado del frío por una gruesa bufanda de hilo oscuro, que le daba un toque elegante a su atuendo.

Con una inmensa sonrisa en los labios, el joven abrió la puerta del copiloto para ella.

—Su carruaje la llevará segura a su destino, bella dama.

—Oh, gracias, noble caballero —respondió ella. Antes de entrar, se acercó a él, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. Enseguida Jeremy le rodeó la cintura con ambos brazos, la aferró a él y profundizó el beso hasta robarle un gemido—. Me vas a quitar el maquillaje antes de llegar a la fiesta —lo reprendió ella, al tiempo que se afanaba por recuperar la coordinación.

—Si estuviéramos en un lugar privado, te quitaría hasta la ropa.

Ambos rieron, pero ella se alejó un paso para evitar perder el control.

—Mejor nos vamos al gimnasio, porque si no, las cosas podrían ponerse muy difíciles —acusó Kate, sabiendo que las ganas por faltar a esa fiesta y hacer una celebración privada, solo entre ellos, no pasaba únicamente por la cabeza de él.

—Lo que usted ordene, bella dama.

Con un último beso, Jeremy sofocó un poco su deseo para cumplir con su responsabilidad. Había pensado pasar un par de horas en el evento, para quedar bien con el equipo y con la universidad, y luego escaparse con Kate para disfrutar entre sus brazos del resto de la velada. Tenía una reserva esperándolo en el hotel donde la había llevado la noche anterior, un lugar que a ella le encantaba, aunque esta vez había pedido una *suite* con bañera de hidromasaje y un kit para enamorados que incluía *champagne*, fresas, *fondue* de chocolate y un aceite caliente ideal para masajes, que prometía el aumento de la libido. Algo muy especial para la persona más especial de su existencia.

Puso en marcha el coche, mientras su mente rumiaba todo lo que haría con aquellas cosas para darle a su chica el placer de su vida. Quería enamorarla, demostrarle lo mucho que la amaba, consentirla hasta el extremo, para así borrarle de la mente cualquier recuerdo amargo. Estaba dispuesto a darle más felicidad de la que ella le entregaba con sus sonrisas, con sus tiernas miradas, sus besos y su aceptación.

Al llegar a la fiesta, rápidamente se mezclaron entre los presentes. Al principio Kate se sintió agobiada por la cantidad de personas que tenía a su alrededor. Los amigos de Jeremy la saludaron como si fueran conocidos de siempre, a pesar de que la mayoría de ellos jamás le había dirigido la palabra y, de no ser por su relación con él, nunca lo habrían hecho.

Pero de la misma manera que recibía muestras de afecto, también obtenía miradas envidiosas e inquisidoras. Sobre todo, de Kristy Smith y sus amigas, quienes no perdían oportunidad para cuchuchear o hacer comentarios sugestivos sobre Jeremy cerca de ella, con intención de hacerla sentir incómoda y fuera de lugar e, incluso, despertar sus celos.

Kate se esforzaba por no dejarse dominar por los fantasmas del pasado, que se empeñaban en traerle a la mente el recuerdo de su fatídica fiesta de graduación, cuando quiso mostrarse liberal y se impuso por encima de todos sus principios y las órdenes de su padre para procurar encajar dentro de la sociedad.

Se repetía una y mil veces que ella no había venido hasta allí con la misma

finalidad, que esa vez lo hacía por Jeremy, porque si quería mantener una relación con él, debía mezclarse irremediabilmente con su mundo y congeniar con él.

Las conversaciones y la bebida hacían la noche cada vez más distendida, y la música iba volviéndose más alegre a medida que pasaba el momento en que debían mantener la compostura y dar una buena impresión.

La prensa, las personalidades y los empresarios comenzaron a marcharse, viendo que ya habían cumplido con su compromiso. Para la universidad, aquel evento resultó muy productivo: habían logrado una gran proyección, así como la obtención de ayudas para cubrir los gastos del viaje y la estancia de todos sus deportistas.

Las chicas de las diversas fraternidades que se habían encargado de organizar el evento se sentían satisfechas, pero, además, victoriosas.

Al retirarse todos los invitados de importancia y quedar solo el alumnado, comenzó la verdadera celebración. El volumen de la música subió y los ánimos se exaltaron. A Kate la arrastraron hacia la pista de baile sin una pareja específica, pues varios de los amigos de Jeremy se le acercaron para bailar con ella de manera sugestiva. Ella trataba de seguirles el paso, ocultando en lo posible su vergüenza e inquietud; no quería que la ocasión se le empañara por culpa de sus prejuicios.

Jeremy disfrutaba a más no poder: le encantaba verla tan suelta con sus amigos. Quería incluirla, hacer que se sintiera parte de su mundo; era muy importante para él. Sin embargo, había veces en que la notaba tensa, y eso comenzaba a preocuparle.

—Si tú me ayudas, podría convencerla —le imploraba Tony, uno de los compañeros de Jeremy, a Kate para que interviniera por él ante Maddie.

—Ya te lo dije: a ella no le van los hombres —declaró la chica con cierto tono de irritación. El sujeto estaba pasado de tragos y se empeñaba en pedirle que lo ayudara a ligarse a su amiga.

—Eso es porque no ha estado con hombres de verdad. Una noche conmigo le quitará su desviación.

Katherine se enfadó por el juicio emitido por el joven. ¿Llamaba «desviación» al hecho de que una persona prefiriera amar a otra del mismo sexo? Seguramente no tenía un calificativo igual de ofensivo para esos hombres que no respetaban a las mujeres, que las conquistaban para disfrutar de ellas solo por una noche e ignorarlas después, e incluso las hacían blanco de sus burlas, como habían hecho con ella.

Para ellos, ese era el comportamiento de un «hombre normal»; los que actuaban de forma contraria eran desviados o tenían poco carácter.

—¿Sabes qué, Tony? Gracias por tu compañía, pero creo que ya es suficiente por esta noche —le espetó con enfado mientras pasaba junto a él para dirigirse hacia los baños. Necesitaba un poco de soledad.

—Kate, ¿todo bien?

Jeremy la detuvo cuando estaba a punto de entrar en el pasillo de los aseos.

—Sí —le respondió ella con sequedad. Aún estaba furiosa por la charla que había tenido con ese imbécil.

—Si quieres, nos vamos —expresó él en tono conciliador. Podía percibir de lejos la incomodidad de la chica.

Minutos atrás, había decidido que era hora de marcharse. Había cumplido con lo que se requería de él en esa fiesta y quería llevar a Kate al hotel. Pero entonces Abel le convenció de que se quedara un poco más: a fin de cuentas, la fiesta comenzaba a ponerse agradable. Quería estar con sus amigos, y que Kate comenzara a entablar amistad con ellos.

No obstante, era evidente que no iba a ser un trabajo fácil. Debía darle tiempo a Kate, y no pretender que asumiera todas sus costumbres en una sola noche. La joven tenía una forma muy distinta de ser y de pensar, y además, su intención no era cambiarla, solo lograr que ambos convivieran con sus diferencias.

—No, estoy bien, solo necesito... —titubeó ella. Sabía que se estaba comportando como una tonta y no quería que él sacara una impresión equivocada, pero en ese momento estaba demasiado agobiada. Lo único que necesitaba era un poco de intimidad—. Dame unos minutos, ¿vale? —le pidió, y le dio la espalda para seguir su camino. Él volvió a retenerla.

—Kate. Cuando salgas, nos vamos de aquí.

—No.

—Claro que sí, ya he hecho acto de presencia delante de los patrocinadores.

—No, Jeremy, quiero quedarme un poco más —insistió con la mirada fija en él. No deseaba que Jeremy pensara que era una persona introvertida. Lo amaba, y por él lucharía incluso contra sus propios sentimientos.

—Está bien, tómate el tiempo que necesites. Luego hablamos —propuso el joven.

Ella asintió y, con paso vacilante, se perdió por el pasillo de los baños para escapar de su mirada. Se sentía como una idiota. ¿Por qué se empeñaba en nadar entre tiburones? Apenas tenía nada en común con esa gente, pero, aun así, se esforzaba por encajar con ellos para poder estar con Jeremy. No había otro camino, lo sabía. O dejaba de ser una tonta, o se resignaba a estar alejada de él.

Al llegar a los aseos, respiró hondo al darse cuenta de que allí no encontraría lo que buscaba: el lugar estaba lleno de chicas que entraban y salían y hacían cola para usar los servicios. En medio de un suspiro cansino, se acercó a la encimera donde estaban los lavabos y se observó en el espejo. Parecía otra mujer con ese vestido y el maquillaje; la ausencia de sus gruesas gafas le cambiaba la personalidad. La verdad, no se sentía incómoda con esa nueva faceta, le gustaba; solo la hacía sentir un poco extraña. Todo era cuestión de acostumbrarse. En una noche no lograría desechar sus hábitos anticuados, requería un poco más de tiempo. Ojalá que Jeremy lo comprendiera y supiera esperarla.

—¿Ya te aburres de la fiesta? —le preguntó una voz femenina a su espalda. Al indagar a través del espejo, descubrió a Kristy Smith detrás de ella, acompañada por dos de sus amigas—. Imagino que para ti la biblioteca debe de ser más divertida —ironizó—. Oh, claro, tiene pasillos desolados donde puedes hacer correr la

imaginación. Qué tonta soy —se reprendió a sí misma, arrancando risas en sus compañeras. Kate la observaba con fiereza, dispuesta a no dejarse afectar por sus ofensas—. Eres toda una mosquita muerta. Fue así cómo atrapaste la atención de Jeremy, ¿no? Él es un dios del sexo y tú, una dulce chiquilla, con una mente perversa.

La rubia se colocó a su lado para lavarse las manos, y una de sus amigas le pasó una toalla de papel cuando terminó. Kate advirtió que el resto de las chicas que se hallaban en el baño se alejaban o se marchaban en silencio, abandonándola a su suerte.

Se irguió para no demostrar su inquietud, fingiendo acomodarse la blusa y la falda.

—Creo que ya lo has disfrutado demasiado. Me toca a mí —sentenció Kristy con la mirada fija en ella—. Y no te interpongas en mi camino, o te sacaré los ojos, zorra —advirtió para, acto seguido, girarse sobre sus talones y abandonar el lugar con una sonrisa pérfida en el rostro.

Kate intentó mostrarse imperturbable. Simuló lavarse las manos, al tiempo que los murmullos se hacían eco a su espalda. Trató de alargar lo más que pudo el tiempo en el baño: se secó las manos con delicadeza y arregló su peinado, mientras recibía las miradas condescendientes de las chicas que entraban y salían.

Harta de la lástima de la que era objeto, regresó al salón. Buscó con la mirada a Jeremy, hasta que lo encontró cerca de la barra, en medio de un grupo de mujeres que parecía coquetear con él.

Entre ellas estaba Kristy, quien le rodeaba con un brazo la cintura y le acariciaba el pecho con la otra mano. Tenía el rostro muy cerca del de Jeremy, y parecía rogarle con gestos provocativos. Él se notaba tenso y mostraba una sonrisa algo forzada. Los celos estuvieron a punto de dominar a Kate, pero se mantuvo clavada en el sitio, respiró hondo y decidió esperar un poco antes de acercarse al grupo. Así no cometería un error del que luego se arrepentiría.

—Todas han estado con Jeremy en algún momento —le informó alguien ubicado a su lado. Al girarse, encontró a Sally, una de las compañeras de Kristy, que se dejaba besar el pecho por Tony, el cual parecía más embriagado que antes—. Incluso yo lo disfruté una vez en los vestuarios de los atletas, después de una competición. Es insaciable. ¿Contigo ha usado vibradores?

Kate sintió que la vergüenza se le arremolinaba en el rostro y se le mezclaba con la ira y la pena.

—Tenemos algo en común, chica —concluyó la mujer, y obligó a Tony a levantar la cabeza para que la besara en la boca.

Kate cerró los puños con fuerza y se encaminó hacia Jeremy, harta de todas esas tonterías. Sabía que él no era un santo, lo aceptó con sus defectos y virtudes cuando decidió mantener una relación con él, pero era momento de marcar su territorio. Sin embargo, solo pudo dar un par de pasos: alguien se atravesó en su camino y la arrolló con brusquedad, haciendo que la bebida que llevaba en la mano se derramara encima

de su vestido y le manchase toda la parte delantera.

—¡Eh! ¡¿No ves por dónde caminas, niñata?!

Kate miró ofendida su traje bañado en ginebra y luego alzó la mirada hacia Sofia Reagan, quien había asistido a la fiesta acompañada por un chico de primer año y ataviada con un ajustado vestido floreado semitransparente, que dejaba poco a la imaginación.

—¡Qué vas a ver si no llevas puestas tus horribles gafas! —se quejó Sofia alterada, llamando la atención de los presentes, quienes se giraron hacia Kate para estudiarla con desaprobación—. ¡Ubícate, cerebritito, este no es tu sitio, y nunca lo será! —escupió con rabia, y le dio la espalda para dejarla allí, en medio de las risas divertidas de todos.

Miró hacia Jeremy, pero había un muro de estudiantes curiosos frente a ella, que le bloqueaba la vista, riendo y murmurando a su costa.

Sobrepasada por la rabia y la decepción, salió del gimnasio antes de arrojar delante de todos su indignación. Buscó apresuradamente su abrigo y escapó al exterior. Ansiaba golpear algo, llorar, gritar o correr despavorida. Deseaba hacer cualquier cosa que la ayudara a controlar el flujo de emociones negativas que le corría por las venas.

Su reacción era infantil, lo sabía, pero más infantil le resultaba la actitud de los demás y ese empeño por marcar distancias y límites con otros. El mundo estaba lleno de cobardes, y aunque ella en ese momento se comportaba igual, comenzaba a sentirse saturada.

Pensó en dar un paseo en medio de la fría noche, para calmar su furia; ya se comunicaría más tarde con Jeremy. Si se quedaba en el gimnasio, le estropearía la noche y lo avergonzaría delante de sus amigos, así que lo mejor era mantenerse al margen y hacerse daño solo a ella misma.

Sin querer ir a ningún sitio en particular, echó a andar. Ya no se sentía rabiosa, pero sí deprimida, y por culpa del traje húmedo comenzaba a sentir frío. Apagó su móvil para darse más tiempo a serenarse: si hablaba con Jeremy, se pondría de peor humor. Se topó con un profesor que se disponía a regresar a su hogar en su vehículo y no dudó en pedirle que la llevara a su residencia.

Al llegar, subió las escaleras y abrió con premura la reja de la entrada que precedía al vestíbulo. Tenía un apretado nudo atorado en la garganta, que debía desahogar en privado o se volvería loca.

—¡Kate! ¡Kate!

Al escuchar la voz de Jeremy que la llamaba se le aceleró el corazón y dos lágrimas escaparon de sus ojos. Él bajó rápidamente del coche sin apagar el motor y corrió hacia ella. La mujer enseguida cerró el enrejado y se alejó un paso. No se sentía preparada para enfrentarlo.

—Kate, abre, por favor —pidió él con la respiración agitada y el rostro enrojecido por la cólera. Se agarró de la reja con ambas manos, ansiando tener el poder de forzar

las barras para quitarlas de en medio y llegar hasta ella.

Kate le respondió negando con la cabeza.

—¡Maldita sea!, no me hagas esto. Sal de ahí, hablemos —le ordenó.

—Perdóname, pero necesito estar sola —argumentó la mujer con voz trémula, haciendo lo posible por asumir una postura firme.

—Esta noche es nuestra, Kate. No permitamos que los demás nos la estropeen.

—Estoy cansada. Dame tiempo...

No pudo continuar porque él golpeó con rudeza la verja y se frotó la cabeza con las manos.

—¿¿Tiempo?! ¿¿Eso es lo que quieres?! —exclamó indignado.

Ella dio un paso con intención de calmarlo. Odiaba verlo de esa manera por su culpa, pero la angustia le impedía avanzar.

—Bien, te lo daré —expresó el hombre con el rostro endurecido, dando media vuelta para regresar al coche.

Kate se quedó allí viéndolo marcharse. Las lágrimas le corrían sin parar por las mejillas. El Kia arrancó y salió a toda prisa, dejando en el asfalto una marca de neumáticos.

Ella corrió a su habitación antes de estallar en llanto, ahogada en su pena. Sabía que lo había estropeado todo.

A la mañana siguiente, se preparó para la reunión que había concertado con la profesora Adams. No había dormido casi nada, y tenía la cara hinchada por el llanto, pero disimuló lo mejor que pudo las ojeras con un poco de maquillaje, se ató los cabellos con una cola floja, como siempre solía llevarlo, y se colocó las gafas.

Se miró al espejo, reconociendo a la habitual Katherine Gibson. Suspiró con agobio, y obligó a su mente a aceptar la sentencia de que así debían permanecer siempre las cosas.

Se colocó el abrigo y tomó su mochila para dirigirse hacia las oficinas de los docentes. En el camino, algunas personas la miraban con curiosidad, para luego reírse o murmurar a sus espaldas. Con la cabeza en alto, ella soportó todas las humillaciones. Era una experta simulando que nada ocurría. Sabía por experiencia que aquello duraría unas cuantas semanas, hasta que otro chisme más interesante la lanzase de nuevo al olvido. El lugar de donde nunca debió salir.

Al llegar a la oficina, y tras esperar algunos minutos en la recepción, le permitieron el paso a un sobrio despacho todo revestido en madera, con las paredes cubiertas por diplomas, medallas y reconocimientos académicos, y un sencillo escritorio de madera de cerezo frente a la puerta.

—Hola, Katherine, ¿qué te trae por aquí? —le preguntó la profesora Adams, quien se levantó de su cómodo sillón para recibirla con un apretón de manos.

Olivia Adams era una mujer trigueña, alta, elegante y muy inteligente, una de las

docentes con más méritos en la universidad. Formaba parte de los comités de evaluación académica, era directora de cátedra y responsable del Departamento de Extensión y Vinculación Educativa.

—Disculpe que la moleste un domingo —se excusó Kate.

—No te preocupes, esta semana es la entrega de las propuestas de tesis y tengo a varios alumnos interesados en realizar proyectos en el área de orientación educativa —aseguró, al tiempo que le señalaba a Kate la silla ubicada frente a ella—. Hoy he acordado con algunos estudiantes reunirnos aquí para las revisiones finales de sus propuestas. ¿Estás interesada en realizar una tesis centrándote en esa área? —preguntó mientras ocupaba de nuevo su asiento.

—En realidad, no. Ayer diseñamos las propuestas que presentaríamos al comité evaluador. Mi asunto es... personal.

Adams la miró con extrañeza.

—Tú me dirás.

Kate respiró hondo y se irguió en el asiento.

—Verá, tengo una vecina de doce años llamada Claire, que está sufriendo acoso en la escuela por parte de una de sus mejores amigas, llamada Mary, quien la incita a que pierda su virginidad —explicó—. Descubrí que la razón que motivaba a Mary era por su reciente situación familiar. Sus padres se separaron y él se ha mudado a Boston con su nueva familia, sin darle a ella explicaciones y sin despedirse. Lo peor es que su madre prohíbe que ambos tengan ningún tipo de contacto hasta que no hayan firmado el divorcio y se establezcan las condiciones y los horarios de las visitas.

Olivia Adams se relajó en su sillón y apoyó los codos en el reposabrazos, entrelazando las manos frente a su rostro.

—Esa situación afectó mucho a Mary, y le produjo una especie de envidia al ver que su amiga sí tenía un padre que la apoyaba y acompañaba siempre. Así que intentó que Claire cometiera malas acciones con la intención de que su padre se decepcionara; también humillaba al hombre en público, para que Claire sintiera vergüenza de su padre y se alejara de él.

—... Y así, ambas estarían en la misma condición —sentenció Adams.

—Exacto. Al notar lo que ocurría se lo comenté a Claire, y ella, como adora a su amiga a pesar de los problemas que han tenido, decidió acercarse a Mary y ayudarla a contactar con su padre. Esto renovó la relación entre ellas, la violencia y las ofensas parece que han desaparecido, pero Mary sigue empujándola a cometer locuras.

—¿Como cuáles? —preguntó Adams, cada vez más interesada en el tema.

—Han planificado juntas un viaje a Boston para localizar al padre de Mary. Lo harán a espaldas de sus padres y faltando de clase.

La docente suspiró y dejó las manos sobre su regazo.

—¿Y eso te lo contó Claire?

—Creo que, aunque está asustada por la aventura, está dispuesta a hacerlo solo por recuperar a su amiga, pero no desea hacerlo sola.

—¿Te ha invitado a ti?

Kate asintió.

—Bueno, Katherine, eso tiene toda la pinta de ser un problema familiar que debe resolverse conversando con los padres de ambas, sobre todo, con los de Mary. Las niñas actúan de esa manera porque les falta una figura de autoridad, se sienten solas y eso las empuja a tomar decisiones —explicó Adams con seguridad—. A los doce años actuamos más por impulsos y corazonadas que por análisis. La adolescencia es una etapa explosiva que, si no es controlada en sus inicios, puede escapárenos de las manos con facilidad.

—Eso lo comprendo, profesora —agregó Kate—. No les he dicho nada porque le prometí a Claire no comentar ese asunto ni con su padre ni con los de Mary; esa fue la condición para que confiara en mí. Y aunque pretendo reunirme con ellas para evitar que hagan ese viaje, no sé cómo hacer para que Mary deje de afectar a Claire. Ellas viven en Providence y yo sé de su problema porque Claire me lo cuenta, pero si Mary nota la influencia que tengo sobre su amiga y decide alejarme de ella, la empujará a hacer locuras peores y no podré detenerla.

La mujer suspiró y se incorporó en su asiento para apoyar los brazos en el escritorio y mirar con atención a la joven.

—Has dado un paso muy importante, Katherine, y es establecer un canal de comunicación con Claire. Las víctimas de acoso tienden a sentirse culpables de lo que les ocurre, y para evitar que las etiqueten o las castiguen, se cierran y sufren en silencio su dolor. Has logrado que Claire se abra a ti y te confíe sus cosas; ese es un avance significativo y por nada del mundo debes perder esa confianza.

Las palabras de la mujer le pusieron los pelos de punta a Kate. Ella sabía por experiencia propia lo mal que lo pasaba una víctima de acoso; por eso no quería abandonar a la niña.

—Es muy bueno lo que has hecho con la chica, al ayudarla a comprender la situación de su amiga y propiciar el acercamiento entre ellas, en vez de alejarla para evitar más violencia o motivar la venganza. Pero debes hablar de lo que ocurre con algún maestro de la niña, o un directivo de la institución, para alertarlos y que ellos te ayuden a solventar el conflicto desde la escuela, que es el sitio idóneo para ello después del hogar. Tú no estás cerca, y si no se resuelve el problema familiar de Mary, la actitud de la pequeña empeorará y el acoso podría continuar.

Kate bajó la mirada. Entendía que no podía ayudar siempre a Claire desde la distancia; la niña necesitaba una guía más cercana, y su amiga también.

—Puede que la situación de Mary sea tan delicada que merezca la intervención de un psicólogo, o un orientador especializado en el tema. Por lo poco que me cuentas, se necesitaría incluso la intervención de un abogado, que defienda sus derechos en cuanto a mantener el contacto con su padre, aunque él viva en otra ciudad y con otra familia. Pero me has dicho que la chica también obliga a Claire a perder la virginidad. —Adams esperó a que Kate le confirmara con un asentimiento de cabeza para

continuar—. Eso quiere decir que ella ya ha iniciado su sexualidad, y ese hecho, a su edad y sin una guía, pudiera ser perjudicial.

Kate se llenó los pulmones de aire para asimilar todo aquello.

—Y no hablo solo de los problemas físicos que pueda acarrear, ni de embarazos o enfermedades sexuales. Hablo de los problemas emocionales que esto conlleva. Mary es una niña en pleno desarrollo, que además sufre el trauma por un hogar fragmentado, la lejanía de su padre y la reacción negativa de su madre. Está pasando por un momento vulnerable, y si a eso se le suma el inicio de relaciones sexuales, pudiéramos estar creando una bomba de relojería que podría estallar en cualquier momento. —Kate escuchaba las sentencias de la mujer en un silencio sepulcral, con el corazón retorcido en el pecho por la pena—. Si fue obligada a tener sexo, puede estar sufriendo un sentimiento de culpabilidad y baja autoestima, que la llevaría a experimentar ira, furia y violencia para paliar esa situación, sobre todo, si fue traicionada o vejada. Esas reacciones podría dirigir las hacia sus amigos o allegados, ya que no puede hacerlo contra del verdadero culpable.

Adams se recostó de nuevo en el respaldo para emitir su juicio final.

—El problema familiar es como una mecha que ha ido creciendo alrededor de la chica y la deja a merced de otros problemas mayores, como las drogas o el alcohol —agregó la mujer—. En el caso de Mary, el sexo podría haber sido lo que produjo la chispa que encendió esa mecha, y creó un fuego que la volvió violenta y arrogante. ¿Quieres evitar que Mary siga influyendo de forma negativa en Claire? En ese caso debes ocuparte de que el ambiente de la niña cambie. Que esa llama se apague, y que la chica reciba la atención necesaria para enfrentar sus problemas. Si eso no ocurre, créeme que Claire no será la única víctima de su acoso —concluyó con seriedad.

—Entonces, ¿me aconseja hablarlo con sus profesores? —preguntó con un nudo en la garganta. Si lo hacía, Trevor se enteraría de la situación antes o después, dado que él trabajaba en la misma escuela.

—Aconsejo que tú, como la futura docente que pronto serás, promuevas en el instituto campañas *antibullying* con miras a dar apoyo a todo el alumnado, aunque en realidad esté dirigida a una persona en particular. Así evitas que Mary se sienta señalada mientras le haces llegar la ayuda que necesita, y no rompes la promesa que le hiciste a Claire, cuidando que el canal de comunicación no se rompa. Ahora más que nunca, ambas niñas te necesitan.

Kate suspiró hondo y evaluó aquella posibilidad.

—Te recomiendo que te pongas en contacto con el personal de la institución —agregó Adams— que te ayude a crear vínculos con el resto de los docentes y los directivos. De esa manera todo resultaría más fácil.

La joven asintió. Ya tenía en mente la persona con la que hablaría, aunque no estaba segura de si él aceptaría prestarle su colaboración.

—¿Por qué no incluyes este tema como propuesta de tesis? —expresó la mujer con una sonrisa en los labios—. Freddy es experto en inclusión escolar y Maddie es

muy buena manejando la tecnología, pudieran no solo cubrir el acoso en el aula, sino también el *ciberacoso* o *ciberbullying*, como es más conocido, que es un problema muy común en los adolescentes de esta época, ya que la gran mayoría hace uso de las redes sociales.

—Suenan interesantes —expuso la joven con sinceridad.

Trabajar sobre el *bullying* la ayudaría a comprender aún mejor la situación de Claire y le otorgaría las herramientas necesarias para evitar ese asunto, además de superar sus propios traumas.

—Ese es un tema actual a nivel educativo en nuestro país, Katherine. Podrías sorprender al comité evaluador. Ha habido muchas muertes de adolescentes por esa causa en los últimos años, no solo suicidios, sino también asesinatos, y siguen presentándose casos —comentó Adams con el rostro serio—. Si decidís llevarlo a cabo, me ofrezco como vuestra tutora.

Kate sonrió.

—Gracias, de verdad, no tiene idea de lo mucho que me ha ayudado hoy —le dijo y, al levantarse de la silla, le tendió una mano a la profesora.

—Tú lo has hecho todo, yo solo te di algunas ideas —respondió la mujer estrechándosela—. Si necesitas algo más, no dudes en avisarme. Y manténme al tanto de los avances con Claire y Mary. Tengo algunos amigos especialistas en orientación escolar en Providence, tal vez podrían echarle una mano.

—Muchísimas gracias, la tendré informada.

Después de despedirse una última vez, Kate regresó a la residencia. Al menos tenía un soplo de esperanza que le calentaba el pecho entumecido por la pena. Esperaba que eso fuera suficiente para llevar a cabo su tarea, porque el caso lo merecía.

Al llegar a la habitación, se tumbó de espaldas en la cama, agotada, con el alma hecha trizas por la ansiedad. Las lágrimas le salían de manera involuntaria, y por más que se esforzara, no era capaz de controlar sus emociones.

Se sobresaltó al escuchar que abrían la puerta de forma brusca y la cerraban de igual manera. La figura de Maddie apareció en su radio de visión.

La chica dejó caer su pesada mochila al suelo y se detuvo junto a la cama de su amiga con los brazos cruzados en el pecho.

—¿Qué demonios sucedió anoche? —preguntó con irritación.

Kate no pudo responder, se limitó a dejar que más lágrimas le corrieran por las sienes.

Maddie relajó la postura y se sentó a su lado.

—Lo eché todo a perder —reveló Kate con la voz entrecortada.

—¿Tú?

—No le permití que habláramos. Lo dejé afuera, del otro lado del enrejado, como si fuera un extraño.

—¿Te preocupas por Jeremy? —inquirió su amiga con asombro.

—Le pedí tiempo y él se fue molesto. No lo volveré a ver más. Se acabó, Maddie, lo he perdido —concluyó, y se ovilló de lado en la cama para llorar a rienda suelta.

Maddie puso los ojos en blanco y se frotó el rostro desconcertada por aquella reacción.

—Acabo de llegar a la universidad y varios estudiantes me han contado que Kristy Smith te amenazó en el baño del gimnasio, y Sofia Reagan te tiró un vaso de licor barato encima y te gritó delante de todos, y tú, en vez de partirles la cara a ese par de golfas, saliste corriendo de la fiesta como un perro apaleado —se quejó enfadada—. ¿Y ahora estás aquí, preocupada porque Jeremy Collins podría estar molesto?

—¡Él me siguió para que habláramos, y yo no le dejé! —masculló la joven en medio de su llanto.

—Te juro que si a estas alturas del día Jeremy no ha hecho nada para defenderte, le cortaré los brazos para que no pueda nadar nunca más en su vida —dispuso la chica furiosa, y se levantó para tomar del suelo su mochila y lanzarla encima de su cama.

Kate se incorporó rápidamente hasta quedar sentada sobre el colchón.

—¿Defenderme? ¿De qué hablas?

—De que anoche fuiste humillada por un par de idiotas por su culpa y ahora estás en boca de toda la universidad. Si él te ama tanto como dice, debería haber puesto a esas tías en su lugar. Si aún no lo ha hecho, lo haré yo, pero después lo pondré a él en su sitio —acusó Maddie señalando a su amiga con un dedo para reforzar su advertencia.

Kate abrió la boca y los ojos con espanto. No había considerado aquella posibilidad.

—Jeremy debe cuidar su imagen. Pronto se celebrarán los juegos de primavera y tiene a varios promotores importantes financiando su carrera. No puede andar por la universidad montando ese tipo de escándalos —apuntaló Kate sin llorar, pero con la angustia contenida en el pecho.

—Jeremy debe cuidar de su novia y de su relación, si es que de verdad va en serio —recalcó Maddie—. Y anoche, Katherine Gibson, esas pelanduscas no solo lograron humillarte, sino que se atrevieron a meter las narices en vuestra relación, y tú se lo permitiste —agregó, y volvió a señalarla con un dedo acusador—. Ellas no aman a Jeremy, lo quieren solo para tener un rato de sexo. Él se ha interesado por otras mujeres, pero nunca las ha dejado a ellas de lado, porque lo que busca en todas es lo mismo: sexo. Pero contigo es diferente. Tú no solo lo estás alejando de ellas, sino que le estás cambiando las costumbres. Sin embargo, ¡es muy fácil sacarte del medio! —enfaticó con las manos alzadas hacia el techo.

Kate dirigió la mirada entristecida al suelo, arrepentida de haber reaccionado como la chiquilla que siempre fue en el instituto, que se encerraba en sí misma cuando la acosaban. Ya era una mujer y llevaba todas las de ganar en esa situación.

Jeremy la amaba, se lo había repetido muchas veces, y ella, sin embargo, lo había abandonado ante el primer inconveniente que se presentó.

Nadie la respetaría si ella no se respetaba primero, ni él la amaría como se merecía si ella no cuidaba de ese amor. No podía perder la dignidad, debía ser una mujer fuerte. La debilidad lo único que había logrado era volverla cada vez más dependiente.

Se levantó decidida de la cama y entró al baño para lavarse la cara y arreglarse.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Maddie aún furiosa.

—Iré a recuperar al amor de mi vida —sentenció la chica.

CAPÍTULO 17



Kate entró apresurada al complejo acuático y buscó con la mirada a Jeremy. Ese día había poco movimiento en las piscinas, solo algunos jóvenes practicaban brazadas dentro del agua, o conversaban en los alrededores. Al no divisarlo, estuvo a punto de regresar para dirigirse a los edificios de la fraternidad, donde él tenía su residencia, pero se topó con Tony, el joven que la noche anterior la había molestado para que lo ayudara a conquistar a Maddie.

—¡Kate! —la saludó sorprendido—. Me alegro de verte. Necesitaba hablar contigo.

Ella suspiró. Seguro que volvería a incordiarla con el tema de su amiga.

—Ahora no puedo, Tony, tengo que encontrar a Jeremy urgentemente —respondió, y se giró sobre sus talones para salir de la instalación.

—¡Está en el despacho del entrenador! —le notificó, logrando que ella se detuviera y lo mirara a los ojos—. Llevan algo más de una hora reunidos... por lo que sucedió anoche.

Ella abrió los ojos y sintió que el corazón se le detenía en el pecho.

—¿Qué sucedió anoche?

Él alzó los hombros con indiferencia.

—La pelea que ocurrió después de la fiesta con los chicos de primer año.

Kate por poco cae desmayada al suelo. Aquello, sin duda, mancharía la carrera deportiva de Jeremy. Al ver su cara de preocupación, Tony se obligó a agregar:

—Por eso necesito conversar contigo. Quiero pedirte disculpas por lo que te dije anoche, y por no haberte defendido cuando Sofia te ofendió.

Ella procuró recuperar el ritmo de su respiración.

—No te preocupes —le dijo agitando una mano frente a él con indiferencia—. ¿Puedo esperar a Jeremy en el complejo?

—Claro. Quédate en el pasillo de las oficinas si quieres, ahí hay unos bancos

donde puedes sentarte a esperarlo. Ya deben de estar a punto de salir —notificó él. Ella se encaminó hacia allí, pero el joven la detuvo—. Kate, le prometí a Jeremy que te pediría disculpas. Si te reúnes con él, ¿le dirás que cumplí con mi parte?

—¿Tu parte?

—Ayer discutí con él por lo que sucedió. Yo estaba bastante borracho, no coordinaba ni mis acciones ni mis palabras. Fue culpa mía que entraras molesta al cuarto baño, donde Kristy te amenazó.

Kate se llevó las manos a la cabeza, realmente preocupada. ¿Hasta qué punto habían llegado los rumores?

—Tony, ¿qué sucedió ayer? Necesito que me lo cuentes con pelos y señales.

Él volvió a alzar los hombros con indiferencia.

—Jeremy regresó colérico después de ir a buscarte. Enseguida comenzó a averiguar lo que había ocurrido, y muchos estudiantes no dudaron en darle detalles —reveló—. A mí y a varias de las chicas nos exigió explicaciones. Luego tuvo una fuerte discusión con Kristy en el aparcamiento, y la dejó llorando y suplicándole perdón. Después fue a por Sofia, pero ella se había rodeado de los chicos de primer año para que la defendieran, ya que sabía que iría a por ella. —Hizo una pequeña pausa para tomar aire antes de proseguir—. Cuando Jeremy se acercó a Sofia, el joven que dice ser su novio se lanzó encima de él para golpearlo. Estaba ebrio y Jeremy se defendió sin problemas, pero enseguida se sumaron otros, y muchos de nosotros nos metimos en la pelea para apoyarlo. Se armó una buena —concluyó Tony con una sonrisa traviesa en los labios.

Kate se frotó el rostro con agobio.

—¿Y dices que la reunión con el entrenador se debe a esa pelea?

—Sí, es para reprenderlos por lo ocurrido. Como los de la prensa ya se habían ido, la cosa no trascendió de la universidad; de lo contrario, se habría perdido todo lo que se recaudó durante la fiesta.

—Oh, Dios mío —masculló Kate con el corazón palpitándole en la boca. Por su culpa, ahora Jeremy podría recibir un serio castigo—. Gracias por aclararme las cosas, Tony, pero ahora necesito localizar a Jeremy.

—Kate, ¿le dirás...?

—Le diré que me pediste disculpas de rodillas y con lágrimas en los ojos.

El hombre sonrió satisfecho.

—¡Gracias! —le gritó mientras ella corría hacia el pasillo de las oficinas.

—¿Estás seguro de esa información? —le preguntó Jeremy a Abel con el rostro endurecido por la preocupación.

Hacía unos minutos que habían salido de la reunión con el entrenador, y conversaban en el pasillo sobre los chicos del equipo de fútbol del instituto donde estudiaba Claire.

—Me lo han confirmado tres personas distintas —le aseguró. Abel se inclinó hacia él para hablarle en tono confidencial—. Con ese tipo hay que andarse con mucho ojo. Es muy vengativo y violento, y se puede enfadar por lo que está haciendo tu padre.

Jeremy apretó la mandíbula y observó a su amigo con la cólera reflejada en la mirada.

—Creo que tendré que viajar a Providence.

—Me voy contigo.

—¿Estás loco? Esta semana tenemos un parcial con Don Corleone —explicó, haciendo referencia al profesor de Psicología del Deporte—, y debemos presentar las propuestas de la tesis.

—Tú vas a faltar.

—Es diferente, Abel; esto es asunto mío.

—Y yo soy tu amigo, además —completó el moreno—. Ryan me debe unas cuantas, es hora de cobrarme mi deuda.

Jeremy suspiró.

—Tendríamos que reunirnos hoy mismo con los profesores para justificar las faltas de asistencia, y presentar mañana las propuestas de la tesis antes de marcharnos.

—Hablemos con el entrenador. Él siempre nos ha echado una mano.

—No, ya le hemos ocasionado muchos problemas con lo de anoche... —rebatía Jeremy con pesimismo, pero no pudo agregar nada más, porque su amigo lo interrumpió.

—¡Kate! —saludó Abel.

Jeremy enseguida se giró hacia la joven, y al tropezar con su dulce y turbada mirada, sintió que todo su organismo se revolucionaba.

—Kate —murmuró con anhelo al verla. Ella se acercó con timidez.

—Hola —lo saludó primero a él, y luego, con sus ojos aún clavados en su chico, se dirigió a su amigo—. ¿Cómo estás, Abel?

—Muy bien —respondió este algo incómodo, la pareja compartía una mirada ansiosa y parecían haberse olvidado de su presencia—. Bueno, iré a... cazar mariposas —dijo buscando confirmar sus sospechas: Kate y Jeremy estaban tan embebidos en sus asuntos que eran incapaces de atender a los sonidos que se producían a su alrededor. Se alejó sin despedirse, y con una sonrisa divertida en el rostro.

—¿Cómo...? —Jeremy quería saber cómo se encontraba ella, pero las palabras no le salían. Se sentía demasiado ansioso como para perder el tiempo con preguntas triviales. Lo que deseaba era abrazarla y besarla, rogarle que lo escuchara. Que le diera otra oportunidad.

—Perdóname —expresó Kate con la voz ahogada. Él sintió que el mundo se le derrumbaba, más aún al ver sus profundos ojos turquesa nublarse de lágrimas.

Enseguida acortó la distancia que había entre ellos y la abrazó con fuerza. Se hundió en su cuello aspirando el aroma de su chica. La había extrañado más de lo que nunca había extrañado a nadie; incluso sintió miedo. Temía que ella no quisiera volver a verlo.

Kate se aferró a la cintura de él y se embriagó con su olor y su calor. Se esforzó por no llorar. Tenía el corazón hecho pedazos.

—Perdóname tú a mí por ser tan idiota —le rogó Jeremy sobre su piel, sin relajar el abrazo.

—No, fui yo la...

Él detuvo su lamento al separarse un poco de ella para tomarle el rostro entre las manos y obligarla a mirarlo. Jeremy tenía el rostro enrojecido y tenso, tanto por la pena como por la rabia, y los ojos le brillaban con intensidad.

—No te atrevas a echarle la culpa, Kate. Fuiste solo una víctima, y yo un imbécil por no darme cuenta de lo que estaba ocurriendo y actuar con rapidez.

—Jeremy...

Ella no pudo expresar su punto de vista porque el joven le cerró los labios con sus pulgares. Como siempre, la chica quería cargar con toda la responsabilidad para que él no se sintiera culpable.

—Te juro, por mi familia, que nunca volveré a permitir que te humillen.

Dos lágrimas escaparon de los ojos de la chica, que él se apresuró a secar con sus besos. Pero al sentir movimientos en el pasillo, se tensó.

—Vámonos de aquí. Necesito estar a solas contigo —le dijo, y le pasó el brazo por encima de los hombros para salir del recinto.

Poco después llegaban a un hotel, un lugar discreto situado a pocos minutos de la universidad. No era tan elegante como el que solían visitar, pero era igual de limpio y confortable. Jeremy estaba demasiado ávido como para hacer un viaje más largo, no quería perder ni un solo segundo para estar en los brazos de su chica.

La amó con tanta suavidad e intensidad que en ciertos momentos Kate creyó estar a punto de desfallecer. Sus expertas manos exploraron cada rincón de su cuerpo, recorrido seguido muy de cerca por sus labios, que no se cansaban de besar aquella piel aterciopelada, sobre todo, la zona donde tenía el tatuaje de las gaviotas.

Su lengua inquieta se sumergía a gusto en cada una de las cavidades de la mujer; la saboreaba a placer, logrando producirle millones de sensaciones indescriptibles.

La poseyó con anhelo, disfrutando de los sonidos que provocaban los cuerpos al rozarse y de los gemidos ahogados que ella emitía. Sumergió los dedos en los cabellos de Kate, hasta llegar al cuero cabelludo, y se aferró con firmeza a ellos mientras su cuerpo convulsionaba junto al de ella, en un poderoso orgasmo.

Se mantuvieron unidos por un tiempo indefinido, en espera de que los espasmos pasaran y la respiración se relajara. Jeremy permaneció sereno mientras la sangre le regresaba a la cabeza, para pensar con claridad, pese a que el deseo parecía decidido a no permitirselo: acababa de culminar y ya sentía unas ganas irremediables por

devorarla de nuevo.

Se apartó con cuidado de ella y salió de la cama hacia el pequeño baño con intención de asearse y quitarse el preservativo. Finalmente regresó junto a la chica y se recostó a su lado.

—Kate, ¿puedo pedirte un favor muy grande? —susurró junto a su oreja.

Un escalofrío recorrió a la chica de los pies a la cabeza; ese hombre la volvía cada vez más sensible.

—Dime.

—No vuelvas a poner, nunca más, un obstáculo entre nosotros.

Ella abrió los ojos y acarició la mano que él tenía sobre su vientre. Pensaba que se refería al hecho de pedirle tiempo cada vez que discutían.

—¿Hablas de...?

—De la maldita reja de tu residencia —contestó él con cierto tono de irritación—. Juro que si vuelves a dejarme afuera, la voy a tirar abajo sin importarme las consecuencias.

Ella dibujó una sonrisa en su rostro, pero evitó mostrar su diversión, ya que el joven parecía realmente enojado.

—Perdona. Es que sé lo insistente que puedes llegar a ser, y yo en ese momento no me sentía muy bien.

Jeremy se incorporó en la cama para mirarla a los ojos.

—Eso lo entiendo, pero no puedes huir cada vez que tengamos una pelea. No me gusta dejar para otro momento los temas importantes, y tú, ahora, eres lo más importante en mi vida.

La chica se enterneció ante esas palabras, alzó una mano y le acarició una mejilla.

—Tú también eres lo más importante para mí, por eso te prometo que cambiaré. Me esforzaré por ser más valiente.

—Amor, comprendo por todo lo que has pasado, y sé que esa es una reacción que has debido adquirir para defenderte. Solo quiero que entiendas que ahora no estás sola. Yo estoy contigo. Quiero protegerte, ayudarte y acompañarte siempre.

Los ojos de Kate se humedecieron por la emoción. Quería decir tantas cosas..., pero tenía la alegría anudada en la garganta. Jeremy inclinó el rostro y la besó con intensidad, bebiéndose cada una de sus emociones y suspiros. Al detenerse, dejó la frente apoyada en la de ella mientras recuperaba la respiración.

—Confía en mí, Kate, y no vuelvas a dejarme afuera —expresó, esta vez, refiriéndose a su vida. Sabía que seguirían presentándose obstáculos en el camino, porque ambos poseían caracteres diferentes y provenían de mundos muy distintos, pero nunca lograrían superarlos si no se abrían el uno al otro.

Ella lo tomó por la nuca y lo acercó a su boca para darle un beso firme.

—Lo haré, te lo prometo —le garantizó, por lo que él la abrazó con satisfacción.

Después de regalarle más besos y tiernas caricias, Jeremy se tumbó de costado sobre el colchón, frente a ella. Kate se giró para poder mirarlo a los ojos.

—Esta semana viajaré a Providence —notificó él, sin dejar de acariciarle los cabellos.

—¿Cuándo?

—No sé. Si fuera por mí, me iría hoy mismo, pero tengo algunos compromisos que solventar en la universidad. Como muy tarde, el miércoles después de comer.

—¿Y las prácticas de natación?

—Nos dieron esta semana libre para terminar las evaluaciones. La próxima, en cambio, tendremos un calendario copado, que incluye hasta los fines de semana.

—Pero..., en la reunión de hoy, ¿no os riñeron por lo que sucedió ayer?

Jeremy torció el rostro en una mueca de disgusto.

—Bueno, el entrenador nos ha llamado la atención por la pelea, pero no ha cambiado la programación. Solo quería echarnos una charla sobre el comportamiento ideal de un deportista.

Por un momento se quedaron en silencio, mientras él repasaba con la punta de un dedo el perfil de los labios femeninos.

—¿Y por qué vas a ir a Providence? —preguntó finalmente ella.

—Le conté a mi padre todas mis averiguaciones sobre el problema de los chicos del equipo de fútbol del instituto. Él y varios profesores han decidido celebrar una jornada recreativa y deportiva para intentar solventar el conflicto entre ellos y tocar de alguna manera indirecta el tema de la apuesta. Son chicos jóvenes, que necesitan de guía y asesoría para que puedan comprender lo que hacen mal y tomen mejores decisiones —narró él con seriedad—. El problema es que me han dicho que quien los anima a realizar aquel reto es Ryan, el hermano de Eric Graham; un chico bastante conflictivo que hace poco salió en libertad condicional y pretende, además, aprovecharse de esa apuesta.

—¿Cómo? —preguntó Kate con preocupación.

—Al parecer, el objetivo del juego es captar chicas para la red de prostitución de Ryan. Algunas de esas niñas tienen un carácter débil, están ansiosas de popularidad, y a los muchachos no les resulta difícil convencerlas para que participen y tengan relaciones sexuales con ellos. Luego Ryan se encargará de chantajearlas y obligarlas a que sigan haciendo lo mismo, pero esta vez con tipos dispuestos a pagar por ello. Conoce muy bien ese negocio y dicen que tiene muchos clientes interesados —reveló Jeremy—. En la fiesta de Laura piensan contactar con las chicas de primer año a las que considera más fáciles de manipular.

—¡Pero eso es horrible! —expresó Kate con angustia.

—Papá no sabe nada de eso —continuó Jeremy con seriedad—, pero Ryan sí sabe que mi padre está interviniendo para que los chicos desistan de esa apuesta. Temo que quiera hacerle daño para impedir que actúe; es un tipo peligroso.

Kate se mordió los labios y abrió desmesuradamente los ojos.

—El asunto es más serio de lo que imaginaba.

Jeremy se acostó de espaldas al colchón y miró al techo con abatimiento.

—Ojalá solo sean especulaciones mías, pero aun así, quiero estar alerta. Por eso viajaré a Providence —recalcó, y dirigió sus ojos de nuevo a Kate—. Ayudaré a papá con la actividad y me mantendré vigilante. Además, quiero estar allí para cuando hagan esa fiesta. No puedo impedirle a Claire que se reúna con sus amigas, pero no permitiré que nadie la lastime.

Ella respiró hondo y pasó un dedo por la mandíbula del hombre.

—Yo también debo viajar a Providence, y tengo pensado hacerlo el miércoles.

—¿Y eso? —consultó Jeremy con el ceño fruncido.

—Claire me llamó ayer. Al parecer, ha conseguido resolver sus diferencias con Mary. —Él la observó aún más desconcertado—. Yo le conté lo que había averiguado sobre la situación de Darryl Sanders, y mis sospechas de que esa podía ser la causa de la envidia que Mary sentía hacia ella. Claire abordó a su amiga durante la semana, y se ofreció a ayudarla a ponerse en contacto con su padre, y Mary aceptó de buena gana. —Jeremy relajó las facciones y observó a su chica con orgullo—. Eso era lo que la niña necesitaba, alguien que la comprendiera y la consolara, pero, sobre todo, que la auxiliara en su problema.

—Eres una *genia* —expresó él. Kate sonrió con poco ánimo.

—No tanto. Mary y Claire han vuelto a ser grandes amigas, pero Mary no está bien.

—¿A qué te refieres? —preguntó con extrañeza.

—Mary convenció a Claire de hacer juntas un viaje a Boston para localizar a Darryl.

—¡Mierda! —masculló Jeremy, regresando la mirada al techo.

—Pretenden escaparse el jueves del colegio, aprovechando que hay una actividad deportiva y Trevor estará muy ocupado. Claire me llamó para informarme, y también para pedirme que las acompañara. Ella en realidad tiene miedo de realizar ese tipo de aventuras, pero, con tal de mantener la amistad con Mary, sería capaz de cualquier cosa...

—... Incluso, de entregar su virginidad a algún oportunista si esa estúpida se lo pide —completó Jeremy. Kate prefirió no realizar ningún comentario; sabía que él tenía mucha razón—. ¡Maldita sea! Mary está enamorada de Eric y Eric, presionado por su hermano, puede pedirle a ella que acceda a las exigencias de Ryan para quitárselo de encima, y Mary arrastrará a Claire —dedujo. Se frotó con cansancio el rostro.

—Pienso evitar de alguna manera que hagan ese viaje, pero aún no sé cómo abordar el tema de la fiesta —comentó Kate—. Claire está muy ilusionada porque ha recuperado a su amiga y por nada del mundo quiere perderla de nuevo.

Ella, al ver el rostro rígido y desesperado de él, le acarició el pecho con una mano, anhelando hallar una solución factible para eliminar de su vida lo que le angustiaba.

—Te juro que haré todo lo posible para evitar que le hagan daño.

Jeremy se giró hacia Kate y le plantó un beso profundo en los labios.

—Gracias —le dijo—. Sin ti, estaría perdido.

—No me agradezcas nada. Hace unas semanas me comprometí contigo para ayudarte con tu hermana —señaló, y alzó el dedo meñique, para recordarle la forma en que él le había exigido que firmaran el pacto. Jeremy sonrió y entrelazó su meñique con el de ella.

—Lo recuerdo —le dijo, y estiró el resto de los dedos para entrelazar toda la mano, como lo había hecho en aquella ocasión—. Recuerdo cada instante que hemos compartido juntos. Este tiempo ha sido el mejor de toda mi vida, gracias a ti.

Con una gran sonrisa de satisfacción grabada en sus rostros, ambos se enredaron nuevamente entre las sábanas, para amarse el mayor tiempo posible antes de tener que salir de aquel lugar mágico para enfrentar la realidad.

Esa noche, después de haber pasado horas reunida con Freddy y Maddie diseñando la nueva propuesta de tesis que les sugirió la profesora Adams, Kate bajó a la lavandería de la residencia para hacer la colada.

Mientras el aparato cumplía su ciclo, ella se sentó en un banco y tomó su teléfono móvil para llamar a casa.

Se sentía inquieta. La última conversación que mantuvo con su padre no había sido nada agradable. La relación con él se tensó desde que ella comenzó a relacionarse con Jeremy, aunque sabía que en algún momento eso debía suceder. Su padre la trataba como si fuera una niña pequeña que necesitaba que la controlaran. Si aspiraba a tener algo de autonomía, debía hacerle entender que era una mujer capaz e independiente, poseedora de un gran carácter gracias a sus enseñanzas.

—¿Hola?

Fue Martin Gibson quien respondió directamente la llamada. Kate sintió que el corazón le saltaba en el pecho al escuchar la voz vibrante de su padre.

—Hola, papá —respondió con firmeza. No debía mostrarse intranquila.

—Katherine, ¿va todo bien?

—Sí, papá. Llamaba porque necesito que me hagas un favor. ¿Estás ocupado? Es que es un poco largo de contar.

El hombre guardó unos segundos de silencio, inquietando más a la chica.

—¿Qué ocurre?

Kate respiró hondo antes de narrarle con lujo de detalles la situación de Claire Collins y Mary Sanders. Le habló de lo que le había confesado su madre, la asesoría que recibió de la profesora Olivia Adams, e incluso, de las últimas conversaciones que había tenido con la hermana de Jeremy. Por último, mencionó el conflicto que había entre los chicos del equipo de fútbol y la fatídica apuesta que habían hecho, así como la intención de Trevor Collins de resolver esa situación con la jornada recreativa y deportiva que se realizaría el próximo jueves. Lo único que obvió fue la parte sobre Ryan, el hermano de Eric, pues Jeremy aún tenía que confirmarla.

—¿Y en qué habías pensado? —inquirió Martin después de haber escuchado con

atención toda la historia.

—Podrían realizarse sesiones sobre el *bullying* escolar en cada aula. Yo puedo enviarte por *e-mail* artículos con los casos más conocidos de acoso ocurridos en el país y en otras partes del mundo, para que los chicos debatan sobre ellos y desarrollen propuestas para evitar esos hechos. Con esas conclusiones podrían elaborar murales que se expongan en las aulas —explicó Kate—. El jueves yo iría con Freddy y Maddie para organizar una jornada de elaboración de carteles con eslóganes *antibullying*, para ponerlos también por todo el centro, y podríamos realizar un debate final en el comedor con todos los estudiantes.

—Eso suena muy bien —alabó con sinceridad Martin.

Como docente, comprendía que lo que le confesaba su hija era una situación delicada que podría empeorar rápidamente si no se tomaban, cuanto antes, las medidas necesarias. El instituto podría transformarse de la noche a la mañana en un hervidero de acosos entre estudiantes, situaciones que, él sabía, casi siempre terminaban en horribles y desgarradoras tragedias.

—El asunto es que no solo debemos tratar con los niños. Necesitamos llegar a los padres, para que comprendan lo que sucede y también tomen sus medidas. No hacemos nada con evitar el *bullying* en las escuelas si en la calle los chicos siguen teniendo el mismo comportamiento. Los padres deben estar alerta y apoyarnos en la campaña.

—Se podría organizar una asamblea extraordinaria para padres el viernes, donde ellos reciban una charla sobre el tema, con material informativo —propuso Martin—. En el instituto contamos con un excelente psicólogo que puede encargarse de eso, y en Providence existen organizaciones que se ocupan de ese tema. La actividad finalizaría con la exposición de los trabajos realizados por los chicos durante la semana.

—Sería bueno invitar también a la prensa.

—¿La prensa? ¿Pretendes montar un espectáculo? —preguntó él con cierta molestia.

—Papá, este tema debe llegar a la mayor cantidad de personas posible. Si otras instituciones ven lo que hacemos, nos seguirán, y así podremos concienciar a toda la ciudad. Imagina la cantidad de desgracias que evitaríamos.

Martin suspiró, sintiendo crecer la admiración en su pecho. Estaba orgulloso por las reflexiones a las que llegaba su hija.

—En la iglesia también podrías organizar algo, para llegar por partida doble a Deborah, la madre de Mary —agregó Kate.

—No descarto esa posibilidad. Justamente esta mañana, después de misa, el reverendo me comentó que quería visitar a Deborah para conversar con ella. Han llegado rumores a la iglesia de que la mujer se ha encargado de desprestigiar a Darryl y a su secretaria en cada sitio al que va, y eso ha empeorado el proceso de separación, ya que la familia de la secretaria parece hacer lo mismo en su contra —comentó

Martin—. Llamaré a Patrick hoy mismo para explicarle este problema; así, cuando él se reúna en persona con ella, le hará entender lo mucho que su actitud está afectando a su hija.

—Eso sería genial.

—Y esta misma noche hablaré con Norah, la directora del instituto, y la pondré al tanto de lo que ocurre. Seguro que mañana, a primera hora, estaremos trabajando en la organización de los debates en las aulas —expuso Martin.

Kate sonrió satisfecha.

—Gracias, papá.

El hombre se mantuvo en silencio por algunos segundos antes de responder a su hija:

—Gracias a ti, hija, por confiar en mí y hacerme llegar tus ideas.

Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas. A pesar de la difícil relación que ambos llevaban, ella sabía que no existía en el mundo nadie mejor para llevar a cabo aquella tarea. Confiaba en su padre, aunque él desconfiara de ella algunas veces.

—El miércoles nos vemos. Dile a mamá que prepare un par de colchonetas para que Freddy y Maddie se queden en casa.

—Dalo por hecho. Mañana por la noche te llamo para contarte los avances que hayamos hecho.

—De acuerdo. Gracias, papá..., te quiero —expresó ella con un nudo en la garganta. No recordaba cuándo fue la última vez que le había dicho eso a su padre.

—Y yo a ti, cariño. Cuídate —respondió Martin, esforzándose por no demostrar lo deshecho que tenía el corazón.

Al cortar la llamada, él se quedó en su despacho, sentado en su sillón con las manos entrelazadas sobre el escritorio y la mirada perdida en la madera.

Su hija había crecido. Y mucho. Ahora era una gran mujer, inteligente y de buen corazón. Debía reconocer que había realizado con ella un excelente trabajo, aunque le costaba aceptar que ya había culminado, que era hora de dejarla que echara a volar.

Kate, por su lado, esperó unos minutos para recuperar la compostura antes de llamar a Jeremy para comentarle lo que había logrado con su padre. Después se reunió con sus amigos para organizar la labor que realizarían en Providence. Lo que ocurriera esa semana sería crucial para todos y, sobre todo, para los jóvenes involucrados en aquella difícil situación.

CAPÍTULO 18



Los siguientes días pasaron deprisa. Los compromisos académicos tuvieron a Jeremy y a Kate sumergidos en sus responsabilidades, entre evaluaciones adelantadas y reuniones con profesores, para cumplir con las tareas pendientes y viajar a Providence a mitad de la semana.

Martin Gibson se comunicaba todos los días con su hija. La directora del instituto había aceptado gustosa la propuesta de la chica, después de haberse enterado de la delicada problemática que se suscitaba con los estudiantes dentro de las instalaciones y a espaldas suyas. Nunca hubiera imaginado que sus alumnos fueran capaces de urdir semejante apuesta, y eso le preocupaba. Aquel era el último año escolar para ese grupo, de modo que debía reforzar la formación en valores que se les impartía para que no salieran de allí realizando acciones indecentes.

Por ese motivo, la institución había realizado durante todo el martes una jornada de discusión y debate en cada una de las aulas. Los docentes dirigían la actividad, utilizando el material que Kate le había facilitado a su padre. Ese miércoles redactarían las conclusiones finales y elaborarían los murales con los resúmenes logrados. Por lo que Martin le había dicho, la participación había sido positiva: los chicos se mostraron muy interesados en el tema, e incluso hubo momentos emotivos mientras reflexionaban los casos que les habían entregado.

Varios de ellos se atrevieron a exponer sus propios sentimientos respecto a situaciones vividas, aunque no se aventuraron a dar nombres para no empeorar los conflictos, pero al menos eso les servía a los docentes para conocer un poco más la relación de los grupos y hallar mecanismos que facilitarían la convivencia.

Los jóvenes también parecían animados por la actividad que realizarían el jueves Freddy, Maddie y ella. En las aulas ya habían hecho acopio de materiales para elaborar los carteles, como pliegos de hojas de diversos colores, pinturas y marcadores.

Kate viajó en bus con sus amigos, igual de ansiosos que los chavales por hacer aquella actividad. Se habían reunido el día anterior con la profesora Adams y ella les había facilitado mucho material de apoyo, libros y películas que podían compartir con los chicos para profundizar en la reflexión. Hacia el mediodía llegaron a la casa de la joven y descargaron en su habitación todo lo que habían llevado.

Durante el almuerzo conversaron largo y tendido con la madre y la tía de Kate. Freddy logró una gran conexión con Raquel, ya que su verdadera inclinación académica era el trabajo con los chicos con autismo.

—Tu álbum está casi lleno —le dijo durante la sobremesa, mientras revisaba el álbum de cromos que Raquel poseía.

—Y tengo muchos repetidos —reveló la chica con la cabeza gacha, ensimismada en la organización de un grupo de cromos sobre la mesa.

—Son su afición —confesó Sarah con una sonrisa—. Cada domingo, después de misa, me arrastra hasta el kiosco más cercano para comprarlos.

—Dentro de unos años costarán un buen dinero —agregó Maddie, y dio un sorbo al té de menta que la madre de su amiga le había preparado—. Hay ejemplares difíciles de conseguir. Cuando tenga el álbum completo, un coleccionista podría pagarles lo que le pidan por él.

—No está a la venta —expresó Raquel con indiferencia sin apartar su atención de su tarea.

—Claro que no —concluyó Sarah—. Después de tanto trabajo y dinero, como mínimo tendrían que darme una mansión en Los Ángeles y frente al mar a cambio del álbum.

—No está a la venta —recalcó Raquel con firmeza, y esta vez, con la mirada fija en su madre.

—Claro que no, hija. Nunca lo venderemos. Ni por una casa en Los Ángeles —respondió Sarah con mucha calma, logrando que su hija se tranquilizara y volviera a concentrarse en su tarea.

En ese momento, Rose sacó del refrigerador una fuente de vidrio que contenía un tiramisú casero, y todo el grupo se olvidó rápidamente del álbum, incluida la propia Raquel.

Mientras la mujer repartía el postre, Kate aprovechó para acercarse a la casa de Jeremy y reunirse unos minutos con él.

El joven había viajado con Abel e Igor la noche anterior, y esa mañana se había reunido con su padre, los profesores de Educación Física y el entrenador del equipo de fútbol del instituto para concretar los últimos detalles organizativos de la actividad deportiva del jueves. Ambos se habían mantenido en constante comunicación por teléfono, y él le había pedido que se vieran después de la comida, aunque fuera solo un instante.

Al llegar a la casa de los Collins, Jeremy la tomó de la mano y la introdujo en la sala, cerró la puerta de una patada y la envolvió en sus brazos para besarla con

urgencia.

—¡Jeremy! —lo reprendió ella con una sonrisa, sin apenas tener tiempo de respirar.

—¿Qué?

—Nos puede ver Claire, o tu padre.

—Ninguno de los dos ha llegado todavía —reveló él, y enseguida volvió a apoderarse de su boca. Había esperado mucho por tenerla entre sus brazos. La había anhelado tanto que no podía resistirse a consumir sus besos ahora que la tenía a su lado.

Kate estaba fascinada por las atenciones del hombre, pero no podía perder la cordura, mucho menos ahora, después de lo que le había costado encauzar las cosas.

—Jeremy, para, por favor —le suplicó mientras intentaba zafarse de los labios del joven.

—¿Por qué? —preguntó él, harto del forcejeo que mantenía ella por separarse.

—Claire está a punto de llegar. Recuerda que es nuestro deber darle ejemplo.

Jeremy masculló una maldición. Con irritación se alejó de ella y se frotó el rostro para aplacar las ansias que le recorrían las venas.

—Bien, seré bueno —garantizó.

Kate sonrió orgullosa y tomó una de sus manos.

—Luego tendremos mucho tiempo para entregarnos sin impedimentos.

—Tienes razón, siempre tienes razón —indicó él, y apretó su mano, regalándole una mirada llena de anhelo—. Quería felicitarte por lo que has logrado en el instituto.

—¿Yo?

—Mi padre me ha dicho que, gracias a las discusiones que se han organizado, los chicos han reflexionado sobre los problemas diarios de convivencia que tienen en las aulas, y eso les ha permitido hablar con ellos sobre la apuesta.

—El mérito no es mío, sino de todo el grupo de docentes que llevan dirigiendo la actividad desde ayer.

—¡Oh, vamos, Kate! —se quejó Jeremy, y se acercó a ella para pellizcarle una mejilla con ternura—. Si no hubieras hablado con tu padre, no se habría hecho nada. Con los debates, los chicos están tomando conciencia de sus acciones, y con la actividad de mañana, eliminaremos entre ellos las rencillas por completo.

—Eso espero —comentó la joven, y permitió que el hombre le diera un pequeño beso en los labios—. ¿Tu padre ya lo sabe todo?

Él asintió.

—Claire se lo contó, obviando algunos detalles; yo me encargué de completarle la información —reveló—. Me echó una buena reprimenda por haberle ocultado toda la historia, pero luego me dio un fuerte abrazo por no haber abandonado a Claire en esa situación, y me pidió que lo hiciera extensivo a ti, como agradecimiento.

Jeremy abrió los brazos y sonrió con picardía. Ella achinó los ojos. Sabía que él estaba jugando sucio, pero aun así, se sumergió igualmente entre ellos y se dejó

abrazar con firmeza. Ese era el lugar donde había querido estar toda su vida, así que ahora le era imposible rechazarlo.

—Me has hecho tanta falta... —murmuró él hundiendo la cara en los cabellos de ella.

—Y tú a mí.

No pudieron evitar unir sus bocas, pero justo cuando estaban a punto de profundizar el beso, escucharon abrirse la reja del jardín, y tuvieron que separarse.

Cuando Claire entró, ellos habían recuperado la compostura y simulaban conversar. A Jeremy le parecía una situación muy divertida; jamás había tenido que controlarse para dar ejemplo a su hermana. Eso lo hacía sentirse como un chiquillo, pero resultaba excitante.

—¡Kate! —gritó la niña con emoción al verla, y se lanzó a su cuello para abrazarla. Kate sonrió, sintiendo una inmensa felicidad en el pecho—. ¡Qué bien que ya estás aquí! —exclamó con los ojos rebosantes de alegría.

—¿Y yo no merezco un saludo, mocosa? —fastidió Jeremy con una sonrisa de satisfacción. Le encantaba ver lo bien que se llevaban su hermana y su novia.

—Tonto —lo reprendió la niña, que fue a abrazarlo por la cintura. Él enseguida la envolvió en sus brazos y le besó la cabeza.

A Kate el corazón se le inflamó de dicha al ver aquella escena tan conmovedora.

—¿Cómo te fue en clase? —le preguntó Jeremy.

—Genial. Hicimos dos murales con las conclusiones de las charlas —narró Claire al tiempo que lanzaba la mochila sobre uno de los sillones para poder quitarse el abrigo—. Lo que le ocurrió a esa chica, Amanda Todd..., fue horrible —señaló con la mirada entristecida, haciendo referencia al caso de *ciberbullying* que habían discutido en clase.

Amanda Todd fue una joven canadiense que terminó suicidándose por el acoso del que fue víctima a través de las redes sociales, cuando tuvo la mala idea de compartir fotos y vídeos de ella semidesnuda con un chico al que conoció por ese medio. El acosador publicó las imágenes para que fueran vistas por los amigos de la chica, desprestigiándola en muchas ocasiones. Amanda sufrió de depresión y tuvo que mudarse varias veces para evitar los comentarios, pero el hombre la perseguía. Intentó quitarse la vida en diversas ocasiones, pero lo único que conseguía era que sus compañeros se burlaran aún más de ella, hasta que finalmente logró suicidarse y dejar de soportar al fin el hostigamiento.

—Eso le pasó por no saber controlar una situación y terminar haciendo lo que otros querían —acusó Jeremy, mirando con severidad a su hermana. Claire puso los ojos en blanco, pues sabía que se refería a su amiga Mary.

—¿Te quedarás a merendar? —le preguntó la niña a Kate, ignorando la provocación de su hermano.

—En realidad he venido para invitarte a salir a merendar. —Claire sonrió aún más—. Dos compañeros de la universidad han viajado conmigo para apoyarme en la

actividad de mañana. Les prometí que los llevaría a dar una vuelta por la ciudad y me preguntaba si querías acompañarnos.

—¡Claro! —respondió inmediatamente la chica.

—Si quieres, podemos invitar a Mary —propuso Kate. Su intención era poder conversar con las niñas sobre el viaje a Boston.

Claire pegó un saltito llena de alegría.

—¿Y a Laura también?

—¡Eh, no abuses! —la reprendió Jeremy.

—También podemos incluirla —se apresuró a aclarar Kate antes de que los hermanos se enzarzaran en una discusión.

—¡Bien! —exclamó la chica, que se lanzó de nuevo sobre Kate para darle un beso en la mejilla—. ¿Cuándo nos vamos?

—Saldremos a las tres.

—Avisaré a las chicas —dijo Claire mientras corría escaleras arriba para llamar por teléfono a sus amigas.

—¿No pensarás consentirla? —acusó Jeremy cuando se quedaron solos.

—¿Por qué no?

Él la tomó por las caderas y la acercó para darle un beso en la boca.

—Porque la volverás más insoportable.

—Solo quiero hablar con ellas e intentar ayudarlas con el problema de los padres de Mary.

—De acuerdo. Pero trata también de sacarles información sobre la fiesta del sábado —pidió Jeremy—. Yo iré luego con papá al Centro Comunitario, para intentar hablar con los chicos, y luego saldré con Abel e Igor a dar una vuelta por el barrio, a ver si nos enteramos de algo más.

—Cuídate, por favor —le rogó ella, y le acarició el pecho.

—Lo haré, te lo prometo —aseguró él, tomándole la barbilla para levantarle el rostro y besarla en los labios.

Después de unas rápidas despedidas, ella regresó a su casa, no sin antes prometerle que mantendría una comunicación constante con él.

Por la tarde, Maddie, Freddy y Kate, junto con Claire y sus amigas, se dirigieron al Roger Williams Park Zoo. Disfrutaron a lo grande con la exhibición de camellos, elefantes, jirafas, canguros, leopardos, pandas rojos y cebras. Maddie tuvo la oportunidad de atormentar a Freddy en el serpentario, el lugar donde se exhibían a las serpientes pitones, boas y anacondas, así como arañas, caracoles y tortugas, especies que al pobre le producían repelús.

Hicieron una parada en la cafetería del recinto para tomar la merienda, y luego dieron un paseo por el parque infantil y miraron a los ponis dispuestos para los paseos de los más pequeños. Se marcharon a tiempo para llegar a la cena, sin haber podido

recorrer los cuarenta acres del parque en unas pocas horas.

A ratos, Kate logró conversar con las chicas sobre el tema del padre de Mary. Se alegró de saber que Darryl se había comunicado con su hija en dos ocasiones, y le había prometido visitarla pronto para explicarle muchas cosas. Es decir, que el viaje a Boston quedaba descartado. Solo le faltaba indagar sobre la fiesta de Laura. Por desgracia, cada vez que hablaba de ello, las chicas contestaban con evasivas o cambiaban de conversación.

Era evidente que ocultaban algo, hasta Maddie y Freddy se dieron cuenta de ello, pero las niñas eran demasiado leales entre ellas. Así que Kate decidió no volver a tocar el tema y esperar para abordar a Claire en privado, aunque se sentía inquieta cada vez que pensaba en ese evento.

Jeremy, por su lado, también se encontraba con las manos vacías. Los chicos en el Centro Comunitario no dijeron nada nuevo, y durante el recorrido de la noche, ni siquiera logró encontrar a Ryan. Su última opción era abordar a los chicos del equipo de fútbol del instituto durante la jornada deportiva, a pesar de que aquello sería muy arriesgado. Si Ryan se enteraba de que estaba buscando información sobre él, podría ser peligroso, y había viajado a Providence para proteger a su familia, no para buscarse más problemas.

El jueves, Kate y Jeremy se vieron de nuevo en el instituto, pero fue poco lo que compartieron, ya que ambos estaban muy ocupados con sus actividades.

Kate pasó una estupenda mañana. Hubo una gran cantidad de jóvenes que se involucraron en la actividad, bastante más de lo que ella había previsto. Ese día, los propios chicos dirigieron la jornada: propusieron las frases y eslóganes, se organizaron para elaborar los carteles y hasta participaron en los debates que realizaron dentro del comedor escolar, con todos los grados juntos. Ella y sus amigos solo sirvieron de apoyo logístico y como coordinadores del debate, permitiendo que los propios estudiantes tomaran las riendas.

Las conclusiones obtenidas fueron satisfactorias y al final se contó con el aporte del orientador de la institución y dos psicólogos invitados, quienes reforzaron lo aprendido y hasta repartieron entre los chicos trípticos con más información.

La actividad deportiva y recreativa reforzó los objetivos alcanzados toda esa semana, ya que después de reflexionar sobre la importancia del respeto y la aceptación de las diferencias, los jóvenes pudieron poner en práctica lo aprendido participando en los juegos y las *gymkanas* planificadas, donde no se promovía la rivalidad, sino el compartir, la colaboración entre los miembros del equipo y la diversión.

La música también estuvo presente. El padre de Kate había preparado un concierto muy ameno con los chicos del coro, con temas que invitaban a los presentes a acompañarles cantando y bailando. Fue un momento relajante, donde las risas y el

contacto fue primordial. Ella nunca había visto esa faceta tan abierta de su padre, por lo que aquello, más que interesante, le resultó enternecedor.

Al terminar el día, todos se retiraron del recinto con una gran sonrisa, y satisfechos por la evaluación tan positiva de la actividad. El conflicto entre los integrantes del equipo de fútbol parecía haberse resuelto, porque hacia el final de la jornada, Jeremy pudo apreciar que el trato entre ellos volvía a ser amistoso. El único que aún mostraba cierto recelo era Eric Graham.

Jeremy le entregó a Abel la red de balones que llevaba para guardarla en el almacén de elementos deportivos y corrió en dirección a Eric.

—Eh, Eric, ¿qué te pareció la actividad? —le preguntó al chico alto, rubio y de textura robusta que caminaba cabizbajo hacia los baños.

—Muy... animada —respondió, clavando una mirada algo turbada en Jeremy.

—Quería felicitarte. Mi padre me ha dicho que tu rendimiento deportivo ha mejorado mucho.

—Gracias —respondió fugazmente mientras se apresuraba por llegar a los aseos. Jeremy no se rindió y aceleró el paso para alcanzarlo.

—Me dijeron que habías discutido con Keny Robertson y eso estaba afectando al equipo.

El chico se mostró nervioso, pero siguió caminando igual de rápido.

—Hemos... solucionado nuestras diferencias.

—Me alegro.

Jeremy acompañó al joven un poco más, para evaluar las facciones de su rostro: se notaba tenso y huidizo; algo le preocupaba.

—¿Todo bien? —le preguntó. Eric lo observó con desconcierto—. Si tienes algún problema, cualquiera que sea, puedes confiar en mí —indicó, pero el joven se limitó a asentir y se introdujo rápidamente en el baño.

Jeremy se detuvo en el pasillo. No lo acosaría para lograr que le confesara algo, era evidente que estaba perturbado, y creía saber por qué. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y, con un suspiro, regresó para reunirse con sus amigos.

Si presionaba mucho, la situación acabaría estallando por algún lado. Lo mejor era esperar y buscar otras formas de acercarse a él.

Kate pasó esa tarde con sus amigos y acompañando a Claire a las prácticas del *ballet*, donde pudieron disfrutar de un trozo de la obra de *Hansel y Gretel* que el grupo trabajaba para presentarla en la primavera. Al terminar el ensayo, se reunieron a merendar en una cafetería cercana junto a Deborah, la madre de Mary. Entre conversaciones distendidas, la mujer les confesó que había comenzado a participar en encuentros con un grupo de madres solteras, promovido por el reverendo Patrick. Con ellas, no solo lograba desahogar toda la rabia, la frustración y pena que sentía después de haber sido traicionada y abandonada por su esposo, sino que recibía

asesoría para afrontar su nueva vida y tramitar el divorcio sin que ella o su hija se vieran más afectadas de lo que ya estaban.

Kate se complació de escuchar aquello, y una vez más se autofelicitó al comprobar que haber llamado a su padre y contarle el conflicto que intentaba solventar fue la mejor decisión que había tomado en su vida. Ella sola no hubiera sido capaz de lograr resolver cada uno de esos problemas, era vital contar con apoyo. Y Martin Gibson fue, sin duda, su mejor elección.

Al final de la tarde, acompañó a Maddie y a Freddy a la parada de autobús. Ellos debían regresar a la universidad, ya que tenían cosas pendientes de las que ocuparse; Kate, en cambio, había decidido quedarse en Providence durante el fin de semana, para apoyar a Jeremy con el asunto de la fiesta. De vuelta a casa, fue repasando las emociones que había experimentado a lo largo del día.

Se sentía pletórica. Las cosas habían salido mucho mejor de lo planificado. No solo había logrado solventar varios problemas de su comunidad, sino que además, ahora contaba con material suficiente, tanto de vídeo como fotográfico, así como entrevistas con estudiantes, docentes y especialistas, que le servirían para la tesis. Lo que no imaginaba era lo poco que le duraría la satisfacción.

—Katherine Gibson —oyó decir a una voz femenina que hizo que se le erizaran los vellos de su nuca. Al girarse, se topó con Kristy Smith, que caminaba a grandes zancadas hacia ella, envuelta en un impecable abrigo blanco.

Pensó en ignorarla y continuar su camino, pues le faltaba poco para llegar a su casa; pero la joven no solo avanzaba con rapidez, sino que traía cara de pocos amigos. Parecía terriblemente enfadada. De modo que Kate se cruzó de brazos y alzó el mentón, dispuesta a hacerle frente.

—¡Eres una zorra! —le reprochó Kristy al alcanzarla—. He tenido que venirme hasta Providence para buscarte. Por tu culpa Jeremy discutió conmigo por algo que no hice —le dijo poniéndose muy cerca de ella, con las manos apoyadas en las caderas.

Kate se esforzó por permanecer imperturbable.

—¿Por algo que no hiciste? ¿Acaso no te acuerdas de que me molestaste en los baños el día de la fiesta de la universidad?

—¡Ay, por favor! —exclamó la otra con indignación—. Eres tan estúpida que ni siquiera se puede conversar contigo.

—No conversabas conmigo. Me amenazaste.

Kristy rio con sonoridad.

—Realmente eres idiota —reflexionó en medio de su diversión, mientras Kate soportaba sus impertinencias con la mandíbula apretada—. Si pretendes estar con un hombre como Jeremy, debes tener más fortaleza, cerebritito —se burló. Kate retrocedió un paso al ver la actitud desafiante que tomaba Kristy, que se acercaba cada vez más a ella—. Él adora a las mujeres con fuego en las venas, que sean capaces de brindarle placer. Unas gatas, tanto fuera como dentro de la cama.

Katherine sentía que la ira se le agolpaba en el pecho. Los celos y la frustración se le mezclaban de forma peligrosa.

—Tú quizás has sido una novedad para él, al invitarlo a tener sexo en sitios públicos como la biblioteca, pero estoy segura de que ese interés se le pasará rápido —lanzó la chica, y endureció aún más las facciones al añadir—: Él volverá a mí antes de lo que imaginas. Y te juro, perra insípida, que, el día en que regrese a mis brazos, le haré el amor con tanta intensidad y en todas las posiciones conocidas que nunca más recordará haber cometido el error de acercarse a ti —vaticinó, acentuando su desafío señalándola con un dedo—. En pocos días solo serás para él un mal recuerdo, que yo me ocuparé de hacerle olvidar.

Kate advirtió que los ojos de Kristy destilaban algo diferente al odio: lo que se podía leer en ellos era un profundo dolor. Una gran pena por haber sido rechazada. La observó fijamente, intentando llegar a lo más hondo de su pensamiento, tratando de superar la barrera de rabia que protegía la pena grabada en el alma de la chica.

—¿Qué intentas demostrar, Kristy? ¿Que eres más mujer que yo? —preguntó, esforzándose por mantener bajo control la ira que la consumía—. De eso estoy plenamente segura; no necesitas hacer aspavientos para que los demás lo entiendan. Sé que has pasado por infinidad de situaciones duras y difíciles que te hicieron madurar antes de tiempo, y que eso te ha convertido en una superviviente —aludió, refiriéndose a lo que ella recordaba que Kristy tuvo que soportar en su infancia.

Cuando tenía tres años, su madre la abandonó y la dejó con una de sus tías, una drogadicta que no se ocupaba de ella y la trataba con desprecio por considerarla una carga. La niña sufrió cientos de penurias, no solo la soledad y el rechazo, sino también que abusaran físicamente de ella los amantes de turno a los que su tía metía en su casa.

—¿De qué demonios hablas, perra? —rebatió la joven con el rostro enrojecido por la furia.

—Tu problema no es Jeremy. Él no te interesa. Tu verdadero miedo es sentirte rechazada de nuevo. Con Jeremy eras querida por todos; sin él, perderías tu reinado.

La piel de Kristy palideció en segundos, los ojos se le salieron de las órbitas y sus pupilas reflejaron terrores pasados.

—¡No te atrevas a psicoanalizarme! —le advirtió. Su enfado había aumentado exponencialmente.

El corazón de Kate se aceleró: sabía que había tocado la fibra justa para hacerla estallar. No podía detenerse ahora. Si la ponía en su sitio, ella no volvería a molestarla.

—No te psicoanalizo. Solo quiero que aclaremos las cosas —declaró Kate con firmeza—. A mí sí me interesa Jeremy. Lo amo, y lucharé contra quien sea para mantenerlo a mi lado. A ti lo único que te preocupa es tu ego, demostrar que eres capaz de reinar en cualquier escenario que te propongas, sin evaluar el daño que puedas hacerles a los demás.

—No tengo que demostrar nada, yo soy una reina y Jeremy, mi consorte. Él solo me rinde pleitesía a mí, ¿lo entiendes?

Kate achinó los ojos. El amor propio de esa mujer se había vuelto enfermizo. Si es que tenía alguno.

—Me das lástima —masculló, y se giró para regresar a su casa, pero Kristy la tomó con fuerza del brazo y la obligó a mirarla a la cara.

—¡No te irás hasta que escuches todo lo que tengo que decirte, zorra!

Kate trató de zafarse, pero Kristy era diez veces más fuerte que ella, y además, estaba furiosa. Le retorció el brazo con tanta brusquedad que le estaba haciendo daño.

—¡Suéltame! —le exigió, tratando de retroceder. En un arranque de rabia, Kristy le quitó las gafas, las lanzó al suelo y las aplastó con el pie, a conciencia—. ¡¿Qué haces?! ¡¿Te has vuelto loca?!

—¡Me las pagarás, zorra! ¡No me quitarás a mi hombre! ¡Es mío! ¡¿Me oyes?! ¡Jeremy es mío! —vociferaba ella en plena calle, llamando la atención de los vecinos.

La vergüenza se le arremolinó a Kate en las mejillas. Intentó liberarse y escapar lejos de aquella loca, pero Kristy comenzó a forcejear. Ansiaba llegar al rostro de su rival para arañarle la piel y dejarle marcas de su ataque; así todos sabrían que ella era la reina indiscutible. Nadie ofendía a Kristy Smith y salía indemne.

Kate se defendía lo mejor que podía. Un par de señoras salieron de una casa cercana y comenzaron a gritar pidiendo ayuda para que las separaran. Algunos niños que pasaban en bicicleta se acercaron para presenciar el espectáculo, sin atreverse a meterse en medio. Un hombre mayor se aproximó y alzó su bastón, pretendiendo asustarlas, pero solo consiguió enfadar más a Kristy. Esta empujó con fuerza a Kate al suelo y se lanzó encima de ella con los dedos arqueados como si fueran garras.

Katherine luchaba como nunca lo había hecho. Jamás se había enfrentado cuerpo a cuerpo con nadie. Siempre se había creído débil. Por eso se escondía en su caparazón: para evitar peleas que, sabía, perdería con facilidad. Sin embargo, la rabia acumulada que tenía en el pecho le concedió la fuerza para evitar que aquella gata le arañara el rostro.

A su alrededor, los gritos aumentaron. Con seguridad había más vecinos viendo el espectáculo, pero nadie se inmiscuía para ayudarla.

Escuchó el ruido de un coche que frenaba a pocos metros, aunque no pudo mirar qué ocurría por estar atenta a los ataques de Kristy.

Entonces la mujer suavizó su agarre un segundo, quizás por cansancio, descuido que Kate aprovechó para quitársela de encima.

No obstante, antes de que lograra hacer algún movimiento, sintió que Kristy levitaba por los aires y era arrojada a un costado. Luego alguien se lanzó encima de ella e intentó inmovilizarla. Kate comenzó a dar golpes sin coordinación para liberarse del nuevo atacante.

—¡Kate, Kate, cálmate! —le repetía Jeremy, que le apresó los brazos para evitar que lo lastimara—. ¡Tranquila, soy yo, no te asustes!

Poco a poco, Kate logró tranquilizarse. Temblaba de la cabeza a los pies, y las lágrimas le corrían descontroladas por el rostro. Su mirada turquesa ahora se mostraba más oscura, arrojada por la furia y el miedo.

—Cariño, mírame —le pedía Jeremy, pero ella no apartaba los ojos de Kristy, que se contorsionaba como una poseída bajo el agarre de Abel. Igor tuvo que bajarse del coche para ayudar a su amigo a controlar a la chica, que no dejaba de gritar amenazas e insultos a partes iguales—. ¡Kate! —Él la llamó con firmeza y la tomó con una mano por la mandíbula para obligarla a prestarle atención.

La mirada aterrada y crispada de Kate se le clavó en el pecho como una afilada daga. Sabía que aquello había sido por su culpa, y se odió a sí mismo por haber plantado esas terribles emociones en los ojos más hermosos que había conocido en su vida.

—Ya pasó, mi amor, tienes que calmarte. Vamos a tu casa.

A su alrededor se había congregado un grupo de vecinos, que contemplaban horrorizados la escena. Jeremy levantó a Kate y le rodeó la cintura con uno de sus brazos, para protegerla, y miró hacia sus amigos, que aún se debatían con la encolerizada Kristy.

—¡La llevaremos a su casa! —le gritó Abel mientras conseguían introducir a aquella fiera dentro del coche de Igor y lo ponían en marcha.

Él empujó suavemente a Kate para que comenzara a andar y alejarla de aquel tumulto de curiosos, pero ella se lo impidió.

—Mis... mis... gafas... —dijo con voz trémula señalando hacia el suelo.

Jeremy la soltó un momento, sin alejarse de ella, para dejar que las recogiera. La vio tomar con mano temblorosa la montura destrozada de sus anteojos, que yacía en el suelo, sobre los cientos de fragmentos en que se habían transformado los cristales. Se mordió los labios para que no se le escapara ninguna maldición. No deseaba angustiarse aún más. Le cubrió los hombros con un brazo y la aproximó lo más que pudo a él, para salir de aquel círculo donde decenas de ojos los miraban con burla o desaprobación.

—Todo va a ir bien. Te lo juro, Kate, voy a lograr que todo vaya bien —le prometía en susurros mientras la acompañaba a su casa.

Ella no hablaba, ni siquiera miraba al frente, tenía la vista clavada en el suelo. Había secado sus lágrimas con la manga del abrigo y apretujaba en las manos la estructura deforme de las gafas.

Jeremy estaba tan furioso que sentía unas inmensas ganas de gritar hasta perder la voz, o golpear con fuerza cualquier superficie hasta que le sangraran los nudillos, pero ahora no podía hacerlo, debía velar por Kate. El culpable de toda esa situación era él.

Cuando llegaron a las escaleras que daban acceso a la casa de la chica se toparon con Raquel, que estaba sentada en el porche, revisando su querido álbum. La chica sonrió y se levantó para recibirlos nada más verlos, pero al notar el deplorable estado

de su prima, con el abrigo sucio, los cabellos despeinados y el rostro lloroso, la alegría se le esfumó.

—¿Kate?

La joven se acercó acongojada a ellos, a punto de romper a llorar. Fue entonces cuando Kate alzó la mirada y se esforzó por mostrarse serena.

—No pasa nada, Raquel. Estoy bien —dijo con la voz entrecortada.

La chica no pareció quedar convencida, así que corrió hacia el interior de la casa en busca de su madre.

Kate suspiró con agobio. Poco le faltó para dejarse caer en los escalones y llorar su pena.

—Tranquila —la serenó Jeremy—. Kate, yo me ocuparé de todo —agregó con desesperación. Necesitaba que ella confiara en él.

—No. —Jeremy arqueó las cejas ante la negativa de la mujer—. Es mi problema, yo me ocuparé de él —expuso ella con una forzada calma.

—Kristy te atacó por mi culpa...

—Kristy tiene problemas conmigo desde el instituto. No es tu responsabilidad.

—Sí lo es, yo la ofendí...

—Por defenderme —lo interrumpió de nuevo ella—. Pero ya no, Jeremy, yo me encargaré de esa situación. Me haré respetar —declaró la chica, tratando de impregnar sus palabras con el mayor nivel de convencimiento. Se sentía tan deshecha por dentro que temía desmoronarse en pedazos en cualquier momento.

Jeremy quiso agregar algo, pero la salida tempestuosa de Sarah, Rose y Martin lo acalló. Sin duda, Raquel les había dicho la situación en que había llegado su prima, alarmándolos a todos.

—¿Katherine, hija, ¿estás bien?! —indagó su madre, lanzando una mirada entre confundida y acusadora hacia Jeremy, al tiempo que se acercaba a su hija para atenderla.

—Estoy bien, solo... me caí —expresó ella a punto de estallar en llanto.

—¿Te caíste? ¿Dónde? ¿Te has roto algo? —balbuceó Sarah mientras ayudaba a Rose a examinar cada parte de su sobrina, en busca de alguna herida o algo similar.

—Estoy bien, no fue nada —insistió la chica, pero su madre y su tía la arrastraron al interior de la casa sin soltarla, como si ella no pudiera caminar por sus propios medios.

Jeremy se quedó allí, en las escaleras, petrificado por la furia y el dolor que lo embargaba, observando a las tres alejarse.

—Te dije que tendrías que afrontar todas las consecuencias —le advirtió Martin cuando los dos se encontraron solos, clavando en él una mirada dura.

Con dificultad, Jeremy lo observó e intentó endurecer la postura, para no reflejar lo débil que se sentía.

—Es lo que hago, y lo que haré siempre.

—Aléjate de ella. ¿No ves que no le haces bien?

Él sintió aquel consejo como una bofetada, que le sacudió aún más su atribulada alma.

—No, Martin. Ni ahora, ni nunca —enfaticó mientras retrocedía.

Caminó con premura hacia su casa, sintiendo cómo el corazón se le hacía añicos en el pecho.

CAPÍTULO 19



Jeremy entró en su casa como un toro embravecido, subió directamente a su habitación y cerró la puerta con tanta fuerza que el sonido retumbó en toda la vivienda.

Caminó como un león enjaulado de un lado a otro, cerraba y abría los puños para descargar un poco de la ira que lo consumía. Necesitaba sosegar sus emociones antes de salir a la calle y buscar a Kristy: debía pedirle explicaciones por el ataque a Kate, pero si lo hacía en ese estado, podría cometer un grave error.

Su padre entró en la habitación sin anunciarse, nervioso por la forma en que había llegado su hijo. Nunca había visto a Jeremy tan enfadado en su vida.

—¿Qué ha sucedido?

—Soy un miserable —masculló Jeremy en medio de su furia, sin detener su caminar.

—Hijo, cálmate. Siéntate conmigo en la cama y cuéntame lo que ha pasado —intervino Trevor, aún de pie en el umbral de la puerta de la habitación.

—No. No quiero hablar de nada. Necesito estar solo.

Trevor contrajo el rostro en una mueca de disgusto y avanzó con su marcada cojera cerrando la puerta tras él.

—¿Has discutido con tus amigos? ¿O es por lo de Claire? —indagó el hombre mientras se sentaba en el borde de la cama con cansancio.

Jeremy se detuvo en medio de la habitación, intentando recuperar la cordura.

—No es nada de eso.

—Entonces, ¿es por Kate?

Al ver que su hijo relajaba la postura y suspiraba como si tuviera el pecho bloqueado, comprendió al instante lo que ocurría.

—No puedo hacer que las cosas salgan bien con ella —expuso con pesar. Los ojos le brillaron por el dolor que lo asfixiaba—. Hay tantos obstáculos... —susurró

perdiendo la voz, aunque Trevor logró escucharlo.

—Los obstáculos son producto de nuestras inseguridades.

Jeremy volvió a endurecer la postura y se giró hacia su padre dirigiéndole una mirada ahogada en la pena.

—¡No he sido una buena persona en todos estos años, no la merezco! ¡Lo único que he hecho es lastimarla!

—No he visto angustia en su mirada cuando está contigo.

—¡Porque es demasiado buena para demostrarlo!

—Creo que es porque te ama demasiado como para perder el tiempo con esas cosas.

Jeremy quedó en silencio. Una lágrima de rabia y hastío rodó por su mejilla, que rápidamente limpió con una mano.

—No soy bueno para ella.

—Tal vez no estás viendo la situación desde la perspectiva indicada.

—¡Sufre! —vociferó Jeremy con ansiedad—. Hoy le han pegado en plena calle por mi culpa, ella jamás se habría visto en una situación similar de no estar conmigo.

—¿Y quién dice que amar es monótono?! —exclamó Trevor con firmeza, harto de la negativa de su hijo—. El amor es un cambio, una transformación. La vida se modifica cuando te atreves a amar, tus miedos salen a flote, y tus debilidades, con la intención de probar tu fortaleza —arguyó al tiempo que se levantaba de la cama—. ¿Dices que amas a esa mujer? Pues demuéstralo. No te dejes vencer por los obstáculos, ni te rindas ante los problemas que se crucen por tu camino.

—No quiero hacerle más daño.

—Entonces, no la dejes sola. —Jeremy se irguió. Aquella era la segunda bofetada que recibía en el día—. Katherine ha estado prisionera de sus complejos toda la vida por culpa de los golpes que recibió en el pasado. Si la amas, ayúdala a liberarse de ellos. —Trevor se acercó a su hijo y lo señaló con un dedo para darle más peso al consejo que le daría—. Pero no le cortes las cadenas, dale las herramientas para que ella misma lo haga. No la vuelvas dependiente de ti —sentenció, y salió de la habitación dejándolo solo.

El joven se pasó ambas manos por la cabeza, ansiando barrer la ira que aún le nublabla el entendimiento. Se sentó con abatimiento en la cama y se tumbó de espaldas sobre el colchón con los brazos abiertos.

Necesitaba calmarse para pensar con claridad. No abandonaría a Kate, ni estaba dispuesto a permitir que la lastimaran, pero tampoco quería interferir en su propio crecimiento. Anhelaba brindarle una ayuda efectiva, para eso debía analizar muy bien sus jugadas. No le daría más cabida al error.

Horas después, acostada en la cama con la mirada clavada en el techo y las manos entrelazadas sobre su estómago, Kate no se cansaba de analizar la situación. Estaba

harta de ser el blanco de las burlas y violencias de los demás; debía hallar la manera de hacerse respetar.

Sus divagaciones fueron interrumpidas al escuchar un golpeteo suave en la puerta. Quizás era su tía o su madre, quienes habían ido a visitarla un par de veces después de su llegada para sacarla de su mutismo ofreciéndole un té relajante. Se levantó para sentarse en el borde de la cama y así demostrar que se sentía mejor.

—Adelante —indicó. No pudo evitar sorprenderse al ver que quien abría la puerta era su padre.

Él no solía anunciar su llegada, ni pedir permiso para acceder a una habitación, simplemente entraba sin más, haciendo valer su posición de padre de familia, dueño y señor de aquel hogar y de las personas que lo habitaban.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó a su hija, y avanzó hasta ubicarse junto a ella.

—Más tranquila —confesó con sinceridad. Ya no sentía la furia arrebatada que le corría por las venas cuando Kristy la incordió en la calle; aún estaba furiosa, pero, al menos, veía todo con más claridad.

—Salí hace un rato a dar mi habitual caminata por el barrio para mantenerme en forma, y algunos vecinos me preguntaron por ti —dijo el hombre, y apoyó las manos en las caderas—. ¿Qué problema tienes con Kristy Smith? —consultó sin más preámbulos.

Kate estaba segura de que sus vecinos habían podido narrarle a su padre, con todo lujo de detalles, su enfrentamiento con la chica. Lo que su padre había ido a buscar a su habitación no era saber cómo se encontraba, sino por qué se habían peleado.

—Es un asunto... personal —respondió. Conocía la costumbre controladora de Martin Gibson. Si se enteraba de la verdad, sería capaz de salir para resolver el problema él mismo. No podía seguir permitiendo que nadie se ocupara de sus conflictos. Ella debía ser capaz de afrontar cualquier situación.

—¿Personal? Es por Jeremy Collins, ¿cierto?

—No.

—No me mientas, Katherine...

—No lo es —aclaró ella con firmeza, obligando a su padre a cerrar la boca y dejar de lado sus advertencias.

—Los vecinos dicen que Kristy te chillaba que le habías quitado a «su hombre» —expresó con cierto desprecio.

Kate cerró los ojos y se llenó los pulmones de aire y, a continuación, se levantó de la cama para encararlo.

—Jeremy fue el motivo, pero no es la causa. —Martin frunció el ceño—. Kristy nunca ha tenido una relación seria con él, ni siquiera ha sentido algo especial por Jeremy. Entre ellos solo ha habido... —no pudo continuar, las mejillas se le llenaron de rubor y el pecho de celos.

—Sexo —completó su padre—. ¿Es eso lo que tú tienes con él?

—¡No! —vociferó ella ofendida, y se alejó del hombre para acercarse a la mesa

del escritorio y evitar su mirada. Le avergonzaba mantener esa conversación con él.

—Te considero una mujer inteligente, Katherine. Espero que no le permitas a Collins que se aproveche de ti de esa manera —advirtió, aunque era consciente de que la relación de su hija con ese chico no se trataba de una simple aventura. Había visto a Jeremy demasiado dispuesto a defender lo que mantenían, incluso, se le había enfrentado en varias ocasiones para dejar claro sus intenciones. Sin embargo, como padre, debía hacer la acotación.

—Eso nunca sucederá, papá —garantizó Kate, y se giró hacia él para mostrar su determinación.

—Si Collins no fue la causa de la pelea con Kristy, entonces, ¿cuál es? —Kate suspiró con agobio—. Esa chica proviene de una familia que es de armas tomar. Si no tuvo reparos en atacarte de esa manera en plena calle, no los tendrá para humillarte en cualquier otro sitio, sobre todo en la universidad. Si no resuelves cuanto antes esa situación, podrías perder todo por lo que has luchado en menos de una semana.

Las palabras de su padre se le clavaron como espinas en el corazón. Se sentó de nuevo en el borde de la cama, con la mirada pedida en el suelo.

—Sabes que puedes hablarlo conmigo.

—Quiero encargarme de mis cosas, papá.

—Te prometo que intervendré solo cuando tú me lo indiques, o si es un asunto de vida o muerte, pero al menos quiero saber qué sucede.

Ella dirigió el rostro hacia Martin y notó la preocupación en su mirada. Sabía que podía confiar en él. Lo intentó con lo de Claire y él no le falló, así que ahora lo haría aún menos, ya que la afectada era su propia hija.

—Lo que le pasa a Kristy es un asunto de ego —explicó—. Jeremy ha sido uno de los chicos más populares de la universidad, sobre todo después de los triunfos que obtuvo en las últimas competencias de natación. Lo consideran un rey, y la mujer que esté a su lado sería una reina —declaró, y bajó de nuevo la mirada al suelo—. Kristy siempre ha estado a su lado. A pesar de que no han tenido una relación formal, ella ha sido la mujer más cercana a Jeremy, y eso la ha colocado en una posición preferente entre los estudiantes.

Se llevó una mano al puente de la nariz para ajustarse las gafas, pero enseguida recordó que ya no las tenía. La propia Kristy se encargó de destruirlas, de hacer trizas lo que ayudaba a Kate a mantener la seguridad.

—Sabes que ella sufrió mucho de niña por culpa del abandono de su madre, y de las humillaciones posteriores que vivió en manos de su tía —continuó—. Desde que estábamos en el instituto logró destacar gracias a su belleza y carisma, y ha luchado toda su vida por mantener ese reinado para esconder sus verdaderas carencias. No permitirá que yo le arrebaté ese puesto en el mejor momento de su juventud. Ella no quiere a Jeremy, solo la oportunidad de ser alguien y no volver a ser rechazada y humillada.

Escuchó que Martin suspiraba, pero mantuvo la mirada baja para no enfrentarse a

sus ojos calculadores.

—¿Collins sabe todo esto? —Ella alzó los hombros con indiferencia—. ¿Él estuvo contigo cuando esa mujer te atacó?

—No. Yo venía de acompañar a Maddie y a Freddy a la parada del autobús para regresar a Kingston. Él apareció en algún momento de la pelea. Fue el único que intervino para separarnos. Bueno, él y sus amigos.

Martin le dio la espalda y caminó hacia la puerta, por lo que Kate pensó que se marcharía. No quería que él se fuera pensando que Jeremy había propiciado o aprobado aquel conflicto.

—Estoy segura de que Jeremy no sabía que ella había viajado a Providence —agregó—. Desde que ha llegado a la ciudad ha estado ocupado con el problema de Claire. Mientras yo asistía con mis amigos al *ballet*, él estuvo con los suyos recorriendo el barrio en busca de Ryan.

Martin se detuvo en el umbral de la puerta, pensativo. Después de lo conseguido en el instituto, Kate le había confesado a su padre la posibilidad de que Ryan Graham fuera el que había sugerido la apuesta entre los chicos del equipo de fútbol, con intenciones propias.

Se giró hacia su hija con el rostro ceñudo. Sus ojos reflejaban su preocupación.

—¿Para qué busca a Ryan?

—Quiere confirmar que es él quien está detrás de la apuesta.

—¿Y qué va a obtener con eso? Los chicos ya resolvieron ese problema.

—Eric aún se muestra turbado, y es a través de él como Ryan consigue que el resto de los jóvenes participen en sus tretas.

—Sigo sin entender —refunfuñó Martin. Kate suspiró.

—El objetivo de Ryan con esa apuesta era que los chicos captaran a niñas vulnerables para manipularlas y explotarlas a su manera. Jeremy no cree que las actividades que hicimos en el instituto basten para que él desista de su intención. Podría estar presionando a su hermano para que continúe con el trabajo. Lo único que quiere Jeremy es evitar una desgracia. Claire está inmiscuida en esa situación.

—Ryan es un sujeto peligroso, ¿Jeremy sabe en lo que se está metiendo?

Ella asintió en silencio, con la angustia agolpada en sus pupilas.

—Ese Ryan fue uno de los primeros hombres que humilló a Kristy Smith —notificó Martin. Kate abrió los ojos como platos—. Ryan viene siendo primo lejano de ella. Kristy tendría siete u ocho años cuando le tocó vivir con él bajo el mismo techo. Dicen que fue Ryan quien comenzó a abusar de ella antes de que varios de los novios de su tía lo hicieran.

Kate sintió una enorme pena crecer en su pecho. Como mujer, no podía evitar sentirse conmovida por ese tema. Aunque Kristy y ella jamás llegarían a ser amigas, ella nunca hubiera deseado que la chica pasara por lo que tuvo que pasar de niña, viviendo por años con hombres que abusaron de su cuerpo hasta el cansancio.

—Fíjate en el gran daño que Ryan Graham le hizo a Kristy siendo apenas un

adolescente sin conocimientos. Ahora podríamos decir que tiene más «experiencia» en el asunto —expresó Martin con desdén—. Cuando lo detuvieron, fue por robo y agresión sexual. ¿Qué crees que sería capaz de hacerles a esas niñas si logra tocarlas?

Kate observó horrorizada a su padre. En su mente se dibujaron los rostros sonrientes de Claire, Mary y Laura. Se estremeció al imaginar las duras manos del tipo sobre los cuerpos delicados de esas chicas. El estómago se le comprimió con violencia.

—Dios, Katherine, te quiero fuera de ese asunto y lejos de esa gente —sentenció Martin al reflexionar mejor la situación—. Y será mejor que mañana le adviertas a Jeremy que él y Trevor se ocupen directamente de Claire y se olviden de perseguir a Ryan, o terminarán enredados en algún problema más serio.

Martin abandonó la habitación con paso apresurado; la conversación lo había enfadado. Kate quedó aún más turbada. Se tumbó de espaldas en la cama, consciente de que esa noche no lograría dormir: la rabia, la indignación y el temor la mantendrían despierta.

Al día siguiente, Kate se dirigió con el rostro ojeroso a la cocina en busca de una taza de café. Halló a su madre preparando tostadas.

—Buenos días —la saludó.

—Buenos días, ¿cómo te sientes? —preguntó Rose sin apartar los ojos de su tarea.

—Bien. ¿Dónde están todos? —consultó al escuchar la gran calma en la que estaba sumida la casa.

—Sarah y Raquel fueron un momento a la tienda porque se acabó la mermelada con la que tu prima suele comer las tostadas, y tu padre ya se ha ido al instituto.

—¿Tan temprano?

—Recuerda que hoy es la asamblea de padres y él es uno de los organizadores; deben tener todo listo para cuando lleguen los invitados y la prensa —notificó la mujer, y untó con mantequilla las rebanadas de pan que acababa de sacar de la tostadora.

Kate se acercó a la cafetera y se sirvió una taza. Debido al cansancio se había olvidado por completo el magno evento que su padre y los directivos del instituto habían organizado para ese día. No solo los padres y representantes estaban invitados, sino toda la comunidad y los estudiantes.

Entre los ponentes, además de los orientadores y psicólogos que se ocuparían de tratar los temas, se hallaban miembros del cuerpo de Policía de la ciudad y representantes de la alcaldía, quienes, además de brindar su apoyo para el acontecimiento, harían llegar a los padres los contactos de las organizaciones que se ocupaban de estudiar y atender los casos de acoso escolar en Providence.

Aún no tenían confirmado la asistencia del alcalde en persona, pero la posibilidad

había llamado la atención de la prensa local, lo que obligaba a los organizadores a dedicar aún más empeño a la actividad.

Desayunó en silencio junto a su familia y cuando estaba en su habitación, preparándose para asistir al instituto y colaborar en lo que pudiera, su tía tocó a la puerta entreabierta y asomó la cabeza al interior.

—Disculpa, corazón, pero tienes una visita.

El corazón le bombeó a Kate en el pecho. La emoción y la ansiedad le impidió decir nada, pero Sarah pudo leer en la mirada esperanzada de su sobrina lo que anhelaba conocer.

—Sí, es él. Te espera en la sala. —Luego se retiró con una sonrisa y volvió a la cocina para ayudar a su cuñada con la limpieza.

Kate salió con paso vacilante. Tenía tantas ganas de verlo que sentía miedo de cometer un error que lo alejara para siempre de su vida. Al llegar a la sala, él se giró hacia ella y la observó con unos ojos agotados, pero cargados de determinación.

—Hola —la saludó, y se aproximó con lentitud, sin apartar la vista de aquellos ojos turquesa que tanto añoraba, y que en ese momento estaban húmedos por las emociones contenidas—. Kate, sé que aún debes estar molesta, pero necesito que sepas...

Él no pudo continuar con la explicación que había meditado y ensayado durante la noche. Ella le rodeó el cuello con sus brazos y sollozó sobre su hombro.

Jeremy enseguida la envolvió entre los suyos. Tenía tanto miedo de que ella lo rechazara que en ningún momento se le pasó por la cabeza que lo anhelara tanto como él lo había hecho.

—Te amo —le susurró junto a su oreja.

Kate se estremeció.

—Y yo a ti.

Él besó con ansiedad la cabeza de la chica. Su declaración lo había conmovido.

—Perdóname, sé que todo fue por mi culpa...

Kate se separó rápidamente de Jeremy.

—Nada fue tu culpa.

Él no quiso discutir con ella; estaba cansado y sediento de sus besos. Le acarició con ternura el cabello y se deleitó con el brillo de su mirada.

—He sido un idiota todos estos años, un egoísta que solo ha pensado en su propio placer. Quiero pagar por mis errores para ser digno de ti, pero no estoy dispuesto a sacrificar lo nuestro. Te necesito.

Ella le tomó el rostro con ambas manos y se acercó más a él para asegurarse de que contaba con toda su atención.

—Eres tan digno de mí como lo soy yo de ti. Si quieres reparar tus errores, hazlo para tu propia tranquilidad, no para demostrarme nada —le susurró—. Te amo como eres, con tus defectos y virtudes, sobre todo por esa inmensa valentía que hay en tu corazón —apoyó una mano en su pecho y añadió—: y que te ha hecho un hombre

noble y responsable.

—¿De verdad soy todo eso? —preguntó él, arrugando el entrecejo.

Ella sonrió con dulzura.

—Eres mucho más que eso.

—¿No me dejarás?

—Me moriría de pena si te dejas.

Jeremy le envolvió la cintura con firmeza y se aproximó a su boca.

—Te juro que dedicaré mi vida entera a hacerte feliz. —Le acarició el rostro con la punta de la nariz, bañándole la piel con su cálido aliento—. Y te prometo que te compraré otras gafas —aseguró sin dejar de agasajarla. Ella buscaba sus labios, pero él la esquivaba— más pequeñas y delgadas —aclaró mientras depositaba besos por las mejillas y la mandíbula—. O quizás unas lentillas. Algo que no me estorbe cuando...

—¡Cállate y bésame de una vez! —le exigió.

Jeremy estalló en risas, pero enseguida cumplió con su petición.

Juntos asistieron al instituto y colaboraron con los preparativos. La asamblea prometía convertirse en un gran evento. El salón de usos múltiples no daba abasto para la cantidad de personas que habían respondido a la convocatoria, y los pasillos estaban desbordados de estudiantes, padres y periodistas, que observaban los trabajos que los chicos habían realizado sobre el acoso escolar.

Kate se acercó a saludar a Deborah, la madre de Mary, a quien encontró sentada en un rincón de la sala preparada para las charlas.

—Hola, Deborah, ¿cómo te va? —le preguntó, y le dio un beso en la mejilla.

Deborah era una mujer alta, esbelta y de una larga cabellera azabache, que siempre llevaba atada en una coleta. Su estilo de vestir y hablar era bastante formal, aunque era evidente que poseía un carácter autoritario y algo difícil de manejar.

—Muy bien. Ansiosa por que comience la reunión.

—Están esperando que llegue el alcalde. Al final llamó a la directora para asegurar su asistencia.

—Será un buen invitado, aunque espero que no alargue mucho la actividad.

—¿Tienes prisa?

—En cuanto salgamos de aquí me iré con Mary a Newport. Acordamos que mañana se encontrará allí con su padre. Elegimos ese lugar por ser un sitio neutral —explicó la mujer mientras buscaba algo en su teléfono móvil—. Ella se verá en la casa de su tía con él, y yo aprovecharé para visitar a unas amigas.

Kate la observó con desconcierto.

—¿Mary no irá a la fiesta de Laura de mañana? Llevan semanas hablando de eso.

—Ayer la suspendieron, ¿no te has enterado?

Kate amplió las órbitas de sus ojos.

—No.

—Laura avisó a las chicas en el *ballet*. No comprendí muy bien los motivos, creo que fue por una decisión de la abuela de la chica por algo que le contó Laura, pero eso me vino como anillo al dedo —expresó la mujer con desinterés—, así puedo salir del compromiso con Darryl cuanto antes.

Aunque Deborah había aceptado que Mary se reuniera con su padre, por el bien de la niña, no se sentía a gusto con ese encuentro. En su pecho había mucho rencor acumulado hacia su esposo. Para ella, aquello era una responsabilidad que ansiaba quitarse de encima lo más pronto posible.

Kate trataba de asimilar la noticia. Sí había notado durante los ensayos del *ballet* una actitud extraña en las chicas, pero no comprendía por qué Claire no le había comentado nada. ¿Habría perdido la confianza de la niña?

Quizás Laura había decidido contarle a su abuela todo lo que ocurría, de la misma manera en que Claire lo había hecho con su padre, y por eso habían suspendido la fiesta.

Se despidió rápidamente de Deborah y salió en dirección a los pasillos. Comenzó a inspeccionar los alrededores en busca de la niña. Si bien el hecho de que no fueran a celebrar la fiesta era sin duda una gran noticia, Kate necesitaba comprender las razones.

Los chicos del equipo de fútbol decidieron aprovechar que ese día no habría clases para practicar. Jeremy se acercó al campo con intención de encontrar a Eric y conversar con él, pero el chico aún no había llegado.

Abel, Igor y él se sentaron en las gradas del campo deportivo, junto a los jóvenes que esperaban al entrenador. Llevaban algunos minutos hablando con ellos de cosas triviales cuando un chico se acercó corriendo.

—¡Ryan está afuera golpeando a Eric! —notificó con la respiración entrecortada.

—¡Avisad al entrenador! —pidió Jeremy, y corrió hacia el exterior seguido por sus amigos.

Al llegar a la entrada del colegio, la pelea había terminado. Eric estaba tirado en el suelo con el rostro ensangrentado, y algunos jóvenes dispersos en los alrededores miraban atónitos hacia el final de la calle, por donde había desaparecido el coche donde Ryan había escapado.

—¿Qué demonios ha sucedido?! —le preguntó Jeremy a Eric cuando él y Abel lo ayudaron a levantarse.

El chico tosía tratando de recuperar el aire perdido; tenía una pequeña herida en la ceja derecha, por la que manaba una gran cantidad de sangre.

—Nada —respondió el joven con irritación, e intentó zafarse del agarre de quienes lo ayudaban.

—¿Nada?, ¿y te han partido la ceja? —rebatía Jeremy con enfado.

Eric suspiró con dificultad. Abel le dio un pañuelo para que se limpiara un poco la sangre del rostro.

—Tuve una pelea con mi hermano.

—¿Por qué?

—Un asunto familiar —dijo el chico con la mirada gacha. Jeremy sabía que estaba ocultando algo.

—¿Dónde está? —Eric alzó los hombros con indiferencia—. Si te callas, él seguirá humillándote.

El chico levantó la vista. En sus ojos se podía divisar la preocupación.

—Es... difícil. No te gustará...

—¡Jeremy!

La llamada de Kate desvió enseguida la atención de Jeremy. Se aproximó a ella para saber qué le ocurría, se notaba angustiada.

—¿Qué pasa?

—Es Claire. —Él endureció el rostro—. No está en el instituto. Unos chicos me dijeron que la vieron salir acompañada por Mary, Laura... y Ryan Graham.

Jeremy se giró hacia Eric y clavó una mirada furiosa en el joven, que se había apoyado contra la pared y observaba con tristeza el suelo. Se acercó a él en dos zancadas, lo tomó con firmeza del cuello de la camisa y lo obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Dónde están? —preguntó con severidad. Eric contrajo el rostro en una mueca de disgusto—. Dime inmediatamente dónde están o te juro que te sacaré la información a golpes.

—Jeremy, cálmate —le exigió Abel, pero él estaba demasiado enfadado y nervioso como para escuchar algo diferente a las explicaciones del chico.

—No podrás hacer nada —le advirtió Eric.

—Ese no es tu problema, dime dónde están.

—Eric, por favor —suplicó Kate, al ver que el joven no soltaba palabra y Jeremy se ponía cada vez más enfadado.

El entrenador, seguido por una comitiva de alumnos, salió a toda prisa del instituto y se acercó a ellos. Jeremy tuvo que dejar que Abel e Igor lo apartaran del chico antes de que se metiera en serios problemas.

Mientras el entrenador evaluaba las heridas del joven y lo interrogaba sobre lo sucedido, Keny Robertson se aproximó a Jeremy y le habló de forma confidencial.

—Suele reunirse con sus socios en los alrededores del cementerio del norte, donde vivía su madre —le informó antes de alejarse rápidamente de él para entrar en el instituto.

Jeremy echó una ojeada hacia Eric y lo vio fulminando a su amigo con la mirada, pero no quiso perder más tiempo. Luego se encargaría de él; ahora lo importante era localizar a su hermana antes de que Ryan la lastimara.

Corrió hacia su coche, seguido por sus dos amigos y Kate, que no pensaba separarse de él en ese momento, mientras sacaba su teléfono y daba aviso a su padre de lo que ocurría.

Minutos después, llegaron al cruce de la calle Collyer con la del cementerio.

Jeremy sabía que en aquella zona de la ciudad estaba la casa de la difunta madre de Ryan. Recorrieron el lugar y preguntaron a los vecinos por el sujeto, pero cada uno les indicó un destino distinto: estaba claro que Ryan no se dejaba ver siempre en el mismo lugar.

Sin más opciones, se detuvieron frente a la casa de madera blanca de la familia Graham, a pesar de que le habían advertido que no fuera directo allí, ya que el padre de Ryan era un hombre altanero y tozudo, que no dudaba en sacar su escopeta y echar a balazos a la gente que iba en busca de problemas.

Kate logró convencer a Jeremy de que la dejara a ella hablar, para evitar un conflicto. Él aceptó, aunque no se despegó de su lado ni un segundo.

Tocaron a la puerta, y después de esperar casi un minuto a que alguien saliera, para sorpresa de ambos quien los atendió no fue el padre de Ryan y su escopeta, sino Kristy Smith.

La mujer tenía unas marcadas ojeras en los ojos, que acentuaban aún más su rostro irritado.

—¿Qué demonios hacéis vosotros aquí? —preguntó con desdén.

Jeremy suspiró con agobio y se giró para compartir una breve mirada exasperada con sus amigos, que aguardaban dentro del coche y no pudieron evitar dibujar una pequeña sonrisa por lo irónico de la situación.

Kate mantuvo la calma lo mejor que pudo, y se irguió para dirigirse hacia la encolerizada mujer.

—Buscamos a Ryan.

Kristy soltó una risa burlona que inquietó a Jeremy.

—¿Y piensas que te voy a invitar a pasar y a tomar un café mientras te doy noticias sobre el paradero de ese idiota?

Kate se mordió los labios y analizó con mente fría las palabras que tendría que decir para no alterarla. Lo importante era saber de Ryan y las niñas.

—Kristy, ya basta —exigió Jeremy—, creo que ha sido suficiente.

—Jamás será suficiente —declaró la chica con rigidez.

—Estamos aquí por un motivo importante —rebatió él.

—¡Me importan una mierda tus motivos! —exclamó Kristy con furia, y tomó la puerta para cerrarla con brusquedad, pero Kate se interpuso con firmeza y se lo impidió.

—Kristy, necesitamos saber urgentemente dónde está Ryan —dijo con voz suplicante, a escasos centímetros del rostro de la joven.

Jeremy la tomó por un brazo e intentó apartarla, pero al ver que ella se mantenía firme, la soltó, sin alejarse de ella. Dejaría que se encargara sola del asunto, aunque estaba dispuesto a actuar si aquella gata intentaba lastimarla de nuevo.

—No me interesa lo que vosotros queráis. Piérdete, perra.

—¡Kristy!

Jeremy estuvo a punto de intervenir. No obstante, tuvo que cerrar la boca al ver

que Kate alzaba una mano hacia él, con la palma abierta, indicándole que se detuviera y la dejara hablar a ella.

—Ryan tiene a Claire y a dos de sus amigas. No sabemos qué pretende hacer con ellas, pero suponemos que no es nada bueno —confesó. Kristy la observaba con seriedad—. Son unas niñas, Kristy. Necesitamos saber dónde se las ha llevado.

La rubia se mantuvo por unos segundos inmóvil.

—Ya te dije que no me importa a lo que hayáis venido. Idos a otro lado a molestar —respondió, e intentó cerrar la puerta, pero de nuevo Kate se lo impidió.

—Tú sabes mejor que nadie lo malvado que él puede llegar a ser. —Aquello ensombreció el rostro de la rubia—. Esas niñas no merecen sufrir lo que él les hará. Ayúdanos a encontrarlas —rogó con lágrimas en los ojos.

Por un instante, pareció que Kristy colaboraría, hasta que, de pronto, la empujó con fuerza para apartarla y cerró con un firme portazo.

Kate se quedó allí, petrificada, con la angustia anclada en la garganta, mientras Jeremy la abrazaba por la cintura y le besaba el cuello.

—Vamos, buscaremos información en otro lado —le susurró al oído para calmarla.

Con mano temblorosa ella se limpió el rostro y secó las lágrimas que le corrían por las mejillas. No podía creer lo que Kristy acababa de hacer.

Se dejó llevar por Jeremy al coche. Caminaba cabizbaja. Un intenso sentimiento de derrota casi la asfixiaba.

—Está bien. Os diré dónde está.

Se giraron sorprendidos al escuchar la voz de Kristy que les hablaba desde el umbral. La mujer les dictó rápidamente una dirección y luego se encerró en la casa.

Jeremy tomó a Kate de la mano y la metió enseguida dentro del auto. Mientras se alejaban, ella miró hacia el hogar: la silueta de la mujer se divisaba a través del vidrio empañado de la ventana.

Se incorporó en el asiento al sentir que le apretaban la mano.

—Gracias —le susurró Jeremy, y le dio un cálido beso en los labios antes de fijar su atención en la carretera para estar atento de que Igor, quien estaba frente al volante, no tomara un camino equivocado.

Kate suspiró sintiéndose más esperanzada. Una luz comenzaba a vislumbrarse al final del sendero.

Se sumergieron por una vía secundaria de tierra, que conectaba dos calles y estaba flanqueada por los patios de las casas aledañas. A mitad de camino hallaron una pequeña vivienda de madera, algo destrozada por el tiempo. Había dos coches y cinco motos estacionados enfrente, junto a una veintena de sujetos que conversaban entre ellos y parecían trasnochados. Fumaban y bebían licor directamente de la botella.

Igor aparcó el vehículo en medio de la vía y todos se bajaron rápidamente, seguidos por la mirada desafiante de varios de los presentes.

—Kate, quédate cerca de mí —le indicó Jeremy tomándola de la mano. Ella entrelazó los dedos y se esforzó por calmar las fuertes palpitaciones de su corazón—. ¿Ryan Graham? —preguntó dirigiéndose al grupo. Lo único que logró fue que lo observaran con cierto desprecio.

—No obtendremos nada de esta gente —vaticinó Abel sin apartar la vista de aquellos tipos.

—Tendremos que intentarlo —aseguró Jeremy, y avanzó un poco más hacia el grupo.

Los sujetos, aunque estaban en posiciones relajadas, escuchando *rap* recostados en los coches o sentados sobre el muro bajo de piedra que servía de cercado a la propiedad, se mantenían alerta mientras se acercaban los visitantes.

Jeremy se dirigió a la casa, ignorándolos, pero cuando estaba a pocos metros de las escaleras, dos de los que se encontraban más cerca se movieron de sus sitios para cerrarle el paso.

Uno de ellos, un tipo alto, robusto y vestido de motero de los pies a la cabeza, expulsó el humo que tenía retenido en los pulmones y lanzó lejos el cigarro que fumaba.

—¿Tienes invitación? —preguntó con voz ronca.

—Busco a Ryan Graham —respondió Jeremy con una postura erguida.

El sujeto abrió la boca para decir algo, pero justo en ese instante la puerta de la vivienda se abrió y lo interrumpió.

—Déjalo, Clivert —ordenó el hombre que salía de la residencia. Era un sujeto alto y delgado, pero de complexión fibrosa. Tenía sus cabellos castaños despeinados y la mirada algo enrojecida. Un tatuaje que parecía la cabeza de una cobra se dejaba ver en su cuello—. Este capullo viene por las niñas —aseguró Ryan sonriendo con satisfacción.

Aquel gesto casi saca de sus cabales a Jeremy.

Soltó a Kate y avanzó con paso decidido hacia él, aniquilándolo con la mirada. Pero el tal Clivert lo detuvo, apoyando su grande y fuerte mano en el pecho de Jeremy.

—¿Dónde están? —preguntó con irritación.

Ryan avanzó con lentitud hacia él mientras se frotaba la nariz con el dorso de una mano. Se paró a escasos centímetros de distancia de Jeremy, y alzó el mentón para mirarlo con arrogancia.

—¿Qué me darás a cambio?

Jeremy apretó la mandíbula y los puños. La sangre comenzó a hervirle en las venas.

—¿Qué quieres?

Ryan alzó los hombros con indiferencia y guardó las manos en los bolsillos del pantalón. Aunque la actitud de Jeremy era desafiante, él no le daba importancia. Estaba rodeado por una veintena de desalmados que acabarían con el chico en

segundos.

—He perdido un gran negocio por culpa de tu padre. Y a mí no me gusta perder dinero.

—¿Por culpa de mi padre?

—Convenció a los idiotas del instituto para que desistieran de la apuesta. ¿Sabes la cantidad de chicas que he dejado de obtener por eso?

Jeremy frunció el ceño.

—Tenía algunas deudas que pagar. Necesitaba... *especias* —reveló con tono divertido.

Las *especias* eran las niñas que irían a la fiesta, desde luego; ese tipo pensaba secuestrar a varias de ellas para introducirlas en su red de prostitución y saldar sus compromisos. Jeremy se enfureció aún más al enterarse de aquello.

—¿Dónde está mi hermana?

—Mis respuestas tienen un precio.

La paciencia de Jeremy se desbordó con esas últimas palabras. Le golpeó con rabia en el pecho para empujarlo. Ryan se tambaleó un par de pasos hacia atrás, pero antes de que pudiera recuperarse del ataque, Clivert ya tenía a Jeremy agarrado del cuello y con una afilada navaja apoyada sobre su yugular.

Kate se sobresaltó e intentó ir a defenderlo; por suerte, Abel logró sujetarla por los brazos a tiempo antes de que la chica cometiera un error, y la alejó de la contienda.

—Eres valiente —se burló Ryan mientras se frotaba el pecho.

Luego se acercó a Jeremy y le asestó un fuerte puñetazo en el estómago, haciendo que el chico se doblara por el dolor y la falta de oxígeno.

Kate gritó aterrada y forcejeó con Abel para soltarse, pero fue inútil.

—Vinieron a mí por voluntad propia —declaró Ryan refiriéndose a las niñas, mientras Jeremy se incorporaba, aún con Clivert pegado a su espalda y la navaja rozando su cuello—. Mary está loca por Eric, y para evitar que yo siguiera golpeándolo por incompetente, aceptó acompañarme. Las demás la siguieron para no dejarla sola. Ellas sabían a qué venían, así que en realidad no he cometido ningún delito —explicó con una enorme sonrisa en su despreciable rostro.

Jeremy intentó recobrar el aire perdido sin moverse mucho, ya que con cada movimiento la hoja de la navaja se clavaba más en su cuello. Podía sentir el calor de una gota de sangre humedecerle la piel.

—No sé si esa excusa te servirá para convencer a la Policía —soltó. Aquello logró esfumar la diversión de Ryan—. No soy abogado, pero creo que has cometido un delito de violación de libertad personal a través de la coacción, el secuestro y el tráfico de menores, sin mencionar lo que has hecho a los chicos del instituto y lo que ahora me haces a mí. Con eso, además de perder tu libertad condicional, empeorarás tu situación.

Ryan obligó a las comisuras de sus labios a alzarse para dedicarle una sonrisa

torcida.

—Los chicos del instituto no hablarán, sé cómo hacerlos callar. Las niñas subieron ellas solitas a mi coche, yo no las secuestré. Y con respecto a ti...

Clivert apretó su agarre, dejando claras las intenciones de Ryan: a ellos los eliminarían. Jeremy sintió temor por Kate, pero se esforzó por mantener la calma.

—Mi padre y varios profesores del instituto saben que salimos en tu busca —le informó—. Si desaparecemos, tú serás el primer sospechoso, y vivirás acosado toda tu vida.

Ryan lo miró fijamente. Sus ojos destilaban un profundo odio.

—Déjanos ir ahora, con las niñas, y no te acusaremos —propuso Jeremy.

—¿Y crees que confiaré en ti? —masculló Ryan con rabia.

—Vivimos en el mismo barrio. Puedes confirmar en cualquier momento si cumplo o no con mi palabra.

Ryan compartió una mirada con Clivert; este parecía preocupado. Todos ellos tenían deudas con las autoridades. Muchos estaban en libertad condicional; si se veían implicados en cualquier pequeño conflicto, perderían muchos de sus derechos.

—Pero yo sigo teniendo que pagar una gran deuda —objetó, echando una mirada furtiva hacia Kate.

Jeremy endureció las facciones.

—Me tienes a mí. Paga tu deuda conmigo —se ofreció.

Ryan rio con burla y estuvo a punto de negarse, pero la aparición de una rubia, que salió de la casa sin prisa, lo interrumpió. La mujer se acercó y le habló al oído, comunicándole algo de lo que él no estaba al tanto. Una sonrisa infame se dibujó en su rostro.

—Vaya, vaya —se mofó—. Al final sí que vas a serme más valioso que tu hermana. —Jeremy lo observó contrariado. Ryan le hizo señas a la rubia para que entrara de nuevo en la vivienda—. Mi socio está muy interesado en ti. Tu sacrificio me servirá para liquidar parte de mi deuda —comunicó con diversión—. ¿Sigue en pie tu oferta?

—Haz lo que quieras conmigo, pero deja que las niñas y mis amigos se marchen. Ninguno dirá nada.

—¿Me das tu palabra, Collins? —El aludido asintió, manteniendo una mirada dura en Ryan, que se aproximó un paso más a él y lo señaló con un dedo—. Si alguno le dice una sola palabra a la Policía de mí o de mis amigos, me cobraré la afrenta con tu hermana.

De la casa salió la mujer acompañada por las tres niñas. Claire, al ver que un hombre tenía a su hermano sujeto por el cuello y lo amenazaba con un cuchillo, gimió aterrada y se lanzó hacia él, pero Ryan se lo impidió.

—Sigue tu camino, niña.

Kate se soltó rápidamente de Abel y corrió hacia las chicas. Alejó a Claire de Ryan, y tiró de Mary y de Laura para que la siguieran hacia donde estaban Abel e

Igor, quienes permanecían alerta ante cualquier ataque.

—Llévatelas —le ordenó Jeremy a Abel.

Kate negó con la cabeza, con la angustia represada en los ojos. De allí no se iba sin él. Jeremy la reprendió con la mirada. No podía exponerlas por más tiempo al peligro.

—Mi socio se cobrará la deuda a su manera —declaró Ryan, llamando la atención de todos—. Prepárate, Collins. Es hora de que pagues por tus errores.

Acto seguido, vieron que de la casa salía un hombre alto, de piel negra y de contextura recia.

Jeremy comprendió enseguida la situación. Quien bajaba los escalones con la furia tatuada en el rostro era Tyler Winter, el esposo de Nadir Tanner, su ardiente vecina.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Kate. Ella y Jeremy compartieron una mirada intensa mientras el tipo se acercaba.

—Tienes una cuenta pendiente conmigo, Collins —expresó el hombre; apretaba los puños con fuerza—. Alguien debe enseñarte a no tocar lo que no te pertenece.

Clivert se apartó y lo dejó solo frente a Tyler, que se mostraba cada vez más ansioso.

Jeremy supo que esa era su oportunidad para enmendar sus errores. Aunque fue Nadir quien siempre lo buscó y se ofreció, él aceptó el juego. Ahora anhelaba vivir una vida diferente junto a Kate, pero no lo lograría hasta que no saldara sus deudas.

Se irguió y enderezó los hombros, imaginando lo que le esperaba.

—¿Qué propones? —preguntó con firmeza.

Un sujeto abrió la portezuela de uno de los coches y rebuscó en su interior hasta sacar un par de juegos de guantes de boxeo. Jeremy tragó grueso. Aquella pelea la tenía perdida. Tyler era un boxeador aficionado.

Los hombres diseminados por los alrededores parecieron salir de su letargo, y se acercaron jaleando y dando vítores. Claire comenzó a llorar y a gritar para impedir el enfrentamiento, pero Igor la agarró de la cintura y la alzó para sacarla de allí y meterla en el vehículo. Abel tomó a las otras dos niñas, que también lloraban angustiadas, y las arrastró hacia el vehículo.

Kate dudó. Aunque Jeremy le prometía con la mirada que todo iría bien, el dolor no le permitía reaccionar.

Abel la apresó por un brazo y le habló con firmeza.

—Kate, ve con Igor y sacad a las niñas de aquí —le dijo, mientras escuchaban los ruegos angustiados que Claire emitía desde el vehículo para que no le hicieran daño a su hermano—. Yo me quedaré con Jeremy.

La mujer posó en él por unos segundos su mirada ahogada en pena. El pobre trataba de transmitirle confianza, pero ella tenía el corazón demasiado roto y la cabeza muy llena de temores como para comprender sus silencios.

Al regresar su atención a Jeremy y verlo solo, rodeado por una manada de

salvajes que exigían sangre para satisfacer su ímpetu, sintió su humillación. Todo el acoso que ella había experimentado durante años no era comparable con la escena que se producía ante sus ojos. Jeremy no merecía en absoluto un trato como ese, y sin embargo, lo había aceptado con humildad y valentía no solo para resarcir sus errores, sino para proteger a los suyos.

—Idos ya, Kate —le pidió Abel—. Antes de que Ryan se arrepienta.

Con las lágrimas saliendo desbordadas de sus ojos, ella retrocedió hacia el vehículo y entró en él. Compartió una última mirada con Jeremy antes de que el coche se pusiera en marcha y los sacara del lugar.

La angustia le subió a la garganta al ver la imagen del grupo empequeñeciéndose en la lejanía. Se cubrió el rostro con las manos y lloró toda la pena que tenía acumulada en el pecho.

CAPÍTULO 20



Con el cuerpo estremecido por el cansancio, Kate se sentó en una de las sillas de aluminio que poblaban la sala de espera del Miriam Hospital. Apoyó los codos en las rodillas y ancló la cabeza entre sus manos. Nunca se había sentido tan agotada.

—Toma, hija.

Martin se sentó a su lado y le ofreció café. Ella se incorporó para cogerlo, esperando que la bebida caliente le subiera el ánimo.

—Trevor dice que las heridas no son muy serias. En un par de semanas estará como siempre —comentó el hombre con la mirada perdida en el enorme pasillo por el que circulaban familiares y pacientes.

—Falta poco para que comiencen los juegos de primavera. Se había preparado tanto para participar... —La voz se le ahogó al pensar que, por culpa de los golpes recibidos, Jeremy no podría formar parte del equipo de la universidad en los próximos juegos universitarios.

—Es un chico fuerte. Se repondrá rápido y estará listo para las competiciones, ya lo verás.

—Pero no tendrá el mismo nivel que antes —se quejó ella con las lágrimas agolpadas en los ojos—. Es tan injusto...

—Cariño, estoy completamente seguro de que, si Jeremy tuviera que elegir de nuevo entre competir en los juegos o defender a su hermana, volvería a hacer la misma elección —agregó Martin—. Ha demostrado una lealtad inquebrantable hacia su familia.

Kate fijó su mirada atribulada en su padre.

—Pensé que tenías un mal concepto de él.

El hombre suspiró con cansancio.

—Debo confesar que, en los veinte años que hace que conozco a los Collins, nunca me había detenido a observar el comportamiento del chico —reveló—. Bastó

con que pretendiera integrarse en mi familia para dirigirle una mirada más crítica y darme cuenta de su verdadera personalidad.

Martin arqueó las cejas al ver la expresión enternecida de su hija.

—Pero eso no lo exime de culpa —agregó con severidad—. Lo que le ha sucedido no es más que el pago por los errores cometidos. Si hubiera sido un joven más respetuoso...

—Papá, todos cometemos errores.

—Y todos tenemos la capacidad de darnos cuenta de nuestras faltas antes de cometerlas —recalcó el hombre—. Jeremy no es un tonto; él sabía en el lío en el que se metía al verse con una mujer casada con un boxeador.

Kate suspiró con agobio y cerró los ojos. Llevaba horas en aquel lugar, pendiente de la recuperación de Jeremy, y no pensaba moverse de allí hasta que les dijeran que se encontraba fuera de peligro.

Gracias a Abel, quien se había mantenido en contacto constante con Trevor a través de mensajes de texto para informarle de cada paso que daban en la búsqueda de Claire, la Policía llegó a tiempo al lugar donde se producía la pelea.

Una docena de patrullas entraron al camino de tierra por los dos flancos y lograron arrestar a casi todos los que estaban allí, entre ellos a Ryan Graham y a Tyler Winter, que resultó ser uno de los proveedores de droga del grupo. Solo los que habían acudido al lugar en moto consiguieron escapar, internándose por los patios de las viviendas aledañas. Aun así, la Policía consiguió atrapar a algunos de ellos después de una larga persecución, y ahora estaban detenidos en la comisaría del sector mientras iniciaban las investigaciones del caso.

Para cuando la Policía apareció en el lugar, Tyler llevaba poco menos de diez minutos golpeando a Jeremy. Las heridas que le causó no eran graves, ni le rompió ningún hueso, pero sí se podían divisar varias magulladuras en el rostro y en las costillas, así como alguna brecha en la cabeza, de la que brotó gran cantidad de sangre. El joven llegó semiinconsciente al hospital, pero recibió rápidamente atención médica.

Trevor Collins se dividía entre la atención de Jeremy y la constante comunicación con su hija, que ahora se encontraba en la casa de Kate al cuidado de Rose y de Sarah, mientras su hermana viajaba con su esposo y su hijo desde Connecticut para ayudarlo con la niña durante la recuperación de Jeremy.

Martin se levantó de la silla al escuchar el pitido del móvil anunciando la entrada de un mensaje de texto.

—Salgo un momento. Aaron acaba de llegar —notificó a su hija, y se encaminó hacia la salida para recibir a su socio, que había ido al hospital para interesarse por el estado del chico.

Kate se quedó sola, con la mirada fija en el café que humeaba dentro del vaso de cartón. Se esforzaba por aceptar que, a pesar de la situación, las cosas no habían podido terminar mejor de lo que lo habían hecho. Los problemas se habían resuelto

de forma casi milagrosa, sin que ocurriera ninguna tragedia más seria.

—¿Se recuperará?

Alzó el rostro acongojado y se topó con Kristy Smith, que estaba de pie junto a ella, con las manos metidas dentro de su abrigo y la mirada ensombrecida.

La sorpresa y el recelo colisionaron dentro de su pecho invadido por la angustia. Se limitó a asentir mientras las emociones se le sosegaban.

—Bien. Me alegro —afirmó la joven con indiferencia y, después de un momento de duda, se giró sobre sus talones y se encaminó hacia la salida del hospital.

—¡Espera! —la detuvo Kate, levantándose de la silla. Kristy quedó petrificada en medio del pasillo, sin encararla—. Gracias —fue lo único que pudo añadir. Cientos de frases se le agolparon en la garganta para agradecer el gesto de la mujer, pero ninguna salió de su boca.

Sin su ayuda, no hubieran podido llegar a tiempo para rescatar a las niñas. Cuando aparcaron frente a la casa de madera, Ryan las estaba negociando con sus socios.

—No tienes nada que agradecerme —dijo con frialdad antes de marcharse definitivamente.

Kate se sintió mal por ella; sin embargo, no creía tener la fuerza ni el derecho a intervenir para ayudarla. Kristy, a su manera, superaba sus heridas, al igual que lo hacía ella. Quizás era muy tarde, o aún no era el momento para entablar una amistad y prestarse ayuda la una a la otra, pero al menos podía estar segura de que no se enfrentarían más entre ellas. Cada una había marcado su límite. Lo más sano era respetar ese acuerdo tácito que había surgido a raíz de los últimos acontecimientos.

Se sentó de nuevo en la silla y le dio un trago a su bebida. Pensaba solo en Jeremy, y rogaba en silencio que se recuperara sin que le quedaran secuelas graves. Como decía su padre, él era un hombre fuerte, y además, terco, tenaz y un poco cabeza dura; estaba segura de que saldría bien parado de esa situación.

Cerró los ojos y dibujó una sonrisa satisfecha en los labios, con la imagen del rostro sonriente del joven que más amaba en la vida impresa en su memoria.

—¡Si no os dais prisa, entro sin vosotras! —amenazó Freddy mientras avanzaba con paso acelerado hacia el edificio de la biblioteca.

—Claro, se pone exigente porque una zancada suya es como tres de las nuestras —se quejó Maddie, que echó a correr junto a Kate para alcanzarlo.

Llevaban casi una hora persiguiendo por toda la universidad a uno de los profesores de Medicina; tenían que entregarle un informe con los adelantos de la tesis de grado. La profesora Olivia Adams se lo había recomendado para que los asesorara sobre las implicaciones médicas que debían atenderse en caso de acoso escolar. Pero el sujeto era demasiado escurridizo, y esa tarde de viernes de finales de primavera debía viajar a otra ciudad por un compromiso familiar. Si no lo alcanzaban antes de

que se marchara de la universidad, no sabrían nada de él hasta dentro de una semana.

—Es injusto que siempre nos hagan correr a los estudiantes —masculló Maddie mientras subían a toda prisa los interminables escalones que daban entrada al edificio de la biblioteca—. Nos deberían dar un reconocimiento deportivo cuando nos entreguen el título universitario.

—Nunca nos dijeron que sería fácil, solo que valdría la pena —reflexionó Kate.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Maddie cuando atravesaban el vestíbulo.

—No sé, solo se me ocurrió.

—Creo que lo he escuchado en otra parte. Investigaré por Internet.

Kate sonrió. Le encantaba estar con sus amigos. Debía reconocer que gracias a ellos había aprendido a superar sus traumas y limitaciones, así como a disfrutar de la vida, aunque de una manera particular.

Minutos después, salieron del edificio de la biblioteca ya más calmados. Habían cumplido su misión. Conversaban entre ellos sobre las investigaciones que les faltaban por realizar para la tesis cuando escucharon el claxon de un coche.

Kate se giró hacia la calle con la emoción desbordándosele por los poros y corrió en dirección al Kia de Jeremy. Él aparcó frente al edificio y se bajó para recibirla con un fuerte abrazo y un beso intenso.

—No sabes cuánto te he echado de menos —dijo él mientras le quitaba las gafas, tan grandes y con la montura tan oscura como las anteriores.

A Kate le fascinaban. Ese modelo era el único que la hacía sentirse segura y se identificaba con su estilo, y Jeremy tenía que confesar que a él también le gustaba. Después de verla con distintos modelos, decidió que aquel era el que resaltaba su mirada y hacía brillar aún más sus ojos turquesa.

Así la conoció y así se enamoró de ella. No tenía que cambiarla por el simple hecho de que ahora estuviese con él.

Además, si era sincero consigo mismo, adoraba quitárselas. Ese juego era como retirarle el envoltorio a una chocolatina para luego disfrutar a gusto de su sabor.

—Yo también te he echado de menos. Hoy ha sido un día muy agitado —informó ella.

—¿Y te apetece que lo siga siendo? —preguntó él con una mirada pícara.

Kate arqueó las cejas y aumentó la sonrisa.

—Por supuesto —le susurró sobre sus labios, para luego hundirse de nuevo en su boca.

—¡Eh, que estáis en un sitio público! —los interrumpió Maddie—. Compórtese, señora Collins —expresó en son de burla para fastidiar a Kate, pero esta se limitó a sonreír por el calificativo y apoyó la cabeza en el cálido pecho de Jeremy.

—Ella siempre ha tenido un comportamiento intachable —la defendió Jeremy envolviéndola con más firmeza entre sus brazos y depositando un tierno beso en su cabeza.

—Dios los cría y ellos se juntan —ironizó la mujer.

—Mira quién lo dice —la fustigó Jeremy—. ¿Hoy no tienes baile en línea en el Mishnock Barn, querida pastelito? —preguntó.

—Claro, tengo que descargar tensiones para afrontar una dura semana académica —indicó, pues justamente la semana próxima la tenían repleta de exámenes—. ¿Vosotros no vais a ir?

—Kate y yo tenemos otros planes —expuso, y le dio un ardiente beso a su chica.

—Oh, por Dios —expresó Freddy, que se giró para no ser testigo de aquel derroche de amor.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó Maddie a Freddy.

—¡Ni lo sueñes! Te dije que con una vez tuve suficiente por todo el año. Hoy tengo cita con un libro de William Faulkner —y dicho esto, se despidió rápidamente de sus amigos y puso rumbo a su residencia.

—¡Qué aburridos! —se quejó la mujer, y se fue detrás de su compañero; debía prepararse para el encuentro con su novia Ángela.

—¿Tenemos planes? —le preguntó Kate a Jeremy cuando se quedaron solos, con los brazos aún alrededor de su cuello.

—Claro, preciosa. Recuerda que los viernes te toca ayudarme con mi terapia.

—¿Terapia? ¡Pero si estás perfecto! —reveló la mujer.

Saltaba a la vista que aquello era una treta de Jeremy para retenerla a su lado toda la noche..., aunque tampoco era necesario que lo hiciera, puesto que ella no ansiaba estar en otro lugar del planeta que no fuera junto a él.

—Hoy me ha vuelto el dolor de la pierna —mintió él, y simuló caminar con dificultad mientras la acompañaba al asiento del copiloto. Kate reía divertida, dispuesta a dejarse llevar por su juego y consentirlo lo más que pudiera.

Jeremy se había recuperado en un tiempo récord de la paliza que Tyler Winter le propinó, pero para poder estar listo para las competiciones de natación había tenido que someterse a una dura terapia para recuperar el cien por cien de la movilidad y darlo todo en las que serían sus últimas competencias profesionales.

Con perseverancia, disciplina y el acompañamiento y apoyo constante de sus seres queridos, sobre todo de Kate, logró ponerse al nivel del resto del equipo y dar lo mejor de sí en los juegos. Lamentablemente, no ganaron el campeonato, pero obtuvieron un merecido segundo lugar, lo que le permitió a Jeremy cerrar con broche de oro su carrera deportiva.

Ahora su atención estaba fijada en graduarse con honores en la universidad y, por supuesto, fortalecer día a día la relación con Kate. A pesar de que le llovían las ofertas de trabajo, su interés estaba puesto en los proyectos deportivos que llevaba la fundación para discapacitados del señor Sullivan y que, para su agrado, no solo funcionarían en Kingston, sino también en Providence. Al terminar los estudios, anhelaba mudarse de nuevo a su ciudad para estar cerca de su familia.

Kate, por su parte, comenzaba a considerar seriamente especializarse en Orientación Educativa. El problema de Claire y sus amigas, así como las reflexiones

que tuvo que realizar de su situación en la escuela, la hicieron comprender la importancia de la puesta en marcha y el seguimiento permanente de actividades que potencien el desarrollo tanto académico como humano de los alumnos.

La ayuda que como docente ella podría brindarles a los estudiantes sería de gran valor a la hora de prevenir dificultades, así como para ajustar el currículo académico del centro educativo donde trabajara, considerando las necesidades y características del alumnado, y hasta para fortalecer el trabajo personal, académico y vocacional de cada chico.

Jeremy y Kate tuvieron que traspasar la prueba de fuego de la adversidad para redefinir sus vidas y encauzarlas hacia caminos que realmente les harían crecer como personas. Ahora tenían un horizonte despejado, unas prioridades más organizadas y un ánimo renovado. Ese momento para ellos era un punto de partida, el comienzo de una existencia liberada y fortalecida gracias a la aceptación de sí mismos y al amor que el ser amado les prodigaba.

El domingo en la tarde, Jeremy esperaba ansioso a Kate en el salón de los Gibson. Ese día sería la última representación de *Hansel y Gretel* que haría el *ballet* juvenil de Providence, y todos estaban invitados. El traje de chaqueta y pantalón de lino azul marino que llevaba puesto, aunque tenía un corte juvenil, le daba un aire elegante; pero la corbata le apretaba, por lo que no podía dejar de estirarse el cuello de la camisa y moverse el nudo, buscando algo de oxígeno adicional para sus pulmones.

—Deja el drama, Collins. Será solo por una noche —lo reprendió Martin mientras se acercaba a él ajustándose los puños de su impecable camisa blanca, y se colocaba la chaqueta del traje gris plomo que había elegido para la gala.

—Es la tercera vez que Claire me hace vestirme así en menos de un mes —se quejó el chico estirándose la chaqueta para procurar reponer su apariencia—. Debería darme un respiro.

—Yo que tú me iría acostumbrando. Pronto tendrás que asistir a las galas que organice la fundación para la que trabajarás cuando termines la universidad. Las fiestas de recaudación de fondos con las que llevan a cabo sus proyectos suelen ser formales —expresó con un deje de burla en la voz.

Jeremy decidió fastidiarle la paciencia, como en ocasiones hacía.

—Y para mi boda con Kate, claro. Estoy seguro de que ella querrá una celebración por todo lo alto.

Martin lo fulminó con la mirada unos segundos, antes de encaminarse hacia la salida.

—¿No deberíais aprender a gatear antes de afrontar una carrera de fondo de ese tipo? —resopló Martin sin encararlo.

Jeremy sonrió.

—He sido varias veces campeón de natación hasta de doscientos metros, Martin. Estoy preparado para asumir cualquier reto —lo importunó.

Aunque nunca había tocado el tema del matrimonio con Kate, él no descartaba

esa posibilidad. Cada vez se convencía más de que ella era la mujer de su vida. Sin embargo, aún era muy pronto para hablar de ello. Ambos tenían muchos sueños que cumplir, metas que alcanzar y una juventud que disfrutar, tiempo que les serviría para conocerse a fondo y fortalecer la relación, hasta volverla indestructible.

Martin se detuvo en el umbral y se giró hacia el joven para mirarlo con severidad.

—Pero la vida en pareja no es como una piscina fabricada con dimensiones establecidas, con calles bien separadas, agua templada y un árbitro siempre dispuesto a hacer cumplir las reglas —sentenció—. Es como un océano infinito, dominado por los caprichos de la naturaleza, con terrenos dispares y peligros diferentes en cada metro cuadrado. Si nunca has entrenado en un escenario como ese, de nada te servirán los cientos de medallas y los trofeos que tengas en casa —expresó, y dio un paso al exterior—. Mucho menos, cuando lleguen los hijos.

Jeremy lo observó marcharse, experimentando un fuerte sentimiento de admiración por el hombre. A pesar de los constantes enfrentamientos que ambos mantenían, y que seguirían teniendo, respetaba a Martin Gibson.

Quizás el tipo se equivocaba en algunas cosas, ¿quién no lo hacía? Pero debía reconocer que los golpes de la vida lo habían transformado en un hombre sabio y con un alto sentido de la responsabilidad, que, a su manera, amaba con intensidad a su familia y era capaz de dar hasta la vida por ella.

En ese momento decidió que se esforzaría por lograr alcanzar, al menos, la mitad de la sabiduría que poseía su futuro suegro. Lo haría por Kate, que se merecía lo mejor, y por ese nuevo destino que pretendía trazar junto a ella.

—Estoy lista.

Jeremy se giró en cuanto escuchó la voz de su chica, quedando petrificado en el sitio.

—¡Guau! —fue lo único que pudo decir. Por instinto, se llevó una mano al estómago mientras sus ojos se deleitaban con la magnífica belleza de la mujer que estaba parada frente a él.

Kate llevaba un precioso vestido de organza color celeste, de una sola manga, que dejaba al descubierto uno de sus preciosos y apetecibles hombros y se ajustaba a su estilizada figura por un cinturón de pedrería. La falda le caía en un doble volado a la altura de las rodillas, lo que le permitía mostrar una parte de sus largas piernas, hasta culminar en unas sandalias plateadas de tacón alto. Los cabellos rubios los llevaba sueltos, alisados con elegancia.

—¿Y? ¿Qué te parece? —le preguntó mientras se giraba con los brazos abiertos para que él la admirara por completo.

—Demasiado hermosa —confesó.

Se acercó a la chica tomándola por la cintura y se hundió en su boca, devorando cada uno de sus gemidos.

—¡Jeremy! —lo reprendió ella cuando logró detener el beso.

—¿Qué?

—Me vas a estropear el maquillaje.

—¿Para qué te has maquillado? —rebatíó él con el ceño fruncido.

—¿Cómo que para qué? Para que me veas guapa.

El hombre dejó escapar un bufido de indignación.

—Me encantas más sin ropa y sin maquillaje.

Kate le golpeó el hombro para exigirle que se comportara dentro de su casa, sin esconder una sonrisa divertida, tras lo cual se ocupó en enderezarle el nudo de la corbata.

—Tú también estás increíble —afirmó ella.

—¿Con ropa o sin ropa?

—¿Vas a seguir?

Jeremy estalló en risas y la envolvió entre sus brazos.

Subieron al Kia y se dirigieron al oeste de la ciudad, pasando el río Providence. Llegaron al teatro cuando faltaba algo más de media hora para que comenzara la obra. Llamaron a Trevor al móvil y después pasaron a la zona donde se preparaban los bailarines para saludar a Claire.

Apenas los vio, la niña dejó a su padre y corrió hacia su hermano envolviéndolo en un fuerte abrazo por la cintura. Parecía una muñequita con ese *maillot* blanco decorado con pedrería, tul azul y medias blancas, al igual que las zapatillas. Se había hecho un firme moño y parte de él estaba maquillado con un gel con brillantina, así como el rostro, que en el escenario, y con ayuda del juego de luces, daría la impresión de que las caras de las niñas brillaban como las estrellas.

—¡Qué bien que hayáis llegado temprano! Dicen que hoy asistirán más personas a la función —comentó la chica.

—¿Y quién no querría ver el cierre de la temporada? —inquirió Jeremy, y le dio un beso a su hermana en la cabeza.

—Phillips me dijo que ya estaba afuera con sus hijos —expuso Trevor mientras revisaba su móvil.

—Nosotros no hemos pasado por la entrada principal del teatro, pero Martin venía detrás de nosotros y ya debe de estar en la platea. Seguro que lo ha encontrado —informó Jeremy, y tomando de la mano a Kate, añadió—: Será mejor que nosotros nos vayamos también, o no hallaremos asientos.

Kate pellizcó con dulzura una mejilla de Claire haciéndola sonreír.

—Suerte en el baile.

La niña se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Después de unas rápidas despedidas, Claire se reunió con el grupo de bailarines para los retoques finales del maquillaje antes de colocarse en sus posiciones.

Jeremy se dirigió con Kate hacia la parte principal del teatro para reunirse con los padres de ella. En el camino se tropezaron con Keny Robertson, que esperaba el inicio de la obra en el vestíbulo acompañado por Eric Graham.

—Eh, chicos —los saludó Jeremy—, si no entráis, os vais a perder la obra. Ya

está a punto de comenzar.

Los jóvenes iban vestidos de manera elegante, con trajes sin corbata. Desde que Ryan había perdido su libertad condicional y había vuelto a la cárcel, Eric había reiniciado su amistad con sus amigos de siempre.

Su hermano había ejercido una influencia negativa sobre él. Quería arrastrarlo a la vida ilícita y le obligaba a que le consiguiera en el instituto nuevos compradores de droga, o chicas que él pudiera negociar con sus socios. Pero ahora que Ryan estaba de nuevo tras las rejas, el chico podía retomar sus costumbres y continuar su entrenamiento deportivo, con miras a la obtención de una beca universitaria. Meta que tanto él como su amigo Keny tenían casi cumplida.

—Estamos esperando a dos amigos que no han llegado todavía —informó Eric con una sonrisa.

La pareja se despidió de ellos y se dirigió al interior del teatro.

—¿Eric y Mary continúan con su romance? —preguntó Kate con curiosidad.

—Claire me dijo que hablan mucho, pero que él nunca quiso nada serio con ella. La relación entre ellos surgió por la presión de Ryan —explicó Jeremy mientras atravesaban el vestíbulo, abarrotado por los familiares y amigos de los bailarines—. Pero Mary está enamorada de él y seguirá intentando conquistarlo.

Kate suspiró. Los romances adolescentes se quedaban marcados en la memoria, fueran correspondidos o no; ella lo sabía muy bien. En su caso, su amor platónico acabó fijándose en ella años después, algo por lo que se sentía totalmente agradecida. No sabría si a Mary le ocurriría lo mismo que a ella, pero esperaba que la chica no sufriera mucho durante el proceso.

—Ya se le pasará cuando Eric salga del instituto y vaya a la universidad —comentó.

—Abel ha tenido más contacto con él y, según me ha confesado, Eric aprecia a Mary, pero ahora la ve muy niña. —Sortearon la marea de invitados y se sumergieron en los anchos pasillos del teatro, en busca de la tercera fila, donde sabían que Martin Gibson había guardado unos asientos para ellos—. Ninguno de los dos está preparado para asumir un noviazgo ni nada parecido. A lo mejor dentro de unos años las cosas cambian para ellos. Como nos sucedió a nosotros, ¿no crees? —preguntó, y le guiñó un ojo.

Ella le sonrió y apretó su mano. Recordaba bien lo frustrada que se había sentido en el pasado, cuando suspiraba en secreto por Jeremy, sin obtener de él ni siquiera una cálida mirada. Ahora comprendía que en esa época no estaba realmente preparada para asumir un compromiso como el que en ese momento tenían, y aunque la espera hubiese sido amarga, no podría haber soñado con un final mejor.

Ambos habían tenido que hacer frente a diversas circunstancias para madurar su personalidad; si hubieran forzado el destino, la relación habría fracasado desde un principio, dejándoles solo traumas y malos recuerdos.

La espera, aunque desespera, resultaba ser la más sabia de las decisiones. La

naturaleza establecía para cada tipo de fruta un tiempo de maduración; acelerar el proceso podía robarle sus atributos naturales, mientras que esperar el tiempo indicado garantizaba un sabor intenso e inigualable, pudiéndose disfrutar a plenitud.

Se sentaron en sus butacas sin soltarse las manos. Jeremy entrelazó los dedos con los suyos, y así estuvo toda la noche, unido a la mujer que amaba. Segundos antes de que apagarán las luces para el inicio de la función, ambos compartieron una profunda mirada, en la que se confesaron todo lo que sentían dentro de sus almas.

Mientras la penumbra los arropaba, él se acercó a ella y le dio un pequeño beso en los labios.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —le susurró, y enseguida comenzaron a sonar los acordes que daban inicio a la obra.

Katherine dirigió sus ojos turquesa, llenos de lágrimas de emoción, hacia el escenario. La dicha no le cabía en el pecho. El amor le rebosaba el corazón.